Elena Quiroga

La sangre

La sangre consagró a Elena Quiroga como una novelista extraordinaria por su estilo delicado y expresivo y el interés de los problemas que trata. Es la historia de cuatro generaciones a través de un árbol. El árbol es el que nos cuenta cuanto ve y oye. Él es el verdadero protagonista del libro y el que irradia una influencia más fuerte. Los personajes, que viven al amparo de su sombra, nos son presentados en esta manera original. *La sangre* es una novela que atrae y subyuga y que sitúa a su autora entre los valores más destacados de nuestra novelística.

La sangre ejemplifica esta íntima simbiosis entre la voz femenina y el espacio natural en el escenario de las letras españolas de posguerra. En la novela, asistimos al relato emitido en primera persona por un árbol, un vetusto y sabio castaño clavado azarosamente frente al pazo gallego El Castelo. El murmullo de palabras del árbol, hilvanadas a manera de discontinuo monólogo interno, nos introduce en la dilatada sucesión familiar de cuatro generaciones comprendidas entre los siglos XIX y XX, cuyos odios y pasiones se incorporan al retrato intimista de la exuberante y telúrica vegetación gallega.

La elección de un castaño como personaje central y emisor de los hechos desempeña una función primordial: mantener vigente el testimonio de la experiencia femenina en el contexto franquista de los años cincuenta. El mensaje de reclamo femenino que fluye del castaño, transmitido de forma oral a las generaciones venideras, se salva de quedar sepultado en el olvido y favorece la construcción de una voz propia e independiente en oposición al rígido sistema patriarcal de la época.

Elena Quiroga

La sangre

ePub r1.0
Titivillus 05.05.2023

Título original: *La sangre*
Elena Quiroga, 1952
Colección: Áncora & Delfín, n.º 76

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mi marido

I

RECUERDO, hace ya muchas lunas, cuando yo era un árbol mozo y engreído, qué dulce se me tornaba la savia cuando se acercaba el otoño. Era como si pronto, en lo que va de un dormir el sol a otro, mi savia tomase cuerpo, se hiciese densa y fluyera más lenta.

Una tristeza imprecisa me embargaba: quizá fuera porque aquella misma savia había corrido meses antes, en la primavera, con un calor mayor que el que da el fuego que los hombres hacen, semejante al requemar del rayo cuando se quiebra arriba y yo lo veo desde mis hojas. Entonces, mi savia —sangre la llaman los humanos— corría más de prisa que el riachuelo por la huerta del Castillo, y más impetuosa que esa misma agua cuando cae, tras saltar por la rueda del lavadero.

¡Qué tonta el agua!… No hablo de aquella extensa, femenina, tan ondulante que me vuelvo loco si la miro, y prefiero apartar de ella el pensamiento porque es hembra de cuidado, y no quiero perderme. Desde mis ramas más altas la veo: Desnuda. ¿Cómo se atreverá? ¿No ve que nos incita? Hasta los hombres que creen que nos usan para su servicio, la aman también, y se dejan engañar por ella a gusto.

Yo estuve enamorado de ella… ¿Puede llamarse amor a esto?

No. Del amor os hablaré más tarde. La palabra que se usa para indicar lo que por ella sentí es tan fuerte que ni quiero decírosla. La empleamos los árboles cuando nos acostumbramos tanto a cualquier hembra —rosal, mata o junquera— que vivimos enroscados, en continuo contacto inacabable.

Hay veces que no se sabe si es o no amor: sí, es necesidad de aquello, y ahogarte si te falta. Soy tan viejo que no hallaréis malicia en mis palabras.

Antes de llegar a mis terceras ramas, ya desde que creció mi tronco, pasadas las segundas, un fuerte olor a mujer, poderosa y carnal, me inundó la corteza, y creo que si alguien me hubiese lamido aquel olor acre y salado estaba en mí. Comencé a soñar…

Hasta entonces, todo había sido crecer, dormir y renovarme, y escuchar los consejos de los árboles viejos que me rodeaban, y, en el fondo estar atento a mi propio desarrollo, sin darme cuenta que la vida, la casa, el hombre, el universo me rodeaban también.

Una jovialidad sana y casta me impulsaba a pujar para crecer. Era muy fuerte, y pensaba: «Seré más alto que el álamo y el ciprés, más vigoroso que el roble, y más verde que el pino. Y llegaré a dar fruto. Esa sí que será: ¡dar fruto!…».

¿Qué no daría el hombre por dar fruto? Ser tú mismo semilla y fecundar. Y notar cómo en ti brotan esos hijos redondos que esconden otro árbol, o sirven de alimento al hombre o a las bestias.

Servir a los demás no es malograrse. Este es nuestro destino, y es un destino que nos embellece. ¿Conocéis árbol feo? Yo conozco hombres feos: piensan solo en sí mismos, y se les altera el ademán y el rostro.

Yo notaba las entrañas ardidas, como la tierra, mi madre, que me está siempre besando. Porque la tierra, bien lo sabéis, no rompe su cordón cuando nos pare: quedamos allí, chupando por muchos cordoncillos —que los llaman raíces— la vida de ella.

Cuando aquel olor salado, bravio, se me pegó a la corteza comencé a soñar…

Algo, que entonces no sabía lo que era, me oreaba. En mis ramas más altas, de cuando en cuando, un efluvio que me transía, fresco y vívido, suave… Y yo, tan fuerte, me estremecía como un junco, y la savia se me paraba. Luego, se precipitaba, cuerpo abajo, y me temblaban las hojas. Y, al propio tiempo, me empinaba, ardido, me reventaba la corteza, pugnaba por salirme de mí.

Fue el primer síntoma de la hembra.

Más tarde supe que aquel dulce olor que me enajenaba, aquella inaferrable caricia, era su aliento y la llamaban «brisa».

Ya no atisbaba lo que pasaba en el Castelo que se alza frente a mí, o yo frente a su puerta. El Castelo es como deciros el árbol que cobija a los humanos. También en el roble viejo, que lo abatieron siendo robusto yo apenas, había una hendidura y los zorros tenían

allí su nidada. El zorro llevaba la comida a los cachorros, la zorra les lamía la piel. En eso se parecían a los hombres.

Pero, una vez al año, cuando a mí me entraba la melancolía y se me ponían las hojas doradas, el zorro volvía al roble y no buscaba a los cachorros. Se acercaba a la hembra y olía. Olía fuertemente, como yo: tan fuertemente que parecía gozarse por el olfato.

Al principio la zorra quedaba indiferente. Se dejaba oler, oler… Luego comenzaba a inquietarse. Le daba con el rabo en la nariz y el zorro se ponía como loco: enseñaba los dientes, y gañía. Pero ella no le tenía miedo… Saltaban a la hierba bajo la luna, bajo la noche.

La Tierra callaba.

La voz de la Tierra es sonora como el trueno, y caliente como una entraña. También la Tierra vive atenta al hombre. Yo la he visto abrirse, para recibirle, y le he visto, a él, hendirla para entregarle lo que más amaba.

Me produce pasmo, y un doloroso gozo cuando el hombre declina y se le entrega. Entonces, extraña hermandad, queda rígido como un leño, y la piel va tomando calidad de corteza.

Yo he visto hombres así, por las ventanas del Castelo.

Igual que un seto de mirto, alto y compacto, el Castelo tiene en el centro un cuerpo de piedra, con ventanas. Y a los lados las torres, como el tronco cortado de dos árboles grandes que no fueran redondos. Las almenas parecen pequeños palomares.

Es muy bello el árbol de los hombres. Al cachorro le llaman «niño», y corre sobre dos pies solamente, y no tiene pelo por el cuerpo como las bestias, pero tiene un finísimo trigo en la cabeza, y los ojos claros, como los del zorro pequeño, castaños.

Me parece algo mío. Aún recuerdo el día en que, sentada a mi sombra, la mujer que se llama Ángeles, le apretaba la boca contra la cara con un chasquido que creí que le haría daño, y le alzó la cara, y gritó con ese sonido agudo que tiene cuando habla:

—Déjame que te bese los ojos… los ojos, mi bien.

Y luego se echó a reír —loca como el agua que salta por la rueda del molino— y gritó más aún, y puso una mano delante de la boca, mirando hacia la ventana de la torre, donde Pastor estaba.

—Pastor —chilló—, ¿a quién habrá salido el niño, con los ojos castaños?

Y yo me enternecí.

La ventana se abrió. Asomándose, el hombre se inclinó sobre la baranda. Reía. Tenía los ojos como la hierba húmeda, y con el sol brillaban como si tuviesen rocío. Y el cabello tan negro…

—¿Estás segura de que es mío el chico?

La voz del hombre es restallante: así suena el látigo que emplean para las bestias.

Reía, y hasta el aire se alborotaba. También Ángeles se alborotó.

—Bestia… ¡Animal! —gritó.

Pero no estaba enfadada. Y Pastor, desapareciendo de la ventana, apareció por la puerta pequeña de la torre, la que queda frente a mí, y se acercó a su mujer y al hijo. La mujer mordisqueaba una hierba mirándole.

—¿Estás segura de que es mío?

Y ahora hablaba bajo, encendidamente, y casi cerraba los ojos mientras la miraba… (Y es que la mujer tiene el pelo y los ojos como carbones).

—¿Estás segura?

Ella reía enseñando los dientes, con el niño sobre las rodillas. Y yo sentía en mí su espalda caliente y joven. Él también apoyó la palma de su mano sobre mi corteza, y le dijo:

—¿Estás segura, di?… ¡Di!

Su mano, como una oruga, se aplastaba entre la espalda de Ángeles y mi tronco. El niño se desgañitaba, escurriéndose de las piernas de la madre, y mientras ellos se besaban como si se odiasen, yo me incliné hacia el niño…

Sí. Los tenía castaños. Así había dicho su madre, y era cierto. Del mismo color del fruto mío, si le despojas de su cascarón verde y punzante, antes de madurar.

El tiempo había dejado atrás la soberbia de mis años jóvenes, y yo sabía ahora que nunca sería esbelto y alto como el álamo y el ciprés, ni recio como el roble, ni desmadejado y ensoñador como el sauce. Pero sabía también que mientras se suceden varias camadas de pinos, y ya los últimos venidos no saben de sus antiguas generaciones, yo estoy en pie, viviendo y mientras al roble se le va la fuerza en conservarse, yo la invierto en reproducirme.

He visto pasar carretadas de pinos abatidos. Les habían quitado la corteza y eran blancos, blandos, endebles. En cambio sé que el día que yo caiga la hierba se rendirá bajo mi peso y el aire mismo

retumbará con mi caída, como si hierba y aire dijesen: «¡Ay!…». Y no tendré vergüenza aunque me desnuden, porque solo lo débil, lo vencido, lo deforme es feo.

Tampoco Ángeles tiene vergüenza cuando se desnuda.

Yo la he visto desde mis ramas, y recuerdo muy bien cuando llegó.

Lunas atrás faltaba Pastor de casa, y las habitaciones del segundo piso estaban cerradas, y solo las abría, de cuando en cuando, Vicente, el encargado.

No sé por qué le llaman «el encargado», pero las mujeres que se asoman a la puerta: «¿Da su permiso?», y que entran sin esperar a que nadie les conteste, cogen el caminito de atrás, a la derecha de la torre que casi toco con mis ramas —hubo un tiempo en que la toqué, tanto la amaba— y se paran junto a una puerta que yo no alcanzo a ver. Pero el viento recoge sus palabras.

—¿Da su permiso? —vuelven a preguntar.

Y de nuevo, sin esperar respuesta:

—¿Está el encargado?

Si lo topan por el camino, o junto a la puerta de entrada, se acercan con zalemas las mujeres, o rascándose la cabeza los hombres.

—¿Cómo sigue, don Vicente?… A por usted venía.

De cómo le nació el don a Vicente os contaré más tarde.

Si le llaman así andando cerca el dueño del castillo, Pastor hoy —he conocido cuatro hombres como dueños, y otras tantas mujeres como amas—, a Vicente se le encienden los ojos, y aprieta las manos sin mirar al señor, como si no le viera. Y el señor también hace que no ha oído, aunque a Pastor no se le escape nada.

Vicente, en ausencia del amo se endereza, y habla áspero y corto. Sabe lo que tiene que decir a esta gente que son los suyos, llámenle Don o no.

No es malo Vicente, y él y yo somos buenos amigos, aunque la amistad con Vicente es arriscada. Pero yo le conozco desde que levantaba un palmo, menos que un matorral, y sé que es bueno.

Vicente, ahora, tiene los brazos y la espalda nudosos, y separa las piernas al andar. Cuando está Pastor delante va siempre descubierto, y le brillan hilachas del color de las hojas de álamo, entre el pelo, porque tiene más años que Pastor y está más

trabajado. Yo no lo hace en la tierra; es, según dicen, el «encargado» desde que aquello pasó. Y Pastor y él no se miran nunca a los ojos. Pero Pastor, que siempre está riéndose y parece carnicero y tiránico, muda la voz cuando le habla y nunca le trata como a los otros criados. Sin embargo, Vicente le da el mismo trato que los otros le dan. Le contesta en pie, aunque, ya os lo he dicho, jamás se miran de frente desde aquello.

Y causa pena o alegría, no sé, ver que Pastor, según baja del coche al volver de una ausencia, busca, ansioso, con los ojos. Y la gente no sabe lo que busca. Si la sombra del padre —acosada y obesa—, o el perfil de esta torre, que tanto calla.

Pero yo, que conozco a los dos, sé que busca a Vicente. Y Vicente, si ignoraba su arribo, lo adivina y sube rojo, sudando, desde el final de la huerta, ya con la gorra en la mano, como si fuera al encuentro de una novia. Y cuando llega cerca de él se frena y se le apaga entonces el encendimiento de la cara. Y dice:

—Bien llegado, señor.

—Hola, Vicente.

Esto es todo. Y el secreto y el amor duermen en tan simples palabras. Porque nosotros tenemos el sonido que Jehová nos dio para expresarnos y holgamos, pero los hombres lo tienen para disimularse.

II

DESDE mis ramas diviso la torre de la izquierda, pero no puedo precisaros lo que ocurre dentro. Tiene una puerta a un lado, y cerca de la puerta una campana, con una cuerda colgando. La campana se parece a algunas flores con la corola hacia abajo e incluso tiene su pistilo, de un material duro, que resuena como la voz del monte.

Algunas veces se abre la puerta de la torre y vislumbro una hilera salpicada de luces pequeñas, lo mismo que luciérnagas sobre la hierba. Yo inclinaba mis hojas para ver tan extraño campo, pero los criados cierran los batientes de las puertas y no puedo adivinar qué hacen con las luciérnagas o para quién lucen. Pero ahora sé que abren los dos batientes cuando alguien del Castelo ha dejado de vivir, o cuando alguno nace… Como si por un batiente solo abierto no cupieran los que han venido al mundo, tan pequeños como cualquier cría de bestia, o los que no se mueven, ocupando menos lugar.

Yo los veía en la torre frontera, ya os lo he contado, cuando dejaban de formar parte de los hombres. Así es: en cuanto declinan y se paran en el tiempo, los que vienen con ellos o detrás de ellos, siguen latiendo y caminando, con esa precipitación característica en el hombre y aunque nunca lo oía de sus labios, parece que el muerto en casa les estorba. Llevan al cuarto un madero hueco, con la forma de cajas que ellos usan, y lo meten allí. Entre unos cuantos cargan la caja. Deben transportarla a otro lado del Castelo, y la gente entra y sale por la puerta pequeña que me está frontera, o por esa que no diviso, pero que adivino, en el cuerpo de piedra que se extiende delante. Según su condición. Sé, a fuerza de verlo, que según sean señores o no, les toca entrar y salir por distinta puerta. Incluso cuando dejan de vivir es diferente el trato. Alguna vez, sin

toque de campana, pasa por delante del lavadero una caja de pino, llevada a hombros. En mis años mozos me intrigaba pensar qué llevaría el pino muerto dentro. Le seguían algunos criados, o algún pariente, con el rostro cubierto de humedad. Alguna mujer gritaba, con voz aguda, como las perras cuando les mueren los cachorros. A decir verdad, las perras se lamentan con el morro hacia el cielo, y las mujeres estas se descomponían y miraban hacia los demás, o hincaban los ojos en la tierra. Yo tenía ganas de no verlas.

La caja de pino muerto se detenía frente al lavadero antes de desaparecer por la cancela que hay en el muro, y desde allí el señor —se lo vi hacer a Efrén y a Xavier—, fuera quien fuese el que marchaba, se inclinaba en silencio. Parecía que le cediese paso a un camino invisible, aunque en vida fuese al que se encerraba a quien tocara siempre cedérselo. De un hecho a otro, de las palabras que escuchaba, llegué a la conclusión de que a sus muertos se los llevan en caja. Y me enorgullece nuestro destino, porque después de desenraizarnos servimos para algo, continuamos con un remedo de vida, no nos convertimos en carroña. Los hombres mismos nos buscan para descansar bajo la tierra. A la tierra le es más grato el tacto nuestro que el de ellos; lo saben bien. No se atreven con su carne que, a fin de cuentas, viene a ser como la de otro animal cualquiera, y seguramente se corromperá lo mismo, y olerá como huelen los gatos muertos.

A mi pie, tiempo ha, enterraron uno. Yo era muy joven y sentía rabia de que me tomaran por pudridero.

Lo taparon con tierra y se marcharon. Yo encogía las raíces, estremecido, para no sentir aquel contacto frío y repugnante. Poco a poco fue invadiéndome un hedor que no podía soportar. Subía por mis raíces hasta mi copa. Largas lombrices y gusanos comenzaron a rampar entre las plantas mías en busca de la carnaza. Todo aquello era viscoso y brutal.

En medio de todo me causaba risa ver al padre de Pastor, Xavier, que entonces era un niño arrancando pedacitos de mis ramas para hurgar en la tierra y coger las lombrices. Tanto enterrar el gato, y en la lombriz iba su podredumbre.

Si se le quebraba la ramita que cogía, se colgaba de una de las más bajas y echaba mano para alcanzar mis brotes nuevos. A mí no me enfada que los niños o el hombre cojan de lo que me sobra. A

poco vuelve a crecerme con pujanza mayor. ¿Qué sucedería si yo cogiese un dedo de Xavier o el antebrazo de Pastor?

Xavier, con una ramita mía, hurgaba en tierra:

—¡Jacoba! ¡Jacoba! —llamaba.

La niña venía siempre corriendo. Cuando corría, el cabello le flotaba detrás como espesa hojarasca dorada.

—¿Qué haces? —preguntaba muy bajito.

Jacoba hablaba siempre bajo, inclinando un poco la cabeza sobre el cuello, como si le pesara la hojarasca dorada. Todo su rostro era claridad, lo mismo que el amanecer en el día. Tenía las piernas largas y delgadas, de ave, y las manos le aleteaban como aletean algunos pajarillos posados sobre mí. Siempre, al verla, sentía el deseo de tenderle una rama mía para que se posara. La sangre se le subía al rostro cuando corría, y en algún rato no podía hablar. De su boca rosada escapaba un precipitado alentar.

—No corras, tonta —solía decir Xavier—. Te sofocas.

—Me duele aquí —decía la criatura, llevándose la mano al costado.

—A ver…

Xavier pegaba su oreja contra el pecho de su hermana.

—Tac, tac, tac… ¡Cómo corre! Va a escaparse una vez. Mira el mío…

Jacoba acercaba su carita menuda, que desaparecía entre el cabello. Xavier retiraba la chaqueta y abombaba el pecho. Tan pequeño y ya, como los gallos y los hombres, como los zorros y los pájaros, pavoneaba. Xavier era igual que los gorriones, negro, y tenía la nariz en gancho, hacia abajo, de pico de cuervo. Se sentía fuerte delante de Jacoba que era débil. Pienso que la quería como yo quise a la silveira, porque la dominaba y admiraba en él.

—Tac, tac, tac. ¡Qué fuerte, Xavieriño!

—En el tiempo que tú das tres, doy yo uno.

—A ver…

Se juntaban de pechos los hermanos, y Jacoba tenía que empinarse para llegar a la tetilla de Xavier. Los hombres llaman tetilla a esos brotes menudos que les nacen en la tabla del pecho. De niños son rosados, y luego del color de hoja seca.

Atentos, procuraban rimar a una sus dos corazoncitos.

—… ¡Mamá! ¡Ya están los niños haciendo porquerías!

A una levantaron sus caritas hacia la ventana de la torre. La voz que hablaba con tono de vieja recordaba a la cotorra que trajera el abuelo Amador, con el mismo sonido estridente. Sin embargo, era una niña también, poco mayor que ellos. Pero Gertrudis era remilgada, y cuando bajaba al jardín nunca se sentaba sobre la hierba; extendía la ropa en torno suyo con esmero, y hacía que las criadas la llamaran «señorita Gertrudis». Yo la veía muchas veces sentarse en las butacas con sonrisas e inclinaciones de cabeza, como si hablase con visitantes invisibles, y mostrándoles algo que llevaba en los brazos y que llaman muñecas. Se distinguen de ellos en que no tienen sangre ni palpitan. Solía traerlas Efrén, su padre, de sus breves ausencias. No sé cómo se producen, pero son inferiores a los hombres, me parece. Llegan en unas cajas endebles y todos los niños palmotean cuando se abren las cajas, o tienden el cuello, anhelantes, con las orejas rojas. De padres a hijos he visto a todos los niños, y puedo deciros que, gesto más, gesto menos, todos hacen lo mismo. No sabría decir si se imitan o se repiten. Pero ¿quién pudo contar a Xavier cómo fruncía las cejas Amador cuando estaba enfadado? ¿De dónde parte la savia que les une a todos en un mismo afán de violencia y de destrucción?…

A la ventana alta de la torre, junto a Gertrudis se asomaba su madre.

Miró un momento a los dos rostros claros, despejados como un horizonte sin niebla. Sonrió.

—Subid, niños —dijo.

Amalia tenía una voz material, una voz de tronco, dura por fuera y blanda por dentro.

Xavier juntó las cejas. Sin hacer caso se abrochó la chaqueta y volvió a hurgar en tierra.

Yo sabía que procedería así. Hincaba la ramita mía con tanta fuerza que saltaba la tierra a mojones. Después, hundió la parte más afilada de la rama en mitad del cuerpo de la lombriz, y la clavó en la tierra. Mientras esto hacía, apretaba los dientes. Yo sentí un temblor de hojas y tuve pena de él. Porque supe, desde ese instante mismo, lo que quedaba por venir… ¿Por qué clavó la lombriz en tierra? ¿Por qué? ¿Qué le hacía el pobre gusano?

Se me ocurrió que clavaba la lombriz porque no podía clavar a Gertrudis.

Jacoba, en cambio, desapareció corriendo, siempre con su hojarasca dorada flotando en torno suyo.

—Sube, hijo; sé obediente como tu hermana.

Xavier ni se volvió a la madre, y entre dientes repitió con coraje dos o tres veces una palabra que a su madre enojaba. La oyó decir a Ramón, el hortelano, una vez que, frente al lavadero, Justina le hostigaba.

—Ven para acá, hombre, que no he de comerte. ¿O es que tienes miedo?

Ramón no contestó y seguía con su rastrillo pasa que te pasarás sobre la hierba.

—Que me gusta ver meneándose los hombres como tú…

El hombre contestó sin quitarse la colilla pegada a la boca ni volver la cabeza:

—¡No me busques las cosquillas, Justina, que te va a pesar!

—¿Y es que Benita no te deja, eh? Buen miedo la tienes. ¿Pega la Benita?

El hombre miró a todos lados por si alguien le veía, y luego echó a andar hacia ella. Pero Justina corría con su cesto de pifias sobre la cabeza, y para correr lo sujetaba con una mano. Ramón se paró porque percibió un ruido. Era Xavier, a la sombra mía, que abría mucho los ojos, palpitante. Entonces, antes de desaparecer por la puerta de atrás, la mujer hizo una seña con la mano. Ramón clavó de un golpe el rastrillo en la tierra y gritó la palabra que repetía Xavier. Era corta y afilada, la palabra. Ramón se escupió en las manos, dio un tirón a los calzones y rastrilló con furor. Entre dientes repetía la palabra aquella. Después se volvió al chiquillo:

—¿Escuchas, eh? ¿Te gusta escuchar?… Pronto aprenderás también tú, y ahí tienes quien te enseñe.

Xavier le miraba ávidamente, pegándose contra mí.

—Que a esta le gusta calentarle a uno, y luego, nada… Hasta el día que la trinque.

Se apretó de nuevo el pantalón y dijo:

—¿Quieres aprender, eh? Pronto empiezas… De casta te viene.

El sudor llovía en su frente, carrillos abajo. Tenía las orejas encendidas.

—Voy para casa a echar un trago. Guárdame el rastrillo.

Xavier hizo que sí con la cabeza, y acercándose al rastrillo

abandonado intentó alzarlo. Pesaba para él. Pero Xavier no se volvía atrás. Así que hasta que no pasó el rastrillo una vez y otra por la hierba, no descansó. Sudaba también él. Se acercó a mi sombra para protegerse de aquel sol. Y se puso a golpear insensatamente mi tronco, con el puño cerrado. Entre dientes silbaba la palabra aquella, y cada vez que la decía descargaba el puño sobre mí.

Sí. De casta le venía. Así como el rosal si es blanco solo da rosas blancas, y si plantas un castaño en la tierra solo un castaño sale, la familia que vive en la torre y que planta hijos en la vida, los planta como ella.

Por eso Xavier hincaba la ramita en la tripa de la lombriz mientras se oía la voz de Gertrudis desde la ventana:

—… Siempre anda enseñando porquerías a Jacoba.

—¡Mentirosa! —chilló Xavier, volviéndose.

Yo vi que le brillaban de humedad los ojos.

—No se dice mentirosa, Xavier. Hijo, ¿qué hacíais?

A Xavier se le habían puesto los ojos negros como una noche aviesa, y silbaba la palabra aquella.

—¿Qué dices? —preguntó Gertrudis, segura a la sombra de la madre.

Jacoba aparecía ahora en la ventana y miraba a Xavier. Inclinaba la cabecita que le pesaba sobre el cuello tan frágil como una caña.

Xavier calló y se volvió de espaldas.

III

De tarde en tarde venía gente al Castelo. Yo recuerdo cuando bajaban de aquellas pesadas cajas de madera, con ventanas aunque no fueran casas, rodando sobre ruedas de madera también. Varios caballos tiraban de la caja y llegaban sudorosos, con los ijares empapados. En poco tiempo aquello fue cambiando, porque el hombre es astuto si se trata de su comodidad. De una idea van a la otra, derivada de la anterior, y así llega un momento que uno duda de lo primero que vio.

Quizá sea también que al nacer los cachorros de hembra vayan cada vez más débiles, porque en esa dificultad que ahora siento por recordar lo que sucedía en torno mío en mis años primeros, paréceme que entonces venían los hombres en caballerías. Pero —ya os lo dije— en aquel tiempo estaba dormido en mí, mirándome crecer, contemplándome, y no sabía de cuanto me rodeaba. Hasta que un día pujé y me alcé, y de pronto di su valor a todo: a la planta, a la bestia, al agua, al hombre y a la tierra. Según el tiempo pasa aprendo que hay una secreta relación entre unos y otros. Así como el agua me sirve a mí, y la planta, a veces, sirve de alimento para las bestias, y yo le sirvo al hombre, el hombre, al fin y al cabo, sirve al Universo. Como todos.

Me sorprende que el hombre no se da cuenta de ello. Sin embargo, fatalmente, lleva sus manos adonde tienen que ir. Mientras lo hacen, a veces les he oído decir: «He decidido…». Ahuecaban la voz mientras lo decían. Yo sabía que hablaban por hablar, y que tendrían que reconocer, a solas, que llegaban a aquello porque sí.

También yo doy sombra independiente de que lo quiera o no. En principio creí que el hombre no daba sombra a nadie. Ahora sé que

la da. Es una sombra estrecha y huidiza, y no espesa y amparadora como la mía. Pero generalmente —son así—, prefieren la sombra de ellos a la nuestra. La hembra del hombre, sobre todo, busca la sombra de él. Se acercan y se pegan a él, igual que a mí se enlazó la silveira. Debe ser porque la sombra de ellas, más húmeda y movediza que la del hombre, no les cumple.

Lo mismo que en los días en que aprieta el sol a calentarnos, y que ellos conocen por «verano», vagan por el jardín, reblandecidos, hasta que una voz dice:

—Vamos bajo el castaño. ¡Veréis qué sombra más rica!

—Ay, sí, ¡qué buena! ¡Qué a gusto se está aquí!

Lo mismo la mujer, en épocas determinadas, parece agobiada por un calor que debe partir de ella, porque el aire no lo lleva. Entonces corre al hombre como en verano a mi sombra. Todas lo mismo.

Lo mismo Ángeles, ahora, estrechándose a Pastor, que Dolores, la flaca y escurridiza Dolores, con Xavier, que Amalia, violenta y natural, en tiempos con Efrén, su marido —siempre con un gesto él como si acabara de probar un limón antes de estar maduro—, que Amador, el marido, de cuya mujer, María Fernanda, solo la veía al salir de tiempo en tiempo —medido como las fases de la luna— cubierto el rostro por una espesa telaraña oscura que llamaban «velo» y que le llegaba hasta el pecho. Andaba un poco —eso sí lo veía— como su nieta la niña Jacoba andaría después, sobre unos pies indecisos que parecían saltar más que pisar.

Divisé su rostro cuando llegó, pero en verdad no lo recuerdo mucho. Y cuando salió gritando, queriendo escapar, a la noche, no parecía mujer. Me recordaba a la mar que tanto amé, cuando se encrespa y se cubre de baba blanca y espumajarea, rabiosa. Pero aquel hombre que amaba a la mar más que yo, porque había dejado su casa una vez y otra para ir a ella, sabía hacerse con las olas aviesas y con locuras de mujer. Salió desnudo, enteramente desnudo, y arrogante como el zorro cuando llega el otoño. La alcanzó cuando forcejeaba con la puerta de entrada. La cogió por detrás a pleno tronco. Ella, más que gritar, bramaba. Golpeaba, ciega, al hombre defendiéndose, y se le enroscaba el pelo, color de hoja seca, entre los brazos de él como una liana viva. Porque el cabello de María Fernanda así suelto le llegaba hasta medio tronco.

Pero el Chanelo, el perro de Amador, que oyera el alboroto, acudía dispuesto a saltar sobre María Fernanda. Nunca vi a Amador maltratar a su perro, pero esa vez como tenía los brazos ocupados en retener a la mujer, con el pie le dio en el morro, y luego dijo a ella:

—Si no te callas, te echo el perro…

Ella, enloquecida, escapándosele los ojos, como capullos que revientan, vio los colmillos, brillantes en la noche, y oyó el gruñido. Y se llevó las manos a la garganta, mirando a uno y a otro, como si no supiera a quién pedir mejor amparo: si a la bestia o al hombre.

Al apartar las manos vi que estaban manchadas, rojas, y que también aquello blanco y largo que la cubría iba empapándose de rojo. Se tronchó. Cayó tronchada.

Amador la cogió y hablaba al perro muy dulcemente. Echó a María Fernanda a mis pies, sobre el montículo de hierba en que me asiento. Yo sabía que se habían asomado algunos criados, pero que al ver en cueros vivos al amo junto a su mujer, se habían ido. Reían sofocadamente. Una mujer dijo:

—Andan de bodas…

Pero Amador nada oía. Desgarraba largas tiras de aquello blanco, salpicado de rojo, que cubría a su mujer. Y cogiendo con cuidado, como haría con un hijo pequeño o con la mar que tanto amaba, la cabeza quieta y blanquísima de ella, la volvió hacia mí y comenzó a enroscar las tiras blancas en su cuello. ¡Qué extraño rostro tenía aquella mujer que había traído la tarde misma por vez primera Amador para que fuera su esposa! Los ojos eran blancos, vueltos, ojos de animal muerto. Y los labios no se distinguían del resto en la cara tan blanca como la piedra de la fuente. Ella debía de tener un chorro de sangre en la garganta, porque Amador daba vueltas y vueltas a las tiras y se teñían de rojo. Y pude ver que sus fuertes hombros desnudos se sacudían, e inclinando mis hojas observé que lloraba. Lloraba a pedazos, como si le costase nacer al llanto. Era terrible cosa ver llorar a Amador. Decía palabras que nunca pensé en él:

—Fernanda… Amor mío… No es nada. Te juro que no es nada, Fernanda… Fernanda… ¡Perdón!

Ya no estaba arrogante como el zorro, sino tembloroso como el junco sacudido de tempestad. Y las palabras, extrañas palabras en

labios de Amador, escapaban sin retenerlas:

—No es nada. ¿Ves?… Nada. Un pronto que me dio. Se me agolpó la sangre. No sé cómo pasó…

Entonces comprendí qué se decía por dentro cuando llegaba de viaje y vagaba por el jardín o se sentaba a mis pies con aquella mirada como si no estuviera allí, o tuviese una llaga secreta en su misma raíz.

Más decidido, Roque, el que acompañaba a Amador en todos sus viajes y le conocen en el Castelo por «el marinero», se acercaba. Debía de conocer cómo Amador las gasta, porque solo dijo, a distancia:

—¿Me necesita para algo, mi Comandante?

—Largo de ahí, si no quieres que te tire por la borda. ¿Quién te ha llamado?

Roque insistió:

—Traigo el capote, mi Comandante, que va a cogerle el frío.

—¡… en tu madre! O te vas o te cincho en dos…

Roque corrió que le vi y no le vi.

Amador hablaba, no se sabía si al perro o a la mujer:

—Tú no la morderías, ¿verdad?

Después, como si fuera una pluma, cogió aquel cuerpo tronchado de mujer, a medias desvestido, porque él la arrancó la tela para enroscársela en la herida. Y en la sombra brilló la blancura de un pecho que parecía una magnolia invertida. Del brazo de Amador colgaba la pierna de ella larga y delgada, ensanchándose según se acercaba al cuerpo, tan pulida que me hallé pensando en la mar tersa cuando se acerca a la ribera.

Amador iba con su carga seguido de Chanelo. Acercó su barba, partida en dos, al pecho de María Fernanda, escuchando un momento. ¿Qué podía escuchar?

También escuchaba así antes, de lejos, tendiendo el oído hacia donde cae la mar. Rio a borbotones, y me hacía más daño la risa que sus lágrimas, porque me parecía que reía con dolor.

El cuarto donde duermen los señores del Castelo está en el segundo piso de la torre. Yo miraba para verlos aparecer por la puerta y saber en qué acababa aquello. Porque la mujer me parecía que había dejado de latir.

Amador entró, la puso sobre la cama, tapándola, sin cuidarse de

que él mismo estaba helado y desnudo. Solamente entonces se volvió, cogió algo de encima de un sofá y se lo puso. Era una ropa oscura, con botones que brillaban lo mismo que su barba. Arregló unos leños en la chimenea y buscó con los ojos. Sus ojos tropezaron conmigo a través de la ventana abierta. Se estremeció y cerró la ventana.

Muy tarde, al día siguiente, la abrió de nuevo. Tenía la barba sin brillo y parecía que hubiese adelgazado en una noche. Y de nuevo aquella mirada perdida en sus ojos.

Aunque frente a la ventana está la cama, no podía ver a la mujer, porque se cubría hasta arriba con las sábanas.

El Chanelo estaba junto a la chimenea, aún encendida, lo que me hizo pensar que Amador había estado toda la noche en pie, alimentándola. Llevaba puesto el abrigo de los botones dorados. Parecía agotado.

Pero aún halló fuerzas para acercarse a la puerta y entreabrirla, evitando que quien había llamado entrase. Dijo algo que no pude oír. Volvió a cerrar, quedando tras la puerta, al acecho, y a poco tornó a abrirla, solo una rendija, y por allí fueron pasándole un gran tazón lleno de agua, una botella y una tira de blanco arrollado.

Amador se acercó al lecho y bajó la sábana. El rostro de María Fernanda daba miedo y pena. Me recordaba aquella raposa acosada por los cazadores que se metió por la puerta del Castelo y corría de un lado a otro ciega, buscando sitio seguro. Y durante un momento, cuando disparó la escopeta, el ojo de la raposa adivinó aquel negro de la muerte, y de terror perdió el brillo.

Así estaban los ojos de María Fernanda. No abría los labios, tan blancos. Él la hablaba en tono bajo, y quería sonreír. Pero Amador no sabía sonreír, y solo conseguía que le temblase la barba.

Desenrollaba las tiras que ató la noche antes, y con un cuidado que enternecía al verle, le pasaba agua y agua. Yo no veía la llaga ni a la mujer, porque la figura de Amador la cubría. Hubo un momento en que el brazo de él vertió algo de la botella sobre la herida que curaba. Y entonces, sí, María Fernanda lanzó un grito terrible y se incorporó sobre la cama. Tenía en el centro de la garganta la boca de una llaga en carne viva. Con el esfuerzo sangraba de nuevo. Gritó:

—¡Asesino!… ¡Asesino!

Y Amador cayó de rodillas al borde de la cama, y no se defendió. Hundía el rostro entre las sábanas, tendiendo las manos juntas por encima de su cabeza. Entonces ella misma cogió las tiras blancas y se las aplicó en la llaga, reclinándose en la almohada de nuevo. Y se animó su blancura, y se puso a llorar mansamente. Repetía casi sin fuerzas ya:

—Asesino… Asesino.

Amador levantó la cabeza y el muerto entonces parecía él.

Continuó así, con aquellas manos enlazadas como dos ramas que se unen.

María Fernanda le miraba y no apartaba los ojos de Amador. Los suyos ya no huían acosados.

Amador barbotaba palabras, mientras se hundía contra la sábana:

—Esta sangre maldita… No te quise hacer daño…

Ella le miró horrorizada.

Y vi una cosa extraña. Arrodillado según estaba, se acercó al hombro de la mujer, buscando aquella sombra casi muerta, casi helada, y habló mucho rato en baja voz; una fuerza superior tiraba de algo suyo, de dentro a fuera, obligándole a verter palabras que no podía refrenar. Amador tenía el rostro blanco, y se adivinaba que no podía contenerse.

María Fernanda le oía sin mirarle, con los ojos fijos encima de la cómoda, a la derecha del cuarto. Había allí una figura sobre papel, sin bulto. Representaba a una Mujer, hermosa y afligida. Llevaba un manto negro que dejaba ver la cara llorosa, y a la altura del pecho un corazón rosado, del que brotaban afilados cuchillos. Fue la primera vez que me fijé en tal figura. Me preguntaba cómo tendría la Mujer aquella fuerza para llorar con el corazón atravesado.

Para María Fernanda parecía un rostro amigo, como si de ver la atroz mutilación de aquella otra Mujer se considerase ella menos desgraciada. Su mano, casi inerte, con sus finos nerviosos dedos blancos se alzó y comenzó a acariciar la cabeza del hombre, caída sobre ella. Amador levantó el rostro y se volvió, extrañado, preguntándose de dónde salía aquella mano que le confortaba. Y cuando comprendió que era la de su mujer, lanzó un extraño gargoteo, y gritó, volviéndose hacia el horizonte, a través de mí:

—Santa… Santa… ¡Santa!

Y ella, como transfigurada, tuvo la fuerza de sonreír.

Así fue María Fernanda. Cuando se puso buena vi que con gran ánimo y ayudada del marido, hacía paquetes y los llevaba fuera, y oí que las criadas y Roque, que les ayudaban, decían:

—Es la primera vez que la señora no dormirá en este cuarto.

—Y separada del marido. Habrá tonta…

Las mujeres rieron, mirando venir a Amador, vigoroso y rubio, con su mirada aguada. Pero pienso que todo estaba convenido, porque él trataba dulcemente a María Fernanda, y María Fernanda parecía a gusto con él.

A veces, junto a la ventana, al atardecer, ella llegaba por detrás y buscaba la sombra del marido. Él repetía, pero ya con la vista lejana de nuevo y como con un dolor sordo en la voz:

—María Fernanda… Amor…

Y un día, el mismo que estuvieron fuera todas las cosas de ella, dijo:

—Así nada te recordará…

María Fernanda le puso la mano en los labios, muy seria y reflexiva.

Después se estremeció.

Pero él no la vio estremecerse porque miraba a lo lejos y ya no escuchaba cómo latía el corazón de María Fernanda, sino que de nuevo escuchaba a lo largo, con la oreja tendida, y aquella mirada de un estar no estando.

Dormía solo en el cuarto alto, y fumaba y fumaba, acodado a la ventana. Nos hemos pasado noches enteras mirándonos el uno al otro, aunque él me miraba sin ver. A veces, antes de acostarse, salía del cuarto. Al rato volvía y se acodaba en el balcón. Parecía que no hubiese encontrado lo que había ido a buscar. Y daba vueltas y vueltas por el cuarto, como si el cuarto se le hiciese chico. Y le vi acariciando el abrigo aquel, el de los botones dorados. Otro día abrió la cómoda y comenzó a mirar despacio algo redondo, aplastado, que Roque y él llamaban «el compás». Después desdobló un gran papel, extendiéndole sobre la cama. Pasó noches y noches inclinado sobre él. A veces seguía con el dedo una ruta sobre aquel papel. Ya de niño marcaba en la tierra líneas imaginarias que no llevaban a parte alguna.

Y antes que María Fernanda, yo adiviné que volvería a la mar.

Amador daba vueltas y vueltas, y se veía que no sabía cómo decírselo a su mujer. A María Fernanda la veía yo poco, porque no dormía allí y apenas si salía de casa. Solo una vez, de cuando en cuando, aparecía por la puertecita frontera, cubierta por el espeso velo negro, andando muy derecha, sostenida por el brazo del marido. Él se balanceaba un poco al andar, y ella, a su impulso, oscilaba también. En el rostro de Amador había respeto, y la llevaba con cuidado. Supe que el respeto puede ser un peso que hunda al hombre.

La gente que esperaba a la puerta de la torre de la izquierda se descubría y saludaba. Y al aparecer ellos por la puerta daba Roque el tercer toque de campana, tirando de la cuerda. Todas las mujeres cubrían sus cabezas en aquel tiempo con el mantelo, no siendo María Fernanda. Y ya antes de entrar muchas ponían gesto compungido y llevaban su mano desde la frente hasta la mitad de los pechos, de un hombro a otro. Esta señal es un nudo entre los hombres. La he visto hacer muchas veces, en diferentes ocasiones. Unos con indiferencia, otros lenta y gravemente, y otros con horror. Pero en alguna ocasión de su vida, incluso para jurar, todos los hombres la hacen.

María Fernanda llevaba cuello muy alto y nadie podría adivinar lo que pasó. Pero ¿temía acaso que alguno lo supiera? El caso es que pasaba con el rostro cubierto por el velo, y se ponía tan derecha que comprendí cuánto deseaba inclinarse y ocultarse.

Un día de esos, al ir a tocar la campana, Roque miró al señor. Se encontró con los ojos del señor, mirándole. ¡Qué bien se conocían! Algo adivinó Roque. Se agarró a la cuerda aquella y la agitó con brío. Y el sonido, en vez de ser pausado y serio, fue alborozado y ruidoso.

Gritó:

—¡Larga la vela!

María Fernanda se paró como si la hubiesen clavado en tierra. No dijo nada, pero Roque soltó la cuerda, abochornado. Las criadas comentaban:

—También tú… ¿Qué te dio?

Amador, que al pararse su mujer tuvo que parar, miraba a Roque con ojos de inteligencia y burla.

—Ve para dentro —dijo.

Y Roque pasó, haciéndose el avergonzado delante de la señora, pero le bailaba la risa.

Después, Amador salió a caballo, solo, y tardó mucho en regresar. Cuando volvió, a la tarde, respiraba de prisa y traía pegado a la ropa un olor vivo, acre y salado: el olor de la mar.

Yo sentí que me mareaba y que la savia se me calentaba por dentro. Por un momento envidié al hombre que tiene sus raíces sueltas y puede trasplantarse a donde quiere.

Amador, esa noche, estaba inclinado de nuevo sobre el papel cuando vi moverse la puerta lenta, lentamente, abriéndose con sigilo. Entró María Fernanda con su traje color de espliego, con el cuello alto, y fue acercándose a Amador, perdido en el navegar de su dedo marinero.

Igual que en la noche de sus bodas él se volvió, buscando cuál era la mano que le acariciaba. Era la mano de María Fernanda. Juntó las cejas —como luego las juntaría Xavier— y defendió el papel con su cuerpo, para ocultarle. Pero María Fernanda lo había descubierto, y él escapó a sus ojos. Y mientras María Fernanda se inclinaba buscando la huella de algo que la hería, él se acercó a la ventana, siempre con las cejas juntas. María Fernanda dobló el papel con gran esmero, y se acercó, con él en la mano, hasta la ventana.

—Amador —dijo, con su voz cantante.

Él no contestó.

Entonces la mujer se apoyó en los cristales buscando los ojos de mirada lejana, y preguntó tristemente:

—¿Me dejas quedarme con el mapa?

Amador no hablaba. Era como si no oyese.

—Déjame el mapa. Así sabré por dónde andas, cuando te hayas ido…

Esta vez sí que había oído, y se volvió en redondo.

—¿Qué dices, mujer?

Parecía defender lo que no tenía defensa.

Ella sonreía como si aquello no tuviese importancia.

—Cuando te vayas a la mar, yo te seguiré en el mapa —dijo.

Amador, entonces, la apretó contra sí, con muchísima fuerza, y yo temí por ella. Pero ella no temía nada, y sonrió, dichosa, aunque con los ojos tristes.

Amador echó la cabeza de ella hacia atrás, y metió sus dedos entre el pelo dorado. Y el pelo se desparramó hasta más abajo del pecho, como en la noche aquella.

Pero ella no tenía miedo.

Y él, con los ojos ardientes, desabrochó el alto cuello y se inclinó, besando ciegamente, desesperadamente, aquella herida cerrada. María Fernanda miraba por encima de él hacia mí y sonreía. Sin miedo. Pero con los ojos empañados y dolorosos. Me recordaban los de aquel cervatillo que hubo que matar porque comía todas las gallinas.

Y Amador subió de la garganta a la boca, abierta como una llaga también.

María Fernanda pugnaba por decir algo.

—La ventana…

—No hay nadie —contestó Amador.

Pero cerró la ventana.

IV

Así fue Amador, el amante de la mar. Y por él aprendí que la mar era mala mujer. ¿Por qué, si no, él, que la conseguía, tenía siempre la mirada en celo? ¿Por qué no hallaba descanso ni en los largos, resignados brazos de María Fernanda?

Si a la mar le faltaba Amador o no, en nada se le notaba. Yo la veía, desde mis ramas más altas, ocultando en su impudor su entraña. Que las mujeres —ahora lo sé— nunca están más ocultas que cuando se desnudan.

La mar, estuviese o no Amador en ella, seguía con su faz serena, de hembra adormilada, o se picaba en menudas ondas ribeteadas de blanco, como otras tantas bocas ofrecidas, o se embravecía, imponente, mostrando su poder. Y cantaba.

Cuando estaba colérica, el canto de la mar era terrible y triunfal, y parecía avanzar sobre uno. Otras veces, perversa, mostraba todos sus senos: unos apenas iniciados, otros redondos en forma de montículo, otros altos, desbordantes, plenos. Por todo ello supe que la mar era mala rival para mujeres.

Una mujer, más o menos, muestra la misma cara y el mismo cuerpo, pero la mar se renueva en el amanecer, y cuando el sol se pone, cuando brilla alto, y entre la niebla. Siempre distinta.

A veces me enardecía mirándola, en el atardecer, sombría e insaciable, cantando su canción. Y se lanzaba sobre las riberas, y sobre las rocas, y abrazaba a unas y a otras, pareciendo que tuviese cantidad infinita de brazos y besos para dar. En su furor yo sabía que el hombre peligraba aunque se protegiese entre el roble y el pino que le servía para sus barcas. Porque a todos arrastraba, voraz, mientras restallaba en los aires su espantosa canción.

La despreciaba, aunque me enardecía.

Pero al amanecer siguiente, cuando comenzaba el sol a desentumecer mis ramas, aún cargadas de efluvios pesados, salinos, sentía en torno mío aquella brisa suave, ligera, blanda, como las manos de los niños cuando se apoyan en mi tronco. Veía con sorpresa la faz serena y límpida de la mar. Sacudía mis ramas para ver bien, y la duda se filtraba en mí como se filtra el agua en mis raíces… ¿Habría yo visto mal la víspera? No era posible que fuese aquella mar la misma que se gozaba en dañar y en herir, en ofrecerse a todos, y en llevarse a los hombres en pos de ella, hasta dentro. De la duda pasaba a sentirme confuso; de confuso a desear perdón.

Así me trajo loco durante lunas y lunas: hoy creyendo y mañana dejando de creer; hoy amándola y mañana con horror de su nombre. Y a través de los sufrimientos de Amador aprendí a conocerla.

Porque yo le vi salir solo, seguido de Roque, y montar en el carruaje aquel. Al pasar cerca de mí volvió sus ojos a una ventana del Castelo, y agitó la mano. Pero él no sabía cuánto júbilo había en aquella mano que se agitaba…

Roque, sentado delante, con una caja muy grande que hicieron de un castaño hermano, y que conocían por el «cofre del comandante», entonaba algo entre dientes, una canción rugiente y emprendedora que me recordaba, levemente, la canción de la mar.

Cuando el carruaje iba a llegar a la puerta, ya de espaldas al Castelo, Roque miró de frente y gritó, casi poniéndose en pie:

—¡Larga el aparejo!

Y Claudia, la doncella de la señora, lloraba. Era la única que estaba en la puertecita de la torre viendo marchar el coche. Y al oír a Roque, y ver que él ni se volvía, gritó:

—Así sirvas de carnada para los peces, ¡mandria!

Pero gritaba entre lágrimas y Roque no podía oírla. Escondió la cara eu el delantal y echó a correr hacia dentro de la casa.

No sé qué pudo pasar en fechas siguientes. Os estoy contando mis recuerdos, ahora que amo a la torre, y que cuanto en ella sucede me parece algo mío. Y al hablaros de ella van viniendo a mí imágenes idas, a ramalazos, como traídas y llevadas por un viento. Entonces, enamorado de la mar, observaba menos a la torre, aunque creo que la amé desde siempre, sin saberlo, y que vivía de cuanto

en torno de ella sucediera.

Pasaron lunas y lunas, y la ventana alta permanecía cerrada, como el día que Amador se marchó. Solo se abría la puertecita pequeña, de cuando en cuando, para dejar salir a María Fernanda, vestida siempre de color espliego —¿por qué elegía aquel color, tan parecido al de la mar?— y con un velo espeso, negro, cubriéndole el rostro. A distancia, la seguía Claudia, su doncella. Claudia, desde que Roque se fue, tenía siempre los labios apretados, como conteniendo un furor, que, al distenderlos, pudiera escapársele.

María Fernanda, desde que no se apoyaba en el brazo que le hacía balancear, andaba igual que andaría luego su nieta Jacoba, con un andar leve. Parecía no querer posarse sobre la tierra. Todos sus males provenían de ahí: debió posarse, afirmarse en tierra. Iba muy derecha, tan derecha que casi se combaba atrás su talle. Y es que, más que nunca, deseaba inclinarse, ocultarse.

Las criadas, los mozos, el hortelano, se apartaban a los lados de la puerta, y saludaban al pasar. Después se miraban entre sí, sacudiendo las cabezas.

Un día noté que María Fernanda andaba más despacio, como si cargase un peso que le impidiera avanzar igual que siempre. Entonces comenzó a encorvarse. Entonces que por dentro debía desear erguirse, y que todos la vieran. Se abultó como se abultan las zorras y las perras, de medio vientre abajo. Y la gente, al saludarla, miraba más a su vientre que a ella.

El hortelano daba el tercer toque de campana. Claudia, la doncella, no miraba a la mano que entonces tiraba de la cuerda, y apretaba más los labios, creciendo su furor en relación entre su vientre liso y el vientre abultado de la señora.

Una mañana salieron todos los criados hablando alto y alborotando al segundo toque. Y yo me sorprendí. Salió por la puertecita aquel hombre parecido a un manzano rugoso, que tendía las manos por delante para no toparse con las cosas.

—Cada día más ciego, don Jesús —comentó una de las criadas.

—Buenos días, señor capellán —dijo el hortelano.

Y el que habían llamado capellán, repuso:

—Sin alborotar, que hoy no viene la señora.

Sonreía al decirlo. Luego se acercó a Blasa, una de las criadas más viejas, y dijo:

—Anda arriba, Blasa, que te necesitan.

Y Blasa entró por la puertecita, casi contoneándose.

—Mi Dios, don Jesús, ¿no vendrá la partera? —preguntaban las criadas.

—A callar y a rezar. Ofrecer la misa por ella, que de lo demás ya cuidamos.

Oí la voz de Blasa, que debía de gritar desde alguna ventana:

—Claudia, dice la señora que vengas.

Y Claudia, apretando más que nunca los labios, se volvió.

—También es una vergüenza —comentó una criada—. Una mujer soltera…

—¡Anda ya! —rio otra.

Cerraba un ojo mientras lo decía. Los hombres se echaron a reír, y furioso don Jesús se acercó a la cuerda, y él mismo dio el tercer toque de campana.

Una luna después se abrió la puertecita, a primera hora de la tarde y acudieron las criadas tapadas con sus mantelos, y los hombres con trajes de fiesta, y apareció Claudia con la cara verdosa y los labios casi blancos a fuerza de cerrarlos. Llevaba un bulto blanco entre sus brazos. Blasa le ayudaba con aspavientos. Las criadas se agolparon en torno a aquello blanco que tenía en brazos Claudia y tiraban para atrás la ropa, exclamando:

—Pobre; sin el padre…

Hubo un silencio. Se miraron unas a otras, y como sí el bulto aquel fuese algo que les unía, o la exclamación rompiera un silencio tirante, todas hablaban a un tiempo:

—Mira que también parir sola, lo mismo que una de nosotras.

—Y bautizar a la hija sin nadie de respeto…

Don Jesús salía de la torre de la izquierda y llevaba una ropa blanca también, que le caía hasta los pies —casi igual a aquella con que saliera al jardín María Fernanda la noche de sus bodas— y una tira ancha a los lados del cuello. Por una vez no acalló a las habladoras.

—¡Quién lo dijera! —suspiró—. Bauticé yo a su padre, Amador, cuando vino al mundo, y la fiesta que hubo… Duró tres días, que aunque luego tuvo hermanos, ningún bautizo como aquel de mayorazgo. Su padre decía: «Hay que tirar la casa por la ventana». Y a fe que casi la tiraron. Llevaba las mismas ropas que ahora la

niña y le traía en sus brazos la hermana de su madre, la señora marquesa, que en gloria esté.

—Dios la descanse —dijeron a una todas las mujeres. Y estaban pendientes de los labios de aquel que llamaban capellán.

—Pues ahora, ¡buena marquesa lleva en sus brazos a la nena! —dijo una voz.

Yo temí que Claudia dejara caer el bulto blanco al suelo.

—Llévalo tú, si quieres —gritó.

Yo miraba, pasmado, sus labios, pues creí que no iban a entreabrirse nunca. De tanto apretarlos hablaba con ellos hacia dentro.

—Mujer, no nos vengáis con gresca estando las cosas como están —dijo don Jesús.

Y todas bajaron la cabeza. Pero Claudia volvió a hablar con su voz de corneja.

—También pudo la señora avisar a su familia, tan principal como es, que no es para andar con tapujos una hija de marido, digo yo.

—¡Hale, a callar! Vamos a bautizarla —ordenó don Jesús.

Pero las mujeres iban murmurando, y yo oí que decían:

—Debió darle vergüenza la vieran sin marido.

—O que supieran que dormían cada uno en un cuarto. No es cristiano.

—Calla, no te oiga don Jesús.

Por eso supe que había una niña en el Castelo, una hija de Amador, y tenía curiosidad, porque de Amador no podía esperarse nada pequeño.

Debían de tenerla en la otra parte del Castelo, aquella delantera que da a la mar y es la más soleada. Por eso tardé bastante en verla. Pero, a quien no vi nunca más fue a María Fernanda.

A poco de aquella tarde, una noche que casi iba a cerrar su propia sombra, oímos el rodar del carruaje. Yo lo oí el primero, y el primero lo vi. Llevaba ya rato mirándole acercarse por el sendero de atrás, y sabía que era el carruaje que traía a Amador, porque llevaba entre cristales algo encendido, una estrellita roja, alargada. Digo estrellita porque oscilaba la luz con las hondonadas del camino, y también las estrellas oscilan por los senderos del cielo. Y al cabo de un rato escuché la ronca y burlona voz de Roque,

gritando:

—¡Abrid la puerta!

Al principio nadie contestó. Mas luego subió el hortelano corriendo desde la parte de atrás, y con él corrían uno de los criados y mujeres que no distinguía bien. Se oyeron risas y voces.

—El señor. Debe de ser el señor.

Y oí una ventana que se abría con estrépito, hacia la izquierda, y la voz de Claudia, no sé dónde, y un portazo violento. Todo ello junto llegó hasta mí.

El hortelano, con una luz que llevaba en la mano alzada, alumbró para que abriesen la puerta de la entrada que se cierra al anochecer. Y desde lejos gritaron todos:

—Bienvenido, señor amo. ¡Bienvenido!

Y era tan de noche que solo por sus palabras comprendí que el amo tenía que estar dentro. Roque gritó, desde su puesto de siempre al lado del hombre que llevaba un látigo y retenía a los caballos:

—¡Falta gente en cubierta!

Y se oyeron risas sofocadas.

Las risas acabaron cuando Roque saltó, y con la gorra en la mano abrió la portezuela. Todas las mujeres se volvieron hacia la izquierda, donde se había oído un abrir de ventana. Yo no divisaba bien, pero me llegaba como un resplandor blanco, como el halo de la luna en noche de calor, desde uno de los huecos del muro. Y Amador, instintivamente, alzó el rostro hacia allá. De espaldas a mí le vi cuadrarse, y quedar —un instante no más— quieto, en suspenso. Las mujeres se apartaron como si sobrasen allí. Y Roque cargó con el cofre del comandante.

Esta vez parecía que Amador escuchaba algo que llegase desde el Castelo, de donde procedía aquel blancor. Entró, por fin, erguido, por la puertecita, y yo no pude verle la cara que traía.

Toda esa noche estuve esperando que abriese la ventana de la torre, pero permaneció cerrada, lo mismo que si siguiese ausente. Cuando ya el sol estaba alto, al día siguiente, la abrió, y de tanto tiempo de lloverla encima, prietas las junturas, rechinó la madera, y le costó empujarla.

Estaba ya vestido con la ropa que usaba en el Castelo, sin botones dorados, y se volvió hacia el fondo del cuarto, mirando a Roque, que empujaba el cofre, y lo abría.

Amador le miraba, pero Roque no levantaba la cabeza.

—¿Viste a la niña? —preguntó Amador.

—Vi, mi Comandante —contestó Roque.

Levantó la cabeza.

—Hay que ir por un Almirante, ahora…

Amador se echó a reír, se acercó a Roque y le dio unos golpecitos en los hombros.

—¿Te acuerdas de la buena botella que bebimos a bordo, cuando supimos que venía un hijo en camino? ¡Por el Almirante! ¡Por el Almirante!… Buena la cogimos.

Sin transición se acercó a la ventana, y dijo con voz empañada, como si llegara a través de la niebla:

—No. No será Almirante. Tapiaremos las ventanas de atrás, que no vea la mar nunca. Y que se acostumbre a la tierra, que se haga a la tierra…

—Al fin y a la postre, todos hemos de ir haciéndonos…

Amador se volvió como si antes no hubiese hablado para Roque, y le extrañase que un ser vivo pudiera contestarle.

Preguntó:

—¿Cómo dices?

—Que hay que ir haciéndose a la tierra, para cuando toque bajar a la sentina —dijo Roque.

Y se reía con expresión de miedo.

—¡Dios me libre! —saltó Amador—. ¡Dios me libre! En tierra…

Dio dos o tres vueltas con las manos atrás repitiendo:

—Dios me libre…

A mí me sorprendió que hablase de un Almirante que estaba por nacer, y no aludiese a la que ya había nacido de él.

Pocos días estuvo Amador. Como era estación fría cerraban pronto su ventana, y no pude saber en qué ocupaba sus días y sus noches. Si alguna vez le divisé en el cuarto daba vueltas y vueltas, salía, entraba…

He podido observar cuánto se mueve el hombre, y se apresura, y va de un afán a otro. Será que como es corto su vivir, quiere que le dé tiempo a todo. Pero yo sé que no le da. Les he oído hacer planes, y contar sus deseos, y les he visto, de pronto, a medio camino, entregarse a la tierra.

Miden el tiempo con una medida incierta que llaman años,

meses y días. Pero quizá yo pudiera explicarle, si nos expresásemos con el mismo sonido, que no todos los días son iguales, ni los meses, ni siquiera los años. Todo, además, en proporción con la naturaleza del ser que los alienta.

El hombre vive poco. Causa pasmo verles nacer, correr, morir, morir, correr, nacer y sucederse a una velocidad de vértigo. Y me preguntó a qué les ha conducido y les conduce tanto afanarse, y gritar, y padecer, y reír. Nosotros, luna más, luna menos —si el hombre no se adelanta al tiempo— calculamos nuestra estancia aproximada en la vida. Ellos caen de súbito, como fulminados por un rayo. Y siempre, he ahí lo extraño, les coge de improviso. Sus vidas son una carrera emprendida entre ellos y ese tiempo que miden. Un buen día el tiempo los tumba, igual que el temporal al árbol débil. Y nada queda de ellos sino ese aspecto de leño rígido que os conté. ¿Y después?… No lo sé. Pero quizás algo quede que yo no sé, un aire, un algo inapresable, ya que por ejemplo, Xavier frunce el ceño como su abuelo Amador.

Quizá lo que quede sea la sangre que los formó, que de un hombre nacen muchos hombres sucesivos, distanciados en el tiempo, y de diversas madres o padres, pero todos parten de un tronco común que va alimentándoles, y dándoles savia constantemente.

Sí. Esto es lo que queda del hombre quieto que busca, agotado al fin, la tierra donde descansar —solo Amador, amante hasta lo último, buscó la mar en su hora postrera—: la sangre.

No. No puede decirse que el hombre muera del todo.

La primera vez que se abrió la puertecita de la torre salió por delante el Capellán, vestido de blanco, con la tira negra a los lados del cuello, y delante uno de los mozos más jóvenes llevando algo que brillaba como la mar cuando le da la luna, alzado, y detrás, entre el hortelano y un criado, a hombros, una caja abultada, larga, la primera vez yo no sabía qué encerraba la caja.

Por la noche yo había visto llevar y traer de luces, y escuché voces ahogadas, y golpes sobre madera, y el rechinar de la sierra. Medio entumecido pensé que el hortelano trabajaba hasta tarde. Porque todo lo que se hace con madera en el Castelo, lo hace el hortelano. Lo mismo que sea reponer una puerta, que cambiar al lavadero las vigas que se pudren, o hacer mango al rastrillo. Por

eso, al ver la caja adiviné que estaba hecha con el nogal que abatieron hacía tiempo ya. No comprendo qué encerraban en ella, que pesaba y les obligaba a caminar con cuidado.

Aquello que alzaba el mozo, por delante del Capellán, cortaba el aire. Tenía curiosa forma de árbol. De copa a la raíz, de rama a rama: Dos ramas solas, muy abiertas. Era algo así como un árbol que no daba la sombra mía, pero que, descarnado y todo, parecía limpiar el aire, tanto brillaba.

Este a manera de árbol es común a los hombres. Siempre que van a la torre de la izquierda, antes de entrar, hacen sobre sí mismos la sombra de un árbol imaginario. Lo mismo que el que brillaba: de copa a raíz, de rama a rama. Y una paz nace de esta hermandad que nos cerca. Quisiera un día saber qué árbol evocan, cuál es ese árbol que los purifica así, que después de evocarlo sus ojos son más limpios y parecen estar libres de malignidad.

El Capellán miraba el árbol aquel, lo mismo que Amador mira a la brújula.

El que tocó la campana la tocó diferente: un sonido pausado, solo, respondido por otro, en tono más grave. Así el eco a lo lejos, llamando.

Cuando salieron de la torre de la izquierda ya no traían la caja, y todos fueron dispersándose con la cabeza baja. Podría pensarse que les avergonzaba haberse desprendido de ella.

Don Jesús salió el último. Blasa le esperaba. Tenía los ojos rojos, y húmeda la nariz.

—¡Ay, don Jesús, la pobre!

—Santa… ¡Fue una santa!

Don Jesús se apoyaba en un bastón porque ya casi no veía.

—Don Jesús, ¿recibirá el recado el señor?

—Quién sabe por dónde anda…

—Pudo avisársele a tiempo, ¿no cree?

—No quiso doña María Fernanda.

Se detuvo un momento y vi que de sus ojos cegados las lágrimas saltaban lo mismo que la lluvia menuda corre por las nervuras de las hojas.

—Usted la tenía ley.

—Era una santa, Blasa. Te digo que… Pero no puedo hablar. Ya sabes, nosotros es como si no oyéramos…

—Claudia dice que se marcha. Que no debieron salir nunca de Oviedo, la señora y ella.

—Que se marche. No la iría mal.

—Yo la temo, ¿sabe? —la voz de Blasa era voz de hojas secas frotándose entre sí—. Dice que en llegando contará todo a la madre de la finada señora, que el señor la dio una muerte cierta, porque…

La lluvia menuda resbalaba por la piel rugosa del Capellán. Se volvió hacia la torre de la izquierda:

—Dejadla en paz. Al menos ahora.

—… Al ponerla la mortaja tenía un costurón negro, seco ya, en mitad de la garganta. Como una mordedura. Claudia se puso a chillar: «Esto no lo tenía de soltera. Lo digo yo, que era su doncella…». Y yo la amenacé, si no callaba. Y mire usted qué extraño, la muerta parecía sonreír…

Apenas pasaron dos noches, se oyó de nuevo el rodar de un carruaje, pero esta vez a media mañana. Debían de estar todos pendientes de la llegada, porque se alinearon a ambos lados de la puerta de entrada, las mujeres con mantones negros en la cabeza, y los hombres con la gorra en la mano.

Y Roque esta vez no gritó, ni se reía. Saltó, y abrió la portezuela.

Amador bajó, con su traje oscuro de botones dorados. No miraba a nadie, aunque todos murmuraban:

—… en el sentimiento, señor amo.

El sol le daba en la barba rubia, crespa, partida, y estaba tan blanco como si blanca fuese la sangre de sus venas. No dudó, ni fue a un lado o a otro. Con paso firme, y con los ojos abiertos, que por primera vez vi con mirada fija, presente, y hacía daño verla, fue hacia la izquierda, hacia la otra torre. La gente quiso seguirle. Pero Roque, serio, sin alzar la voz, dijo:

—Atrás todos.

Se retiraron, y quedaron mirándole entrar, solo, en silencio, porque sabían que Roque conocía los gustos de su comandante.

Amador no vaciló al empujar la puerta aquella. Mucho tardó en salir. Antes de que lo hiciera apareció don Jesús, casi ciego, con su bastón tanteando la hierba, y Blasa y el hortelano le conducían un poco. Don Jesús entró por la puerta que había abierto Amador. Tardaron en salir, os digo. Cuando lo hicieron, Amador estaba más blanco aún, lívido, como esos amaneceres fríos, cargados de helada.

Pero los ojos habían recobrado su mirada perdida. Se detuvo como si no viese a nadie, y levantó la cabeza a la altura que la levantó la vez última, cuando del hueco de una de las ventanas una forma blanca le obligó a mirar. Miró mucho rato, y parecía que sus ojos viesen algo más que el cristal que todos veíamos, brillando, alegre, al sol. Después caminó hacia la puertecita, y me parece que oscilaba más que nunca su andar, aunque era firme.

Le vi entrar en el cuarto de la torre, cuya ventana estaba abierta desde aquella mañana, porque debían de conocer su arribo. Y andando siempre así, con los ojos ausentes, fue hasta la cama y miró hacia la almohada.

Luego, se desabrochó el cuello, igual que si le ahogase. Y al desabrochárselo se volvió, y se vio en las aguas bruñidas de un espejo. Al parecer se movía sin saberlo. Se llevó la mano a la garganta, y luego la miró, poderosa, curtida por el aire y la mar.

Amador metió la mano en el bolsillo, y sacó una navaja sin dejar de mirarse en el espejo.

Con la mano tanteó su cuello, y luego acercó la navaja, y la apoyó. Pero apartó la mano, que temblaba. Yo veía en el espejo sus ojos: tenían miedo. Había miedo en sus ojos…

Fue retrocediendo hasta el borde del lecho, siempre con la navaja en la mano, y aquel andar oscilante, temblando. Se dejó caer allí, y rodó la navaja al suelo.

Temblaba. Temblaba… Desabrochó toda la chaqueta y se llevó las manos a ambos lados de la cara. Decía:

—Cobarde… Cobarde…

Mientras tanto, yo podía ver a don Jesús diciendo a Roque:

—Sube con el amo, no sea que te necesite.

Y vi entrar a Roque por la puerta del cuarto de Amador, y le vio así, temblando, con la navaja caída, desabrochado.

Corrió, que nunca pensé que fuera tan ligero. Se agachó y se oyó el

ric-rac

de la navaja al cerrarse, mientras decía:

—Mi Comandante… ¡Mi Comandante!

Amador le miraba con aquella cara lejana, y Roque se dejó caer de rodillas, apoyado contra la cama, a su lado, y se puso a llorar como si el pecho se le partiese en dos. Solamente se le oía decir:

—Por Dios, mi Comandante…

Amador puso la mano sobre la cabeza del marinero y repetía sin darse cuenta:

—Bien, Roque… Bueno, Roque.

—Hay que ser hombre, mi Comandante —gimió Roque.

Y al oírle, Amador se levantó. Le miró de frente, con su ceño de mando. Y le dijo:

—¿Qué es eso? Tú, a tu puesto.

Y se abrochó la guerrera.

Roque se cuadró, y se mantuvo respetuoso. Él y yo sabíamos que Amador era otra vez Amador.

V

A mi tronco se aferraba la hiedra. Pero Fidel no la dejaba prosperar. Nada más verla movía la cabeza, y volvía llevando en la mano ese instrumento como una rama cóncava, con filo, que la llaman hocino. Entre el hombre y la hiedra —armado el hombre, sin armar la hiedra— era corta la lucha. Con la mano libre Fidel agarraba las hojas a puño pleno, y las desentrañaba de mí. Con la otra mano, armada del hocino brillante, sajaba esa rama sutil que la une toda. La hiedra se agarra y no quiere soltarse: donde prende quiere morir. En eso se parece a los humanos que viven en el Castelo.

Pero Fidel, que tiene que vivir de prisa —para eso es hombre— no dispone de tiempo para pensar, como yo, y establecer comparaciones, en las cuales, tantas veces, se halla disculpa para el mal ajeno. A Fidel no le queda tiempo a reflexionar, porque si se detiene a hacerlo, el tiempo pasa y le coge desprevenido.

El hombre —así vive la bestia temerosa de él—, vive a su vez al acecho del tiempo. Y se defiende huyendo, o plantándole cara. Desde que comienza la huida o la lucha yo sé que está vencido. Igual que el zorro si le persigue el hombre, o la gallina si la persigue el zorro.

Fidel se daba prisa a librarme de la hiedra, y de prisa se la llevaba sobre mimbres entrelazados que llamaban cesta. Casi todas las cosas que usa el hombre para su servicio están huecas: la cuna, la cesta, la casa, la barca, la caja… Y casi todas las hace con nosotros, árboles, pareciendo que quisiera agarrarse a nosotros, para sentir sus raíces en tierra. Si quiere hallar calor, coge grandes troncos de roble y los coloca, atravesados, en la chimenea. Prende en ellos el fuego y acerca sus manos a él. ¿Ha pensado, alguna vez,

que le calienta un árbol?

Si lo que busca es sombra, grita como os he dicho:

—¡Al castaño! ¡Vamos a la sombra del castaño!

Porque ahora —no busquéis vanidad en mí— la sombra que yo doy no la da árbol ninguno. La del ciprés es afilada, ahusada, como la hoja de los cuchillos; la del sauce es redonda y leve, y la sombra de los frutales es sombra de momento. A la larga dejan filtrar el sol.

Hubo un tiempo en que a la otra parte, cerca del lavadero, existía un roble con un tronco poderoso y recio. En su base había una hendidura con forma parecida a la cuenca de un ojo humano, y allí era donde los zorros hicieron su nidada. Según parece —lo escuché de Fidel— los zorros comían las gallinas, y las mujeres les tenían miedo y daban chillidos penetrantes de pájaro carpintero cuando los veían.

Una mañana Fidel, ayudado por unos hombres que nunca antes viera por allí, abatieron el árbol. Yo era entonces muy tierno y apretaba mis ramas para no hacer ruido, y no despertar también el furor de los hombres. A cada golpe que daban con aquel filo cortante, sujeto a un mango de roble también (y me dolió que fuera un roble muerto el que ayudase a la faena, que el mal viniendo de los propios hermanos más lastima), iba haciéndose una herida blanca, lechosa, en el tronco potente. Uno de los hombres trepó árbol arriba provisto de una cuerda y le hizo un dogal. Otro, desde una ventana que yo no veía, le echó el lazo a unas ramas. ¿Temían que los brazos del árbol se agitasen y con toda su fortaleza cayeran sobre ellos?

Llevaban horas y horas hendiendo el árbol. Y entre los demás, y en la floresta, se extendió un silencio de muerte. Nadie chistaba. Generalmente entre nosotros corre un rumor suave, que nosotros entendemos, y me pregunto si algún hombre también, porque he visto a Vicente, a veces, aguzar el oído, escuchando. Y he oído entre mis ramas las cosas que contaba el hijo de Pastor, Lorenzo, el de los ojos castaños.

Pero el día aquel el silencio era como esas ropas blancas con que cubren los hombres a los suyos cuando han dejado de latir. Fidel y los otros sudaban. Fue una lucha enconada. Cada golpe que hendía el aire dijérase que lo recibía yo en mi propia raíz, tanto dolía. Habituado al viejo roble cerca del lavadero parecía mentira que

pudiese existir el lavadero sin el roble aquel.

Los hombres no lo entendían así. Me llegaba la voz de Fidel:

—¡Aú! ¡Aú!… A ver si lo tumbamos hoy.

—Y vaya camada que tenía aquí la raposa.

—Acabar de una vez. ¡Aú!…

Por haber acogido a la raposa moría el árbol. Me extrañó profundamente aquel encocorarse porque la zorra comía a las gallinas, que era, ni más ni menos, lo que ellos hacían.

¿Dónde estaría el zorro y su hembra? Los cachorros habían crecido y tiempo ha faltaban de su nido. Pero ¿y los padres? ¿Bajo qué hierba, bajo qué noche saltaría ahora el macho, cuando todas las hojas en el otoño se volvieran doradas?

Dejó el sol de picar y aún seguían los hombres en sus feroces embestidas.

Blasa les llevó comida y se sentaron desparramados para satisfacerse. Fidel, el hortelano, se dirigió a una casita que debe de tener al otro lado de la torre, porque he oído muchas veces decir: «Toma, ve a casa de Fidel…», y el que lo recibe sigue la dirección contraria a mí. Por eso sé que la casa de los hortelanos —ahora os cuento de Fidel, pero los hortelanos se han renovado al dejar de vivir— está por alguna parte, al otro lado.

A poco de comer los hombres volvieron a la tarea con más fuerzas. Antes de comenzar sacaron hoja picada, la dejaron caer en un papel liviano, y hábilmente —los dedos de los hombres son muy hábiles— la arrollaron y quedó como una cañita corta. Entre las manos de uno de ellos brotó el fuego y se lo pasó a los demás. Se llevaron la cañita de hojas secas a la boca y besaban chupando. Una neblina blanca y gris, unas nubes caprichosas semejantes a las virutas que hace Fidel cuando trabaja los leños secos, brotaban de sus labios. Se tragaban el fuego. Fue la primera vez que lo vi, y desde entonces he podido verlo muchas veces. Ahora, Ángeles misma traga fuego. Es algo emocionante y pavoroso ver salir del hombre el humo. Buscan el fuego en todo. Incluso sus palabras, a veces, arrastran una lava ardiente. El fuego les consume.

Cuando aquellos hombres y Fidel dejaron de abrasarse las entrañas, volvieron a la carga con nuevos bríos.

—Se nos va a echar la noche sin terminar…

Fidel, que es alto y rubicundo y siempre está haciendo un ruido

con la garganta y luego escupe, escupió esta vez también, posando su mano en el tronco medio vencido.

—Apuesto a que juntos los tres no le alcanzamos…

—Hombre, no lo hemos de alcanzar…

—Apuesto una ronda de tabaco. ¿Hace?

—Va —contestaron riendo dos de ellos.

Y se pusieron con las manos juntas a dar vuelta al árbol, a ver si lo abarcaban entre sus brazos. Las mujeres acudieron y reían:

—¡Perdéis la apuesta todos!

Se les unieron dos criados más, y así, juntos los cinco con los brazos muy estirados, difícilmente abrazaban el talle del árbol.

—¡Mi madre querida! —reía Blasa.

Los hombres estaban rojos eu su esfuerzo por abrazar al roble.

—Entre cinco apenas podéis.

—Tiene buenas caderas el árbol, tiene… que si fueran las tuyas con mis manos sobraban.

—¡Loiro! ¡Qué bruto!

Reían.

—Mujer —dijo el que había hablado—, no esperarás que pidiese ayuda para la tarea…

La criada de las caderas de árbol se puso roja, pero no era la rojez de la vergüenza, y agarró la jarra de agua que les habían llevado y se la tiró al hablador.

—¡Toma! Para que se enfríen las fuerzas.

El hombre corrió hacia ella, gritando algo que no comprendí entre las risas de los demás, que acompañaban su reír con golpes en los muslos. Pero se oyó un portazo y se volvió, encendido y riéndose.

—Llevaste chasco —dijo Fidel.

—De verdad, ¿puede uno solo con las caderas de Ubaldina, Fidel?

Fidel alzó los hombros y no parecía contento.

—Probarlo a ver…

—¿Apostamos otra ronda de tabaco, Fidel? ¿Hace?

Fidel cogió el filo cortante y soltó tan fuerte golpe al roble que este se estremeció hasta sus ramas.

—Otro así y lo tumbas solo.

—Podíais cumplir con el trabajo, que a eso vinisteis —gritó

Fidel, sin volver la cabeza, golpeando el árbol lo mismo que si, en efecto, quisiera él solo derribarlo.

Los hombres se miraron y cerraban un ojo y se daban con el codo. Se pusieron más serios y alzaron sus filos también. Esos cortantes y achatados filos que llaman hacha.

Uno dijo de pronto:

—Ya está.

Todos se separaron mucho, como si huyeran de algo. Y alguien, desde un lado, tiraba del lazo que a las ramas hicieran y tres de ellos corrieron a la parte de allá. Tiraban del dogal del tronco desde lejos, porque no los veíamos.

—¡Auuuú…! —gritó el hombre que quedaba junto a Fidel.

Fidel ahora no se movía. Estaba de espaldas a mí, con la cabeza levantada hacia el árbol. Con un temblor que nos dominó a todos, y que venía desde la misma tierra sollozante, el ramaje comenzó a oscilar.

—¡Apartarse!… ¡Apartarse!… —gritaba el hombre junto a Fidel.

Y el roble giró un poco o movió mucho sus ramas, no lo sé bien, porque todo en torno mío daba vueltas, y rápido, certero, poderoso aún, se rindió. Cayó cuan largo era, levantando tierra y hierba en derredor suyo, y aun después de muerto debían de temer su fuerza, porque los hombres se apartaban, Y vi a Fidel mientras caía el árbol que se quitaba la gorra. Luego se volvió de espaldas a los otros y me sentí muy cerca de Fidel, porque tenía la cara contraída. Se agachó, cogió la jarra que contenía el líquido que exprimen de la uva, y alzándola lo dejó caer a chorro en su garganta. Mientras bebía cerraba tanto los ojos que nunca supe por qué parecía, de pronto, herirle la luz.

Del roble quedó la base ancha, fuerte, sobre la hierba. Levantaba dos palmos de hombre. Cuando vino Amador la vez aquella de sus bodas, lo vio y dijo:

—Dejadlo así; puede servir de banco.

Y Fidel lo pulió casi con ternura; él, que había ferozmente golpeado el árbol.

En la base aquella solían sentarse las criadas, porque estaba frente al sitio del Castelo, donde pasan sus días. Allí, en brazos de la doncella Claudia, que no marchó, aunque se pasaba la vida amenazando que lo haría, vi por primera vez a la niña Amalia, la

hija de María Fernanda y de Amador. El padre no había vuelto, y la niña crecía entre criadas. Todas andaban desgreñadas, sucias como árbol mal podado. Solo Claudia vestía una ropa obscura, y sobre ella grandes y caleados lienzos blancos.

—Cuidado —decía Ubaldina—. Siéntate con cuidado, no vayas a mancharte el delantal…

Me recordaba cuando dos gatos dan vueltas en torno uno de otro, erizados los pelos, hasta que uno se decide a lanzar un zarpazo.

—Le parecemos poco las del Castelo. Como ella vino de ciudad…

Claudia apenas despegaba los labios y fingía no escuchar las palabras de Ubaldina. Su delantal brillaba de puro blanco.

—… ¿Y Roque? ¿Te parece también poco Roque?

La voz rasguñaba como la zarpa del gato.

—A Roque no necesitas hablarle, ¿eh?, para lo que tenéis que hacer…

Claudia entonces separaba los labios, tirantes de tanto apretarlos, y os aseguro que sus palabras saltaban a chorro, a borbotones.

—¡… eso lo serás tú! ¡Y tu madre! —chillaba Ubaldina.

Claudia se levantaba ciega, con aquel bulto de criatura humana en brazos.

—¿Y qué vas a hacer luego? ¿Tirar a la nena? —se le oía a Blasa.

Claudia gritaba:

—¡Que cuide de ella otra, que yo me marcho!

Y entonces Blasa salía junto a ella. Blasa no debía de conocer el agua. A Blasa las arrugas de la cara le hacían surcos más obscuros en su corteza.

—Mujer, no te pongas de esa conformidad. Ubaldina es Ubaldina y le tiene que dar a la lengua. Y como a ti no te gusta el palique, te pincha para que saltes…

Claudia se sentaba en la base del roble más derecha que nunca.

Deshilachado, como hoja desenhebrada, colgaba el delantal de Blasa. Claudia apartaba su ropa, apretando los labios.

—Ubaldina tiene buen corazón, pero tú, no me lo tomes a mal, parece que no nos tomas ley ninguna. Yo creo que no quisiste ni a doña María Fernanda, Dios la descanse…

Claudia no contestaba. Blasa se iba con su voz de frotarse hojas secas:

—El mucho callar hace vinagre. Te lo digo yo.

Apenas se veía lo que era Amalia en brazos de Claudia y tapada por la ropa. De cuando en cuando se ponía a rabiar y era un maullido tan agudo que Claudia, que empezaba balanceándola para callarla, acababa sacudiéndola lo mismo que al manzano para que suelte el fruto.

—Vaya genio que gasta —comentó Fidel—. No sé a quién sale.

—Sale a quien sale —saltó Claudia, harta ya de procurar calmarla—. Que mi señora no levantaba nunca la voz ni se la oyó gritar nunca…

—Hombre, ¡sin señalar! Tampoco a don Amador.

—Ni hombre ni hombra. Usted no le ha mirado a la cara.

Fidel calló. Antes de irse enseñó la garra:

—Eso lo dejo para ti.

La niña se ponía roja, con toda la carita arrugada.

—Pero ¿qué antojo tiene, a ver? —preguntaba Blasa—. Que no hay quien pare con los gritos de esa becerra.

—Cuidado con la manera de hablar, que becerra o no será el ama.

—Pues si sigue con ese pronto te digo yo que no habrá quien pare.

Y Amalia siguió con aquel pronto. Fue siempre así: chillona y violenta cuando algo se le antojaba. Pasado el furor, quedaba aplacada y parecía hallarlo todo bueno. De tarde en tarde, como nos viene la tormenta, descargando el calor o la helada, Amalia se emborrascaba. De niña, de joven y de mujer. Y todos escapaban, que habían aprendido que era mejor que se desfogase. Pocas veces vio a su padre. Llegaba como llega el virado, y se marchaba lo mismo, sin preguntar por Amalia, aunque Claudia la ponía limpia y brillante, igual que ella, y la alisaba el cabello tiempo y tiempo.

Pero un día a Amalia le dio un ataque de ira de los suyos estando Amador en el Castelo. Yo le veía en el cuarto alto de la torre, de espaldas a mí, sentado cerca de la chimenea. Leía un gran fajo de papeles y tras leer, unos apartaba, apuntando algo encima con la roja pluma de pavo, y otros lanzaba al fuego encendido, aunque era día de sol.

—¿Qué pasa, Roque?

Por entonces Roque no se quitaba su ropa marinera ni al llegar, pues sabía que apenas le daba tiempo para vestirse otra; salían corriendo, lo mismo que si Amador huyese de algo que encontraba allí. Dijo:

—Es la niña, mi Comandante.

El Comandante, que debía de estar en sus cosas, preguntó:

—¿Qué niña? —Pero se dio cuenta en seguida—: ¡Ah, la niña…! ¿Qué le pasa?

Se había puesto en pie.

—Dice Claudia que son cosas que le dan así. Se pone toda roja y chilla y patea. Tiene puños la niña…

Reía, buscando los ojos de Amador.

—Di a Claudia que la suba.

Y la trajeron entre Claudia y Roque. La niña, que era ya crecidita, les escupía y les daba tantas patadas que a duras penas podían con ella. Así arrastrándola, la trajeron a presencia del padre.

Amador la miraba, con los ojos ausentes, como si nada de aquello fuese con él.

—¿Qué le pasa a la niña?

—Señor amo, que quise cambiarle el delantal, que lo tenía sucio…

El delantal aparecía rojizo, espeso, y olía que hasta mí llegaba aquel olor.

También el olor aquel tuvo que dar en la nariz al padre, porque aspiró fuertemente y dijo:

—¿Qué es eso?

Miró a la niña que ya no gritaba, cansada, respirando de prisa.

—Estaban matando a la gallina para la cena del señor. Y la niña en cuanto ve que matan gallina o puerco —al nombrarlo Claudia puso la mano delante de la boca—, escapa para verlo. Y empuja a las mujeres para que la dejen acercarse bien al barreño, y metió las manos hasta los codos en la sangre de la gallina y se las restregó por el delantal…

Amador escuchaba. Iban sus ojos de Claudia hasta su hija. Miró a esta con horror, con espanto. Se llevó las manos a la cara, y dijo:

—¡Maldición!…

—Mi Comandante —dijo Roque—, es cosa propia de chiquillos.

En mi pueblo…

—Cállate —dijo Amador. Y juntó el ceño—. Llévate a la niña.

Claudia salió llevándose a la criatura, que hipaba con su delantal pringado y aquel olorcillo acre metido hasta en el pelo.

Roque fue tras ellas andando casi de puntillas.

Al quedar solo, Amador se acercó a la chimenea y estuvo largo rato apoyado en su borde, con la cabeza en la mano, como si aquella fuera dura carga. Y de pronto, pausado, sin cólera, se agachó, cogió todos los papeles apartados y los que quedaban, y uno a uno fue echándolos en la chimenea, mirando cómo ardían.

El fuego de los papeles duró hasta la madrugada.

VI

POR eso a mí me crujen las ramas cuando oigo discutir a Amalia con Efrén. Porque Amalia y Efrén duermen en el cuarto alto de la torre, y constantemente me tienen estremecido. Están siempre como gallo y gallina antes de montarse.

—¡Loca! ¡Loca! Que estás loca y no hay quién te aguante. Ni tu padre pudo contigo… —grita Efrén desesperado, cuando Amalia desahoga su furor.

La mujer chilla y las venas se le hinchan en las sienes y se le pone la boca blanca.

—No nombres a mi padre.

—No pudo contigo, ¡no! —chillaba Efrén, al principio de casarse—. Y por eso anda siempre a la mar. Que no hay peor tormenta que tú…

Esto era siempre lo que zanjaba aquella lucha. Amalia se dejaba caer sobre el lecho, sollozante, y tenía para unas horas de hipido.

—¡Qué desgraciada soy! ¡Qué desgraciada soy! —gemía.

Efrén se había marchado, dando un portazo. O se sentaba junto a la chimenea leyendo, como si no viese a la mujer llorando sobre la cama.

A veces, Amalia volvía a la carga:

—¡Bruto! ¿Pero no ves que lloro, di? ¿No te importa?

Efrén, con indiferencia que no debía de ser cierta, porque veía blancos los nudillos de sus manos, daba vuelta a la hoja. Y desmelenada, sucia de llanto la cara, Amalia le miraba, y su mirada iba tornándose maligna.

—¡Amalia, no!… ¿Qué vas a hacer?… ¡Amalia!

Jarra o palmatoria salían disparadas hacia Efrén, que agachaba la cabeza, alzando una mano. Luego, se ponía en pie, y le

temblaban los labios.

—¡Loca! Estás loca de remate…

Salía del cuarto. A poco optó por no esperar a la jarra ni a la palmatoria.

A veces, aún no se le había pasado del todo el ataque de ira a Amalia, y salía corriendo en pos de él, golpeándole con los puños, erizado el rostro. Parecía que en su piel tersa existiesen pinchos invisibles, como los cortos, punzantes pinchos erizados del fruto mío.

Otras veces, tras llorar, se levantaba, se ponía de rodillas frente a la figura de Mujer sobre la cómoda, atravesado de cuchillos el corazón, y dejando resbalar las lágrimas por el rostro, abría los brazos, imitando un árbol de dos ramas. Se estaba así. Yo la miraba y dudaba de lo que veía. También Efrén la miraba de reojo, aún con los nudillos blancos y ojos de odio. A fuerza de contemplarla, desmelenada y palpitante, con aquellos brazos ofrecidos al aire, iba bajando poco a poco el libro.

—Amalia… —decía, desde su asiento.

Ella no sé si oía, porque seguían fijos sus ojos en los de la Mujer dolorosa, frente a ella. Efrén se levantaba y la tomaba suavemente por debajo de los brazos. Amalia no se movía, ni los bajaba. Entonces, Efrén acercaba su apenas nacida barba al cuello y la oreja de su mujer y movía la cabeza, frotándose con ella. Y él, porque tenía la cabeza gacha no la veía. Pero yo sí, y los ojos de Amalia se cerraban, y parecían pesarle los brazos. Aquellos brazos que acaban enlazando la cabeza inclinada del hombre.

—¡Qué malo eres! ¡Qué malo!… —casi gemía.

Pero su gemido no nacía del dolor. Me recordaba el gemido de los animales en época de celo.

—Tú eres la mala. Te pones como loca.

—Tú empiezas el primero…

Había una tensión en el aire. El hombre parecía enfriarse.

—No —decía Amalia—. Soy yo. Sí, soy yo… Perdóname Efrén. Me pongo como loca. Es más fuerte que yo. ¿Acabaré loca, Efrén?

—Lo estás ya. ¿No lo estás? —decía Efrén, apretándola.

Y algún sentido oculto tenían sus palabras, porque había una risa ardiente en sus labios. Amalia reía también, pero reía sin enseñar los dientes, temblándole el cuerpo.

—Lo estoy, sí… ¡Loca!

Efrén no se cuidaba de cerrar la ventana. Era como si a él también le cogiese el celo igual que los ramalazos de iracundia a su mujer.

Después quedaban blandos y dulzones, como la pulpa de la caña.

—Anda, péinate… Que no se den cuenta las criadas.

—Y que se la den. ¿No eres mi marido?

—¡Mujer!

Se besaban.

—Efrén —decía Amalia con una voz lejana, eco de la tormenta—, lo único que… Lo que me duele es que me eches en cara lo de mi padre… —lloriqueaba.

Unas veces Efrén lo tomaba a juego:

—¡Y dale! ¡Y dale!… Anda, levántate, holgazana.

La empujaba del lecho, riéndose, y echaba las sábanas abajo, dando carrilladas con la palma abierta en las nalgas agudas de la mujer.

A la mujer aquello la halagaba. Se ponía como las aves cuando lucen su plumaje.

—Anda, lárgate, que si no…

No debía de ser amenaza temible, porque los ojos de los dos reían, fosforesciendo.

Otras veces, en cambio, Efrén después de todo daba la razón a Amalia.

—Tienes razón. De lo de tu padre tú no tienes la culpa.

Amalia ponía cara de víctima:

—No le vi nunca, Efrén. Desde los seis años no le vi más.

—Pobrecita —decía Efrén, rodeándola con sus brazos.

—Es como si no lo tuviese, ya lo ves.

—Me tienes a mí, tonta…

Amalia se enroscaba en sus brazos como el gato al sol.

—Y mi pobre madre… Una víctima. Me contó Claudina que en conjunto apenas estuvo cinco meses con él. Una santa…

—¡Pobre! Bien hizo Dios en llevársela pronto.

—Y eso que parece que él se casó enamorado. Dice Claudia que la rondaba y la rondaba, en Oviedo. Mis abuelos se enteraron de quién era él, y cuando supieron que era de esta casa, se pusieron

muy contentos, aunque sentían separarse de ella. Dice Claudia que mamá desde que vio a mi padre parecía como si viviese en otro mundo. Y daba prisa a su madre para la boda. La abuela decía: «¿Te hallarás siempre sola en el Castelo? Porque yo poco podré ir con estos viajes tan largos». Y, además, que por allí contaban que los caminos por Galicia eran muy malos y salían los ladrones a las diligencias. Mamá ponía los ojos en blanco y reía divinamente.

—Quieres mucho a tu madre, ¿verdad?

—Era una santa…

—Debía de parecerse a ti.

Yo tenía ganas de protestar en nombre de la verdad. Sacudía mis ramas, pero no me entendían.

No. En nada se parecía Amalia a María Fernanda. María Fernanda, que no dijo nunca —yo no la oí—: «Perdón. Te perdono. Perdóname», pero que todo lo perdonó, en la noche aquella, con un gesto amoroso de sus nerviosos y esbeltos dedos blancos. Aún me figuraba verla allí, en aquel mismo lecho, mientras cicatrizó la herida, sin dejar que la atendiese más que el marido. Y su doncella solo vio la llaga cuando María Fernanda murió, para vestirla. Yo sabía que María Fernanda había sido como la magnolia o el cervatillo, y se me revolvía la savia de que Amalia la usase para pavonearse.

Sabía también que Amador no tenía culpa si aquel grande amor devorador le roía por dentro, llevándole a la mar.

Supe que fue él quien cuidó de casar a la hija. Y no dejó, ciertamente, que los años se le echaran encima.

Don Jesús ya no salía por la puertecita de la torre. Ignoraba si habría muerto en la parte de delante o seguiría viviendo allí; pero Blasa y Ubaldina lo hablaron con Fidel.

Estaba Blasa sentada sobre la base del roble y vino Ubaldina a juntársele. Miraban hacia el otro lado:

—¿Y estará en lo cierto don Jesús? Mira que ahora ya nada ve y está hecho un sarmiento, siempre en cama.

—Le leyó la carta Claudia. Cuando llegó aquel propio, bien pensé que traían mala noticia del señor. Pero, no, que esta vez eran buenas.

—A saber lo que se llaman buenas, Blasa. A ver qué señorito nos toca…

Y como Fidel pasaba con la azada al hombro, Ubaldina le llamó:

—Eh, tú, Fidel, ¿sabes la novedad?

Fidel se paró, sin contestar, mirando hacia ella.

Blasa dijo despacio, con su voz de susurro entre hojas secas:

—Casan a la niña.

Fidel las miraba y saltó:

—¡Loiro! ¡No diga!

Se acercó. Ubaldina manoteaba:

—Hubo carta del señor a don Jesús. Y dice que vendrá una hermana de la finada señora para respeto. Se celebrarán las bodas el día de la Peregrina, y no quiere jolgorio.

—El novio es el hijo segundo de una casa muy principal de Ribadavia.

—Pero —Fidel se volvió también a mirar hacia el otro lado—, ¿qué años tiene aquella rapaza?

—Eh, ya puede… —dijo Blasa—. Ya es mujer. Quince serán los primeros que haga. Y en eso lleva razón el señor, que la mujer debe casar temprano. Ya ves, doña María Fernanda casó vieja, y no pudo con sus fuerzas.

—¡Mujer, vieja!… —dijo Ubaldina. Parecía defenderse—. No tenía arriba de veinte años.

—A los veinte años ya se han dejado correr siete atrás, sin provecho. Y aquí se necesitan críos, que esta casa se viene abajo, mentira parece…

—La hermana del señor, la señorita Benigna, casó a los trece.

—Y bien que le irá. Una vez el señor me dijo que tenía un hijo por año y que vivía en una torre del Valle de Oro, con muchísima fincabilidad.

—¿Sabe la Amalia que la casan? —preguntó Fidel.

—Ha de decírselo don Jesús. Lo sepa o no lo mismo es. Ya era tiempo de que mirasen por ella.

—¡A saber quién le toca!

—Mujer, el padre habrá mirado bien. Desde mañana habrá que afanarse para que encuentre aparente el Castelo la señorita Máxima cuando llegue de Oviedo.

—¡No habrá quien aguante a Claudia! —suspiró Ubaldina.

Y se fue para dentro. Blasa arrugó aún más los surcos veteados de su cara.

—Y tú, Fidel, ¿por qué tú… y la Ubaldina?

—Así nos va bien.

—Hombre, ¿y los hijos? Es de ley que miréis por ellos.

La voz del hombre ladraba:

—Los hijos como están, están. ¿Les falta acaso algo a los hijos?

—Les falta el nombre, ¿te parece poco? ¿Y luego, el día de mañana?

—El día de mañana trabajarán como trabajo yo, que tampoco me llamo más que Fidel, y no me faltó nunca que trabajar. —Dio media vuelta, con el semblante fosco—. Si las mujeres se tragaran la lengua…

Porque Ubaldina, desde que María Fernanda faltó, se puso a cosechar hijos de Fidel como campo abonado. A poco de nacer, se arrastraban por la hierba, frente al lavadero, y se chapuzaban en el agua igual que los perritos. Después del segundo hubo gritos entre Ubaldina y Claudia:

—¡A ver dónde está la vergüenza! ¡Enséñamela que la vea! —gritaba Ubaldina—. Vergüenza es lo que tú haces…

—Pues digo que tus hijos no han de juntarse a la niña, y lo digo. Y si no, hago que don Jesús escriba a su abuelo. Si los tienes, allá tú y el padre… si es que sabes quién es.

No ladran las perras con más fuerza. Pero la voz de Claudia era aguda, y se oía por encima de todos:

—… Pues si son de Fidel, que los lleve Fidel para su casa. Pero no quiero encontrarme con esos piojosos cerca de la niña.

—A ti lo que te arde es que eres seca como el macho, ¡so lavada!

Claudia debió de poder. El caso es que a los niños se les veía poco, aunque a veces el viento traía sus voces y alborotos, y Amalia levantaba la cabeza, atendiendo, igual que un animal pequeño mira a otro, deseoso de acercársele. Amalia aparecía de la mano de Claudia siempre limpia y peinada, y se sentaban a mi sombra. Pero a Amalia le gustaba también arrastrarse por el suelo, y se ensuciaba pronto.

Los hijos de Ubaldina debieron de ir creciendo a gatas o correteando alrededor de la casa donde Fidel dormía.

Pero aquella vez que viniera Amador, vi, cerca del lavadero, a unos niños jugando con Amalia. Ella les obligaba a traerle agua, y con el agua amasaban la tierra. Con sorpresa pude observar que

Claudia nada decía, ni se enfurruñaba. Miraba a Roque, sentado sobre la hierba también, con la navaja en la mano, tallando en una de mis varas. Así fue como algo mío bogó sobre el agua, dulce y falta de olor, que saltaba por una rueda.

Roque tallaba una barquichuela, y Claudia hacía que miraba solo a una tela que tenía entre las manos, y pinchaba en la tela una aguja brillante como la aguja de los pinos en las noches de luna, enhebrada en una fibra finísima. Roque hablaba a media voz. No querría que viesen los demás que hablaba para Claudia. Roque tenía una voz ronca, raspante (quizás el viento sobre la mar había entrado por su garganta). Hablaba para Claudia.

Los dos niños, poco más o menos altos que Amalia, descalzos, se acercaron a ver lo que Roque hacía. Y la niña también. El menor de los hijos de Ubaldina abrazó a Roque. Y vi que Claudia dejaba un momento el lienzo blanco y miraba al niño blandamente.

Desde entonces, aquellos dos jugaron con Amalia. Claudia sacaba unas púas del bolsillo, y las pasaba por el cabello del menor, del que abrazara a Roque. Miraba hacia aquella parte de la casa, la de frente a la base del roble, mientras lo hacía, como si no quisiera que la sorprendiesen.

El lienzo aquel que tenía entre las manos iba tomando forma de ropa de hombre, aunque pequeña. Se la probó a Eladio. Una tarde apareció, llevándole de una mano a él, y de otra a Amalia, y tan limpio y vestido iba uno como otro.

Dijo al mayor:

—Ahora haré otra camisa para ti.

—Y también un calzón —contestó el mayor, a quien llamaban Chacho.

Chacho hablaba con la boca apretada, como si la tuviese llena de terrones. Era plantado igual que Fidel, y robusto como Ubaldina.

—No hables así, que parece que ladres —dijo Claudia—. ¿No ves cómo hablan Amalia y Eladio?

—¡Ju! —dijo Chacho, y la tiró de los pelos. Claudia se puso a gritar, saltándosele las lágrimas, ella a quien nunca vi llorar.

Salió Ubaldina, hecha una exhalación, y atizó dos bofetadas a Chacho. Sonaron igual que dos chasquidos. Le meneaba:

—Te deshago. ¡Te digo que te deshago! A Claudia no se la toca, ¿oyes?… Tan buena como es.

Claudia dejó de lagrimear, y la miró en seco, asombrada. Ubaldina parecía, en verdad, querer deshacer al chico.

—¡Bruto! ¡Bruto! Que habrá que ponerte para tirar de un carro. ¿Es que no ves los guapísimos trajes que hizo Claudia a Eladio?

—Quería hacerle uno a él —dijo Claudia.

—¿Quería hacerte uno y la pegas? Cacho bestia, ven acá que te estrompe…

Chacho salió veloz, corriendo, y sorteaba los árboles y las piedras que daba risa el verlo.

—Estos hijos le quitan a una la conformidad —disculpaba Ubaldina. Y Claudia le habló:

—No te acalores, mujer. El Chacho es más bruto, pero Eladio parece un señorito.

—¡Él mi pobre! —dije Ubaldina.

Pero se veía que le brillaban los ojos con orgullo.

Porque Eladio tenía las piernas cortas y la cabeza resultaba muy grande para el cuerpo.

—Fidel dice que este chico es así, alelado…

—¡Qué ha de ser! —saltó Claudia—. Va algo retrasado para hablar, pero es listo, y apenas revuelve. Lo que pasa es que a los hombres les gusta lo bruto.

—Es verdad, es —asintió Ubaldina.

Y allí acabaron las riñas de Ubaldina y Claudia.

Claudia continuó siempre hablándole como si algo en ella tuviera que inclinarse para hacerlo, y Ubaldina lo aceptaba, le parecía natural. Decía a Blasa:

—¡Este Eladio sale más señorito! Hasta Claudio lo dijo.

Chacho, desde pronto, empezó a ayudar a Fidel. Quitaba las hierbas con la mano y cogía el hocino como si fuera un hombre.

—Saca ese hocino, condenado, que vas a cortar un dedo —chillaba Claudia.

—Déjale que aprenda —Fidel reía—. Si corta un dedo no cortará el segundo.

Y Chacho, mientras Eladio jugaba con Amalia, iba detrás de su padre con el cesto, o llevándole el hocino, o la podadera. Amalia le miraba pasar y quería ir también. Pero Claudia se lo prohibía.

Chacho miraba a Amalia con ojos de burla. Alguna vez se acercaba a jugar con ellos y abría la mano y les enseñaba

piedrecitas o mariposas, algo que había apresado. Lo mostraba con triunfo, y Amalia y Eladio le admiraban.

Cuando a Amalia le daba el «pronto», como decía Claudia, la emprendía con todos. Solía golpear despiadadamente a Eladio que apenas se defendía, refugiándose en el delantal de Claudia.

Una de las veces que esto sucedió, Chacho llegó a la carrera, se acercó, y agarrándola por el pelo le dio dos puñadas. De la segunda la tumbó. Amalia quedó callada en seco, llevándose la mano a la mejilla, que se había quedado blanca y después encarnada. Pero Claudia se puso furiosa y recogió a la niña. Tuvieron que acudir Blasa y Ubaldina. Ubaldina agarró al hijo y le dio en las posaderas con tal fuerza que Fidel se lo quitó de las manos:

—Vaya, se acabó —dijo.

—¿Pero viste cómo atizó a la niña? La pudo desgraciar…

—También ella a su hermano.

Fidel, cogiendo al hijo, dijo:

—Hale, vente conmigo. ¡A trabajar! Deja a las mujeres.

Y en su voz había tanto desprecio que Ubaldina, picada, cogió a Chacho por el otro brazo:

—No se va sin que me oiga…

—A las mujeres no se les pega —decía Claudia, muy tiesa.

—Habría que verlo… —respondió Fidel. Y alzando en brazos al hijo, empujó a Ubaldina y se marchó con él.

Pocas veces vi a Chacho con Amalia. Un día, a principios de la estación calurosa, oí a Claudia llamando:

—¡Amalia!… ¡Amalia! ¿Dónde estás? ¡Amalia!…

Dio varias vueltas y volvió a marchar, llamándola.

De detrás del lavadero vi asomarse la cabeza de Chacho, hizo una seña hacia atrás, y apareció la de Amalia. Tenía el pelo lleno de hierbecitas. Reían, conteniéndose, mirando hacia donde había desaparecido Claudia. Después, como dos niños que eran, se acercaron al lavadero, metieron las manos en él y las movían para ver cómo el agua se turbaba.

Cuando llegó la señorita Máxima, Amalia se dejó besar y abrazar por ella. Parecía un álamo, alta y fina. Miraba a Amalia y se le compungía el rostro.

—¡Pobre! ¡Pobre niña! ¡Y qué alta y fuerte está!

Diríase que le molestaba encontrarla tan sana y luciente.

—Hemos mirado todos por ella, señorita Máxima —dijo Claudia.

Miraba a la recién venida.

—Si la veo sin más no la conozco. ¡Todo el pelo blanco!

—Tampoco tú estás hecha ninguna polla, Claudia, que el tiempo pasa para todos.

Noté que le habían molestado las palabras de Claudia.

Contra lo que esperaba Ubaldina, entre Claudia y la señorita Máxima el aire se congelaba.

Estuvo todo el verano aquel, y no hacía más que levantar los ojos al cielo.

—¡Virgen santísima, pobre hermana!

Abrió los balcones todos del Castelo y salió con los brazos cargados.

Se vestía con unas telas crujientes que arrastraban al andar.

—Amalia, ayúdame a quitar las fundas. ¿Qué guardáis en ese armario?

Amalia iba tras de su tía, de armario en armario, llena de curiosidad.

La señorita Máxima, después de comer bacía que les acomodasen un banco a mi sombra.

—Pensar que ni sabes coser… Y ya no es hora de enseñarte.

—Yo no tengo culpa —decía siempre Amalia.

—Menos mal que te enseñó don Jesús el Catecismo.

Miraba con pena hacia la torre de la izquierda:

—¡Pobre! ¡Pobre hermana!

Una mañana alborotó todo el Castelo.

—Pero, vamos a ver: ¿es que aquí no se dice misa? ¿Es que don Jesús no se levanta ni para misa?

Blasa procuraba calmarla:

—No puede levantarse, señorita; está baldado y ciego.

—¿Y cómo no tomaron otro capellán?

—¿Quién había de tomarlo? El señor no estaba, y la niña…

—¡Jesús! ¡Jesús! Lo que es a mi cuñado le voy a decir yo cuatro cosas…

Pero Amador no vino a oír las cuatro cosas.

Cuando llegaron en diligencia aquellos señores —los padres de Efrén y su hermano, y él mismo— el Castelo lucía todas las ventanas abiertas, y, a la puerta pequeña de la torre estaba la

señorita Máxima, con algo suave y espumoso en torno a sus hombros, y al lado suyo Amalia, vestida también hasta los pies. El cuerpo quería estallarle, duro y joven, fuera de la prieta ropa. Llevaba el pelo enlazado y recogido sobre el cuello. Casi una niña aún, herniosa y robusta, y la piel le brillaba de puro nueva.

La entrada del jardín estaba el día aquel cubierta por fina grava, podados los esquejes, segada la hierba, y hasta los criados parecían pulidos, que de todo había cuidado la señorita Máxima.

Bajó primero un señor con el pelo ralo, brillándole la parte de arriba de la cabeza como una piedra monda, y tendió la mano a una mujer —luego supe que eran los padres de Efrén— obesa y parecida a las palomas buchonas. Tenía los pies muy pequeños y me pregunto cómo podrían aguantar su peso.

La señorita Máxima y ellos se saludaron sonriendo. Decían blandas palabras, que les llenaban de satisfacción. Amalia continuaba de pie ante la puerta, torpe en sus ropas nuevas.

—Esta es Amalia —dijo la señorita Máxima.

Aquel hombre iba todo de negro, y se inclinaba como el sauce. Pero volvía a erguirse. Pasó la mano por la barba puntiaguda, pareciendo calcular peso y medida. Igual que hacía Fidel antes de injertar los frutales tiernos.

La señora dijo:

—¡Hija mía!

La apretó sobre el seno.

Mientras tanto, habían saltado a tierra dos hombres jóvenes, tan jóvenes que en ambos era incipiente el pelo de la cara. El más alto tenía la mirada decidida y erguía la cabeza como la cresta el gallo en el corral. El otro tenía los ojos hundidos: era Efrén. La barba le crecía a trozos, el pelo lacio aún. El bozo hacía más juvenil la boca de sinuosos, estrechos labios.

—Esta es Amalia, Efrén —dijo su madre.

Todos aquellos ojos la miraron. Amalia reía, por hacer algo, se la veía bien. Y se dejaba mirar. Brillaba como un pino nuevo.

Después de ponerse la luna dos noches se celebraron las bodas. Llegó otro hombre más, vestido al igual que el capellán, aunque el desconocido era joven y delgado y veía muy bien por sus ojos.

Oí que la señorita Máxima decía a la madre de Efrén:

—¡Amador lamenta tanto no venir! Estará tan disgustado… Pero

ha cogido unas fiebres malísimas que le tienen en cama, pobre… ¡Sentirá tanto! La única hija…

—Puede atrasarse la boda, si desean…

Se miraban con recelo en los ojos.

—No podría esperar. Tengo que volver a casa. Ya sabe, las cosas, hay que ocuparse de ellas…

—Claro —dijo la madre de Efrén.

Ambas parecieron tranquilizadas.

—Su hijo ha tenido suerte. Una criatura así…

—También él es muy bueno.

Efrén debió de pensar lo mismo que la señorita Máxima el día en que todos partieron y el capellán joven fue a vivir a la parte de atrás.

Al principio hubo un gran silencio.

La ventana alta de la torre estaba sin cerrar, cuando vi entrar a Claudia llevando una luz en la mano, y con ella encendió otra sobre la cómoda.

Detrás de ella entraban Amalia y Efrén, que se quedaron quietos, muy juntos y callados mientras Claudia encendía la luz. Después, Claudia cerró la ventana.

Efrén, por la mañana, la abrió. No parecía el mismo. Había una sonrisa orgullosa en su rostro tan joven.

Miró hacia mí, y comentó en voz alta, sonriendo:

—¡Buen castaño!

VII

POR entonces fue cuando oí murmullo de voces que me llegaba como el ruido de la lluvia en la floresta más lejana, y vi un grupo de gentes cerca del lavadero y de la base del roble.

Entre cuatro hombres —uno de ellos Fidel— sacaron una caja negra, y reconocí el pino en ella.

Se pusieron a andar, y cuando yo creí que vendrían a dejarla en la otra torre, tomaron la dirección del lavadero hacia la puerta que hay allí, en el fondo. Efrén iba detrás de la caja, y también las mujeres todas, llorando y gritando.

He visto a un cachorro de la perra, que Chacho ahogó metiéndole la cabeza dentro del agua, en el lavadero, y apretándole. Eladio le miraba mientras le caía baba a ambos lados de la boca. Amalia, que entonces era niña y andaba con las piernas al aire, estaba excitadísima, con las orejas rojas y mordiéndose los labios, mirando con ojos desorbitados lo que Chacho hacía. Cuando Chacho aflojó las manos, el perrito cayó a un lado, inerte. En esto se sintió el galopar de la Toula y los niños echaron a correr. Eladio apenas podía con el peso de su cabeza y gimoteaba. Pero Amalia y Chacho corrían, corrían a guarecerse cerca de Claudia. La perra se acercó. Bajó el morro mirando aquel pellejo que quedaba de su cachorro, deforme, con el vientre más hinchado que la Toula cuando estaba preñada de él. Alzó la cabeza hacia el cielo, y se puso a aullar. Era un aullar que daba frío oírlo: un sonido agudo, largo, que parecía brotarle no solo de la garganta. Así se estuvo horas y horas, y los otros cachorros se acercaron y olieron aquel pellejo hinchado, y al principio tiraban mordiscos a las orejas, y le husmeaban. Fidel cogió una azada, algo separado de donde estaba la Toula, y al pie de un rosal descarnado, aterido por el invierno,

fue haciendo un hoyo. Por tres veces tuvo que apartar a la Toula, que se le venía encima. Los niños fueron acercándose a Fidel, porque cerca de él no tenían miedo, o porque creyesen que la perra no sabría quién ahogó al cachorro.

La Toula, cada vez que Fidel se acercaba a coger los despojos hinchados, gruñía, fiera como nunca la vi. Fidel la hablaba igual que a una persona, y con el tono que pone para dirigirse a Chacho:

—Anda, Toula… Touliña, ¡no te pongas loca!

La perra gruñía y semejaba, de pronto, animal carnicero.

Entonces Fidel se valió de la astucia, que es lo que el hombre hace cuando no es el más fuerte. Se marchó y volvió con un saco, y cuando la Toula estaba aullando, al acecho de que nadie tocara a su cachorro, Fidel, por detrás le echó el saco a la cabeza, y con las dos manos la agarró del cuello. Entonces le colocó una liana de hierro, siempre con la cabeza tapada por el saco, y la ató a una argolla del lavadero. De prisa, lo mismo que hacen cuando cometen algo que temen que les vean, cogió con la azada al cachorro aquel mientras los demás bailaban y brincaban, que querían seguir jugando y tirando de él, y lo metió en el hoyo, echando tierra encima. Después pisó sobre ella con fuertes pies, y los tres niños, riendo entonces, pisaron también y saltaron sobre la tierra removida.

—¡Veréis qué rosas, este año! —dijo Fidel.

Y como Chacho levantaba la cabeza:

—La podre va bien a los rosales, ¿no lo sabías? ¡Veréis qué rosas!

Fidel se acercó al árbol donde estaba la Toula atada, ciega por el saco, dándose en él con las pezuñas para desgarrarlo. Y le llevaba un cachorrillo en brazos, y también los demás brincaban en torno a él. Los tres niños se apartaron con miedo. Fidel dijo:

—Chacho, tráeme acá la vasija con agua.

Y Chacho se acercó, pero yo vi que estaba haciéndose el valiente y que tenía gana de escapar, porque el agua en la vasija temblaba.

—Pósalo ahí. Toula guapa… Yo te ayudaré. Venga…

Y admiré el valor del hombre que no apartaba los pies de donde los hincó, y que, casi de rodillas, con una mano le ayudó a quitarse el saco, teniendo en la otra el cachorrillo apretado contra sí. La Toula no gruñó. Se tiró al agua y bebió, con un ruido de la lengua, plano y húmedo. Fidel le acercó su cachorrillo, y se puso a lamerle

con su lengua grande y caliente.

De esto me acordaba mientras veía a las mujeres gritar detrás de la caja. Eran más aspaventeras que la perra y no defendían lo que iba dentro. Todo lo más, por la manera de hablar, parecía que husmeaban, igual que los cachorrillos, y yo me pregunto si aquel mesarse los cabellos y desgarrarse la ropa no sería una diversión como cuando los perrillos tiraban al ahogado de las orejas.

Al llegar frente al lavadero los hombres que llevaban la caja se pararon. Don Lino, el capellán nuevo, que iba delante de todos, se volvió y dijo algo, igual que si cantase, e hizo en el aire el signo del árbol.

Todas las veces que alguien se va en la caja, o cuando aparece un nuevo hijo de los hombres, el capellán se viste lo mismo. Pero los hombres no tienen tiempo para detenerse a pensar que los reciben igual que los despiden: aquellas ropas blancas, con las tiras a los lados del cuello. Solo las tiras mudan el color. Para el tiempo que les dura el vivir podía el capellán no cambiarse de ropa.

También he unido ahora el dejar de vivir del hombre, o el nacer, o esperar algo, con el signo del árbol que tanto me intrigaba. Cuando lo hacen suelen pronunciar palabras, entre las cuales una va y vuelve como suben y bajas las llamas del fuego: la de Dios…

Nombran a Dios cuando esperan que algo se arregle, cuando van a entrar en la otra torre, en medio de cualquier palabra que no prepara a aquella. Aún no sé bien qué relación hay entre Dios y el signo del árbol, pero sé que el tiempo me lo ha de desvelar.

Las mujeres dicen «Dios» elevando los ojos, los hombres lo dicen de frente. Unas veces la palabra es un murmullo como el rodar del agua; otras es un grito terrible. Y hablan de Dios también cuando no saben.

—Dios dirá —dicen.

—Lo que Dios quiera…

—Solo Dios lo sabe.

—Confiemos en Dios…

Ahora sé que se guarecen en esta palabra cuando se les limita el conocimiento de las cosas, y que esta palabra, corta y fluida, es también algo que les une, y la izan en sus vidas igual que la vela grande para hacerse a la mar.

Los que llevaban la caja se pusieron de nuevo en movimiento, y

Efrén se volvió al Castelo. Amalia salía a su encuentro.

—¡Pobre Blasa! —dijo.

Había un brillo medroso en sus ojos.

—Vaya, no pienses en eso… Tan vieja como era no se malogró.

La cogió por la cintura y vinieron a sentarse a mi sombra. Amalia estaba silenciosa, y se pegaba a él.

—¡Qué niña eres! ¿Por qué te pones así?

—Es la primera muerta que veo.

Efrén hombreaba.

—Más vale verlos que no verlos.

Alzó la cara turbada de Amalia, y le hizo leves cosquillas con su barba.

—¡Cómo te ha crecido! —dijo Amalia—. Cuando nos casamos tenías pelos a trozos…

Amalia metía sus dedos carnosos por la barba de Efrén.

—Me haces cosquillas…

Se besaron. Y no hablaron más de Blasa.

Vi marcharse también otra caja, que por las palabras de los que quedaban supe que se llevaba a don Jesús. Sentí melancolía por algo que con él se iba, y yo no conocería nunca: aquello que María Fernanda debió decirle a él, por lo que escuché la mañana que dejaron su caja en la otra torre. («Te digo que… Pero no puedo hablar. Ya sabes, nosotros es como si no oyéramos…»).

Estas palabras me bajaron hasta la raíz, y cuando ellos volvieron a aparecer por la cancela del huerto, sin la caja, parecíame que habían metido en ella dos orejas muy grandes, o unas palabras que no murieron del todo mientras él vivió.

Casi no había notado el abultamiento de Amalia, tan derecha y erguida era, cuando vi salir por la puertecita de la torre a Claudia, llevando en sus brazos lo que ahora sabía que era una criatura del hombre.

—¡Eladio!… ¡Eladio, mira!…

Vino el mozo, corriendo, con su cabeza como una campana que oscilaba, y aquel gesto de la boca abierta, igual que de pequeño.

Miró con sonrisa inexpresiva en la cara, y separando la ropita, cogió con su dedo velludo un dedo más pequeño que el más pequeño esqueje de rosal. La baba le caía. Claudia alzó una punta del delantal y le limpió.

—Vaya, que sigues babeándote más que la nena.

Y acudieron Fidel y Chacho, y una muchacha con cara de torta y unos pechos como tazones.

—Otra niña… —dijo Fidel.

—¿Y qué podía esperarse de ese baldragas?

Fidel rio la salida de Chacho.

Pero no habían visto a Efrén que se asomaba a la ventana de la torre, y que al oírle retrocedió, rojo, igual que si le hubiesen tirado con una pella de barro.

Divisé a Amalia en el lecho.

—¿Qué te pasa? —dijo.

Y se incorporó.

Efrén cerró con estrépito los balcones, y parecía fuera de sí.

—Te ha oído —dijo Claudia, asustada, apretando a la niña contra su seno.

Chacho reía abajo, y hablaba con aquella voz como si tuviera terrones en la boca:

—Mejor. A ver si espabila…

Cándida, la moza con cara de torta, se llevó el delantal a ella:

—¡Si se entera la señora!

—¿La Amalia?… A mí no me da miedo, la Amalia…

—¡La señora! —se encocoró Claudia.

Eladio se alejó, bamboleando la cabeza.

Se abrió la ventana de la torre precipitadamente, y Efrén gritó, casi con chillido:

—¡Claudia! ¡Claudia! ¡Que se ha puesto mala la señora!

Y Claudia, sin pensarlo más, soltó la criatura en brazos de la moza, y escapó a correr. La moza entró por la puerta de la torre, siguiéndola.

Desde la ventana abierta llegaban los gritos de Amalia, en un «pronto» de aquellos, más fuertes que nunca:

—… ¡Y le mato! ¡Te digo que le mato!… Con mis manos… Y a ti, por lo que has dicho…

Efrén salió dando un portazo.

Amalia, medio incorporada en la cama, con el pelo trenzado en dos líneas espesas, gordas, se desgarraba la ropa, chillando, y le salía espuma entre los dientes.

Claudia no podía con ella, y a un tiempo procuraba aguantarla,

y tapar el cuerpo que los desgarrones descubrían.

—Por Dios, señora, que se le va a subir la leche a la cabeza.

—¡Lo mato!… ¡Lo mato! —chillaba.

Chacho bajó la cabeza y echó a andar sin decir palabra, y su padre tras él.

Amalia dio un grito tan agudo, que quedamos ensordecidos todos y luego, tiesa como un palo, cayó hacia atrás en la cama, y el pecho le bajaba y le subía.

—¡Señora!… ¡Señora! ¿Qué saca con ponerse así? —decía Claudia.

Le pasaba un lienzo mojado en agua por las sienes.

—¡Qué desgraciada soy, Claudia! ¡Qué desgraciada!

Lloriqueaba.

—Con mi padre, que no me quiere…

Siempre, después de un furor de aquellos le venía el dolor del padre, igual que una amargura que tuviese metida entre el cuerpo y al removerla se le subiese a la boca.

—Vaya, vaya, niña —decía Claudia—. Cálmese. Beba un poco de agua.

En varios días no vi a Efrén por aquel cuarto, y es que el hombre tolera mal que duden de la fuerza de su cuerpo.

Después, una noche, Efrén entró, y se acercó a la cómoda como si buscase algo.

—¡Efrén! —llamó Amalia, con voz doliente.

Efrén seguía buscando en la cómoda.

—¿Me pides perdón por lo que dijiste el otro día?

—Tendrás que pedírmelo tú a mí.

—Tú… Tú… —sollozaba Amalia—. Decir que… Preguntar si…

—No quiero ver más a ese animal delante.

Y salió.

Amalia llamó a Claudia, y estuvo hablando mucho rato en bajo con ella. Claudia, al principio, intentaba convencerla de algo, pero luego se le veía ufana de escuchar aquello. Acabaron sonriendo, y Claudia salió, diciendo:

—Descuide.

Parecíale volarle de puro tieso el delantal.

No sé lo que a Chacho le dio. El caso es que al amanecer siguiente, muy temprano, se agazapó a mis pies. Yo notaba que todo

el cuerpo de él hervía, reteniendo algo que quisiera librar. Se levantó, fue y vino, siempre mirando hacia la ventana cerrada de la torre. Al oír el ruido que hacía Claudia yendo a abrir los cristales, se hizo atrás, y se tapó con mi tronco.

Desde allí, con su gesto ladino miraba, miraba…

Claudia acercó la niña a la cama, y Amalia sacó un seno como quien saca un fruto demasiado maduro, y dio a la niña a chupar del fruto. Chacho no les quitaba ojo. Cuando Claudia salió, un momento, se irguió, y agachándose, cogió una piedrecita y la tiró contra el cristal. Amalia se sobresaltó, y sacó el fruto de la boca infantil.

Miró hacia la ventana. Pero no podía verle. Chacho pareció recoger todas sus fuerzas, metió las manos en el pantalón, y gritó con una voz que restallaba como la fusta contra los caballos:

—¡Zorra!

Amalia se puso a temblar toda, hasta los ojos.

—¡Zorra! —volvió a decir Chacho, con la boca blanca. Y salió corriendo, porque Claudia entraba de nuevo.

Así vi a Chacho por vez última.

Durante unos días, parecía que Fidel no quisiera trabajar más.

—¡Echarme al hijo! ¡Echármelo de esta casa! Ha de oírme el señor.

—Calla, que está como para que le vayas con el cuento —dijo Claudia.

—No habla del… señorito Efrén. Para mí no hay más señor que uno.

Y escupió.

—No apurarse, hombre —dijo Ubaldina—. Chacho saldrá adelante donde sea, que no es de los que se maman el dedo.

Nunca más oí que Fidel llamase «señor» a Efrén. «Señorito Efrén», siempre, y lo arrastraba un poco entre los dientes.

La primera vez que le oyó, Efrén le miraba, temiendo burla. Pero debió de pensarlo más y no dijo nada.

La tarde del día en que vi a Chacho por última vez, volvió a entrar Efrén en el cuarto de su mujer. Ella estaba mansa, y quería hacerse perdonar algo:

—¿Estás contento?

—¿Contento de qué?

—Despedí a Chacho…

Efrén se hizo de nuevas.

—¡Ah…, por eso! Hija, no me meto en cosas de criados. Allá tú…

Nunca más se le nombró, ni siquiera Fidel dijo nada a Amador la vez que vino.

Porque sin pasar mucho tiempo de que la niña Gertrudis comenzara a gatear, trajo Amalia un hijo al mundo. Esta vez fue varón, y Efrén bajó, loco, abrió la puertecita, y tocó, en la otra torre, la campana: con júbilo, una vez y otra. Acudieron todos los de la casa.

—Ha nacido un varón. ¡Un varón! —repetía.

Fidel, ayudado por el Capellán, fue izando un lienzo de apagados colores sobre la torre donde el niño nació.

—Así se hizo cuando nació su abuelo —dijo Fidel, mirándolo—. Me lo contó mi padre.

Efrén le dio unas palmaditas y dijo a Ubaldina:

—¡Vino para todo el mundo!

Aquel varón por quien ondeaba el lienzo sobre la torre, tuvo fuerza para traer a Amador. Era como si aquella vela pequeña tirase de la que debía llevarle sobre el mar.

Rodó un carruaje por el camino, y yo sentí mis hojas húmedas, porque Amador había sido rival mío, y entonces le consideraba amigo. No dio tiempo a que le abriese la portezuela. La abrió él mismo, nervioso, y abrazó con fuerza a Efrén. Fue un abrazo de hombres.

Amador no se detuvo a mirar ni escuchar nada, y por segunda vez le vi los ojos bien presentes. Le brillaban, aunque la barba ni el cabello brillaban ya. En vez de ponérsele blanca como a los otros hombres, se le puso mate y pajiza. Era su manera de envejecer. Y por la cara tenía muchas venitas amoratadas, como raíces caprichosas.

Nunca le oí reír, pero hoy reía. Era una risa seca y resonante, igual que si el sonido viniese desde lejos.

—Han izado la enseña, mi Comandante…

Y Amador y Roque miraron, conmovidos, la enseña al viento.

Le vi entrar en el cuarto de la hija, pisando recio. Amalia estaba en cama aún, mirando hacia la puerta, con ojos brillantes. Cuando

vio la figura del padre, tendió hacia él la criatura que tenía en brazos. Y como estaba a punto de llorar, no dijo nada. Amador se acercó, y besó a la hija en la frente:

—¡Bravo, hija!

Cogió en brazos al pequeño, inclinando a él su barba para ver si el niño se agarraba ya.

—Es tan pequeño… —disculpaba Efrén.

—¡Ya tenemos Almirante a bordo! —dijo Roque, que entraba sin ser llamado por nadie.

Pero Amalia sonreía entre sus lágrimas, y eran sonrisas de orgullo y de felicidad, lo mismo que si en una lucha entre su padre y ella, ella hubiese salido vencedora.

VIII

AMADOR hizo plantar un olmo.

—Tendrá la edad del chico —dijo.

Estuvo de pie, mirando cómo Fidel cavaba en tierra, hondo muy hondo, y colocaba el esqueje. Apenas parecía junco leñoso sobre la hierba.

Ninguna vez, salvo en sus bodas, había permanecido en el Castelo tanto tiempo como entonces permaneció. Abrieron la ventana de la habitación baja de la torre, que yo recordaba siempre cerrada. Entró Roque, con los brazos cargados de cosas.

—Aquí —dijo Amador—. Mueve la mesa del despacho, y hazme la cama ahí.

Vi cómo Roque trajo también el cofre del Comandante, y lo puso a un lado de la cama. Efrén se asomó para mirar los cambios. Manoteaba al entrar contra unas menudas mariposas amarillentas.

—Esto es un nido de polillas —dijo—. ¡Tanto libro!

Roque abrió las compuertas de un armario de viejo roble, y escapó una lluvia de maripositas, volando. Sacó fuera los libros todos, y limpió y aireó el armario antes de volverlos a meter.

—Por cierto, —dijo Efrén— que un día anduve buscando el archivo de la casa…

Amador sacaba del cofre aquello que llamaban Roque y él «compás» y el sol daba sobre su aguja acerada que apenas se movía, en el centro. La posó sobre la mesa.

Efrén se aclaró la garganta, y volvió a decir:

—Anduve buscando los papeles. Creí que estarían allí.

Amador arrugó el ceño.

—Es por el hijo, ¿sabe?… Por el nieto.

Roque, a espaldas de Amador, hizo a Efrén seña de que se

marchase.

Efrén se puso rojo y se engalló.

—Firmé que mis hijos varones llevarían el apellido de Amalia, y no me vuelvo atrás. Pero al menos, que sepan quiénes son…

Amador le miró. Había tal desprecio en su mirada, que Efrén se puso más derecho todavía.

—Los quemé —dijo.

Efrén farfulló algo, con sorpresa e ira:

—¿Cómo, los quemó? ¿Y mis hijos? ¿Y Amalia?… Nunca pensó en Amalia…

—¡Largo! —gritó Amador, con voz potente.

Le admiré. Sonó su voz hueca y sonora, una voz acostumbrada a ordenar entre olas furiosas y rugientes vientos. Roque se precipitó a abrir la puerta para facilitar la salida de Efrén.

Amalia se sobresaltó. Estaba en el cuarto de arriba, peinando a la niña Gertrudis, que ya se aguantaba en pie, apoyada a sus rodillas, y Claudia le tendía una vasija con agua donde mojaba las púas. Parecieron temblar los cristales y el aire hacerse eco, cuando subió de abajo la voz del Comandante de la mar:

—¡Largo!

Amalia se sobresaltó y miró a Claudia con miedo. Se volvió a la puerta, porque entraba Efrén hecho una exhalación, ahogándose al respirar. De puro furioso ni veía, y casi tiró a Gertrudis.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Claudia, llévate a la niña.

Se levantó, acercándose a Efrén que se movía por el cuarto a zancadas, amenazando con el puño cerrado:

—A tu padre no hay quien lo aguante. No hay quien lo aguante… ¡No!

Aquel «no» sonó estridente y agudo.

—Calla, Efrén, ¡calla, por Dios bendito! No vaya a oírte.

—Que me oiga —se descomponía Efrén—. Grito para que me oiga, ¿entiendes?… ¿De qué estoy yo aquí? ¿De garañón? ¿O qué?…

—Por Dios, Efrén, eres mi marido. No grites.

—Eso es —reía, y sonaba a falso el reír—. ¡Soy tu marido! Eso es lo que soy, tú lo has dicho; tu marido… Segundón de una casa: o el seminario, o a casarse con la hembra de buena casa. Pero mi hijo… mi hijo… —acercándose a la cuna se inclinó—, no lleva ni siquiera

el nombre mío.

—Efrén, no eres justo… ¡Efrén! Solo el hijo mayor… Porque el nombre no se pierda.

—¿Qué nombre? ¿Por qué quemó tu padre los papeles? Alguna vergüenza tendrá ese nombre, que si no tu padre no los quema.

—Estás loco.

—Defiéndele ahora, por lo mucho que te quiere, por lo que le importas… Es la primera vez en la vida que os habláis.

—Es mi padre, ¿oyes? Y no me hables mal de él…

—¿Y cómo hablabas tú? ¿Lo has olvidado?

Amalia se tiró a la ventana y la cerró. Seguía oyéndose griterío, pero no se distinguían las palabras.

Amador y Roque continuaban en el cuarto, debajo mismo de ellos, colocando las cosas en gran silencio. No se sabía si Amador escuchaba lo que hablaron, porque iba sacando sus cosas del cofre pausadamente, con una calma tan grande, que pensé si sería forzada. También a veces, en verano, cuando el calor sofoca no se mueve una hoja, y de pronto chispea el rayo y rueda el trueno.

Roque alzaba los ojos hasta Amador, furtivo, cada vez que se oía a Efrén. Pero Amador colocaba todo silencioso. Cuando la ventana se cerró arriba, se volvió a Roque y dijo:

—Ya está.

No supe nunca si se refería a los gritos o a las cosas.

Al siguiente le vi subir al cuarto de Amalia llevando unas cajas de color oscuro entre las manos. Amalia le miraba, temerosa y avergonzada. Amador se acercó a la cómoda, y dejó allí las cajas.

—Traigo estas cosas que son tuyas —dijo.

Amalia se levantó y tendía el cuello de ansia por enterarse de lo que contenían. Yo veía que no se atrevía a preguntar ni a abrirlas. Amador se volvió hacia la cuna, diciendo:

—Ábrelas, que son tuyas.

Y Amalia fue abriéndolas, con mirada ansiosa y angustiada, como si de allí pudiera escaparse algo con vida que la amenazase.

Se oyó un grito sofocado:

—¡Ah!

Era un gritó de admiración. Efrén también la oyó, donde quiera que se encontrara, porque entró muy tieso, como si acudiera en defensa de alguien. Se quedó mirando a Amalia, que tenía entre sus

manos piedrecitas menudas que brillaban intensa y fijamente. Unas verdes, rojas otras, y doradas. Procedían del carbón, de los árboles que se pudrían en las entrañas de la tierra.

—¡Ah! —dijo de nuevo.

Amador también se volvió a mirarla.

—Y perlas —dijo Amalia con voz extasiada—. ¡Collares de perlas!

Los dos hombres contemplaron cómo se pasaba aquella fibra larga de lo que llamaba perlas, semejantes a huevecitos de un ave diminuta, opalescentes. Los ojos de Amalia brillaban también, y el pecho respiraba de prisa, en una excitación que arrebolaba sus mejillas. Estaba hermosa. Parecía sofocarle la dicha de palpar aquella pedrería, y volvía los ojos al padre y al marido, humildes a uno, orgullosos a otro.

Acercándose a su hija, Amador cogió el borde del collar. Con los ojos ausentes lo desgranó entre sus dedos. Su pensamiento no estaba allí. ¿Qué memoria le traían las perlas?

Después buscó en una de las cajas, y se veía que iba sobre seguro. Cogió algo muy pequeño que no divisé bien.

—Tu madre llevó siempre esta cruz de amatistas.

Salió. Lo mismo que si no pudiera soportar más aquello.

Andaba más oscilante que nunca, tanto que Amalia, después de que le puso aquello en la mano, se le empañaron los ojos de lágrimas, y más mirándole salir. Efrén tenía cara arrepentida. Amalia dijo:

—Temo que no esté bueno…

Se puso a llorar con las perlas en torno suyo, y la cruz de su madre en el hueco de la mano apretada. Efrén la calmaba:

—No te pongas así. Estaba emocionado solamente. Es muy fuerte. Lo sabes, que es muy fuerte…

Amalia se sentó en el borde del lecho y se dejaba consolar.

Se alzó para meter la pedrería dentro de las cajas y sonriendo, igual que si hubiese olvidado las lágrimas que aún escurrían por su rostro abajo, alzando los brazos colocó sobre su pelo fosco y levantado una media luna pequeña de piedras tilitantes. Algo de una selva enterrada vino hasta la mujer.

—Vuélvete —rogó Efrén.

Y la mujer y yo supimos que tenía la voz blanda.

Amalia se volvió. En sus ojos brillaba una especie de triunfo. Como yo, sabía lo que aquella voz anunciaba. Estuvo un momento con la media luna chispeando sobre su pecho, y a Efrén fue encendiéndosele el rostro.

—Ven. Ven… —decía, sin moverse.

Amalia, mirándole y riendo, quitó la media luna de su cabeza. Estaba hermosa con los brazos levantados. Se acercó despacio, con las perlas colgándole casi hasta donde terminaba el vestido. Efrén se levantó entonces, diciendo con misterio:

—Cierra, no nos oiga tu padre…

Volvió a ella la cabeza:

—Las perlas, no… No te quites las perlas…

Se trababan sus manos al cerrar la ventana.

Pero Amador no oía. Estaba en el jardín marcando el sitio para el olmo nuevo. Don Lino, el nuevo capellán, acudió también para verlo. Amador, que vivía en la mar, traía siempre semillas al Castelo, y de las semillas nacían nuevos hermanos míos. Acaso Amador los veía en las riberas, desde su caminar por la mar, y pensaba entonces en la tierra suya. Acaso deseó apresar los recuerdos, y al verlos luego en el jardín se los traían a sus ojos lejanos. No lo sé. Pero nadie como Amador trajo especies de árboles y plantas a la casa.

Así fueron plantados los limoneros, a la derecha mía, y los naranjos.

—Naranjas de la China —decía Roque, el día en que los plantaron—. Ya veréis, ya, la flor que dan. Blanca, y que huele…

Hacía que husmeaba y se acercaba a oler hacia las mujeres.

—¡Quita de ahí, que no soy naranjo!

Roque las miraba y reía, husmeando.

—Pues mira, hay un tiempo en que oléis todas como los limones, y luego como las manzanas.

—¿Y luego? —preguntaba Ubaldina.

—Luego como la mar…

Y aspiraba fuertemente con los ojos entrecerrados.

—¿Y a ti cuándo te gustan? —reía Blasa.

—A mí cuando la mar —contestaba Roque.

—Y luego, ¿a qué te olemos? —preguntaba Blasa, intrigada.

—Luego, ya no lo sé… Cuando una mujer ya no me huele a mar,

me tapo las narices.

Roque era fino de olfato. Porque hubo un tiempo en que Amalia, y después Gertrudis y Jacoba, la pequeña, olieron como el limón, agudo y ácido. Amalia por ese tiempo se casó. Y a las pocas fechas exhaló su piel el aroma de los manzanos. Así huelen los que han puesto detrás del lavadero, en espaller, manzanos bajos, ensamblados unos con otros, abrazados para aguantar mejor sus frutos. Amalia, cuando tenía un hijo al pecho, me recordaba al manzano en sazón.

La niña Jacoba no llegó a oler así. Quedó siempre con la fresca fragancia de la flor del limón. María Fernanda la noche aquella de sus bodas en que Amador la echó sobre las plantas mías, olía como las magnolias, ya os lo he dicho, y si Roque hubiese conocido a Ángeles cuando llegó al Castelo, ruidosa y cantarina como el agua, hubiese hallado en ella el cálido y pastoso olor de la datura.

Allí estaban plantando el olmo, que, según, iba a contar los años de Xavier. Contaría cuándo nació, porque Xavier, a quien ellos auguraban larga vida, sabía yo que estaría en su caja en la otra torre, y sus hijos también, y todavía el olmo continuaría en pie, dando sombra.

—Pronto le veremos hecho un árbol —animó don Lino.

—Pronto es un decir, señor Cura —corrigió Fidel—. Un olmo para hacerse árbol echa bien cincuenta años por delante…

Todos sonrieron, avergonzados, igual que si Fidel hubiese mostrado una lacra que debiera ocultarse. Fidel debió notarlo, o pensar que tampoco él estaría para verlo.

—Los cipreses sí que crecieron —dijo, volviéndose hacia la otra torre—. No creí verlos tan hespidos.

Todos se volvieron hacia allá. Se erguían los cipreses tiernos aún, pero ya lanzales como mástiles verdes. Amador los miró, con su mirada otra vez lejana. Y echó a andar hacia ellos.

Fidel explicaba al capellán:

—Mandó plantarlos a los tres años de morir la finada señora. Doña Amalia era entonces una niña como ahora su hija Gertrudis. Los hizo poner del lado de la torre que da al jardín, que allí está el cuerpo de su difunta.

—Creí que los cipreses estaban desde tiempo ya —comentó don Lino—. Siempre oí decir que en todas las casas de por aquí los

había.

Roque y Fidel le miraron un momento. Fidel hizo su ruido de garganta y escupió.

—Debe ser (es un decir) por los muertos. Como se les da tierra allá, se les planta el ciprés. Como en los camposantos.

—Eso será —murmuró el capellán.

El nuevo capellán era joven, con la cara estrecha, y estrecho y largo el cuerpo. Llevaba siempre un libro negro entre las manos. Hablaba poco, y paseaba al atardecer entre los limoneros y naranjos, leyendo en el libro negro al par que paseaba.

—Es más capellán para monjas que para casa —dijo una vez Efrén.

—No se mete con nadie. Déjale.

—¡No tener una persona para hablar!

Amalia se volvió como si la hubiese pinchado:

—Me tienes a mí. ¿O es que yo no sirvo para hablar?

Efrén calló.

Amador, aquella vez última que vino al Castelo, salía a pasear con las manos a la espalda, y se unía a don Lino. Don Lino, respetuosamente, cerraba el breviario e intentaba alguna pregunta. Pero Amador se ponía al lado suyo, ausente, y no las recogía. Así que se les veía pasear, don Lino con el libro apretado sobre el pecho y Amador con las manos detrás, arriba y abajo, abajo y arriba, sin mediar palabras entre ellos. A una daban la media vuelta, y regresaban hasta donde terminaba la fila de naranjos. Nunca les oí hablar. Los dos tenían la mirada perdida, pero mientras la de don Lino era una lejanía altísima y serena, la de Amador se perdía en horizontes vistos solo por él, de dolor y grandeza.

IX

Yo no recuerdo cuándo se plantaron el abeto del Norte y la yuca. Debió de ser en años míos tempranos, y como los vi siempre me parecía natural que allí estuvieran. A través de lo que rumoreaba el roble viejo, comprendí, sin embargo, que la llegada de la yuca había causado agitación entre ellos.

El abeto del Norte es corto de tronco y tiene una copa aguda que va ensanchándose hacia ese tronco que apenas se le ve. También Eladio es como el abeto del Norte, corto de piernas y con una cabeza desmesurada.

El abeto no desdecía allí. Estaba siempre recogido, centrado en sí. Quizá hubiera humildad en ocultar su tronco si era bello, o soberbia en lucir tanta copa. No lo sé. Su sonido era frío y claro, y nunca lo comprendí del todo. El roble viejo solía decir que era extranjero a nosotros, extraño. Mas luego añadía; «Somos árboles todos». Y aquel ser árboles nos unía al abeto, aunque no le comprendiésemos bien.

Pero la yuca, que nos llegaba también desde tierras lejanas, calurosas, parece que fue acogida con verdadera agitación. Al principio dicen que era algo duro y verde, membranoso. Todos pensaban qué saldría de aquello, sin tronco ni ramas a los lados. Creció y vieron que tenía más de flor gigante que de árbol. Sus ramas eran como lenguas verdes, duras, llenas de pinchos. Y en lugar de ocultarse entre ellas, enseñaba la entraña misma: una entraña redonda, abierta, pidiendo calor. Los árboles estallaban. Casi todos la amaron. Quizá porque venía de lejos, y era exótica; quizá por su radiante impudor, quizá porque mirada desde arriba —ellos la veían así— parecía abrir la entraña aquella para recibirte, pese a que si, como el roble viejo, el amor te quebraba las ramas,

ella las repelía con su dentada lengua. A todos admiraba su verde color inalterable, un verde apagado y blanquecino. Brillaba más con el sol o si la salpicaba el rocío, y al llegar el otoño comprobaron que no tomaba el color dorado que el aire lleva, ni se marchitaba jamás. Aquella verde lozanía atraía a los árboles viejos.

Yo he visto a Amalia, de niña, pincharse en las púas de la yuca.

—¡Ay! —decía.

Y se chupaba el dedo. Después de Amalia vi hacer lo mismo a otros niños en el Castelo, y en todas las yemas de los dedos infantiles brotaba a su contacto una gota pequeña, roja, que les hacía gritar.

—Pasa la mano. ¡Mira qué suave! Es como seda —decía Xavier a Jacoba, la pequeña. Jacoba llevó su manecita y se prendió en los pinchos.

—¡Ay! —dijo también, como su madre en un tiempo. Y miró atónita su dedo, donde se henchía una gota menuda de sangre.

—No es nada; ahora te la chupo.

Xavier se llevó a la boca el dedo de Jacoba y lo chupó.

—¡Qué dulce! —dijo—. Tan dulce como la yuca. Si cortas un poco y lo chupas, es dulce, Jacoba, como el azúcar.

Todo aquello vino al Castelo traído por Amador de sus largos viajes. Los hijos de Amalia aún sabían que lo trajo el abuelo, pero al preguntar Ángeles a Pastor por el cedro del Líbano y por el abeto del Norte, Pastor ha contestado:

—No sé cómo vendrían a parar aquí. Según mi padre, hubo también una yuca donde ahora está la fuente.

Porque la yuca, ahora, ya no existe. Amalia quitó la yuca que su padre ordenó plantar, y en su lugar se levanta la fuente. Todo esto fue después de que marchó Amador, la última vez que lo vi en el Castelo.

Parecía que se hallaba instalado para tiempo y paseaba arriba y abajo, abajo y arriba entre los limoneros y naranjos con don Lino, cuando un día, desde la habitación alta de la torre se escaparon las palabras de Amalia y Efrén. Reñían. Don Lino se detuvo en su pasear, miró hacia allá, y reemprendió el camino porque debía de estar habituado a aquello. Amador le imitó, pero se veía que aquellos gritos destemplados rompían sus pensamientos y la serenidad del atardecer.

Frunció el ceño y se dirigió hacia la torre. Los gritos subían de tono, y se oyó ruido de un objeto al romperse. Amador se detuvo.

Las palabras que llegaban desde arriba le frenaron:

—… Y sales a tu padre. ¡Sí, a tu padre!

—¡A mucha honra! —gritaba Amalia a pulmón pleno.

Se oyó la risa cruel de Efrén.

—¿Honra de qué? ¿Dónde está la honra de tu padre, dime?

Creí que Amador iba a tirarse contra la pared, atravesarla y llegar hasta Efrén. Levantó la cabeza, rojo, y ya iba a gritar algo, cuando la voz de Efrén le golpeó:

—… La honra de haber matado a tu madre, esa es su honra. Lo que harás tú conmigo…

Amador se tambaleó. Y yo junté mis fuerzas y crují mis ramas en un desesperado esfuerza de decir la verdad a quienes la ignoraban.

—¿Qué dices?

La voz de Amalia era blanca, anonadada.

—¿No lo sabías? Tu madre se murió, no se sabe cómo, y la enterraron sin nadie delante, a escondidas…

¿Cómo gritarles la verdad?

Amador, de pie, parecía escuchar una voz de otro mundo.

—Eso no es verdad… No es verdad —decía Amalia desesperadamente—. Eso no es verdad…

—Lo es. Me lo ha contado Eladio.

Amalia reía, liberada:

—¿Eladio? Buen informador, hombre. No está bien del sentido. Ni hablar sabe.

—Pues para eso supo, a fuerza de paciencia. Y por si lo ignoras te diré que…

Efrén calló. Yo podía verles al tiempo que al hombre abajo, herido más certeramente que si le hundiesen un cuchillo afilado.

—¿Qué? —preguntó Amalia—. Dilo…

Parecía exigir. Pero Efrén comenzaba a perder su furor. Se pasaba la mano por la frente.

—Nada. ¡Déjame!, no es nada. Me vuelves loco.

—No, tienes que decirlo todo, ¿oyes?… todo. Y si no, se lo preguntaré a Eladio, también yo…

Amador se apartó de la torre. Llevaría los ojos abiertos, pero desde mis ramas, de espaldas a él, daba la sensación de un hombre

privado de la vista. Se dirigió hacia la otra torre, y se dio de cara contra la puerta. Llevó las manos al rostro. ¿De dónde le subía aquella herida horrible, sin sangre, pero que le obligaba a caminar doblado?

Estuvo un momento así, con la cabeza oculta entre sus manos, pegado a la puerta aquella, a tal hora cerrada. Después se volvió de cara a mí, con los brazos caídos, con los ojos cerrados. Pensé que había dejado de vivir y supe por qué lloran los humanos. Sentí no tener lágrimas para derramar por aquel ser que llevaba la agonía en su rostro.

Con los ojos cerrados, los labios de Amador se movían. Estaba tan atento a él, tan inclinado a él, que las dos palabras aquellas, apenas pronunciadas por unos labios sin fuerzas, llegaron hasta mí:

—Amor… Amor… —dijo.

Supe que se puede llorar sin llanto.

No me extrañó, no, que al día siguiente, cuando aún permanecían cerradas las ventanas del cuarto alto, partieran Amador y Roque.

—¿Qué le pasa, mi Comandante? ¿No está bueno, mi Comandante?

Antes de entrar en el carruaje, Amador miró despacio, muy despacio, hacia la torre donde Amalia aún dormía. Después se volvió a la otra torre, y dijo:

—¡Cómo han crecido los cipreses!

Aunque no los miraba.

Luego se acercó a mí. Sí: antes de irse se acercó a mí Amador, y puso su mano en mi tronco. Se movía torpemente, como si le pesara la vida, como si le pesara terriblemente la sangre:

—¡Viejo árbol! —dijo.

Pero no hablaba con nadie.

Se fue así, en el alba, silencioso, y nunca más volvió.

—… No está bien de la cabeza. Confiesa que no le rige bien —dijo Efrén durante la mañana—. ¡Marcharse de esta forma, sin despedirse de nadie!

Yo no podía decirle que sí, que, a su manera, Amador había dicho adiós a todos.

Amalia lloriqueaba:

—Esto no me lo merezco. No piensa nunca más que en él.

—Tú que le defendías, ya ves… Tú, tan buena…

Aquello parecía unirles.

—¡Qué desgraciada soy! ¡Dios, qué desgraciada!

—Me tienes a mí.

Aquel mismo día Efrén entró en el cuarto primero de la torre y estuvo buscando por todos los cajones y removió la almohada y el colchón donde Amador había dormido. Después oí a Eladio sacar la cama de allí, y poner la mesa donde estuvo la cama. Como si adivinase que Amador no volvería más.

No. No hubo sorpresa en él la mañana, pasado un tiempo, en que llegó aquel hombre a caballo, y Fidel salió a tenerle las bridas mientras bajaba, y hablaron cuchicheando.

Vi a aquel hombre en el despacho, con sus botas llenas de barro, apurado e impaciente.

Efrén entró, y no hizo gesto alguno de sorpresa, mientras escuchaba lo que le decía. Miró hacia arriba como si a través del techo Amalia pudiese oírles.

Después vi a un tiempo a Amalia entrando en la habitación abrazada a Efrén, y al hombre aquel a quien Fidel ayudaba a montar a caballo. Habían salido también Ubaldina y Eladio.

—¿Y no lo traerán aquí, junto a la finada señora? —preguntó Ubaldina.

—Se hundieron en la mar —contestó el hombre aquel.

Era duro y húmedo como la mañana.

—Habrá que decírselo a Claudia.

Y vi a Eladio que se alejaba.

Ubaldina se volvió a Fidel:

—¿Y tú, lloras o qué?

—¡Mujer!…

—Casi no le veíamos. Es como si estuviese muerto ya…

Fidel se volvió, y antes de entrar en la casa se sentó sobre la base del roble viejo.

A través de los cristales vi que Amalia lloraba como si una mano invisible le sacudiese las raíces del ser. Y como si aquella mano pudiera desarraigarla se agarraba a la sombra de Efrén. Él parecía más hombre, más fuerte en unas horas. La falta de la sombra de Amador reforzaba la suya. Acariciaba a su mujer.

Salió y volvió a entrar con Gertrudis, y la acercó a su madre.

Amalia la abrazaba, mordiéndose los labios, sollozando.

Claudia entró con la cara del color de la tierra yerma, y los ojos despavoridos.

Amalia dejó de llorar al verla derecha, sin lágrimas, enjuta. También Efrén se apartó de su mujer y quedó apurado, acariciando a Gertrudis, porque el dolor desnudo es cosa terrible de contemplar. Claudia, rígida, anduvo hasta la cuna, cogió a Xavier en brazos y lo acercó a la madre. Después quedó en pie, aguardando, no se sabía el qué.

Xavier buscó el pecho a la madre, y Amalia sonrió. Claudia no sonreía, porque a un tiempo se secaron en ella la lágrima y la risa.

X

La lluvia más fuerte e hiriente es la que antes pasa. Cae la lluvia menuda y a uno le parece que tan finas gotas no le han de humedecer. No es así: van empapando la tierra, hincándola. Sin querer, mis raíces la sorben. Dura tiempo y tiempo, fina y tupida. Un viento la abre. Pero vuelve y vuelve, insistente y aguda.

En cambio, en días fríos y soleados he visto a veces avanzar sobre mí una nube de plomo azul oscuro, cargada de extraña fluorescencia. Las cosas todas se ven con una claridad irreal. Destacan con nítida fuerza, y los colores van cargados de electricidad. La nube aquella acaso descarga lejos, sobre la mar. Vemos desde aquí el relámpago, chascando en el horizonte, la lluvia inundando mares o tierras alejadas, y el trueno que rueda sordamente. Es solo una amenaza. El viento se lleva el trueno, el relámpago y la lluvia hacia otra banda de tierra.

A veces, en cambio, la nube llega sobre el Castelo, y vierte allí su agua flagelante, dura y rápida. Como vino se va. La tierra en que me asiento es arenosa, y pronto seca; uno se pregunta si momentos antes la viera embebida, y el aire salpicado de gotas gordas, casi sólidas.

Estos súbitos chaparrones son como el dolor o la cólera de Amalia. Violento y fuerte. Un viento los barre.

Yo la he visto sollozar desesperadamente por su padre y quedé sorprendido de la fuerza e intensidad de aquel dolor. En medio de él, cualquier gesto de Xavier, o de Gertrudis que caminaba ya solita, le hacía levantar la cabeza y sonreír.

Con el rostro aún húmedo de lágrimas recientes, Amalia jugaba o reía con sus hijos. Otras veces, de aquel dolor pasaba a una cólera rabiosa, si alguna palabra de Efrén la provocaba.

Después de la muerte de Amador hubo una época de borrascas continuas. Amalia cogía en brazos a Gertrudis y parecía hallar un raro goce en llorar con ella en brazos, hablándole de su padre.

—¡Por el amor de Dios, Amalia, deja esos cuentos! Vas a romper los nervios de Gertrudis.

—¿Es que no puedo hablarle de su abuelo? ¿Ni hablar de él, siquiera?

Efrén se alzaba de hombros y salía dando un portazo. Amalia le perseguía, porque Amalia se encendía en la disputa, y hasta que no descargaba sus relámpagos semejaba también llena de electricidad. Iba tras él y la veía entrar en el despacho, abajo, y cerrar la puerta.

—No quieres oír hablar de él, ¿verdad? Porque no podías tragarle…

Efrén fingía buscar en el armario de los libros.

—¿Me oyes?

Se lanzaba. A veces vi sus manos engarfiadas, arañando al hombre.

Efrén la sujetaba con espanto. La cogía por donde podía, por el cuello o por los brazos, para atenazarla. Pero Amalia era tan fuerte como él.

—Tampoco te tragaba él a ti… ¡Él era un hombre!

Efrén apretó más los dedos en torno al cuello de su mujer, y por un momento cruzó sus ojos una luz nítida y terrible.

—¿Qué has dicho? Repítelo… —preguntó zarandeándola con fuerza.

Amalia pudo medir el alcance de sus palabras entonces, porque se echó a llorar. Efrén la arrojó con fuerza contra los estantes. Vi a Amalia caer al suelo tan larga era. Aún pienso que el golpe aquel de Efrén no llevaba fuerza como para tumbarla.

—¡Ay! —gimió.

—¿Qué has dicho? ¿Te das cuenta de lo que has dicho?

Él se había agachado y clavaba las manos de ella con las suyas sobre la madera.

Amalia volvió la cara, con los ojos cerrados, llorosa, deshecha.

—¿Te das cuenta, di?

Amalia lloraba con más fuerza. Libró una mano y ocultó su cabeza contra una pierna de Efrén. Él perneaba para librarse de ella.

—Déjame. ¡No me toques! No vengas ahora con esas. ¿Conque no soy hombre, eh? ¿No soy hombre?

—Yo no dije eso —sollozaba Amalia.

—Acabas de decirlo aquí, tú misma.

—No. No lo dije. No he podido decirlo…

—Y entonces, ¿qué soy? Di, ¿qué soy?

Se besaron.

No esperaba yo aquello, pero así fue. La besó agarrada a su pierna, con el rostro descompuesto. La besaba con rabia, con voracidad. Jamás vi dos animales tan feroces en la coyunda.

—Dime que no soy hombre. Dímelo ahora…

Amalia sonreía; su sonrisa vegetal parecía nacerle de una raíz hondísima.

—A ti hay que dejarte, porque no sabes lo que dices.

—No lo sé, no…

Efrén acariciaba el cabello pesado y oloroso, mirándola despacio.

—… Educada siempre entre criadas, ¿qué quieres que sepa?

—No es tu culpa, pobrecilla.

Amalia le echó los brazos al cuello.

—¡Perdóname, Efrén!

—Siempre perdonándote…

Aquellas escenas se sucedían con frecuencia. Poco a poco fui viendo cómo Efrén pasaba tardes enteras en el despacho, solo al principio. Y después con Eladio.

A Efrén con la ausencia de Amador le había brotado una fuerza que le afirmaba. Iba a la otra parte del Castelo y volvía sofocado llamando a Amalia a voces.

—¿Qué pasa? —preguntaba Amalia.

—Es inmundo como están las caserías. He ido allá.

—¿Y quién te manda ir allá?

—¡Amalia! ¡No me agotes la paciencia! Aquello es una porquería y debíamos quemarlas y hacer casas nuevas.

Amalia le miraba con la risa en el rostro.

—¿De qué te ríes?

—Déjales, si ellos están a gusto…

—Pero no puede ser, Amalia, está todo abandonado. Los pinos se pudren en el bosque, sin que nadie los tale.

—Ay, hijo, ¡qué trabajador te has vuelto!

—¡No seas estúpida! ¿No ves que defiendo lo nuestro?

Amalia tendía sus ojos de pupila amarillenta —amarillenta y húmeda, sí, como las de un perrazo— y miraba hacia nosotros, árboles, e inclinaba el busto para divisar el lavadero.

—Todo está igual que siempre.

—Eso es lo malo. Ahora que soy el amo tiene que cambiar esto.

Miró a Amalia como si una palabra se le hubiese escapado, pero Amalia era generosa de todo. Parecían, sobrarle muchas cosas siempre, y estar dispuesta a darlas. Como un manzano terso, cargado de fruto, fragante, carnoso, que ya no puede con su propio peso.

—Haz como quieras, hijo.

Amalia tenía voz de agua: se ahondaba en determinados momentos.

Efrén reanudó sus ausencias por la finca. Se alzaba temprano y salía.

—¡Eladio! —llamaba—. Acompáñame.

Acudía Eladio con su enorme cabeza y sus cortas piernas. Iba siempre muy pulcro. Claudia cuidaba de él.

—Déjame que te vea cómo vas.

Claudia abrochaba la zamarra y le daba golpecitos en las mejillas.

—Pero cierra la boca, hombre, que un día vas a morderte la lengua.

Eladio reía, a su manera. Era como si unas cosquillas le agitasen. «Ju… Ju…», hacía con la garganta.

Claudia le miraba alejarse en pos de Efrén, y ponía los ojos que vi a la perra cuando le dieron a criar el chivo.

Alguien trajo un chivo al Castelo. Acabaría de nacer, que casi no se tenía sobre sus patas. Balaba.

—Anda, Toula. Sé buena, Toula —dijo Fidel.

Y acercó el chivo a las ubres repletas de la perra. La Toula al principio se agitó, pero luego se estuvo quieta mientras el chivo le buscaba el pezón. Fueron acercándose sus cachorrillos y mamaron también de ella a un tiempo, tanto que parecía toda una misma camada.

El chivo aquel jugó con los perrillos, y la Toula le seguia con

una mirada empañada, mientras triscaba en torno suyo.

Así miraba Claudia a Eladio.

—Esto no hay quién lo aguante —marmotaba Efrén a la vuelta—. ¿Qué le has dicho a la gente?

—¿Yo? —preguntaba Amalia.

—Sí, tú. Les he dicho que había que avisar jornaleros para la tala, y ¿sabes lo que me han contestado?: «No dijera nada la señora».

Amalia se echó a reír.

—¿Te hace gracia? Que me hagan de menos, que me echen en cara siempre que aquí el ama eres tú, ¿te divierte?

Amalia se enternecía, y le atraía como podría atraer a su hija Gertrudis.

—No seas tonto, Efrén. No han querido decir eso.

—¿Pero es que me crees sordo?

—Es que no les gusta que ande uno hurgando en sus cosas.

—Pero el bosque no es «sus cosas». ¿Sabes la de dinero que perdemos allí?

—¿Te falta algo?

—Me falta mucho. No vivimos como nos corresponde. Una casa tan importante… Como cerdos vivimos.

—Hombre —saltaba Amalia, ofendida—. Lo que fue bueno para mis padres…

—¡Dale con tus padres!

—¡Y dale y darás por mucho tiempo! ¿O es que vamos a olvidar que todo era suyo y que lo encontraban bueno?

—Hija, eres una bruta. Contigo no hay forma humana de discutir.

Efrén se refugiaba en el despacho. Llamaba a Eladio. Y mientras Efrén andaba de arriba abajo hablando y manoteando, Eladio estaba allí, junto a la puerta, escuchando al señor. Por raro que parezca, Efrén llamaba a Eladio solo para que lo escuchara. Él se paseaba, gesticulando, protestando de Amalia, de la gente aquella, del estado en que vivían. Eladio con su cabeza ladeada y su labio colgante escuchaba.

—No sé qué afición le has cogido a Eladio —dijo Amalia, riéndose—. ¿Le entiendes cuando habla?

—Me acompaña mientras echo una copa. No hay con quién

hablar aquí.

—Hombre, ¡muchas gracias!

—Los hombres con los hombres.

Amalia miró a Efrén como si dudara de sus oídos.

Estaba asomada una mañana viendo salir a Efrén, tieso y engallado, camino de la huerta. Eladio le seguía, cargado con una azada pequeña y una regadera.

—¿Y a dónde irán ahora? —preguntó Amalia. Había una chispa de risa en sus ojos.

Cándida se había acercado con Xavier en brazos. Porque desde el día en que Claudia soltó en sus brazos a Gertrudis, Cándida quedó al cuidado de los niños. Tenía unas piernas como troncos pequeños, apaisados los pechos, el rostro ancho con ojos pequeños, verdosos y furtivos.

—Al señor le gusta el Eladio porque así no le lleva la contra —dijo.

Amalia oyó la reflexión de Cándida y se volvió, molesta. Porque Eladio, al crecer, se había visto que ni hablar podía. Tenía una lengua tan grande para su boca como su cabeza para el cuerpo; la daba vueltas, la retorcía, y resultaba imposible distinguir sus palabras. Cuando niño, al principio, procuró Claudia enseñarle, pero un día Ubaldina, la madre, metió la mano en la boca del niño y tiró de la lengua como quien tira del badajo de una campana.

—Madre de Dios, y con este cacho lengua tan gorda no extraño que nadie te entienda. Y encima la revuelves.

Eladio la miraba, con su mirada de ser que no se entera de las cosas.

—Déjale, Ubaldina, no le hagas sufrir. ¿No ves que es un inocente? —dijo Claudia.

—¡Pobre! ¡Es un inocente! —decían todos, cuando salía o entraba con su labio colgante.

Y dejaron de hacerle preguntas.

Eladio, pues, vivía en silencio menos con Efrén. Con Efrén lanzaba cortos chillidos de placer, de cuando en cuando, desde que a Efrén le dio por su trabajo de jardinería.

Frente a mí plantaron un rosal.

Salió seguido de Eladio, cargando este con la azada. Efrén la cogió y comenzó a remover la tierra.

—¿Y ahora cómo hago?

El primer día había sacado de su bolsillo un libro, y leía en él con afán. Pero mientras leía, Eladio había preparado la tierra para el esqueje. Efrén levantó los ojos, estupefacto.

—Ah, ¿lo has hecho tú? ¿Lo sabías tú? ¿Cómo no lo dijiste?

Eladio movía la cabeza, revolviendo la lengua. De su garganta salía el sonido gutural, oscuro.

—Bien. Está bien —dijo Efrén, poniéndole la mano sobre el hombro—. Has hecho muy bien, Eladio.

Y Eladio lanzó cortos chillidos de placer, y el cuerpo se le meneaba como si le recorriesen con una pajita.

Efrén cubrió con tierra las raíces del esqueje. Sudaba. Soltó la azada dos veces y se miró las manos:

—La falta de costumbre…

Eladio cogió la azada y remató la tarea.

Era curiosa la manera de entenderse aquellos dos seres humanos. Efrén preguntaba, y Eladio afirmaba o negaba con la cabeza. Así, poco a poco, llegaban al final de lo que Efrén quería saber. Para contestar, Eladio miraba los labios de Efrén.

Iban al despacho, y Efrén se paseaba, hablando, mientras Eladio quedaba humilde, junto a la puerta.

Alguna vez Amalia entraba en el despacho igual que un torbellino.

—Ya te puedes marchar, Eladio —decía.

A Efrén la cara se le ponía como los limones.

—¿También aquí quieres mandar tú?

Amalia se sentaba sin contestar, y estaban así, sin mirarse, pero como dos fieras que se acechan, hasta que la oscuridad cubría el cuarto.

—Ya estás contenta. Ya me has estropeado la tarde —decía Efrén, desde la oscuridad.

—Estás haciendo el ridículo con Eladio a todas horas. ¿No me tienes a mí?

—No es lo mismo.

Se oía la risa hiriente de Amalia.

—Gracias a Dios para mí. ¿Cómo te gusta andar con ese infeliz a rastras?

—No es tan infeliz, no te creas.

—¿Eladio?…

Un silencio venía desde aquella oscuridad. Después, la voz de Amalia se aguaba.

—¿Qué has querido decir?

—Nada… Son cosas de hombres.

—¿Eladio?… No te creo. Lo dices para picarme la curiosidad.

—Como quieras.

La sombra entonces parecía bullente de vida.

—… No puede ser. Aunque lo jures, no te creo.

Se oía un mover de sillas. Palabras sofocadas e hirvientes que no me llegaban. La risa de Amalia: una risa larga, oscura, hondísima…

Amalia era movediza como el viento y la lluvia.

Vio salir, de pie, apoyada en mi tronco, la caja que se llevaba a Ubaldina. Efrén, según costumbre, acompañó la caja hasta el lavadero. Allí, don Lino se paró y murmuraba algo.

Ayudado por Eladio, Fidel cargó la caja y se la llevaron por la huerta adelante. Efrén retrocedió y se acercó a su mujer llorosa, que estrechaba a Gertrudis contra sí.

—Deja a la niña que juegue…

Gertrudis se apartó y se sentó con cuidado de no posar sus pies sobre la hierba húmeda.

—¡Una más que nos falta, Efrén! Van marchando…

—Es ley de vida. O te vas tú o se van ellos. ¡Qué extremosa eres, Amalia, llorando así por Ubaldina!

—Me crie con ella.

Xavier, libre hoy de Cándida, que acompañaba a la caja de su madre, se llevaba las heces de un perro a la boca.

—Mamá —chilló Gertrudis—. Mira a Xavier.

—Cochino; suelta. ¡Caca! —salió gritando Amalia al niño.

Y no habló más de Ubaldina.

Efrén hizo dos viajes cortos; apenas duraron unos días. Volvía remozado. La vez primera de su ausencia, cuando Amalia sintió el rodar del coche, corrió a la puerta, vibrante, y se lanzó en sus brazos.

—Mujer, delante de todos… ¡Amalia!

—No importa. No importa. ¡Tenía tantas ganas de que volvieras!

Efrén parecía halagado y se encocoraba.

—Mira a los niños… Mirad a vuestro padre, hijos.

Alzó a Xavier hasta Efrén. Se colgó de su brazo.

—¡Tenía unas ganas de verte!

Efrén se hizo atrás, con una luz caliente en los ojos.

La miró. Ella estaba apurada y anhelante, más que la vez aquella cuando sus bodas, que era aún casi niña.

—¡Qué chiquilla eres, Amalia!

—¿Qué miras?

Y sin transición:

—Id por delante, niños…

Algún rato después vi entrar a Efrén en el despacho, y llevaba, ufano, unas cajas que abrió. Xavier tendía el cuello; Gertrudis palmoteaba:

—Muñecas, Muñecas… ¡Una muñeca, papá!

Y cogió la muñeca aquella de cabello pajizo y ojos cristalinos.

Xavier manoteaba con su caja. Amalia, agachándose, puso en sus manos un barquito. Xavier le echó la mano y tiraba del palo mayor.

—No se tira, niño. Es para echar al agua; ya verás.

Efrén explicaba a su hijo:

—Un navío, Xavier, ¿ves? En uno como este, muy grande, fue tu abuelo Amador a las costas de Cuba. Le llamaremos «Soberano» también. ¿Te gusta?

Xavier tiraba de los palos hasta arrancarlos.

—Todo lo rompe —dijo Cándida.

—Papá, botaremos el barco en el lavadero —dijo Gertrudis.

—No. Haremos una fuente. Una fuente redonda, de piedra, con peces y con agua.

Amalia sonreía mientras escuchaba a Efrén. No parecía atender a sus palabras.

—¿Y a mí qué me has traído?

Se miraron con una sonrisa nerviosa.

—Luego te lo daré.

Durante aquellos días Efrén no volvió a la compañía de Eladio. Andaban como en las épocas primeras de sus bodas, buscándose sus sombras.

Efrén hablaba largamente con Amalia, y ella estaba pendiente de sus labios.

Pero la vez segunda que Efrén se ausentó, anduvo Amalia por la casa como loba enjaulada.

Los criados se ponían fuera de su alcance porque temían el zarpazo.

Cándida, desde temprano, cogía a los niños y los llevaba para el otro lado del Castelo. Pero Amalia salía con su cuerpo pujante y duro, que parecía romper el aire que la rodeaba.

—¿Dónde están los niños?

A poco me llegaban sus estridentes voces:

—¡Holgazanas! ¡Qué sois todas unas holgazanas! Nadie trabaja en esta casa —gritaba, asomando la cabeza por las ventanas, frente a la base del roble.

Solo a Claudia no decía nada. A Claudia se le habían vuelto severos los labios desde la muerte de Roque. Amalia llegaba, sulfurada, a su cuarto, y lo cambiaba todo de sitio, y vociferaba. Claudia entraba en pos de ella e iba cogiendo en silencio las cosas que Amalia tiraba, siempre con sus labios severos.

Amalia acababa metiéndose en cama, arrebujándose entre las sábanas, llorando.

—Soy una desgraciada… ¿Qué hace Efrén? ¿Por qué no vuelve Efrén?

Claudia, con todo cuidado, le aplicaba lienzos con agua fría en las sienes.

Y Efrén volvió. Amalia, esta vez, no le esperaba en la puerta ni se lanzó a sus brazos. Efrén se sorprendió. Vio a Cándida con sus pechos rebosantes y su mirada huidiza, y Xavier de su mano. Gertrudis corría a él.

—¿Y tu madre? ¿Dónde está la señora? —preguntó.

—Arriba —dijo Cándida.

Vi entrar a Efrén. Amalia metía ropa en la cómoda, sin volverse al ruido de la puerta, como si realmente no la hubiese oído abrir.

—¡Amalia! —dijo Efrén, acercándose a ella, y cogiéndola por los brazos.

Amalia le miró con los ojos amarillentos; pero hoy en el centro de ellos la raíz negra estaba crecida, dilatada.

—¿Qué te pasa, Amalia, mujer? ¿Así me recibes?

Él la abrazaba, rígida.

—¡No me toques!

Procuraba besarla, pero ella se hurtó.

—¿Qué te pasa, Amalia? Dime.

—No me toques, te digo.

Se hizo atrás, concentrando sus fuerzas. Los ojos estaban color plomo, cargados de tempestad.

—A saber de dónde vienes, puerco…

—Pero, Amalia… ¿Estás loca, Amalia?

Amalia le abofeteó. Así, de pronto, con una fuerza segura y rápida como el granizo, le cruzó la cara dos o tres veces seguidas con la mano. Efrén no lo esperaba. Sin defenderse se dejó caer al borde del lecho. Después, fue poniéndose rojo, violáceo, y al fin blanco, de un blanco amarillento. Dos rayas lívidas partían de las aletas de la nariz hasta la boca.

—Se acabó, Ahí te quedas. Me marcho ahora mismo.

Amalia callaba, vuelta hacia la cómoda, como si arreglase algo.

—¡Ahora mismo!… Para no volver más.

Fue hacia la puerta. Pero Amalia corrió más que él, dio vuelta a la llave, y se puso delante, con la cara hacia mí, sacudida de sollozos. Quiso echarle los brazos al cuello.

—No, Efrén, no. ¡Perdóname!

Él, con rudeza, apartó los brazos que le enlazaban.

—Me marcho ahora mismo. Esta es una vida de esclavo. No hay quien la aguante.

Se crecía el ruido de su propia voz. Los gritos se oían desde abajo. Cándida se sentó a mi sombra, con la oreja tendida, mientras cuidaba de Xavier.

—¡Perdóname! Tenía tantas ganas de verte.

—Bonita manera de demostrarlo. Si estás loca no es culpa mía.

Amalia se aferraba a él:

—Perdóname, Efrén… Mi Efrén, perdón… ¡Pensaba tantas cosas!

—También yo las pienso, ¡hala! Abre esa puerta.

—No —sollozaba Amalia—. Eres tan guapo… Yo pensaba que… Perdóname, Efrén.

Efrén pareció dulcificarse. Se pasó la lengua por los labios y miró a su mujer.

—¿Y quién te manda pensar en tonterías?

—Estaba aquí sola. Y… como te conozco…

—Nunca te he faltado.

—No. Pero te conozco… Tú me entiendes.

Había una sonrisa felina en los labios de Amalia.

—Mujer, Amalia, solo piensas en eso.

En el fondo, se engallaba. Amalia volvió a acercarse. No la rechazó.

—Perdóname… ¿Me perdonas?

Era movediza y violenta, como el viento y el agua.

XI

ANTES de que naciera Jacoba, la pequeña, Amalia ordenó que desplantasen la yuca.

La yuca comenzaba a pardear. En sus años jóvenes era verde en invierno y verano, pero después fue tomando un tinte pardo, sucio, no como el de nuestras hojas de otoño. Lo que fueron tentáculos dentados presentaban mordeduras del tiempo. Era afrentoso ver envejecer a la yuca.

Casi me alegré de la determinación de Amalia. Sí, fue doloroso verla con las raíces al aire, cavando en torno suyo a Efrén y a Eladio —y Xavier ayudaba a tirar de ella y se llevaba tierra a la boca—, pero fue un dolor necesario. La que había sido exótica planta era entonces pardos despojos, carnosos aún, aún con algún dientecillo enmohecido. Lloviznaba el día que la desplantaron.

Efrén y Eladio, cada uno con una azada, trabajaban. De cada palada de Eladio, la tierra se apartaba, herida. Efrén tenía que repetir y repetir el mismo golpe, como si arañase sobre una misma llaga. Sudaba. Pese a la llovizna y al día gris, neblinoso, Efrén sudaba.

—Pero, Efrén, ¿a dónde vais, con el día que hace? —preguntó Amalia, abriendo la ventana de su cuarto, al verles salir pertrechados de azadas.

Efrén se volvió, picado. Parecía molestarle que Amalia quisiera enterarse siempre de todo. Quizá adivinase la risa que bullía en sus labios mientras miraba aquel extraño grupo: Xavier arrastrando sus aún torpes inseguras piernas, tiraba del mango de la azada que llevaba el padre para hacerse con ella.

Efrén contestó algo entre dientes, y se dirigió al final de la avenida de naranjos y limoneros, donde había abierto, en un

tiempo, su ardiente tentación la yuca, y donde entonces era espectáculo doloroso que casi abochornaba.

Amalia tendió el busto para ver dónde iban, y cuando les divisó uno a cada lado de la yuca, decididos, enarbolar la azada, sonrió, meneando la cabeza.

Desde mis ramas, inclinada así, la cabeza de Amalia era oscura piña: piña seca el color de su cabello tan espeso, que ella dividía en dos lianas gruesas, y las amontonaba sobre su cabeza. La llovizna, al caer, la rociaba, pero Amalia no temía a la lluvia. Levantaba el rostro hacia el cielo, buscando de dónde venía la nube aquella, y el agua caía, fina insistente, sobre su cara levantada.

Mientras tanto, Efrén sudaba, cavando en torno de la yuca, y llegaron a dejar descarnadas de tierra sus raíces. Sabían entonces que ya no ofrecería resistencia. La desampararon antes de atacarla. Era lamentable.

Efrén se apoyó, secándose la frente con el pañuelo, y dijo algo a Eladio. Este acercó sus manazas blandas y velludas y dio un tirón, dos, tres… A cada tirón asomaban las raíces. Por fin las tuvo entre las manos, y Efrén le ayudó para apartarla a un lado, satisfecho. El cuerpo de Eladio cosquilleaba. Xavier también tiraba de las lenguas bajas de la yuca, pero pude observar, y me dolió, que tiraba cuando vio a la yuca indefensa y vencida.

Por esas veleidades de la Naturaleza, que tanto la aproximan a la hembra, entre la neblina apareció el sol. Un sol pálido y dorado brilló mientras llovía, y la yuca tuvo su última vanidad: allí, tiraba sobre la hierba del campo, salpicada de gotas menudas, pareció lavada y más fresca.

El sol se reflejó en cada una de las gotitas: como si la yuca se hubiese engalanado para morir. Una hermosa muerte, cierto. Y nos aliviaría recordarla así, procurando apartar la imagen marchita de aquellos tiempos últimos.

La lluvia cesó al fin. Y Gertrudis bajó, arreglada igual que una flor de invernadero, aunque era sana y robusta. Gertrudis tenía la voz aguda y vieja, a pesar de ser niña. Jamás la vi jugando con criadas, e incluso a su hermano Xavier le miraba como el cedro del Líbano a la zarza.

—¡Qué mujercita es la niña, y cuánta raza!… Se las tiene tiesas a todas —sonreía Efrén.

—Es un poco dura con Cándida, ¿no crees?

—No sé cómo tú soportas a Cándida. Astrosa, sucia…

—Es buena gente y los conocemos de siempre. Puedo tener confianza en ella con los niños.

—Parece una fregona, no una doncella.

Amalia se echó a reír.

—¿No notas cómo huele?

—Sí, es una puerca. Pero ¿qué quieres que haga? ¿Qué le friegue yo misma los sobacos?

—¡Amalia, por Dios!

—Eso no tiene que ver, además, con lo que decía. Gertrudis es dura con las muchachas.

—Necesita otras niñas de su clase. Tenemos que pensar en la educación de nuestros hijos, Amalia.

—Sí, tienes razón, Efrén. Hay que pensar. Pero todavía son tan niños…

—Desde pequeño se endereza el árbol.

Amalia fruncía los labios y se le ponían tristes los ojos húmedos.

—¿Lo dices por mí?

Efrén se alzó de hombros.

—Cualquiera diría, Efrén, que aquí les enseñamos cosas malas.

—¿Quién ha dicho eso?

—Tú. No irás a enseñarme a querer a mis hijos, supongo…

Efrén callaba.

—… Lo que pasa es que eres tú el que quieres salir de aquí…

—Tú te lo dices todo.

—¿Es verdad, luego?

Saltó hacia él, disparada, con sus ojos chispeantes. La dejó venir.

—… ¿Quieres salir, eh? ¿Quieres ir a donde haya mujeres perfumadas, bribonas, como las que me has contado? ¿Quieres?

Pretendía golpearle en el pecho con sus puños cerrados, pero Efrén la cogió por las muñecas y besó los puños, a riesgo de golpes.

—Quiero ir contigo.

Amalia pareció apaciguarse.

—… Quiero enseñarte a ti que hay algo más que el Castelo y la huerta, y el bosque de pinos, y la casería. Quiero que ocupes el puesto que te corresponde.

Amalia le miraba y se le doraban los húmedos ojos.

—Quiero —la voz de él me recordaba el caminar del zorro, taimado, cuando se acerca al corral— que todos te vean. Lucirte, Amalia…

—Por mí, no… Por mí, ya sabes que contigo…

—Por ti y por mí. No quiero que te hagas vieja sin que todos te hayan admirado, ¿sabes? Leonor es inaguantable…

(Parecía recordar algo que le escocía).

—… me preguntaba por ti con tonillo de compasión. ¡Se da unos aires! Tienen menos dinero que nosotros…

—¿Qué importa tu cuñada?

—Importa. —A Efrén se le ponían las orejas encarnadas—. Siempre, desde niño, el segundo. Lo mejor para Ruy. Los títulos, para Ruy. Las casas, para Ruy. Y siempre la bromita: «Cuando Efrén sea cura…». «Efrén bautizará a mis hijos…». No sabía cómo eras, pero acepté a ciegas.

Amalia no pareció dolerse.

—¡Pobre! ¡Pobre Efrén! ¡Cuéntame! Yo siempre contándote de mí y tú nunca.

—¿Para qué?… Conocí a tu padre en mi casa.

Se detuvo. Se le pusieron lívidas las rayas de la nariz a la boca.

—Desde el primer momento… Frío, dominante, me miró de arriba abajo. Creí que iba a mandarme dar vueltas. Mi padre estaba obsequioso con el tuyo. Me dijo de lo que se trataba: «Una niña aún, catorce años. Harás de ella lo que quieras…».

Amalia retrocedió, herida.

—Cuando tu padre se fue, me enteré de su conversación con el mío. Fue vergonzoso. Le había hecho preguntas como si se tratara de buscar un semental.

—Debiste odiarme.

—No.

Amalia tendió su boca, entristecida. Efrén la besó y quedó un momento sobre ella.

—Nunca me lo contaste.

—¿Para qué?… Pero ahora comprenderás, ¿verdad, Amalia? Quiero ir allá, comprar coche y casa, vestirte…

—¡Hombre! —sonrió Amalia, mirando a su vestido.

—No; vas muy descuidada. Gertrudis es más arreglada que tú. Ha salido a mí.

Amalia retrocedió.

—Ven, tonta. Así y todo eres mil veces más guapa que Leonor y que todas.

Reía:

—Porque lo que importa es lo que va dentro…

La abrazaba.

—Dime, Efrén, ¿qué efecto te hice entonces?

—¿Cuándo?

—El día que llegaste.

—Una muchachota… Eso parecías. Una muchacha fresca, con la piel tirante, sin malicia, golosa.

—¿Golosa?

—Sí. Ruy dijo: «Vaya plato, hermano». Y desde ese mismo instante me diste pena. Tuve ganas de abofetearle.

Amalia se ciñó más a él.

—Desde entonces, ya, no querías a mi padre.

—No. Cuando llegaba, la casa parecía volverse loca. Y me miraban con sorna los criados. Además, te hacía llorar…

—¡Fui tan desgraciada!

Aquella raíz honda de un dolor antiguo volvía a sacudirla.

—No quiero que a mis hijos les falte nunca nada, Efrén. Que no lloren nunca por mí. Don Dino dice que estoy echando a perder a Gertrudis. No me importa.

Las manos de Efrén acariciaban la garganta y la nuca de su mujer. La nuca de Amalia en que crecía el pelo, rizoso y corto, como torcidas raicillas.

—Gertrudis, pobrecita —murmuró Efrén—. También a ella le toca. Todo irá a Xavier.

Amalia debió de sentir la amargura que secaba las carnes y el corazón de Efrén.

—Quisiera… Quisiera dártelo todo a ti. Que todo fuera tuyo.

—No puedes, ni tú puedes. Existe el vínculo, ¿no lo sabes?… Todo para Xavier.

Silbó esto último entre los dientes apretados. Sonó como el silbido del áspid. Porque yo he visto al áspid asomar cautelosamente la cabeza entre los matorrales. El Chanelo dormía tranquilo y plácido, con la enorme cabeza entre las patas, caídas las orejas. La achatada cabeza del áspid se irguió, con sus ojillos

saltones. Después, en un instante —lo vi, y dudaba de mi vista— lanzó una lengua aguda y afilada, lo mismo que una aguja, y pinchó una pata del perro. El Chanelo, entre sueños, al sol, se sacudió con la pezuña. El áspid ocultó la cabeza en el matorral. Algo siniestro brillaba en sus ojos saltones. Estaba yo pensando qué habría hecho con la lengua aquella, cuando el Chanelo se levantó, como loco, se revolcó sobre sí mismo y ladró, con un ladrido terrible y lastimero. Acudió Fidel. El perro aullaba, convulso. La gente decía:

—Durmió con la cabeza al sol, y rabió.

—¡Mírate bien, Fidel! No te arrimes.

Fidel levantó el hacha, y partió la cabeza del Chanelo en dos.

Yo, como tantas veces, podía haberles dicho que allí, en el matorral, a un paso de ellos estaba la lengua venenosa que llevaba la muerte. Pero ningún humano hubo para sacarles de su error.

Las palabras de Efrén, junto a la ventana, me trajeron a la memoria el silbido del áspid, cuando levantó su achatada cabeza. También Amalia debió de percibir aquel silbido.

—¡Lo dices como con rabia!

—¿Yo? Estás loca.

Se separaron un poco. Efrén procuraba reír, mirando hacia otro lado.

—Tratándose de mi hijo… Fíjate, ¡de mi propio hijo!

Un soplo de frío parecía haber alcanzado las entrañas de Amalia. Quedó quieta, y quizá sin saberlo ella misma su boca tuvo un gesto de repulsión y pena, igual que cuando contempló la cabeza podrida del Chanelo, comida por hormigas y moscones.

Efrén se acercaba por detrás, enlazándola el talle.

—¡Déjame! —dijo ella.

Pero aquella palabra debía de tener justamente distinto significado, porque Efrén la estrechó más aún, y acercó su nariz hasta las altas trenzas.

—Déjame —dijo de nuevo Amalia.

Y le empujó hacia atrás con sus brazos.

—… Después de lo que te he contado. No tienes delicadeza. ¡Qué bruta eres!

Amalia le miró, y le temblaban los labios.

—¡Pobre Efrén! —dijo.

Algo turbio y sinuoso debió de alcanzarla, produciéndole íntima

convulsión.

—No quiero tener más hijos.

Efrén fue tras ella:

—¿No es más que eso?… ¡Tonta!

A las nueve lunas nació Jacoba, la de la hojarasca dorada.

XII

A mi tronco se arrimó la silveira. Ya la mano de Fidel se había ido, con todo su cuerpo, a la tierra, y nadie parecía atento a desentrañar de hierbas el jardín, ni a desarraigar cuanto rodeaba mi tronco. Solo el cielo y la tierra cuidaban de nosotros. El cielo llovía generosamente para nuestra sed, y la tierra se humedecía a nuestras plantas.

Las ventanas de la torre estaban cerradas. Sobre la base del roble viejo salía Claudia, a las horas del sol, y se sentaba, siempre con algún lienzo entre las manos. A Claudia se le había cubierto el cabello de escarcha. Eladio se dejaba caer en la hierba, cerca suyo, con la boca entreabierta, asomando el grueso reborde de la lengua.

—Anda, Eladio, haz algo. No te estés ahí pasmado.

Eladio se ponía de pie, y aguardaba mirando hacia ella, pendiente de sus delgados labios.

—Cuida un poco las plantas. Limpia la fuente. Haz algo, hombre.

Eladio se alejaba, campaneando su cabeza sobre el cuerpo, y Claudia le miraba alejarse. Volvía con la azada y con el rastrillo que Fidel usaba. Poco hacía Eladio.

No se alejaba mucho de Claudia; era como si una fibra finísima le tirase hacia ella desde que Efrén marchó.

Porque Amalia y Efrén, con sus hijos, se habían marchado.

Yo temía el dolor de Amalia al desarraigarla del Castelo, donde había crecido, de donde nunca salió. Pero Amalia estaba sofocada y pendiente de que nada faltase. Una ardiente vitalidad emanaba de sus gestos.

—¡Hale, hale!… Los niños detrás. Pasa tú, Cándida, con la nena.

Efrén fue el último en montar. Cruzó el coche por delante de mí,

y Amalia asomaba el rostro radiante, agitando una mano en dirección a Claudia.

Claudia quedaba allí, al pie de la puerta de la torre, y a su lado. Eladio les miraba partir. Una gruesa lágrima rodó de los ojos del inocente cuando el coche marchó, y no se oyó más su rodar. Claudia la vio, y levantando el delantal blanco, que ella temía manchar siempre, enjugó la lágrima de Eladio.

—Tonto. ¡Más que tonto! Llorar por eso. Ya volverán…

Un sonido gutural, confuso, salió de la garganta de Eladio.

—Nada. No me expliques nada. Eres un tonto… Los hombres no lloran.

El inocente echó a andar con los miembros flácidos y Claudia fue tras él. Le acarició la cabeza:

—Te queda Claudia, hijo, ¿sabes? Claudia no se va.

Les vi alejarse por el otro lado del Castelo, frente a la base del roble viejo.

Don Lino tampoco se marchó. Salía al atardecer lo mismo que siempre hizo, y paseaba ante la fila de naranjos y limoneros. Al llegar al último daba media vuelta, y volvía a empezar.

En los días de helada, don Lino bajaba también, pero entonces no iba leyendo en el libro negro, sino que caminaba de prisa, con el libro apretado sobre el pecho, y daba golpecitos con los pies sobre el suelo, para desentumecerse. Si había bruma, yo me imaginaba a Amador, aún, caminando a su lado.

Don Lino hablaba a Claudia y a Eladio con su templada voz. Alargó sus paseos hasta la entrada, y se sentó alguna vez a la sombra mía.

Me es grato que los hombres se sienten a mi sombra. Del contacto de sus manos sobre mi tronco aprendo a distinguirlos, porque ningún calor humano es el mismo, ni les late la sangre de la misma manera. La mano de Amador, la mañana en que se fue y la posó en mi tronco, era una mano ardiente y desolada, y la sangre era espesa a través de ella. En cambio, la de su hija Amalia parecía vegetal: no sabría explicar qué me causa esta sensación, pero algo vibraba desde mi raíz, al contacto suyo. Una mano húmeda y nerviosa por donde la sangre corría a borbotones, y a veces se diría que iba a estallarle. La de Efrén era seca; al acercarla, un chispazo brotaba aislándonos. Al principio apoyaba su mano en mí, y su

sangre joven corría venas abajo, pero yo sentía cómo se aceleraba su carrera cuando miraba a Amalia. Después su mano se fue reblandeciendo, y agostando su sangre. La de Xavier, su hijo, de niño me rasguñaba el tronco con las uñas o me hendía con la navaja. De mayor me fustigaba con aquella caña esbelta que llamaba bastón. Escuchar el latido de Xavier daba vértigo: le quemaba los pulsos. Pero lo prefería al de Dolores, la que fue su mujer, cuya sangre, fría y reptante, rastreaba las venas heladas. Era la suya una mano de seca palma, sin ese sudorcillo amargo de las palmas de Amalia o la cálida suavidad que tienen las de Ángeles, ahora.

Supe que Ángeles no era para Pastor al sentir sus dos manos, porque la de Pastor es ruda —garra o pezuña— y temo por la mujer y el hijo, de ellas.

A través de su hija y de sus nietos, solo la mano de Vicente me recordó a Amador, aquella mano recia y dolorida, conteniendo una temida sangre.

Podría hablaros también de las manos de Jacoba, ligeras, apenas roce suave, o las tibias manos palpitantes de Lorenzo, estos días. Sí; las amadas manos del nieto de Xavier, del hijo de Pastor y Ángeles: Lorenzo, el de los ojos castaños.

Salvo en las suyas, y en las de Efrén y Ángeles, noto una sangre espesa, cargada, igual a la del lobo carnicero. Unos se apoyaron o se apoyan en mí buscando amparo: así Amador y Amalia, o Jacoba, y Vicente y Ángeles ahora. Otros, al apoyarse, ni me buscaron ni me buscan tampoco: Efrén, Xavier mismo, y Pastor, el padre de Lorenzo. Lorenzo en cambio, da. Su generosidad no nace de carne ni de piel: le brota desde dentro, desde la cálida raíz que él llama «el alma». Trepa entre mis ramas, y ha descubierto un trenzado en las más bajas mías, donde pone sus pies y se cobija. Pero más que buscar mi sombra, yo sé que es su calor el que me viene a dar.

Quizá tampoco Amador buscara apoyo o sombra, y su mano, en su adiós, fuese la huella que los suyos han buscado después.

Os digo que Don Lino se apoyaba también en mí, aunque era vertical y algo en él no precisaba de amparo nuestro. Me olía a cenizas de cedro. Los árboles de madera aromática si les consume el fuego, exhalan un aliento seco y perfumado. Parecía que don Lino se hubiese consumido ya.

A veces, cuando el sol estaba alto, se volvía hacia él, en pie, con la frente inclinada. Decía a media voz:

—El Ángel del Señor anunció a María…

Y bajaba la cabeza con los ojos entornados, como si mirase hacia dentro de él, y desde allí le subiese un recuerdo antiguo que le sobrecogía. Aquellas palabras sonaban tan hermosas que las aprendí. Hubo vez que hasta el aire pareció suspenderse, al escucharlas.

Don Lino, sentado junto a mí, miraba un día el hormiguero a su lado. Esto fue en el verano primero de la ausencia de Amalia. Las hormigas cogían finas miguillas con sus menudas antenas e iban llevándolas todas al hormiguero. Había una muerta, casi seca, cerca de una hoja, y otra hormiga quiso cogerla, pero no podía con ella sola. Frotó sus antenas y algo debieron de percibir sus compañeras porque acudieron y la ayudaron. Aquellos diminutos seres cargaban también sus muertos a hombros. Don Lino se levantó, todo su cuerpo pinando hacia arriba. Miró a la altura donde se divisaba el sereno cielo estival.

—¡Oh, Dios! —dijo.

Después, enlazó sus manos, permaneciendo así, con el rostro exaltado.

Don Lino no tocaba a nada ni dañaba a nadie. Ni a planta, ni a flor, ni a criatura. Al sentarse en la hierba miraba dónde podría hacerlo que aplastase menos, y por eso yo no temí que, aunque la viese, don Lino me privase de la silveira.

En un principio apenas noté sus tallos finos y quebradizos, con sus cortas espinas hirientes. Pero cuando llegó la época en que florecen las magnolias, un amanecer, apenas ida el alba, una fragancia suave, fresca y humilde, comenzó a invadirme la corteza. Se me metía por el tronco arriba, insistente, hasta las mismas hojas. Yo aún tenía en ellas la amargura de aquel amor por la mar. No quería atender a la nueva fragancia, pero ella estaba allí, a mis plantas, forzosamente tenía que verla. ¡Qué distinta su actitud! Sencilla, implorante, buscando mi sombra, sin secretos. Me sentí más fuerte y la miré despacio: los capullos menudos y apretados se abrieron para mí, y maravillado contemplé a la pequeña, la menuda rosa silvestre, la rosa campesina. Se enlazó a mí sin artificios. Cuando sus pinchos se incrustaron en mi corteza yo no noté el

rasguño, sino el placer de aquella sometida entrega. Trepaba tronco arriba, encendida como el rojo de sus pétalos, temblorosos. Porque la florecilla temblaba al menor viento, y yo la protegía afectosamente con mis ramas.

Nada en aquello recordaba a mi amor por la mar. Casi diría que la amé con tristeza. Nacía mi tristeza del saber que su vida era frágil, y adivinarla indefensa a cualquier temporal, o quizá el conocer que ella me amaba más, que ella me amaba así, sin abandonar su reclinada postura, admirándome. Mi amor se alimentaba de su amor, no de mi raíz misma. La amé porque la primavera bullía en torno mío, y precipitaba mi savia y henchía mis hojas. Porque un rumor de vida partía de los otros árboles, de las flores, del agua. Porque amarla era simple, necesario, e incluso reposaba.

Pero ¿la amé realmente? ¿Puede llamarse amor a aquel dejarse enroscar, a aquel dejarla florecer en mi tronco?

Las heridas de sus pinchos venían a cubrir otras más hondas.

No. Del amor os hablaré más tarde.

Llegó el otoño y la silveira se marchitó sobre mi tronco. Fue pavoroso y nada pude hacer. Lo que había sido fragancia se tornó en aliento marchito, ya no sentía los pinchos en mí, y no me atrevía a desprenderme por temor de lastimarla. Comenzó a hacérseme insoportable. Me resultaba enojosa su proximidad y me irritaba aquella falta de secreto con que envejecía.

Aprendí que el hechizo de la hembra reside en ser secreta, no importa en qué sentido. Añoraba a Fidel. Si Fidel viviese no permitiría aquello allí y vendría a desgajarla. Pero Eladio no parecía darse cuenta de nada. Iba todos los días frente a mí a contemplar cómo crecía el esqueje del rosal que plantó Efrén. Lo miraba, torciendo la cabeza, y se alejaba. A veces limpiaba aquí y allá… Para él solo existía el esqueje en el jardín. La hierba crecía entre la grava, comenzaba a invadir las losas de piedra, al pie de la puerta de la torre.

—Claudia —dijo don Lino—, van a encontrar esto perdido cuando vengan.

—¿Y qué quiere que haga, don Lino? Ya escribí a la señora la muerte del Fidel. Que quién se ocupaba de esto. Ni me contestó siquiera.

—Pero algo hay que hacer, Claudia.

—Mejor. Que cuando venga vea cómo lo dejó todo…

—¡Claudia! ¡Claudia!

Y desde entonces don Lino se agachaba y quitaba las hierbecitas de las losas.

—Jesús, don Lino, ¿no irá usted a hacer de jardinero?

—Alguien ha de hacerlo.

Claudia pareció apurarse. Bajaba la cabeza.

—Yo, sabe, tengo el lumbago…

—Ya, Claudia.

—Eladio ayudará.

Poco hacían. Don Lino, con un rastrillo, quitaba y quitaba hierbecitas. Las miraba asombrado.

—Cuantas más quitas, más crecen.

Eladio trabajaba sin ganas, él, a quien yo recordaba forzudo e incansable junto a Efrén. Siempre se acercaba a ver su rosal, y lo miraba con la boca abierta.

Fue vigilando cómo se abrían los capullos, y cuando reventaron las primeras rosas, corrió hacia Claudia.

—Ju… Ju… —hacía.

Claudia, sin saber qué quería, se defendió, porque la tiraba por el delantal. Parecía que Eladio iba a dar volteretas delante del rosal, tanto brincaba.

—Ya salieron las rosas, ¿ves qué bien, hijo? Pero el señorito Efrén no las verá.

Eladio se quedó triste, con su boca abierta, como si le hubiesen apagado el resorte de las volteretas.

Cuando en la primavera siguiente comenzó el esqueje a cubrirse de hoja tierna y de capullo, don Lino dijo a Eladio:

—Vuelven pronto los señores, ya. ¿Tienes gana de verlos?

Eladio se volvió al capellán.

—Vendrán para el verano. Traen gente nueva con ellos.

Eladio soltó el rastrillo y se acercó al rosal. Lo miraba, pareciendo esperar algo de aquel tallo empinado, cuyos brotes anunciaban flor.

Llegaron antes del verano. Nadie les aguardaba, me parece, porque ni Claudia ni Eladio estaban a la puerta, y solo don Lino paseaba ante los naranjos. Se oyó el rodar del coche y don Lino

volvió la cabeza hacia mi lado. Yo, con mis ramas más altas, había visto, del otro lado del muro, cómo el carruaje tomaba la dirección del Castelo.

—Es Amalia —pensé.

Venían los caballos levantando polvo, resoplando sudor, y aquella polvareda al sol inflamado de la tarde parecía encenderse con alegre, inflamado fuego. Por la ventanilla abierta escapaban risas de niños. Don Lino ya se había recogido las ropas negras largas con una mano y salió corriendo hacia la verja. También el polvo que levantaban sus zapatos parecía dotado de alegría.

Y él, que nunca gritaba, levantó la voz:

—¡Claudia! ¡Claudia! ¡Los señores!

Don Lino abrió la verja; así entró el coche, trayendo de nuevo a Amalia y a los suyos. Amalia reía.

—¡Don Lino!… ¡Don Lino! —inclinó la cabeza hasta su mano.

La encontraba más alta, esplendorosa, aún sudorosa del viaje, polvoriento el cabello… Reía… ¡Cómo reía Amalia! Hasta el agua se precipitaba rueda abajo, en el lavadero.

Un estallido de vida nos llegaba desde aquel ser humano allí, frente a su casa.

—Ya estamos, niños. Ya estamos. ¡En casa!

Efrén bajó y le hallé envejecido. Vi por primera vez a Jacoba, la pequeña, un bulto apenas cuando marchó, y entonces ya nos venía caminando con sus piernas delgadas, y su profusa cabellera dorada le abrumaba el rostro. Algo hubo en ella que me agitó. Quizá el verla caminar como si no posase los pies sobre la tierra, inclinando su cabecita. Me hallé pensando en María-Fernanda, tan cerca de ella, en la otra torre.

Xavier agarraba a su hermana de la mano.

—¿Lo ves, Jacoba? Tú no habías estado nunca, ¿verdad?

Estaba orgulloso de tener que enseñarla.

—Hay un lavadero, y una fuente con agua. La hicimos papá y yo.

—¡Qué bien se acuerda el niño! —dijo Amalia.

Después miró en redondo, en torno suyo, y sus ojos dotaban de alegría cuanto miraba. Me miró a mí también.

—¡Cómo ha crecido el castaño! —dijo.

Elevaron todos los ojos para mirarme.

—Habrá que podarle —dijo Efrén.

Y Amalia corrió —yo sabía que ella lo haría— y acercándose a mi tronco, de un solo tirón arrancó la silveira marchita.

—¡Limpiar esto de aquí! —dijo, empujándola con el pie.

—Amalia, ¡que te pones perdida!

Amalia se miró. La silveira le había rasguñado la nueva ropa, sedosa y brillante. Reía.

—Menos mal que traigo gente para que cuide de todo. Va verás, Claudia…

Se fue, hablando a su vieja doncella, y su voz sonaba a borbotones, rica, incontenible.

Entre las dos abrieron la ventana alta de la torre.

Me parecía que una nueva vida se infundía a mi savia.

—¡Cuánto tiempo fuera!

Yo podía decirle que el tiempo había pasado igual que siempre, sin alterar su ritmo, y que era corto pasar desde que marchó, corto pasar desde que había nacido.

¿Para qué? No medimos el tiempo de la misma manera.

XIII

Comenzaron de nuevo a rastrillar las avenidas, a limpiar la hierba, a cuidar los árboles. Había un nuevo brillo entre nosotros. Sacaron las hojas muertas de la fuente, y dejaron solamente, en el centro, los nenúfares, de color violáceo. Desde mi altura veía el rápido chispear de los vivos colores —rojos, verdes y plateados— de unos pececillos pequeños, movedizos, que el nuevo jardinero echó en el agua. El nuevo jardinero se llamaba Ramón. Era alto también, pero no rubicundo, y traía consigo a Benita, su mujer. Con ellos vino Justina, que entraba y salía con su cesta de piñas a la cabeza, o recogía la fruta de los árboles.

Cuando Justina se acercaba a sacudir los frutales, los hombres la miraban de reojo. Andaba siempre riéndose, como si tuviese dentro un manantial inagotable de risa, y su cuerpo le reía también. Hablaba a gritos, o arrastrando las palabras, como el

run-run

del gato o el relinchar nervioso de la yegua.

—No va a tener buen fin —decía Benita mirándola.

Justina andaba siempre comiendo de las frutas caídas. Las ciruelas le reventaban en la boca, que ponía redonda porque se las metía enteras y después le churreteaban.

Ramón se volvía a mirar a Justina, que sacudía el cuerpo al par que los manzanos. Resoplaba y volvía a bajar la cabeza.

—No sé cómo habrá traído la señora semejante golfa a la casa —decía Benita.

—Déjala. No se mete contigo.

—No, si estas siempre encuentran quien las defienda…

Benita se engallaba. Claudia la observaba con su gesto adusto.

—No sé a qué viene ponerse así. Una no elige la compañía.

—Además que esa… mucho ruido y pocas nueces.

—¿Qué sabes tú? —saltó Benita.

Ramón contestó sin alterarse:

—Pareces tonta. Ni que los hombres no nos diéramos cuenta.

Y Benita sonría como si la experiencia del hombre suyo la enorgulleciese.

Amalia no podía parar. Iba y venía dando órdenes, tocaba los árboles con sus manos, mordía un fruto, cambiaba la casa.

Porque empezaron a llegar muebles de cerezo y castaño, de nogal y de roble, muy trabajados. Telas brillantes los recubrían. Amalia los veía llegar, excitadísima, y se agitaba en torno a quienes los llevaban. Se cansaba pronto, sin embargo, y bajaba al jardín. Emprendía locas carreras con sus hijas, que la seguían alegres y exaltadas. Me llegaban sus risas juntas, confundidas, y acababan sentándose, jadeantes, riendo aún. Las niñas miraban a Amalia con adoración, y ella a las niñas con asombro. Tomaba de la mano a Jacoba, la pequeña, y metía sus dedos con los suyos en el agua del estanque. La niña tenía miedo a que los pececillos la picasen, pero Amalia conducía su mano. De pie, inclinándose, la he visto echar migas a los peces:

—No. A ti no… Te estás llevando todo. ¡El verde!… El verde…

Giraban los pececillos y Jacoba admiraba a su madre:

—Parece que te entienden.

—Se acabó…

Se sacudía las manos.

—¿Y Xavier? ¿Dónde está Xavier?

Nadie contestaba, porque nadie sabía nunca dónde andaba Xavier.

Desde las ventanas me llegaba la voz de Efrén.

—Pongan aquí el sofá. Aquí. Y los sillones a un lado.

Un día le vi entrar en la habitación alta y mirar en torno suyo, despacio. Amalia entró tras él y le observó.

—No. Lo que es aquí no me cambias nada. Y si no te gusta, te fastidias.

—Nadie ha dicho que iba a cambiar nada. Podías ser menos ordinaria.

—Estoy harta de tus lecciones.

—¡Necesitas tantas!

—A todas horas corrigiéndome, ¿qué te has creído?

—Lo hago por tu bien.

—No, si ya sé que eres muy fino —Amalia mordía una sonrisa en sus labios—. Pero, por si acaso, te advierto que en la torre no cambias nada, ni en este cuarto, ni en el de abajo.

A Efrén se le puso lívida la raya aquella de la boca a la nariz.

—Siempre recordándome que las cosas son tuyas…

—¡Efrén! —exclamó Amalia.

Él se volvía, derecho, con los labios contraídos. Amalia fue tras él:

—No seas pesado. Sabes que no he querido decir eso. Lo sabes de sobra. Lo coges todo por donde quema.

—No sé lo que has querido decir entonces.

Amalia le cogió por un brazo.

—Me gustaría tener el cuarto como siempre estuvo. Pero, si quieres…

—No, mujer, nada. Lo que tú quieras.

—Sí, Efrén, si tú quieres. Todo es tuyo… Lo sabes.

Eladio esperó días y días a que Efrén le llamase de nuevo, como antes. Una mañana le vio salir solo y dirigirse hacia la puerta de entrada. Eladio echó a andar tras él, a distancia. Efrén llegó a la altura del rosal, y pasó de largo: no miró aquellas opulentas rosas amarillentas y perfumadas, de suavísimos pétalos, que se abrían sobre el esqueje aquel. Y Eladio dejó colgar aún más su labio, y una lágrima rodó mejilla abajo. Fue hacia la base del roble, quejándose:

—Ju… Ju —hacía.

Y yo comprendí que buscaba a Claudia.

Pasó el verano veloz, entró el otoño, y cuando terminaba empezó Amalia sus preparativos de marchar. Y, desde entonces, fue siempre igual, mientras Efrén vivió. Venían con la primavera, y se marchaban con el invierno. Cuando se iban se llevaban a Don Lino y a Cándida con ellos.

—¿Y no irá Justina? —oí que preguntaba Claudia a la señora.

—No. Justina queda aquí, para que todo esté limpio y arreglado, y también Benita con Ramón. Allí tenemos gente también, y la casa abierta. ¿Qué te pasa?

—Justina es así, con los hombres… Benita se cela.

—¿Y a mí qué? Claudia, no me vengas con monsergas. Si se cela,

que cuide de él.

—Pero, Justina…

—Déjame en paz.

Y vi que Amalia sonreía complacida mirando hacia Justina que meneaba sus carnes en el lavadero. Xavier estaba frente a ella, de pie, con el ceño junto, mirándola lavar. Justina levantaba la cabeza de vez en vez, y reía golpeando la ropa. Decía algo que ellas no podían oír. Xavier miraba con ojos ávidos la risa aquella de la mujer, y hundía los ojos por la raya que separaba los pechos.

—No le da vergüenza —murmuró Claudia—. Con un chiquillo…

—También tú —Amalia se sulfuró—. Siempre pensando mal. Justina es joven y tiene ganas de broma, y Xavier es un niño.

Repitió, mirando asombrada hacia su hijo:

—Nada más que un niño… Razón de más para que quede Justina aquí.

Claudia marchó apretando los labios.

Amalia se inclinó con curiosidad fuera de la ventana, y después bajó, sentándose a mi sombra, mirando siempre hacia el lavadero. La voz estridente de Justina nos llegaba con claridad:

—¿Y qué andas siempre mirando, demonio de chiquillo? ¿No tienes nada mejor que ver?

Pero reía, reía, incontenible, y Xavier arrancó una hierba y se puso a morderla mientras la miraba.

Ramón pasó cerca de ellos.

—No tienes cara —dijo—. Con un chiquillo… Calentándole los cascos.

A Xavier se le pusieron las orejas encarnadas y escapó.

Ramón parecía rabioso por algo.

—Ya te dije yo, ¿no te acuerdas?, que esta te enseñaría…

Y Justina le rio en la cara, echando la garganta atrás. Amalia se levantó y entró en la torre. La vi abrir la puerta del despacho donde Efrén estaba.

—Efrén, tenemos que marcharnos. Fíjate que Xavier…

Efrén levantó la cabeza, y Amalia le habló casi al oído, con risitas cortas y nerviosas. Pero Efrén se puso furioso. Quizá Amalia no lo esperaba.

—Esto es una perdición. Ni cuidas de los hijos, ni te ocupas de ellos. Y encima te hace gracia.

Amalia se ofendía.

—Claro, al fin y al cabo…

—Al fin y al cabo, ¿qué? —gritó airadísima—. ¿Qué quieres decir?

—Nada.

—Suelta el veneno de una vez, que lo que pasa con Xavier rae lo sé yo.

—¿Qué dices?

—Le tienes envidia… ¡Tienes envidia de tu hijo!

—¡Cállate!

Gritaba exasperado, igual que si le hubiesen descubierto una herida poniéndola al desnudo.

—Envidia de todos. Sí. De mi padre, de Ruy, de tu hijo…

—Si no te callas…

Alzó la mano.

—Pégame, hombre, no sería la primera vez. ¡Envidioso!

¡Envidioso!

Efrén comenzó a golpearla.

—¡Envidioso! —gritaba Amalia, entre golpe y golpe.

No parecían dolerle los golpes. Extrañamente parecían enardecerla. De pronto, le atentó con sus brazos redondos y comenzó a besarle vorazmente.

—¡Loca! ¡Loca! ¡Estás loca! Déjame.

Ella le besaba donde podía, donde alcanzaba.

—Me das asco, ¿sabes?… ¡Asco!

Amalia se hizo atrás. Respiraba de prisa, y la punta negra de los ojos estaba dilatada.

—También tú a mí —dijo.

Efrén se echó a reír, engallado:

—Si pensarás que puedo creerte…

—También tú a mí —dijo Amalia de nuevo, como si no le hubiese oído.

Y salió dando un portazo. Bajó a mi sombra y se sentó respaldada en mi tronco. Yo la sentía anhelante.

—¡Xavier! —llamó.

El hijo vino, y Amalia le cogió, besándole con avidez.

Xavier se defendía a tirones, y se secaba los besos con el revés de la mano.

—Escucha, hijo, quiero decirte algo.

Xavier tendió hacia ella sus ojos inquietos y palpitantes, y Amalia vio los ojos del hijo. Una sonrisa tierna y vegetal fue extendiéndosele por el rostro, apaciguándola. Cogió la mano de Xavier, y aquel gesto me recordó a Amalia, de niña, metiendo las manos con Chacho en el lavadero. ¿Lo recordó ella también? No sé.

—Así estás tan delgado, y con esas ojeras…

No dijo más. Se puso en pie y Xavier la miraba, aguardando. Acarició el corto y tupido cabello negro.

—Ya te hablará don Lino, Xavier.

Y le besó dulcemente, como nunca la vi besar a nadie.

—Hay que tener cuidado, ¿sabes? Ya te dirá…

Se alejó, dejando a Xavier intrigado, con el ceño fruncido.

—¿Qué te decía madre? —preguntó Gertrudis.

Xavier la miró con una risita.

—Te reñía. Te estaba riñendo.

—¿Madre a mí?

—Sí, sí.

Xavier se agachó y echó mano a una piedra.

—Papá, papá, mira a Xavier…

Efrén se asomó a la ventana.

—Xavier, ¿qué haces?

Xavier cogió impulso, giró la mano una o dos veces y tiró la piedra a la fuente. La piedra cayó en el agua, y el agua se agitó.

—Los peces… Habrás matado a los peces —lloriqueaba Gertrudis.

—Sube, niña.

Porque Gertrudis, entonces, con frecuencia, entraba en el despacho cuando veía a su padre solo. Se sentaba a su lado. Suspiraba.

—¿Nos marcharemos pronto, papá?

Efrén alzaba los hombros.

—Tu madre dirá.

Gertrudis le miraba, y Efrén parecía buscar y huir la compasión en los ojos de su hija. Se levantaba y comenzaba a pasearse por la habitación.

—Pero tú eres el amo, papá. Cuando tú quieras…

Efrén no la desmentía, y se oían solo sus pisadas.

Amalia, a veces, les sorprendía así. Entraba como una exhalación.

—Fuera de aquí, Gertrudis. ¡Al jardín! No estés siempre con personas mayores.

—Estaba con papá.

A Amalia se le oscurecían los ojos.

—A esta niña no le gusta el campo —decía Efrén.

—Ya lo veo. Sale a ti, la niña…

—No sé por qué lo dices. A mí me gusta. Pero a Gertrudis no hay por qué sacrificarla.

—Es hija nuestra, y estará donde estemos nosotros. A mí, nadie me preguntó de niña si me gustaba el campo.

—Sales a tu padre.

La discusión comenzaba. Se hostigaban uno a otro, antes de apaciguarse. Amalia se enfurecía al oírle, pero una tarde se quedó quieta, pensando. Era extraño que Amalia se detuviese a pensar en nada.

—Habrá que casarla —dijo.

—¿Casarla, Amalia? Si es una niña aún.

—No es tan niña. A mí me casaron a esta edad…

Rieron con complicidad. El recuerdo aquel pareció reblandecerles.

—De todos modos es un disparate. Dejar que elija ella.

—No hace falta para nada. Si lo que necesita es casarse, se le busca un hombre bueno, que le convenga. Y eso hemos de verlo mejor nosotros, comprenderás.

—No estoy de acuerdo.

—Tienes razón. Mi padre se equivocó contigo…

—¿Tú crees?

Lo tomó a risa, y Amalia rio también.

—¿Qué hacemos?

Era insistente como el agua.

—Lo que tú quieras. Siempre lo que tú quieras.

Efrén, esa noche, estuvo asomado a la ventana mirando el horizonte, a través mío. Amalia debió de notar su postura cansada. Se acercó.

—He pensado, Efrén. Si te parece, Gertrudis puede quedarse con tu madre, ya que no le gusta esto. Así tendrá ocasión…

—Como quieras.

Amalia se apoyó en su hombro. Sin embargo, desde mi altura parecía ser más bien él quien necesitaba apoyarse.

—A veces soy muy terca y tú lo tomas por la tremenda. Parece mentira. Efrén, en tantos años, debías haber aprendido a conocerme. No soy mala.

—Ya.

—¿Soy mala, Efrén?

—No.

La luna hacía aparecer su amarillez más lívida, y los ojos hundidos, hundidos. Amalia le miró con angustia.

—Efrén…

—¿Qué?

Se juntaba a él. Arrimaba su cara.

—Por Dios, Amalia, hoy no…

—¿Por qué, Efrén? ¿Te doy asco? ¿Es verdad aquello que dijiste?

—Tú también lo dijiste.

—Pero no me lo das. Estaba enfadada.

—Me duele la cabeza, Amalia. Voy a acostarme.

—¿Necesitas algo? ¿No estarás malo, Efrén?

—No. Descanso solamente.

Amalia, apoyada en el balcón, se volvió mientras él se dirigía al fondo del cuarto. Ella y yo le vimos acostarse, y cubrirse con la sábana, volviendo la cabeza en la almohada.

—Cierra la ventana.

Amalia, dócil, la cerró. Vi su rostro desamparado mientras la cerraba. Y supe que aquella mujer tan fuerte necesitaba del débil apoyo de Efrén.

XIV

Como lobos. Los hombres son como lobos. Tienen los mismos instintos y la misma manera de defenderse. Fue en el invierno segundo de la ausencia de Amalia cuando vi al lobo por primera vez.

Ramón lo había hablado con Claudia y con Benita. Eladio escuchaba, ladeaba la cabeza.

—Habrá que cerrar pronto la entrada. Que parece que los lobos andan rondando.

Era año de nieves. Nos quedamos ateridos hasta la médula, e incluso nuestra piel se hizo más rugosa en unos, y en otros se escarchó o se cubría de un finísimo plata. Yo sentí en mis ramas la nieve por vez primera. No puedo deciros lo que para mí supuso.

Antes de que llegara fue tan intenso el frío que me encogí, con aquel soplo helado que me hendía el tronco, bajándome hasta la raíz. La tierra se enfrió también. Parecía más dura. La luz se hizo clara, de una claridad incandescente. Y comenzó a nevar.

Primero fueron ligeros copos, apenas gotas de agua blanquecinas; después la nieve cerró, y cayó, y cayó blanca, tan luminosa que nunca vi blancura igual. Era una blancura que cegaba.

A su contacto, el frío fue pasando, haciéndose tibio el aire, y ella caía y caía, blanca, impávida. Ante mí, el jardín y la torre fueron perdiendo su forma, y los árboles su figura. La nieve se colgaba de las ramas, cubría los magnolios de hoja perenne, se balanceaba con el sauce. La nieve bordeó la fuente que hicieron Efrén y Eladio. Aquel borde ancho de piedra y el de musgo al canto se perlaron de nieve. Cayó también sobre el agua, y cubrió los nenúfares color de uva oscura. Cubrió los naranjos y los limoneros, el cedro del Líbano y los bojes, los pinos y el nogal. Cubrió los empinados cipreses y el

abeto del Norte. El abeto del Norte con la nieve ganó en hermosura. Se dejó cubrir todo, y parecía un pico blanco, sólido y brillante. Ya no me acordaba de Eladio. La grava de la avenida desapareció bajo aquellas menudas hojas blancas, y hasta la torre se dejó cubrir. Sí. Las almenas de la torre se empenacharon de blanco, y la piedra pareció menos adusta. Fue la primera vez que observé: «Es hermosa la torre»… Y la respeté, al tiempo mismo, porque no se dejaba invadir. Solo las almenas copadas de blanco, pero la torre se mantenía firme y seria, con su misteriosa apariencia. Y el misterio le venía, quizá, de los humanos que vivían en ella, que morían en ella, sin que la torre se alterase.

El lobo bajó. Fueron inútiles los cuidados de todos cerrando las puertas de entrada.

Sería medianoche cuando vi subir por delante de la fuente a una clase de perro desconocida para mí. Perro parecía, aunque según fue aproximándose, algo en su cauteloso andar, en sus ojos fosforescentes, me desveló un instinto que el perro no tiene. Se inclinó y bebió agua de la fuente.

La Toula, que andaba por allí con dos de sus cachorros ya crecidos, debió de olerle el rastro, porque apareció corriendo por delante de los cipreses. Quedó clavada en tierra y con ella los perros. Vi cómo el pelo se les erizaba, y fue cuando comprendí que no era perro el animal aquel, sino lobo. El lobo les había visto. Se paró también y enseñó los colmillos. No gruñó, ni perdió el tiempo en ladrar. Enseñó los dientes, que brillaron largos y afilados, fieros. Yo estaba estremecido, sin poder avisar a los hombres. Y eso que yo esperaba que los hombres podrían hacerle frente.

La Toula quiso hacerse atrás, pero los cachorros corrían ya hacia el lobo, impulsados por su sangre joven y luchadora. Y el lobo se adelantó. Era hermoso verle, tan cruel, brillándole los dientes, erguido. Los perros quisieron imitarle y enseñaron los dientes también. Gruñían. El lobo no perdió el tiempo: de un zarpazo violento sujetó a uno en tierra, y sus fauces abiertas apretaron en la garganta al otro. Le dio dos dentelladas certeras con aquellos colmillos agudísimos, y el perro quedó en el suelo, desangrándose. Bajó el morro y rasgó con sus dientes carniceros el cuerpo que tenía bajo sus pezuñas. La Toula se abalanzó.

Fue una lucha fiera, enconada. Los hombres tuvieron que oírla

porque hasta mí llegó un chirriar de maderas, y oí primero un estampido seco, y luego varios, desde las ventanas. Quedé sorprendido. El hombre temía al lobo: tiraba sin ser visto y, cada vez que lo hacía, algo menudo, veloz y plomizo rasgaba los aires. Oí el cuchicheo de Ramón.

—Eladio, tira desde la otra ventana. Apunta bien: no mates a la Toula.

La Toula y el lobo se ensañaban uno con otro, y el lobo debía de estar ciego de sangre, y la Toula ciega de dolor, porque ni uno cedía al otro, ni descansaban. El jadeo de los animales llegaba hasta mí, con un olor espeso a sangre derramada de los perros, que iba empapando la tierra. Los ojos del lobo eran como dos luces en la oscuridad. Su cuerpo nervioso y enjuto, y puntiagudas sus orejas. Supe que algo podrido y fuerte habitaba en él. Al par que atacaba a la perra, los ojos se le encendían más y más; me acordé de Efrén en algunos momentos con Amalia, y también —y me apenó que su memoria me viniera— me acordé de Amador, aquella noche en que brillaban sus dientes, con un afán de morder como mordía el lobo.

La Toula, en su furiosa lucha no notaba siquiera que pisaba sobre los cuerpos desangrados de sus crías. El olor de la sangre enloquecía al lobo, que aspiraba de cuando en cuando fuertemente. Y aulló. Su aullido era largo y agudo, y parecía buscar un eco de montañas. Era un aullido terrible: imposible que saliese de garganta animal. Oírle me dio más frío que cuando la nieve me cubrió.

No remató a la Toula. Malherida, sangrante, comenzó a rodar en torno suyo, y huyendo de sus postreras dentelladas, se acercaba a olerla entre las patas traseras. Si no lo hubiera visto yo mismo, lo dudaría, pero así fue. La Toula se fue calmando, o perdiendo fuerzas con la sangre, o agotándosele el dolor. No sé. El caso es que no protestó, ni gruñía. Y pude ver al lobo como había visto al zorro, otoños atrás.

Luego no volvió la cabeza, ni se detuvo. Se acercó hasta la fuente, bebió, y se estiró los miembros con dominadora calma. Se fue despacio, gacha la cabeza, pero no era postura de vencido, sino que semejaba buscar un rastro perdido en la tierra.

Hacía rato ya que no se oía a Eladio ni a Ramón. Solo una vez Benita había dicho:

—Meteros para dentro. Se irá con la luz.

—Va a acabar con la Toula —dijo Ramón.

—Cierra, hombre.

Así fue el hombre. Se mantuvo dentro de la casa, cerrado y guarecido tras madera y piedra, mientras el lobo hería y se apoderaba de los animales suyos. En aquel momento los odié por igual. Porque yo veía a la Toula que se había reclinado contra la pared de la torre, y comprendía que la vida se le estaba escapando.

—¡Pobre Toula! —dijo al día siguiente Benita—. Está acabando.

La perra aullaba lastimeramente, un aullido sin fuerzas, remedo de aquel potente aullido helado que me había sobrecogido la noche antes.

Justina se agachó a acariciarle la cabeza.

—Touliña… Valiente.

—Defendió a sus crías —decía Benita.

—¿No querías al lobo, eh? —preguntaba Justina como si hablase con una niña—. Mal lobo, para una perra tan bonita.

—Habrá que rematarla —dijo Ramón.

La miraron despacio, diría que con dolor. Pero la habían dejado sola con el lobo, aquello era lo cierto. Y le llegaron amor y muerte a un tiempo.

—Valiente… Valiente… —casi lloraba Justina.

Y Ramón apareció con aquello que llamaban escopeta, y Eladio empuñaba una también.

—No hace falta, Eladio. Para lo que hay que hacer, lo hago solo.

Se apartaron todos, menos Ramón, como si temiesen a la escopeta. Entonces parecían Ramón y Eladio deseosos de usarla. Ramón se adelantó y acarició también la cabeza de la Toula, caída.

—Acabar de una vez —rogó Benita, llevándose las manos a las orejas.

Ramón miró a Justina, como si aquello fuese en honor suyo. Acercó la escopeta a la cabeza de la Toula, y casi apoyándola en ella, soltó el dedo.

—¡Ay! —gritó Justina.

Se puso muy blanca, mirando a Ramón. Eladio se movía en torno a la perra.

—Ju… Ju… —hacía.

La descarga había reventado la cabeza de la Toula. Era una masa informe, requemada, negruzca y sanguinolenta.

—Ve por una azada; vamos a enterrarla —dijo a Eladio.

—Estos cuervos… —se quejó Benita.

Volaban en bandada baja unos cuervos negros, con el pico curvo. Ya desde primera hora habían acudido al olor de los perros muertos, y yo les había visto picar en la carroña y devorarla.

Ramón alzó de nuevo la escopeta y lanzó una descarga hacia donde estaban los cuervos. Se escaparon.

—Le volaste los ojos —comentaba Benita.

Se había acercado y miraba con mezcla de curiosidad y satisfacción los restos de la Toula.

—¿Viste, Justina?

—No quiero verlo.

—Jesús, Justina, ¿a qué vienen esos ascos?

Justina miraba a unos y a otros y no reía, ni le reían las carnes. Le brillaban lágrimas en los ojos.

—¡Touliña!… Estuvo defendiéndose del lobo sola.

Miraba a Ramón, a Eladio y a Benita, y no parecía hablar de la Toula. Ni la miraba. Se tapó la cara y se metió en casa.

—Bueno, ¡con qué nos sale esta ahora! ¿No querría que por una perra salieseis vosotros a véroslas con el lobo?

Ramón calló y vi que hendía la tierra con coraje, al pie de la fuente, con prisa de acabar. Y reñía a Eladio:

—Trae acá esos perros de una vez. Con la azada, de prisa.

Eladio fue cargando los perros y metiéndolos en el hoyo. La última fue la Toula. Cayeron todos con un ruido blando. Después taparon el hoyo con tierra y extendieron grava por encima. Nada quedaba ya de lo sucedido.

El lobo bajó aún dos o tres noches más, y aullaba, buscando. Los hombres no se dejaron ver. La vez primera rastreó los restos de los perros y excavó en la tierra hasta dar con ellos. Era repugnante.

Ramón se enfureció al ver aquello, y los hundió más adentro y puso una piedra encima.

Una de las noches el lobo se acercó hasta el pie del tronco mío y sentí su sangre, espesa y cálida. No pude evitar la relación entre la sangre aquella y la de muchos de los habitantes del Castelo. Comprendí que el hombre, aunque no se llame lobo, era también a veces animal carnicero.

Y así era. Así han sido, os lo digo. Y aun algunos son así.

Hasta que Efrén se rindió, la torre se abrió solo en la primavera y se cerraba en el otoño. Yo los veía, como lobos, luchar y entregarse, en los cuartos de la torre, como a lobo enjuto y nervioso, al muchacho Xavier detrás de Justina; como lobos incluso Gertrudis y él, las pocas veces que Gertrudis vino al Castelo. Reñían, enseñaban sus dientes, y las palabras en el aire sonaban a zarpazos.

Gertrudis venía poco al Castelo. Cuando lo hizo hablaban ya de sus bodas y llevaba el cabello levantado y la falda cubriéndole las piernas. Trataba a todo el mundo sin inclinarse, sin detenerse, lo mismo que si le costase gran esfuerzo enterarse de que otros humanos la rodeaban.

—No la puedo ver.

—Hay que ser bueno con Gertrudis, Xavier —decía Jacoba, con voz tan suave que apenas recordaba el murmullo del agua.

—¿Bueno, por qué? ¿Lo es ella? Ni quiere vivir con nosotros.

—Como es la mayor, la abuelita…

—No vengas con disculpas, Jacoba. ¿Dejarías tú a madre?

Estaba fiero Xavier, y noté que nombraba a su madre con orgullo.

—Es diferente. Gertrudis fue siempre así.

—¿Siempre cómo?

—No sé.

—Yo si lo sé.

Xavier era mozo ya. Comenzaba a crecerle el pelo de la cara y sacaba la cabeza por encima de su padre y de su madre.

—Sé que ha sido siempre una acusica, envidiosa, podrida.

—Calla, Xavier. No te pongas así. Tú no la quieres.

—No la quiero, no. Es igual que mi padre.

—¡Xavier!

Jacoba le miraba con horror. Pero le quería. Se colgó de su brazo, con su leve balanceo. El cabello seguía abrumándole el rostro. Aún lo llevaba suelto hasta la cintura.

—Me horroriza cuando hablas de padre así.

—¿Le quieres tú?

—Sí —dijo Jacoba con firmeza.

Y levantó sus ojos clarísimos, aquellos ojos color de espliego, como los trajes que usó su abuela María-Fernanda.

—No os entendéis bien, padre y tú. Padre es bueno, ¡pobre!

—¡Pobre! ¿Ves? Tú lo has dicho. Madre vive sacrificada.

—Eso no es verdad.

Yo sabía que acertaba el limpio corazón de Jacoba.

—Ella es el hombre de la casa.

Jacoba calló. Xavier cortó una ramita y comenzó a golpearse las botas.

—Siempre tirando contra el tío Ruy, y hasta indirectas contra madre o contra el abuelo Amador. ¡Si cree que soy tonto! Primero, pretendió cogerme por las buenas. Ahora…

—Lo hacía por nosotras.

—A mí no me importa el mayorazgo, Jacoba, y más contigo. Pero a madre le importa, y no ha de llevarse en eso padre la razón. Además, que contigo reparto lo que sea, pero no con Gertrudis.

Jacoba enlazó sus manos sobre la falda.

—Yo no quiero nada, Xavier.

Xavier parecía avergonzado.

—Tendrás que confesarte con don Lino, porque se te está volviendo negro el corazón.

Xavier solía marchar a caballo y estar fuera mucho tiempo y regresaba al anochecer. Porque desde que arreglaron tanto el Castelo trajeron caballos y yeguas, y los montaban. Por las mañanas a veces lo hacían los dos hermanos juntos y yo veía perderse por el sendero la silueta enjuta y desmañada de Xavier y aquella menuda figura de la hermana. También vi salir hacia el atardecer a Xavier solo, y desde mis ramas divisé cómo antes de perderse en el sendero salía Justina de detrás de la tapia y Xavier la subía a su caballo. Al anochecer volvía solo, y si tropezaba con Justina por el jardín o la torre apenas la miraba.

Camilo sí la miraba desde que casó con ella. Justina había marchado un invierno con los señores y volvió casada con el que llamaban «cochero» del señor. Aquel hombre cuidaba de los caballos que tiraban del coche mismo, porque ahora el coche quedaba en el Castelo, negro, con las ruedas rayadas de rojo. Debieron de ir a vivir donde vivió Fidel, donde también debían de hallarse las caballerías, por el camino que llevaban.

La temporada primera después de sus bodas poco se vio a Justina. Desde mis ramas podía divisarla con el cántaro a la cabeza, yendo por agua al lavadero. Y Xavier, que era mozo, la divisaba

también. Justina no levantaba los ojos del suelo.

No supe cómo se hablaron Xavier y Justina por vez primera, ni cómo fueron los encuentros aquellos. Solo sé que desde mis hojas la vi esperar a Xavier y subir a su caballo. Luego galopaban, y si ella volvía antes o después no sé, que nunca entró por la verja de frente a la casa.

Xavier, a caballo, se alejaba hasta los pinares o más allá aún y hablaba de ello a la vuelta.

—¿Dónde estuviste, hijo? —preguntaba Amalia, asomada a la ventana al oír el trotar.

—Estuve en el pinar. Marcando para la tala.

Amalia sonreía, y el rostro se le esponjaba. Se asomaba a la ventana Efrén.

—Ya iré a marcar la tala yo. Puedes estarte quieto en casa y no volver locos a la gente. ¿A qué mandaste al pueblo a Camilo?

Xavier tiraba de la rienda al caballo.

—Hasta luego, madre —decía.

—Un día le cruzo la cara. Le doy una lección. Ni se digna hablarme. ¡Mocoso!

—¡Y que andéis siempre así, como perro y gato! Te pones a su altura, Efrén. Es joven y le gusta dárselas de hombre, ¿no lo ves?

—Le gusta dárselas de amo.

—Efrén, por Dios.

—Si no tuvieras era debilidad por él…

—Ya está bien —gritaba Amalia—. Quisiste a Gertrudis fuera, pasé por Gertrudis. Ahora el hijo te estorba. No, pues lo que es este no se marcha.

Xavier tuvo que oírlo como lo oía yo. Rio con una risa huraña. No enseñaba los dientes, pero se los adiviné.

Algunos días el Castelo se llenaba de gente. Yo recordaba la infancia de Amalia, tan tranquila, y la casa medio abandonada, cerrada casi siempre, pero fui haciéndome a aquel rodar de carruajes y rasguear de sedas, y al paso crujiente de los hombres sobre la grava. Brillaban luces en la casa; parecía estrellada y serena. Por las ventanas se escapaban risas y palabras. Me aturdían. Aquel piar humano, confuso, todos a un tiempo, como si tuviesen las mismas cosas que decirse. En días así Jacoba bajaba poco al jardín. Xavier, en cambio, aprovechaba para alejarse y coger a

Justina. Volvía antes de que todos se marcharan.

—Aquí está el primogénito —decían las señoras, con sonrisas, cuando el joven aparecía cabalgando.

Estaban en pie, a la puerta de la torre, dispuestas a marchar. Xavier desmontaba, tendiendo las riendas a Camilo, y se inclinaba hasta rozar con sus labios la mano de aquellas mujeres. Y ellas, casi todas maduras, enrojecían un poco, o le miraban complacidas. Si iba alguna jovencita, se turbaba. Xavier turbaba a las jovencitas con aquellos ojos negros y ardientes devorándole el rostro, y su alta, desmadejada figura, como el vencejo rompe la claridad del agua si se inclina a mirarla.

—¡Qué distinguido! ¡Cómo se ha puesto el chico! —susurraban a Amalia.

Y a Amalia los ojos le chispeaban. Se cogía del brazo de Xavier y decía riendo:

—Me hace vieja.

Sabía que no era verdad. Amalia resultaba más joven al lado del hijo aquel, tan moreno junto a su piel rosada.

Cuando Efrén oía el grito halagador: «El primogénito», procuraba sonreír.

—Todavía es un niño. Nada más que un niño —decía.

Y Xavier le miraba. A veces tropezaba con los ojos de Jacoba, la pequeña, con una tímida y ansiosa sonrisa apuntándole en ellos. ¡Qué tierna, la sonrisa de Jacoba!

Xavier parecía arrepentirse de cosas oscuras al tropezar con la dorada y luminosa sonrisa de su hermana.

XV

Ya os dije cómo noté que la mano de Efrén al posarse sobre mi tronco se iba agostando, lo mismo que si la sangre suya fuese tornándose lenta o fría y que la savia le faltase.

Iban y venían en aquel alocado correr del Castelo a la ciudad y de la ciudad al Castelo, y noté que Efrén, al fin, tenía ganas de detenerse en su carrera. Pero Amalia había tomado un impulso y lo seguía, arrastrada por su propio movimiento.

Era ella la que al aproximarse el otoño recorría el jardín o la casa dando órdenes, recogiendo cosas. Y en el despacho o en el cuarto alto de la torre la oía hablar de sus proyectos. Efrén tomó la costumbre de apoyarse en la ventana, de cara a mí, y había laxitud en su postura, como si algo interno le comiese las fuerzas.

Amalia apenas parecía darse cuenta. A veces le miraba así y se le oscurecían los ojos húmedos.

—Tú no estás bueno. ¿Te pasa algo, Efrén?

—Nada. No tengo nada.

La muerte estaba en su voz: el dejar de vivir, el dejar de luchar. Le veía meterse en la cama, cubriéndose con las sábanas, y la cabeza en la almohada, rendido al fin, como quien se abandona. A veces temí que no volviera a levantarse.

Lo hacía, sin embargo. Pero con el día eran más profundas sus orejas, y el brillo mate de sus ojos consumía. Porque los ojos de Xavier eran iguales que los de su padre, solo que mientras lo negro de aquellos ardía, como una llama viva, devirante, los de Efrén parecían rescoldos de una lava, cenizas de un fuego. Recordando, creo que fueron siempre así, y que solo se avivaron a su contacto con Amalia.

Amalia contagiaba su vitalidad. Los besos de Amalia debían de

ser rocío que le reviviese, porque él, más que nunca, los buscaba desesperadamente. La besaba, no como si se diera, sino como si recogiese. La besaba, sorbiendo su fuerza y su alegría. Después quedaba exhausto.

—Tú no estás bueno, Efrén —decía Amalia.

Lo decía al paso, de prisa, porque no sabía detenerse. Pasaba de una cosa a la otra, y saltaba su risa carnal inundando la estancia. Efrén se clavaba las uñas en las manos. La miraba igual que me miró a mí Amador la vez última que me posó su mano; la miraba, a veces, como despidiéndola desgarradoramente.

Poco a poco he ido aprendiendo que los hombres —igual que los demás seres, animados o no— tienen todos una zona de respeto.

Me había parecido siempre Amalia exuberante de vida, generosa, y Efrén árbol que crece ya viciado, chupando de ella.

Entonces ya no supe quién era el generoso: si ella, que entregaba porque tenía de más, o él que daba de lo que no tenía… Efrén, que adquirió dignidad cuando empezó a rendirse, que nunca dijo: «Estoy enfermo. Cuídame»; que no rogó. Efrén, que seguía el torbellino de los pasos de Amalia y se levantaba con ella, y a veces yo deseaba tenderle una rama mía para que se apoyase, porque levantarse parecía costarle gran esfuerzo. Sí, lo supe. Lo sencillo y amado para Efrén, entonces, hubiera sido cerrar los ojos así sobre la almohada y no levantarse más.

Débilmente dijo a Amalia:

—Quizá conviniera que este invierno lo pasáramos aquí.

—¡Ni hablar! Está la casa abierta. Se casa Gertrudis… —Pero se volvió, rápida como siempre—: ¿Por qué lo dices, Efrén?

—No. Por nada. Se me había ocurrido…

Amalia se acercó a él, enlazó su brazo y le miró:

—¿Quién nos va a ver, Efrén! A lo mejor, dentro de un año, abuela.

La risa le bailaba en los ojos.

—¿Abuela tú?

Efrén miró a su mujer, y Amalia, como todas cuando se sienten así miradas por el hombre, se enderezó, y la chispita del triunfo ardiente se encendió en su mirada. Los ojos mates de Efrén recorrieron despacio el cuerpo erguido, los carnosos labios, la soberbia cabellera trenzada sobre su cabeza. El cabello de Amalia

tenía vida. No he visto nunca cabello igual: palpitante, húmedo como el liquen y oloroso. Siempre con su color de piña madura y sus raicillas sobre la nuca.

—¿Qué miras? —dijo.

Sabía qué miraba.

La abrazó. Efrén la abrazó y no dijo palabra alguna en su abrazo desesperado. ¿Cómo no comprendió Amalia que la llamaba con aquel abrazo, o que se perdía con él?

—Por Dios, Efrén, con la ventana abierta… Pueden vernos los niños.

Oí su risa corta y sofocada. Tuve piedad de Efrén. No; las palabras y los gestos les envuelven como la niebla al aire. Cada uno juzga al otro según su propio deseo, y yo que los veo a todos, y que he visto a tantos, podría sacarles de su error si me fuese dado el expresarme con el sonido suyo. Así van, engañándose y engañando, corriendo por sus vidas, sin pararse un momento para desentrañar la verdad de los otros. A ninguno parece importarles más verdad que la suya, y a la suya ajustan cuantas les rodean.

Cuando vi partir el coche, en el otoño, creí que Efrén no volvería más. Sacó Camilo el coche, espejeante, casi como el agua en la fuente, porque mis hojas se copiaban en él.

Ramón y Eladio cargaban bultos y paquetes, y Amalia desde la ventana alta de la torre dirigía a todos:

—Aquel baúl allí. Aprieta bien las correas… Cándida, echa una mano.

Llevaba una ropa brillante y rígida, de un verde de hierba húmeda. Apoyada en la ventana hacia abajo, yo veía su garganta y las altas curvas de sus pechos rosados.

Jacoba salió con don Lino de la torre.

—Sube a ponerte el sombrero y el abrigo, niña. No pierdas el tiempo —apremiaba Amalia.

No había que perder el tiempo, no. Amalia era fuerte y había decidido ganar ella la carrera.

Partían gemidos desde las ventanas que dan a la base del roble. Camilo, confuso, se volvía hacia allí.

—También, dejar a Justina preñada como está… —reconvino Benita.

—¿Y qué hago yo? —contestó Camilo, abrumado—. Está para

finales, y no quiere la señora que venga así, y que a lo mejor malpara por el camino.

—La pobre quería marchar también.

—¿Y qué hago yo? —volvía a decir Camilo.

—Ve a hablar con ella, hombre. Que parte el alma oírla.

—No quiere verme. Se pone como loca, le ha dado por ahí.

—Ve, hombre, que será la pena.

Camilo se alejó con sus delgadas orejas separadas de la cabeza. Andaba con cuidado sobre la grava, no sé si por temor a chafarla o de rayar sus lustrosas botas.

Volvió compungido, dando vueltas entre las manos a aquel sombrero alto que se ponía para subir al coche.

—Nada; no quiere verme…

Le oyó Xavier, porque salía por la puertecita de la torre, y frunció el ceño. Venía abrochándose en las manos un abrigo tibio que se hacen para ellas con la piel del carnero. Eladio le tendió un sombrero también, no opuesto al de Camilo. Xavier llevaba entre manos la esbelta caña que solía usar para sus paseos.

Se apartó de la gente y vino hasta mi sombra. Fruncía el ceño mientras escuchaba el agudo gemir de Justina.

Benita echó a correr. Dijo, desde la base del roble hablando hacia alguien que estaría dentro:

—Calla, mujer, que molestas a los señores.

Xavier daba con su uña unos golpecitos sobre mi tronco.

Después se acercó a los caballos y les acarició los lomos.

—Camilo, llevaré yo el coche —dijo.

Y subió al sitio donde Camilo solía sentarse. Al ver aparecer por la puerta a Efrén, Camilo saltó al lado de Xavier, muy tieso.

—Buen viaje, señor —dijeron Ramón y Benita.

Eladio miraba a Efrén, con su lastimera mirada, y Efrén, al verle, pareció recordar algo, ahora que se iba, y alzó su mano cansada, agitándola.

La última en subir fue Amalia.

Claudia salió tras ella y se puso junto a Eladio para verles partir. Estaba vieja, Claudia, pero conservaba sus labios apretados en severa raya. El cabello le blanqueaba: también el tiempo había nevado sobre su cabeza y el frío debió de invadirla, porque siempre frotaba las manos, una contra otra, como si no consiguiese entrar en

calor.

Xavier alzó su enjuto brazo y chasqueó el látigo en el aire y tiró de las riendas a los caballos. El coche se puso en movimiento. En el momento mismo vimos correr, desalada, rojo el rostro por la carrera o por la ira, o por la rabia, a Justina, y se plantó delante de la entrada.

Justina llevaba en la mano el delantal como si quisiera que todos viesen bien su vientre abultado y sus deformados senos. No reía Justina. Miraba hacia los que conducían el coche, y los que quedaban pensaron que miraba a Camilo. Pero yo vi que miraba rectamente a Xavier, echando hacia delante el vientre. Xavier frunció el ceño y alzó el látigo. Fue un instante solo, porque Camilo se puso de pie, gritando:

—¡Apártate, Justina!

Y Ramón la cogió y tiró de ella hacia la verja, dejando sitio al coche.

Amalia asomaba su rostro por la ventanilla.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Con fría furia, Xavier restalló el látigo, sin mirar a Justina, y había desaparecido el coche ya y el polvo que levantó, y aún Justina seguía apoyada en Ramón, con los labios temblándole.

—A poco te pasa el coche por encima…

—Ven, mujer, tomarás algo —dijo Benita.

Pero Justina se tiró a mis pies y lloraba, hundiendo la cara en el delantal.

Antes de que la luna cambiara nació Vicente. Lo supe porque hubo gran revuelo en el jardín, y por la casa corría Claudia que casi ya no podía con sus piernas, y Benita y Ramón, todos alocados. Los gritos de Justina se oían, despiadados. Y Ramón salió a caballo, a galope, mientras aún le hablaba Benita:

—Corre, que se desangra…

Debió de desangrarse, porque nunca más vi a Justina. Y, en cambio, vi, al día siguiente, cómo Eladio y Ramón sacaban la caja de pino por delante del lavadero. Esta vez no iba don Lino y le seguía Benita. Claudia estaba sentada en la base del roble y tenía de nuevo un niño en sus brazos.

Después supe que a aquel niño le llamaban Vicente.

Así se fue Justina, la que al reír le reía todo el cuerpo. Y Camilo

solo conoció al hijo al llegar con los señores antes de la primavera.

Era pleno invierno cuando Claudia abrió las ventanas de la torre, y vi cómo preparaba las camas.

—Anda, Eladio, enciéndeme la chimenea —dijo—. Que viene el señor malo.

Y Eladio colocó los troncos y los prendió.

Pero esa noche no llegaron aún, y Ramón y Claudia se asomaban a la verja mirando hacia lo lejos. Yo miraba también con mis ramas y nada se veía. Cansados de esperar, cerraron de nuevo, ya muy tarde.

No fue hasta la mañana siguiente, mediada la mañana, cuando divisé el coche.

No levantaba alegre polvareda, sino que venía al paso, y según se fue acercando vi que Camilo lo conducía.

Entró el coche en silencio, y los ojos de Camilo se volvieron hacia la base del roble, hacia el lavadero, como si esperase encontrar una figura conocida.

Acercó el coche hasta la puerta misma de la torre y no les pude ver mientras bajaban.

—¿Cómo viene el señor? —preguntó Benita a Jacoba.

—No anda bien, pero el médico espera que con estos aires…

—¿Y el señor amo joven?

(Porque llamaban así a Xavier).

—Quedó en la ciudad. No podía venir ahora. Vendrá para el verano.

Vi a Claudia abriendo la puerta de la habitación alta, y tras ella entraba Efrén, y casi no se le veía el rostro, porque se tapaba con lana hasta la nariz.

Los ojos le brillaban.

—Acuéstate, hijo, en seguida —dijo Amalia.

Cerraron la ventana, y a los pocos momentos Amalia la volvió a abrir.

—Dijo el médico que debías tenerla siempre abierta. ¡Este aire tan sano! ¿No lo notas, Efrén?

Lo aspiró con delicia.

Efrén estaba con la cabeza sobre la almohada. Jacoba entró y se acercó a su padre y le estiró las sábanas.

—¿Cómo estás, padre?

—Bien, estoy bien. Me pondré bien pronto.

Allí empezó la lucha entre el tiempo y Amalia, porque Efrén no luchó: se dejaba llevar a la lucha por su mujer, pero él de antiguo parecía haberse rendido.

En aquellos días aprendí que Amalia era buena y leal, y resistente. Ella, tan inquieta, sujeta al lecho aquel, pendiente de aquel aliento corrompido, ella, toda fragancia. Y supe que se amaban no ya como perro y perra, sino de una manera especial, más alta.

—Amalia —decía Efrén con delgada voz—, baja un poco al jardín.

—Voy, Efrén —decía Amalia.

Quizás había aprendido que la mejor manera de amar es complacer.

O sabía que Efrén a veces necesitaba estar solo. Y entonces era como si una hoja se le cayese de la cara, y yo veía la desesperación en sus ojos.

Si acertaba a entrar don Lino, decía:

—Hay que resignarse.

Efrén casi sollozaba:

—Es tan joven aún. Tan…

Y se le quebraba la voz. Le quemaba la enfermedad y el celo de aquello que él no conocería de Amalia, de aquello que él perdería de ella.

Las ausencias de Amalia no eran largas. Salía para llorar. Se sentaba a mi sombra y se le escapaban las lágrimas. Lloró sola conmigo, como si Efrén ya no viviese, como si aquello que defendía no tuviera nada que ver con el que lloraba. De aquel llanto le nacían fuerzas. Y se levantaba erguida, dura, y reemprendía la lucha.

La he visto velar noches enteras, y Efrén tosía corto, sacudido, y salpicaba de sangre las sábanas. Amalia secaba la sangre de sus labios. Efrén la apartaba con mano que yo divinaba ardiente.

—Tú no. Que suba Eladio. Vas a contagiarte.

Y Amalia tenía la fuerza de reír. Supe que la risa de Amalia era tan bella como la sonrisa que en un tiempo floreció en los labios de María Fernanda.

—Tonto —reía, y le besaba.

Sí, con su boca fragante ella besaba el rostro macilento, y los ojos de él no se apartaban de los de ella, acechándola.

—¿Te doy asco? Di, ¿tienes asco, Amalia?

—¿Yo?

Reía y decía algo a su oído, muy bajito. Efrén, al escucharla, reposaba dulcemente su cabeza hacia atrás, con aire de felicidad.

—¿Vendrá Xavier? —preguntó un día Efrén.

—¿Quieres que le avisemos? Yo había pensado que hasta la primavera…

Efrén calló, y sus ojos parecieron perderse a través de mis ramas.

—… En la primavera vendrá también Gertrudis con su marido.

—¡Es tan aprensiva! No obligarla…

—Faltaría más —se engalló Amalia—. ¡Faltaría más!

Don Lino no se paseaba aquel invierno ante los limoneros y naranjos. Al atardecer subía a la habitación alta, con el libro negro contra el pecho, y permanecía con Efrén, hablándole con su voz templada. Una gran calma inundaba las facciones de Efrén, como queda, después de la lluvia, la tierra calcinada y el aire abrasado.

Eran los únicos momentos en que Amalia descansaba. Habían puesto en el despacho la cama que en un tiempo usó Amador, y Amalia vestida, sin cambiarse, se desabrochaba y se dejaba caer allí. Si dormía era su sueño agitado, inquieto, y se despertaba sollozando. A veces, solo permanecía con los ojos cerrados, pero al menor ruido arriba se alzaba.

La primavera pudo con Efrén, o quizá con Amalia.

Estaba ya en el cálido y denso atardecer, cuando don Dino entró en el despacho.

—Está muy mal —dijo.

Amalia volvió su rostro descompuesto.

—¡Hágase fuerte! Necesita de usted.

—Veintitrés años de matrimonio, don Lino. Veintitrés años…

Se echó a llorar.

—Viviendo juntos casi desde niños. Es como si me muriera yo misma.

Y de pronto, en uno de sus bruscos cambios, agarró la manga de don Dino.

—No. No se morirá. He de poder más yo. Soy fuerte. Le sacaré adelante.

—Nada se puede contra Dios.

—Sí… Sí… Se puede.

—¡Amalia!

—¡Se puede! —gritaba ahora, enfurecida—. Y se lo demostraré. Yo salvaré a Efrén. Efrén no morirá.

—Le va a oír, ¿me oye? ¡Cálmese!

A Amalia los dientes le castañeaban.

—Dios la perdonará porque está usted rendida, hija. Pero Él es el más fuerte.

—¡No! ¡No! —dijo Amalia con rabia, con furor.

Me recordó a la Amalia de otros tiempos. Se volvía contra aquel que llamaban «Dios» y que parecía tener a Efrén en su mano.

Salió dando un portazo, y don Lino movió la cabeza. Allí mismo, al pie de la ventana, puso las dos rodillas sobre el suelo y quedó así mucho rato. Murmuraba algo, y yo me preguntaba para quién hablaría, porque yo no veía a nadie.

Vi entrar a Amalia en el cuarto de arriba con los ojos como relámpagos. Efrén debió de hallar en ellos una expresión conocida.

—¿Qué pasa, Amalia?

—Nada. No pasa nada…

Se arrodilló al pie de su cama, y le abrazó. Le estrechó entre sus brazos, besándole a boca plena, enloquecida.

—Es una locura. El médico dijo…

—¡Quiéreme!… ¡Quiéreme! —decía Amalia, sin oírle.

Como las llamas, a veces, antes de apagarse dan una lumareda, se encendieron los ojos de Efrén. Tenía sobre las mejillas unas manchas rosadas.

—¡Amalia! —dijo—. ¡Amalia!

Pero Amalia juntó los besos a las lágrimas, reconociendo, al fin, el poder del más fuerte, cuando vio a Efrén llevarse la mano al costado con un gesto de dolor insufrible.

—¡Efrén! Por Dios… —decía.

Al principio no llamó a nadie. Le sujetaba con su brazo, como hacía otras veces. Pero la sangre empezaba a extenderse, y el rostro se quedaba sin ella.

—¡Claudia!… ¡Don Lino! —gritó.

Vi el cuerpo de Efrén dar tres sacudidas cortas, rápidas, entre los brazos de su mujer.

—¡Don Lino! —gritó Amalia, sin poderse desprender del cuerpo.

Cuando don Lino entró era tarde ya. Con la mano mojada en agua hizo la sombra del árbol sobre el cuerpo de Efrén: aquella sombra alcanzó a Amalia, que lo tenía abrazado.

XVI

EFRÉN no había muerto del todo. Pese a que le dejaron en la torre donde ya se ocultaba María Fernanda, supe que no había muerto del todo cuando vi llegar a Xavier.

Entró en la habitación alta, donde Efrén sobre la cama se endurecía, y al verle comprendí cuánto quedaba de Efrén aún. Quedaban la manera de andar estirando la cabeza, quedaban las líneas de las mejillas del muerto, descarnadas. Con el tiempo supe que aún más cosas dejó Efrén a Xavier, porque, en principio, pensé que su violencia le venía de Amalia, como de ella tenía los labios abultados, y la pereza y el ardor de la sangre.

Efrén no parecía feliz ni aun después de muerto.

Se le entreabrieron los labios y enseñaba los dientes de arriba. Xavier estuvo en pie, de espaldas a mí, contemplando los despojos del padre.

Amalia continuaba de rodillas, toda de negro, con el rostro tumefacto de llorar. Xavier, al pasar, posó su mano sobre el hombro de su madre, y salió.

También le vi salir, muy derecho, detrás de la caja de roble. Los criados volvieron a decir:

—… En el sentimiento, señor amo.

(¿O no eran estos los que lo habían dicho una vez ya?).

Pero donde hallé a Efrén de nuevo fue en las palabras de Gertrudis, durante la discusión de los dos hermanos, abajo, en el despacho.

Gertrudis tardó en venir al Castelo, y lo hizo acompañada por un hombre que recordaba al tejo. Cuando llegó, sus lágrimas sorprendieron, porque ya habían pasado los días, y aquel despechado dolor de Amalia había comenzado a calmarse, y toda de

negro reanudaba su movimiento por la casa, y se escuchaba su voz dando órdenes.

El Castelo había vivido bajo una nube plomiza hasta el día en que Amalia gritó desde la ventana:

—Ramón, ¿quién ha dejado suelto el perro?

Vi asomarse varias cabezas por el lado derecho de la torre, y de pronto, Amalia bajó al jardín. Se encaró con aquellas caras ansiosas:

—¿Qué hacéis ahí mirando? ¿No es hora de trabajar?

No parecieron molestar sus palabras. Una risa hormigueó en aquellos semblantes.

—¿Y no sabes enseñar al perro a que no destroce los rosales? ¿No?… Es que si falto yo todo anda patas arriba.

Rieron. Sus palabras producían repentina alegría.

—Ya se sabe. En faltando la señora… —dijo Ramón alegremente.

Amalia se acercó hasta el rosal que plantaron Efrén y Eladio, y con el pie pisó la tierra alrededor.

—¡Holgazanes! Que os pasáis el día de palique, y no servís para nada.

Era una explosión, como una liana tirante que se rompe al fin. Y después, aquella liana quedó partida en dos y todos respiramos.

Amalia había pasado días y días en su cuarto, con las ventanas cerradas y todo el mundo hablaba bajo en el Castelo para no turbar su sueño o su dolor. Aquel dolor que yo había visto furioso, y que después la mantuvo postrada, sin fuerzas, igual que si le faltase a una planta humedad o tierra en que arraigarse.

La mañana aquella algo se canceló. Lo comprendimos todos al verla, y Jacoba misma corrió a su madre y al besarla cubrió de oro la negra ropa de Amalia.

—Hija, no te pongas así. Que me metes los pelos por la cara.

La llegada de Gertrudis creó un indefinido malestar.

Porque Gertrudis era como si le tocase entonces cumplir con el dolor, aunque llegaba retrasada a él. Bajó del coche y abrió los brazos:

—Madre —dijo—. ¡Pobre madre!

Todos la mirábamos asombrados.

Xavier, con su caña esbelta, arañaba el barro que traían las ruedas del coche. Y sonreía: aquella sonrisa de afilados colmillos

que me hacía temblar por él y por los demás. La misma sonrisa con que escuchó desde el principio las palabras de Gertrudis en el despacho:

—He querido que mi marido presenciara nuestra conversación.

Xavier alzó la mano con un gesto que podía parecer amable o podía parecer de burla.

El marido de Gertrudis se llamaba Trinidad y tenía mucha grasa en el cuerpo. Sudaba con facilidad y se metía un lienzo fino entre la ropa y el cuello. Al sentarse recordaba al rechoncho tejo podado. Trinidad, apurado, inclinó la cabeza hacia Xavier como pidiendo excusa.

—… Supongo que no ignoras la última novedad de nuestro padre.

—No le dio tiempo a decirla.

Xavier silbaba las palabras entre su sonrisa, sin mirar de frente a su hermana. Movía la vara entre las manos, aquellas enjutas y nerviosas manos que tenían que estar siempre golpeando algo.

—¿No puedes dejar ese bastón, por María Santísima?

Xavier la miró por fin, y Gertrudis quedó un momento callada. Después pareció tomar aliento:

—Dejó escrita una carta para ti, para que te la leyeran delante de todos. La conoces lo mismo que yo.

Xavier sonreía.

—Nos deja a Jacoba y a mí todo lo suyo.

—Olvidas la legítima —dijo Xavier.

Gertrudis saltó:

—Te ruego que respetes su deseo. Quiso dejárnoslo todo a nosotras. Lo de mamá será todo tuyo.

—Tendréis también vuestra parte.

Gertrudis se puso lívida, y hallé en ella las dos rayas aquellas de nariz a boca.

—¡Nuestra parte! La parte del pobre… ¡No me hagas reír con nuestra parte! A mi padre, eso le quitó la vida.

—A «tu» padre, mujer, le quitó la vida un vómito de sangre…

—¡Mala entraña! —gritó Gertrudis—. ¡Que no tienes entraña!

Se puso a llorar nerviosamente y su marido resoplaba.

—Yo —dijo, y se tragaba ya voz— entre hermanos no quiero intervenir.

—Pues debes intervenir —levantó la cabeza Gertrudis—. Eres gobernador de las cuatro provincias…

Le hincaba las manos en un brazo.

—Tú puedes arreglarlo, aquí o en los tribunales.

—Gertrudis, hija, un asunto de familia…

La saliva en los labios de Gertrudis se volvía verdosa como la baba del caracol.

—No me voy sin decirte cuatro verdades. Amargaste la vida a mi padre, ni su nombre llevas; no te podía ver, ¿lo sabes? ¡No te podía ver!

Xavier sonreía aún.

—… Te dabas aires hasta con él. «Esto es mío», desde pequeño. Todo era tuyo y no tenías ni el pudor de disimularlo. Una vez, de niños, me dijiste: «Y el día que madre muera, os echo a todos de casa». Así has crecido tú. ¡Ladrón!

—Mujer, Gertrudis —se asustó Trinidad—, si es suyo…

Xavier volvió a hacer un gesto dudoso, tranquilizando a Trinidad. Diría que, en el fondo, ambos dejasen pasar una tormenta que a ninguno alcanzaba.

—¡Qué buena memoria! —dijo Xavier. Y luego—: ¿Quieres que madre dé su opinión? —preguntó.

Gertrudis hipaba. Era difícil comprenderla.

—Está de tu parte. Siempre de tu parte. También esa…

Xavier se inmutó. Agarró por el brazo a Gertrudis.

—¿Cómo has dicho? ¡Vuelve a repetirlo!

En su dominada furia Xavier me estaba recordando a su abuelo Amador.

—Nada. No he dicho nada.

—Sí, has dicho algo, y vas a aclararlo, porque estaba delante tu marido. No puede quedar así.

—Madre nunca fue buena con papá. Le pegaba…

—Vuelve a repetirlo. —Xavier acercaba a ella su cara blanca, con los ojos como carbunclos.

—Calma, vaya, ¡calma! —intervino, por fin, Trinidad.

Y procuró separar a los hermanos.

—No tengas miedo —recalcó Xavier, sin apartar un ápice su rostro del de Gertrudis—. Pero esto, Gertrudis se lo va a tragar.

—Lo juro. ¡Por Dios vivo lo juro! Madre pegaba a papá…

Había tal acento de entera verdad en su voz, que Xavier se rindió. Se apartó un poco:

—Madre era el hombre de la casa —dijo.

Gertrudis respiraba de prisa. Estaba desfallecida, como si acabase de salvar un peligro. Y cogió la mano blanca y fofa del marido.

—¡Ay!, Trinidad, ¡qué vergüenza! Haberte traído a esta familia…

Xavier se echó a reír, pero vi en sus ojos que su hermana le había herido.

—Esta familia maldita… No quiero pisar más esta casa.

—¿Era eso todo lo que me querías decir, Gertrudis?

Gertrudis se puso en pie, fue a decir algo, batió el aire con las manos, y se llevó la mano a la garganta. Trinidad salió corriendo.

—¡Agua! ¡Agua!

Xavier miró con burla a Gertrudis:

—Di, Gertrudis, ¿te casaste con Trinidad por esto? ¿Por la herencia? ¿Esperabas que me metiese miedo?

Las palabras se atropellaban en los labios de Gertrudis.

—¿O era tu afán de figurar? Porque otra cosa…

Cerró la puerta, y a través de ella se oía aún su carcajada. Yo sabía, sin embargo, que Gertrudis, certeramente, le había herido. Gertrudis, desde niña acertaba con lo que más dolía a Xavier, y él, como siempre, procuró hacer sufrir su dolor a los demás. Buscó a Jacoba, y habló con ella a la sombra mía:

—¿Sabías que madre golpeaba a papá?

—Xavier, ¿qué dices? A veces temo, Xavieriño, que acabes loco.

—Me lo ha dicho Gertrudis.

Los claros ojos espantados sonrieron. No era fácil convencer de lo negro a la nieve.

—Yo estaba aquí cuando papá murió. Viví con ellos el último tiempo. Madre fue una santa, y papá la adoraba.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Pero Gertrudis jura…

—No sé.

Jacoba sacudía su cabecita, ladeándola para mirar al hermano:

—No me cuentes esas cosas. No quiero saberlas. Solo sé que

papá quería a madre, y que madre le quería.

«No me cuentes esas cosas». Volví a ver a Jacoba, más pequeña, tapándose las orejas con las manos.

—¿Sabías que…?

—No me cuentes esas cosas.

Aquellos ojos ávidos de Xavier querían atrapar los secreteos de la vida, y después miraba a su hermana mientras le contaba lo que creyó saber. Sonreía, cuando la veía sacudir su cabecita abrumada.

—… Lo mismo que los terneros de las vacas.

—No. No. ¡Nosotros no!

—Te digo que sí. Me lo contó Justina.

Lo inmundo la causaba horror, y Xavier parecía gozar en atormentarla:

—… Como el perro a la perra, ¿no lo has visto?

—¡Mamá no! —se espantaba Jacoba.

Y Xavier de pronto parecía sentir piedad:

—Puede ser. Mamá no…

Fue siempre el Xavier que hincaba la ramita en el cuerpo de la lombriz para vengarse de otro, o por el simple placer de oír el blando crujir del gusano al partirse, y ver agitarse un momento la cola, separada de la cabeza.

Su mano en mi corteza me escalofriaba. Yo deseaba ardientemente —nunca como entonces— decir a aquellos humanos lo que sabía bien. Conocen las verdades a medias, las palabras a medias, y quieren completarlo todo a su manera. He observado que vidas y palabras de unos a otros se alteran, y por eso me sobrecogía, sorprendido e indignado, ante aquella interpretación del amor de Amalia y Efrén, que a ellos mismos hubiera asombrado. Como me indigné el día en que oí a Efrén, en vida, decir a Amalia: «Tu padre mató a tu madre. ¿No lo sabías?…». Yo, sí, sabía que no era cierto aquello. Sin embargo, desde entonces la verdad se alteró para todos, y la sombra de Amador permaneció entre los suyos ensangrentada, responsable de un mal que nunca hizo. ¿O lo hizo? ¿Fue muerte su amor y su vida para la vida y el amor de María Fernanda?

Pero al menos, eso puedo asegurarlo yo, sus manos estaban limpias de la sangre que aquellos imaginaban, aunque no estuviera limpio de todo el corazón.

El día en que Gertrudis se fue, acercó la frente a su hermano, y

Xavier inclinó su alta estatura, posando sus labios en la frente aquella.

Trinidad sonreía, y dijo bajo, solo para ellos dos:

—Así, ¿veis qué bien? Muy bien, Gertrudis.

Trinidad no sabía de dónde nacen las sonrisas ni las miradas.

Durante el verano que siguió, a veces, Amalia mandaba cortar flores, y ella misma alzaba sus brazos hasta las magnolias, y las tronchaba. Jacoba la ayudaba también:

—Vamos a llevar flores a papá, Jacoba.

Y entraban las dos mujeres en la otra torre, con su carga florida.

Era como si Amalia hubiese cortado el sol, y el aroma del aire con las flores. Iba con sus ojos brillantes y sus brazos abarrotados, y la alegría misma del vivir se sumía por aquella puerta. Yo me acordaba del celo de Efrén por dejarla con tanta vida, y me preguntaba si, de verla, le estaría causando Amalia dolor o gozo.

Claudia murió aquel verano.

—Nunca llega una muerte sola —dijo Benita.

Pero no llega sola porque no hacen sino vivir y dejar de vivir. Saltan sus vidas como el agua en la rueda del molino, y un aspa al girar renueva a otra.

De cómo murió Claudia nada sé.

—Ramón, a ver si haces la vida de Eladio, que parece haberse vuelto idiota del todo.

—Habrá que encerrarle, no vaya a armar escándalo cuando la llevemos.

Xavier, esta vez, siguió a la caja hasta el lavadero, y Amalia con Jacoba la miraban partir. Amalia estaba silenciosa y no lloró. Jacoba tenía las manos enlazadas y murmuraba algo.

Después dijo:

—Estuvo siempre contigo, ¿verdad, mamá?

—Y con mi madre —respondió Amalia.

No lloraba. No le corrían lágrimas, a ella tan dada al llanto, y supe que algo puede doler atrozmente por dentro sin que se trasluzca en humedad. Las lágrimas quizá estaban en su quebrada voz.

Xavier se acercó a ella como antes hacía Efrén. La caja se marchaba por la huerta. Miró a su madre, derecha a mi sombra, y él pareció darse cuenta también de aquella expresión animal de

desamparo, de soledad terrible.

—Madre —dijo.

Y la besó. Besó a su madre como cuando era niño, en las mejillas, hundiendo su rostro de hombre que ya raspaba, en el hombro aquel que no se estremecía.

—Hay que cambiar el camino —dijo Amalia con su nueva voz quebrada.

Los hijos la miraron.

—Hay que cambiar el camino —volvió a decir—. Que no pasen las cajas por delante del lavadero. Que no podamos verlas desde aquí…

Echó a andar hacia la casa:

—Que vuestros hijos no las puedan ver —dijo.

Xavier la miraba marchar, con tristeza y ternura en sus ojos. Jacoba se dejó caer a mis plantas, con las manos en la boca. Hundió la cabeza, sollozando, entre la hierba.

XVII

TODO el calor del verano, todo el hervor de la primavera va concentrándose en mí. En otoño doy fruto. A todos parece gustarles, y los niños siempre han gozado con él. Veo mi fruto en mis ramas y siento un secreto y enternecido orgullo. Porque la hembra —de animal o de hombre— no puede ver en ella al fruto suyo, y el hombre no lo lleva. El macho es simiente que fructifica en ellas.

La Naturaleza ha sido más generosa con nosotros. Desde mis hojas veo, en primavera, cómo se cubre el naranjo de una flor blanca, olorosa, y el limonero también.

Pero es más fuerte y penetrante el olor de los naranjos. Su flor dura muy poco, anuncia lo que viene y embellece las ramas como los hombres preparan la cuna antes de que la habite el niño. Después donde estuvo la flor brota el fruto, al principio verde y acre, que, con el sol, va tornándose balsámico y jugoso. Las naranjas toman su propio color de oro encendido, y los limones amarillo blanco, más pálido que la flor del tojo. Siempre el limón en su amarillo me recuerda el verde, y la naranja el rojo. En el cielo, después de una tempestad se extiende el iris de la Naturaleza. Allí están, diluidos o nítidos, los colores que hallaréis en nosotros después.

En el verano, florecen los manzanos: la carne de manzana tiene algo de pulpa humana, y su piel tersa, arrebolada a veces, recuerda a los muchachos o a la mujer. Con frecuencia he visto a Amalia hincar los dientes en una manzana que cogía del árbol, y escupía:

—¡Uf, qué asco! Tiene gusano.

Había un gusanito dentro. Una larva pequeña que se arrastraba, y que vivía en la manzana aquella, tan tersa y olorosa, sin delatar en su fragancia externa su interna podredumbre.

También en esto se parecen los humanos a las manzanas, y en que a veces dan la sensación de que el gusanillo les habita por dentro y no pueden parar. Amalia era de estos últimos. Desde que Efrén dejara de vivir, fue creciendo y creciendo su agitación, hasta llegar a preocupar a todos. Xavier venía poco al Castelo y cuando venía recomendaba a Jacoba:

—Que se marche de aquí. Va a dar en loca.

Los criados andaban atropellados, ante aquellas órdenes encontradas. Quería todo a un tiempo, y que todo se hiciese en el que ella tardaba en ordenarlo. De la ciudad llegaron Modesta y Daría para ocupar el lugar que dejaron Justina y Claudia.

—Aquí no hay quien pare —decían entre sí—. Nos va a volver tarumbas.

Eladio definitivamente se había sumido en algo que era una suerte de dejar de vivir. Se pasaba horas y horas sentado al sol, en la base del roble o arrastrándose por las avenidas y entre las matas, como si esperase o buscase a alguien que no encontraba.

Amalia se ponía furiosa con él:

—Quitarme ese idiota de delante.

Otras veces en cambio decía:

—¡Pobre!

Modesta y Daría parecían cumplir bien el lugar que les señalaron, porque Modesta incluso lo llevó a tanto que la he visto de noche con Camilo.

—Mamá, dice Benita que Modesta…

—Modesta, ¿qué?

—Así que… se va por ahí con Camilo.

—Escucha, niña, no te metas en esas cosas.

Jacoba quedaba apurada, rascando el suelo con la punta del pie. Amalia sonreía.

—Ven acá. No te ocupes de eso, créeme a mí. Modesta sabe ya cuántas son dos y dos, y Camilo, el pobre…

—Que se casen, mamá. Así Vicente…

—Vicente no estará nunca como está. Al hijo de su hombre Modesta le mima, pero al hijastro suyo, habría que verlo. Créeme, Jacoba, no te metas.

Yo me preguntaba cómo ocuparía Modesta el lugar de Justina para Camilo. Han venido de noche a mi sombra por el lado que da a

los limoneros. No buscaban el frescor de mis hojas, porque la luna estaba alta ya, pero buscaban la más densa oscuridad que en torno mío se hace.

—Que no nos vea Cándida. Anda siempre rondando.

—Te tiene envidia.

Modesta abría para la sonrisa su boca ajada, y yo recordaba la boca de rojas encías de Justina.

—¿Dejaste al niño arropado?

—Dejé.

—¡Pobre! Lo quiero como si fuese mío.

—A lo mejor tienes uno.

—¡Ay, no, Camilo! No hagas disparates.

—Pues, a lo mejor…

—No, Camilo, he venido para decirte que nunca más…

—¿Cómo?

—Sí. Confesé con don Lino. Nunca más. Nunca más…

Camilo la daba un manotazo y la tumbaba.

—Venga de ahí, anda…

—Tendré que confesarme —gemía Modesta.

Se tapaba desesperadamente, cruzando mucho la bata sobre el pecho. Yo recordaba —aunque Camilo parecía haberlo olvidado— aquellos pechos generosos de Justina que se le escapaban por los escotes, y él le decía:

—Tápate, mujer, que te va a ver Ramón.

—Que me vea, ¿es algo feo?…

La risa de Justina aún resonaba entre mis hojas, como el canto de la chicharra. Pienso si Modesta tendría tanto empeño en taparse porque bajo la tela los pechos le colgaban, marchitos, hasta la cintura.

—Déjate de taparte.

—Camilo, ¡que me condenas! Me estás condenando…

Y Camilo parecía fieramente orgulloso de condenar a Modesta. A Modesta que no sabía reír, y gemía siempre. Quizá Camilo se hubiese cansado de la risa y ahora prefiriese oír gemir. O quizá fuese que Justina podía con él, y esta en cambio suspiraba:

—Me matas. ¡Ay! Me matas…

Camilo parecía satisfecho de matarla, y ella no lo rehuía, porque vinieron más de una noche, y Modesta decía siempre:

—Esta es la última vez. Nunca más… Se lo he dicho a don Lino.

A don Lino no se le notaba que lo supiera. Seguía paseándose, leyendo en su libro, mientras Modesta y Camilo cruzaban por delante de él.

Aquel esconderse a mi sombra terminó por el desasosiego de Amalia. Estaba su ventana abierta, pero a oscuras todo, y Modesta se acercó a mi tronco, donde aguardaba Camilo.

—He venido a decirte…

Camilo tiró de ella.

—¡Me matas!

—No te tapes tanto, ¡contra!

—Déjame, Camilo.

—¿Qué tanto taparte? ¿Te crees que no sé cómo eres?

Modesta pareció herida. Se sentó y dijo:

—Tú te has creído que todas somos iguales.

Camilo rio.

—¿Qué habéis de ser iguales? Unas mejor, y otras peor.

Esto hirió aún más a Modesta:

—Si era mejor no lo sé. Eso habrá que preguntárselo al señorito…

—¿Qué dices, mujer?

Camilo estaba francamente sorprendido.

—Eso, que se lo preguntaré al señorito, qué tal estaba la Justina…

Camilo se levantó.

—¿Qué dices?

Hubo un silencio anhelante.

—Estás borracha…

—Lo estaría Cándida.

—¿Cándida dijo eso? Cándida anduvo siempre celosa. Me buscaba.

—Ah, ¿sí?

—No, dime todo lo que te dijo.

La atención de Modesta se concentraba en otra cosa ahora.

—¿Te buscó Cándida?

—Y me busca, ¿o qué te has creído?

Estaba frío y sudaba.

—¿Qué te contó Cándida? Dímelo todo.

—No te enfades conmigo…

—Si me lo cuentas todo, no me enfado.

—No, si además…

Supe que iba a disfrazar la verdad con palabras, porque su voz se hacía felina.

—Poco dijo… ¡Celosa! ¡Se ve que estaba celosa! ¡Puerca!

—Dime qué te dijo.

Camilo la retorcía una mano.

—Dijo que… de niño, el señor amo joven andaba levantándola las sayas…

Camilo pareció respirar:

—¿Y luego?

—Y luego, nada más dijo…

—Júralo por tu madre.

—Por mi madre, ¡lo juro! ¡Que me caiga la lengua!

Camilo rio. El sudor se le aireaba.

—De chiquillos todos somos lo mismo.

—¿Tú también?

Camilo la abrazó.

—Pues claro.

Modesta sacaba de tales palabras nuevo ardor. Aplastaban la hierba y debieron de olvidárseles las horas.

—¿Sabes? —dijo Camilo—. No te celes de la Justina. No era como tú.

—¿No? ¿Cómo era?

Me recordaba a los cachorros de la Toula, mordisqueando las orejas del perrillo muerto.

—Nunca pensé al verte que fueras así. Parecía que te ibas a comer los santos en la iglesia.

—¡Hombre! —dijo Modesta.

—Sí. No quitabas los ojos del suelo. Para que veas lo que son las cosas.

—¿Quién anda ahí? —preguntó la voz de Amalia.

Yo estaba esperando su voz, porque la había visto acercarse a la ventana con su ropa blanca que la cubría toda.

Modesta y Camilo se apretaron más, en silencio, como si quisieran hacer menos bulto.

—¿Quién anda? O bajo ahora mismo…

Callaban, conteniendo el aliento.

Amalia cogió una ropa al paso y bajó, pero para cuando quiso llegar a mí, apenas se veían las sombras de los otros corriendo hacia la puerta.

—¡Sinvergüenzas! ¡En mis mismas narices!

Creí que iba a darle algo. Dio vuelta alrededor de mi tronco como si se ahogara. Un agua y un calor que subían de ella misma, sofocándola. Vio la hierba aplastada y la empujó con el pie.

—¡Cerdos! —dijo.

Se llevó los puños a la boca, y los mordía. Después se tendió cuan larga era, y se puso a golpear la tierra, rechinando los dientes.

—¡Efrén…! ¡Efrén! —decía con furor, como al principio de sus discusiones.

Sollozó, desesperada, y acabó llorando blandamente.

Desde entonces, cuando apoyaba su espalda en mí, yo sentía aquella sangre caliente bulliéndole en el cuerpo, y me compadecía de ella. A Jacoba no la dejaba parar.

Jacoba se había recogido su dorada hojarasca, y ahora le caía sobre la nuca en finas espirales. Pude ver mejor su cara tan menuda que el espeso cabello antes cubría.

Tenía la forma estrecha de Efrén en la frente y en las mejillas, pero sus ojos eran claros, azulados, y la piel apagada. No tenía de Amalia, aunque, cosa extraña, sí de María Fernanda. Había de María Fernanda y de Efrén en Jacoba, la pequeña. Su cuerpo apenas pesaba sobre mi tronco.

—No sé por qué no te casas con tu primo Donato, no me lo explico.

Jacoba arrancaba hierbecillas:

—¡Déjame quedarme contigo!

—¿Pero qué quieres hacer conmigo?

Amalia se ponía furiosa.

—Yo no voy a vivir siempre, tienes que casarte.

—Déjame quedarme —rogaba Jacoba.

—Pero, vamos a ver, hija, ¿tú te haces cargo de que eres pobre?

—¡Qué importa, madre!

—¿Qué importa? No pareces hija de tu padre. Importa, estúpida. ¿Dónde vas a vivir?

Jacoba miraba en torno suyo, sorprendida de la pregunta.

—Contigo, madre.

—¡Y dale! ¿Crees que voy a vivir siempre?

Parecía mentira oír decir aquello a Amalia, henchida de salud, con demasiada vida al parecer, porque el exceso de ella la agobiaba.

—Madre quiere que me case con Don —dijo Jacoba a Xavier.

—Vamos a ver, Xavier, convence a tu hermana. No sé por qué no se casa con Donato.

Xavier miró a su madre asombrado.

—¿Jacoba con Donato?

—¿También tú? Jacoba con Donato, sí. A tu padre le hubiera gustado.

Callaron los tres.

—A padre quizá, pero al tío Ruy…

—¿Cómo, al tío Ruy? ¿Qué más quiere?

—Hombre, es el mayorazgo.

—Motivo de más. Eso le hubiera gustado a vuestro padre, estoy segura.

Quedó un momento abstraída, y a mí volvió el recuerdo de la voz cansada de Efrén: «La casa para Ruy. Los títulos para Ruy. Las mejoras para Ruy».

—Yo no quiero casarme —dijo Jacoba buscando los ojos de su hermano.

—¿Y por qué vas a casarte si no quieres?

—Madre dice…

—Madre dice que se tiene que casar —zanjó Amalia—. Creí que teníais más cabeza. Las cosas claras, como me gustan a mí: tú te casas, Xavier, ¿y qué?

—No sé qué tiene que ver mi boda aquí.

—¿Le gustará a tu mujer, el día de mañana, la cuñada siempre a cuestas?

—Mi mujer, el día de mañana, no tendrá nada que decir.

Amalia rio. Rio sanamente, con una expresión de risa.

—¿Por qué te ríes?

—¡Ay, hijos, cuánta tontería!

Se volvió a Jacoba, tajante:

—Te casarás con Donato, y no hay más.

—Déjame con ella —oí que decía Xavier a su hermana.

Amalia adivinó su intención. Esperó a que se alejase la pequeña,

y levantó los ojos hacia el hijo. Había orgullo en ellos siempre que miraba a Xavier.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Madre, ¿tú sabes que Donato?…

—Eso son tonterías. Lo decía tu padre porque nunca quiso a su hermano, ni a su cuñada.

—Te digo yo que es cierto.

—No me vengas con tonterías. Eso es muy difícil de saber. Y a tu hermana le conviene la boda.

—Pero, madre, ¡si te digo que es cierto!

—¿Lo has visto? ¿Te lo ha contado él? ¿No? Pues entonces es difícil saberlo. No me vengas con cuentos. Por mucho que sepas, más sé yo que soy una mujer casada y he tenido tres hijos.

—Eso no tiene nada que ver.

—Tiene que ver. No vengas a dártelas de experiencia conmigo. Te digo que a tu padre esta boda le hubiera vuelto loco de alegría. Y se hará.

—¿Y los tíos?

—¿En qué quedamos? ¿No decís que están deseando casarlo? ¿Qué más quieren para tapar la boca?

—¡Jacoba para eso, madre!

—Jacoba se llevó siempre con él. Desde niños eran inseparables.

—Claro, como con otra niña…

—Escucha, Xavier, no se discute más. Yo sé lo que conviene a mis hijos. Y el que tiene que ir pensando en casarse eres tú.

Xavier hizo un gesto exagerado de horror que hizo reír a la madre.

—Sí, estás bueno tú, con unas y con otras. ¡Si crees que no me entero! Deberías imitar a tu padre, que cuando se casó… Bueno, nada…

Se mordió los labios, y por un momento ante su hijo pareció más niña.

—… Hay que pensar en serio, hijo. Que los años pasan, y además, con la vida que haces se pierde la salud.

Le miraba. Debía de adivinar su secreto ardor y su gusto por la vida. Tanta inquietud y ardor como había también en los ojos suyos.

—¡Qué joven eres, madre!

—Quisiera ser vieja ya.

Se puso en pie mientras lo decía. Sonrió con tristeza. Parecía pesarle la vida, la juventud, su cuerpo mismo.

—Quisiera ser muy vieja.

Y en un súbito cambio de los suyos pasó de la tristeza a una alocada alegría. Se puso a reír, mirando al hijo.

—¿Qué pasa?

—Nada… Nada.

Reía. Una risa continuada que le sacudía el cuerpo. Se le saltaban las lágrimas.

—Madre, ¿qué te sucede?

Se refugió en su cuarto, llorando. Se echó sobre la cama.

Muchas veces, alguna palabra de los hombres es la piedra que detiene el agua en la boca de la fuente. Otras veces la palabra quita la piedra y el chorro salta. Y puede hacerlo con tanta fuerza que lo inunde todo, que todo lo arrase.

Amalia no sabía —después, más tarde, lo supimos todos— que aquel proyecto suyo para Jacoba sería la apartada piedra que deja libre el agua. Pero Xavier había que esperar algo así. Lo supe siempre, desde que hincó la rama en la tripa de la lombriz, desde que sentí sus alocados pulsos en mi tronco. Bastaba ver aquella sombra ardiente de sus ojos para saber que un fuego la alimentaba, y que aquel fuego pedía consumir o consumirse.

Dijo Jacoba:

—Veniros conmigo. Madre acabará loca, si sigue aquí.

—No puede parar. Es más fuerte que ella.

—Necesita distraerse, y tú también, Jacoba.

Miró a su hermana y preguntó con la voz que ponía de pequeño para atormentarla:

—¿Quieres ver a Donato?

—No —dijo Jacoba llevándose las manos a los oídos.

Pero después las bajó, y repuso serena:

—Eso que no sé por qué digo que no. Prefiero Donato a Trinidad, por ejemplo, y a todos los que conozco. Mamá dice que me quiere.

—Eso es cierto, pero ¿cómo te quiere?

—¿Qué quieres decir?

Le miraba, ya temiendo sus palabras.

—¿Sabes que Donato no es un hombre como todos?

—¿Qué quieres decir?… A papá le hubiese gustado.

—No repitas lo que oyes. Donato no es un hombre como todos, ¿lo sabías? ¿Sabes lo que eso significa?

Sacudía la cabeza:

—No me cuentes cosas. No quiero saber nada. ¡No!

Pero Xavier no reía. La miraba con piedad.

—Don Lino dice que debo obedecer a mi madre. Además que le quiero…

—Entonces, ¿por qué no querías?

—Me daba miedo.

—¿De qué?

—No sé. No, Xavier, no me hables de estas cosas. Me casaré con Donato, sí…

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Acercó la cabeza al pecho del hermano, no sé si para ocultarlas. Temblaba toda.

—No llores, tonta. No llores.

—¡No dejes que me casen con Donato! ¡No lo dejes, Xavier!

Y Xavier contestó con voz grave, profunda como la voz del trueno que trae la tempestad en sí:

—Te lo juro, Jacoba.

XVIII

Sí, del amor es tiempo ya que os hable.

Del amor que llega a media vida, anchuroso y profundo sin hervirnos la savia ni reventar la piel. De ese sentimiento que tiene de raíz en tierra, de plenitud en la entraña, de serenidad en las hojas. Creía para siempre que el amor tenía que venir como una vez viniera —pero ahora aquello, ya os lo dije, bien sé que no era amor— con aquel ansia y aquel celo, con aquella inquietud y el vértigo aquel. Los años no pasan en vano, y es provechoso mirar vivir a los demás; ahora sé que el vértigo y la inquietud, el celo y el ansia no estaban en el mar, sino en mi savia. Tardó en pasar lo que tardó en bullir: un buen día me quedé con un sabor amargo en la corteza, y áspero fue mi fruto en el otoño. La silveira me sorbió la amargura, y suavizó mi aspereza. Llegué a odiarla, recuerdo, y me acordé de los hombres. Lo demasiado débil, lo demasiado rendido es de contacto dulce, pero no satisface. Tenía la silveira un encanto de rosa campesina, y acertó a enroscarse en mí por primavera… Eso fue todo.

Del amor os voy a hablar ahora.

Cuando marcharon Amalia y Jacoba después de la muerte de Efrén, vi a Daría cerrando las ventanas de la torre. Un agudo dolor me hizo encogerme. Sí: el amor me vino con dolor, y con ardiente melancolía. El ruido de las maderas al encajarse hacía temblar mis hojas. «Están cerrando la torre… Han cerrado la torre. ¿Cuándo volverán?»… Supe que algo en mí se moría con la torre cerrada. ¿Por qué era así? ¿Por qué?

La miré, como el tronco cortado de un árbol que no fuera redondo, gris de piedra, serena y misteriosa. La amé. La amaba. ¿Desde cuándo?… ¿Cómo decirlo?

¿Me la habían hecho amar aquellas palpitantes vidas que por ella discurrían? ¿Era ella misma amable?

Me sentí diferente de todos, como si solo yo conociese tan altísimo amor, diferenciado. Ahora me pregunto si el amor no es igual para todos, y en esto también me quedé por saber.

Aquello, sí, era amor. No la buscaba porque me enloqueciera, o su ardor me empinase. No la buscaba porque me provocaba, porque no era desnuda; no la buscaba porque viniera a mí, porque era yo —sí, había de ser yo— quien fuera a ella. La amaba porque era serena y secreta, y supe que si el humano alguna vez quisiera comparar con lo más bello, con lo más sellado a la Mujer más alta, tendría que acordarse de la torre.

Yo miraba sus ventanas cerradas, como vi alguna vez mirar a Efrén, en vida, los cerrados ojos de su mujer durmiendo. Estuvimos así todo el invierno, cuajando aquel amor, y yo no preguntaba ni dudaba: la amaba, simplemente. Cuando cayeron mis hojas doradas, en los últimos días del otoño, un viento suave las barrió y quedaron muchas prendidas en las almenas de la torre. Parecía coronada de pámpano… La amaba.

En los días de lluvia —llovió mucho ese invierno— la veía a través de las gotas menudas y finas, o gruesas y redondas: era como verla distante, a través de una bruma. ¿Cómo no había captado antes su extraña belleza, hecha de paz y silencio, y de melancolía también? He ahí que aprendí, por ella, dónde reside la verdadera belleza. Aquella tristeza indefinible, aquel gotearse la savia lentamente, pero cálida, aquel recordar lo que has visto a través de las ventanas, y ya no verás más. Todo aquello era belleza, para ella y para mí.

Había creído que a la torre no le importaba de los que vivían, de los que se amaban, de los que morían en el aire que alentaba en ella. Sí, le importaba. Lo que había de cálido y de triste en la torre también lo amé.

En tiempos de Amalia oí decir a una señora desde la verja de la entrada:

—¡Qué poético!, estas torres de piedra, tan antiguas…

Supe que los hombres llaman poético a lo antiguo y lo joven —sin edad, que no pasa—, a lo triste y sereno, a lo desgarrado y profundísimo. Poético aquello que había contenido y contenía algo,

carente de palabras como el tiempo.

Era hermosa la torre como lo es el otoño, dorado y enervante, y hermosa como la primavera, siempre en pie, y tenía en invierno su hermosura de frío desolada. En verano parecía hablarnos de nuevo del otoño, acercándose ya. Bella por su secreto, uno y múltiple, que le hace las almenas altivas. Aprendí de la torre, y pude recrearme pensándolo, que nada de lo que se desnuda plenamente es hermoso, que nada de lo absolutamente desnudo es sincero.

Me hallé con mi amor como quien se halla con la vida. Y, aunque maduro ya, me sentí joven, y aunque era vigoroso me vi viejo. Quizá no fuera ardor aquello; sí era emoción. Y el ardor es fiebre de la savia solamente, y la emoción es temblor de tu misma raíz. La amé con un amor viril, sereno y fuerte. La amé, y la amo aún, y siempre la amaré. No os extrañe que os hable de un amor futuro, yo que creí amar a la mar, yo que me dejé amar por la silveira. Sé que esto es el amor, y que se irá conmigo el día que me abata la tormenta.

Sé que es amor por la dulzura que me invade y porque siendo más alta que yo a mí toca velarla. Sé que es amor porque todo ha dejado de existir en torno mío, y no miro florecer las malvas magnolias de hoja caediza, ni me recreo en el agua de la fuente, ni miro al cielo ni a la mar. O si miro —os lo juro, creedme— es a través de ella. Aun si aparto mis ramas para divisar lo restante, es como si la piedra gris de la torre estuviera en mi savia, y aquel estar no estando en mí, es amor.

Es amor, sí. La amaba ya de antiguo, o la amé por cuanto en ella vi. Solo entonces pude darme cuenta, y no me dolieron los años pasados en ignorancia, porque temo no haberla sabido amar más joven. Llegué a su amor en la mitad de mi vida, cuando todo había cobrado su importancia, y no la que en nuestra extrema juventud le damos. Llegué, y no la pregunté si ella había amado antes a la hiedra o al espino. Nada importaba. Importaba amarla, nada más. Como era, como la conocí en el momento mismo de quererla. Así tenía que amarla, sin pedir ni indagar, esperando y tendiéndola.

La amé tanto —y la amo— que el verano aquel me alegró que no viniese Amalia, pese a que en su ausencia no abrían las ventanas. Alguna vez, solo alguna vez, Daría las abría por la mañana. La vez primera que lo hizo, después de haberme hallado en mi amor, sentí

mi savia en suspenso, todo yo en ese momento como cuando voy a dar fruto. Daría abrió las ventanas… El aire oloroso y denso de la primavera entró a raudales, y hasta mi rama más cercana a ella llegó un aliento frío, mohoso, del invierno que había retenido entre sus muros. Estuvieron toda la mañana las ventanas abiertas para mí. Oí que Daría decía a Ramón:

—Va a haber que podar esa rama al castaño. Se va a meter por la ventana de la torre.

—No quiere doña Amalia que la poden.

Miraron hacia mí, levantando la cabeza.

—Buena sombra da, qué espesa. ¿Cuántos años tendrá?

Pude decirles que acababa de nacer, que me sentía niño, e infinitamente antiguo, desde que abrieron las ventanas.

Mi rama había crecido a impulso de mi amor, y se tendía frondosa, vegetal, hacia la piedra amada. Iba a ella seguro, buscando nuestra unión. Y la torre no parecía dispuesta a rechazarme. Al contrario, abrió sus ventanas para mí. Celebré que no anduviese por el cuarto ninguna criatura humana, que me dejasen solo inclinarme sobre ella. Vi la chimenea ante la cual Amador se sentó a quemar los papeles, la chimenea que alimentó con el Chanelo al lado mientras estaba en el amplio lecho María Fernanda. Vi el lecho aquel en cuyo borde se había sentado, dejando caer la navaja, donde también estuvo sentado Efrén, y dijo a Amalia con las perlas rociándole los pechos:

—… No te quites las perlas. ¡Ven!

Vi la almohada donde Efrén reposó su cabeza agotada, su yerta cabeza que fue haciéndose dura y amarilla. Y Xavier estuvo allí de pie, mirando el cuerpo seco del padre, mientras Amalia lloraba. Junto a aquella silla se había sentado Gertrudis para que su madre pasase las púas por su cabello, mojadas en el agua que Claudia la tendía. ¿Y Jacoba? ¿Había pasado por la habitación aquella de la torre? El paso de Jacoba fue tan tenue que apenas recordaba una lejana hojarasca dorada.

Las dos o tres veces que Daría abrió las ventanas me sentí inundado de luz, como si no fueran oscuras las sombras que en el cuarto había y la luz en vez de llegar a ella de fuera, nos viniese de allí.

Daría era gorda, con espesas piernas; caminaba distanciándolas.

Murmuraba:

—Este reuma…

Y veía que le costaba agacharse sobre la cama. Alguna vez se asomó a la ventana.

—¡Modesta!

Y Modesta subía a la torre.

—Ayúdame, que estoy baldada de reuma. Vamos a dar la vuelta a los colchones.

Modesta, el tiempo aquel que no estaban los señores y le faltó Camilo, no me parecía la misma que vi tapándose con la bata a mi sombra, en la oscuridad. Al acercarse a la cama metía la mano en una concha hueca, brillante, y sacaba los dedos mojados, y se hacía la sombra del Árbol de la frente a los pechos, de hombro a hombro.

Lo hacía muy de prisa, frunciendo los labios, y después abría un cajón de la mesa y se ponía a babear papeles.

—Déjate de besar estampas y ayúdame.

—¡Santa Madre de los Dolores! —bisbeaba Modesta, con su voz de cuchillo, volviéndose hacia la figura sobre la cómoda.

—Pero, mujer, que ahora te ha dado por la beatería. ¡Ayúdame de una vez!

Antes de marcharse, Modesta acercaba la mano hasta tocar con los dedos el corazón acuchillado de aquella Mujer, y luego se besaba sus propios dedos.

La vi sentada en el reborde de la fuente, mirando al niño de Justina, que le gustaba jugar, como a todos los niños, con el agua. No era ruidoso, ciertamente, como todos lo fueron. Se quedaba horas y horas con la mano metida en el agua o hacía montoncitos de tierra, y los montoncitos entre sus manos pequeñas tomaban la forma de la torre.

Una de las veces que Daría abrió las ventanas iba detrás de ella el niño. Miró todo, muy quieto, desde la chimenea a la cómoda, y después se acercó a la ventana y se empinó, mirándome. Vi la mano de Vicente tendiéndose para agarrar mi rama. Dos veces lo intentó, y por fin, casi con el cuerpo fuera, me alcanzó. Así llegué la vez aquella hasta la torre, a través del brazo del pequeño. Vicente. Vi los ojos de él, pensativos y firmes, y no me pareció haber visto antes en niño alguno tan pensativos y firmes ojos. ¿Era aquel el hijo de Camilo y Justina? ¿De dónde le venía aquella sangre, a la cual mi

tronco se hallaba habituado, aquella sangre que sentí en mi rama, espesa y contenida, una sangre dolorosa?

Estaba así con su brazo enlazándome a la torre, y Daría le vio.

—Chiquillo del demonio, ¡que va a arrastrarte el árbol!

No. No pensaba arrastrarle. Estábamos torre, árbol y niño en armonía los tres. Pero Daría le cogió por la cintura y Vicente no protestó. No he visto nunca protestar a Vicente. No sé sí es humildad u orgullo. Si algo le desagrada, obra silencioso y lejano. ¡Ah, se parece a Amador! Os lo digo: no sé cómo no reconocí la sangre de Amador en la sangre suya, y en su pensativa mirada aquellos ojos ausentes.

Al grito de Daría, Modesta subió corriendo. Quiso coger al niño, y le comía a besos. Vicente se apartaba.

—Hijo. ¡Hijo mío! —decía Modesta.

Y le besaba con tanto fervor como besó antes sus dedos juntos. Vicente, con sus silenciosos y firmes ademanes, la apartaba.

—No te quiere, el hijo —decía Daría.

No volví a ver a Vicente en el cuarto aquel hasta la noche terrible en que su sangre se rebeló, cegándole.

En verano, las golondrinas vinieron como siempre a hacer sus nidos en las almenas, y me entretuve —ahora que no había humanos que contemplar— viendo cómo llevaban comida a los pajarillos, y cómo se picaban unos a otros por tenerla, y cómo el más listo, el que sacaba la cabeza primero, con el pico abierto, se llevaba la parte de los demás.

Aquel otoño dejé caer mi fruto humildemente, porque la torre me miraba. Sobre el balcón rebotaron mis frutos erizados, y yo supe que nada de mí podía darle entonces. Llegué hasta ella. Sí; a ella llegué en otoño y la paz me inundó al contacto suyo. Tendí mi rama y la apoyé en su balcón. Fue un darme, recibiendo, en gran silencio, como se cumple siempre lo profundo.

XIX

AQUELLA paz vino a turbarla Amalia. Yo vi la faz de la torre sombría y turbulenta, cuando entró en ella Amalia, con Xavier.

Fue una llegada inesperada y súbita, como vuelve la fiera al cubil si se cree atacada.

Llegaron a media mañana. Llovía. Camilo acercó el coche hasta la misma puerta pequeña de la torre. Debían de traer prisa o angustia, porque Camilo no esperó a que le abriesen y metió la mano a través de la verja de entrada, hasta dar con el cierre, lo levantó.

Después volvió a subir y entró en la casa. Al ruido de los caballos y de las ruedas vino Modesta la primera de todas.

Ya estaba Amalia en pie y junto a ella Xavier, y vi que agarraba el brazo de su madre.

—Abrid la puerta. Aprisa…

Acudió Daría arrastrando las piernas, y Amalia repetía bajo, sin gritar pero apremiando:

—¡Aprisa!

Ella misma se adelantó, cogió las llaves de las manos de Daría y abrió la puertecita.

No podía ver el rostro de Xavier: lo traía medio tapado por una ropa de lana, y miraba de frente, como si no quisiera ver a nadie ni que nadie le viese.

Pasó el primero y Amalia se volvió a su gente que les miraba, intrigada:

—Oídme bien —dijo—. Llevamos ocho días aquí. El señorito Xavier no se ha movido de casa. Abrid todas las habitaciones. Venga quien venga vosotros nada sabéis. El señorito y yo llevamos ocho días aquí. ¿Habéis oído?

Recalcaba las palabras y nunca la vi tan firme, con aquellos ojos decididos y brillantes.

—Entendido, señora.

En verdad no lo parecía, pues Amalia entró en la torre, seguida de Daría y se miraban unos a otros con ojos recelosos, sin atreverse a hablar.

Camilo hizo dar media vuelta a los caballos, dispuesto a marchar de nuevo.

—¿Te vas? —saltó Modesta.

—Tengo que irme. Ahora mismo. Yo no he estado aquí, ni el coche tampoco, ¿comprendes?

Modesta le miraba como si fuese a llorar.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Benita—. ¿Ha sucedido alguna desgracia? ¿Qué ha pasado?

Camilo miró hacia la ventana de la torre, y después se inclinó hacia los otros, desde el pescante. Dijo bajo, pero intenso:

—Mató a su primo.

Un frío pareció correr entre ellos. Se llevaron las manos a la boca.

Camilo volvió a decir bajo, por si quedaba duda:

—El señorito Xavier…

Tiró de las riendas a los caballos y partió al galope sin que a Modesta le hubiera dado tiempo a decir ¡ay!

Todos habían quedado blancos y se miraban.

Ramón fue el primero en hablar:

—Vamos, no se asome la señora.

Se fueron silenciosos, aterrados, mientras yo veía a Amalia arriba, en la habitación alta, cuyas ventanas abrió Daría.

Xavier estaba allí, de espaldas a mí, apoyado en la chimenea mirando a ella o al suelo. No sé. Y Amalia estaba derecha, vestida aún como llegó, mientras Daría se afanaba.

Después se quitó el sombrero y la capa, sin mirar al hijo, con aquel rostro de desamparo y soledad terrible que ya le viera yo.

—Madre —dijo Xavier—, no puedo comprometerte.

¿Dónde estaba su voz grave y profunda? ¿Era la voz de Xavier aquel sonido huidizo, vergonzante?

—Tú te callas.

Vi en los ojos de Amalia que había emprendido una lucha contra

algo, la misma luz que viera en ellos el día en que luchó por última vez junto al lecho de Efrén.

Empezaron a correr unos días oscuros, angustiosos, con Amalia y Xavier sentados uno frente a otro, sin mirarse ni casi decir palabra.

De cuando en cuando, Xavier bajaba al despacho y yo le veía sentarse ante la mesa y encender un cigarro.

Se miraba las manos; las miraba como si no fuesen suyas, las daba vueltas, se cubría el rostro con ellas.

—Haz el favor de arreglarte esa barba y de acostarte. Cualquiera que te viera…

Xavier callaba. Ya no había sonrisa silbándole entre los labios, ni cabeza estirada. Hundido y temeroso, no sabía salir de alrededor de Amalia, como si la vitalidad de ella y su firmeza le sostuviesen a él.

A espaldas suyas las criadas le miraban con una mezcla de terror y de admiración, y era como si entre Ramón y él no existiesen distancias y esa altura impalpable que los separa, aunque sean hombres lo mismo.

Mientras Ramón podaba, contestaba a Xavier sin quitarse la colilla de la boca, ni suspender el trabajo.

—¿De quién es aquel niño? —preguntó Xavier.

Vicente jugaba con los peces en la fuente. Ramón se volvió a mirarlo.

—Es el hijo de Justina —dijo—. Vicente…

Xavier quedó quieto, mirándole fijamente. Arrugaba el ceño.

Xavier, desde que volvió, vivía obsesionado por un peligro, y se acercaba hasta la verja a comprobar si estaba bien cerrada, y en cuanto oía pasos o voces de las criadas en el jardín, se asomaba, y en sus ojos había una mirada recelosa, acosada. Creo que fue entonces cuando empecé a ver tal mirada en sus ojos y entonces también aquel gesto rápido con que se volvía al andar, como si algo o alguien le persiguiese.

Amalia infundía su vida a la casa, casi diría al jardín. Recuerdo sus llegadas alegres, entre explosiones de risa, y el aire mismo se encendía, y la savia se precipitaba por nosotros al escucharla. Desde que llegó no cesaba de moverse por la torre o por las avenidas, y a todas hablaba y se cuidaba de todo, pero era un movimiento febril, desesperado, y la silueta de los árboles hermanos se tornaba descarnada y patética, y el agua gemía al saltar, y las hojas en el

atardecer, cuando se frotaban entre sí, parecían comunicarse un desolado secreto.

Sin embargo, Amalia no desfallecía y Xavier buscaba ansiosamente su sombra. Amalia no le hablaba casi, y diríase que no quería ver los ojos de su hijo, y que aquella pávida y taciturna presencia le lastimase.

Amalia oyó el rodar de un coche por el camino, y subió desde el final de la huerta, pálida y enérgica.

Se detuvo un momento frente a mí, y se llevó las manos al pecho. Después se acercó rápida hacia la verja, en el momento mismo en que el coche se detenía. Yo había visto ya que era Camilo quien lo conducía, pero ella no había podido verlo aún y cuando, de pronto, lo tuvo ante sí, entre las verjas de hierro, se echó a reír, con una risa que hacía daño y que la sacudía toda. Ella misma abrió las verjas y el gesto de sus brazos al abrirlas era confiado y nervioso.

Del coche bajó Trinidad y vi que Amalia se abrazaba a él, y lloraba mientras se reía:

—Qué susto me has dado. ¡Cómo no avisaste! ¡Qué susto!…

Lloraba, abrazando al marido de su hija, aquel hombre gordo y bajo, confuso entre los brazos de aquella alta y espléndida mujer dolorosa. Fue la última vez que la hermosura de Amalia brilló ante nosotros, entre sus lágrimas, como es bella la naturaleza a través de la lluvia. Conocía mucho de ella, y creía que ya nada podría sorprenderme, pero os digo que después de aquellos oscuros y angustiosos días pasados, con su rostro tenso y sus apagados ojos, fue como un último despliegue de belleza el de Amalia riendo y llorando en brazos de Trinidad. El pecho le subía y bajaba, agitado, y hablaba corta y precipitadamente, con alegre ternura en los ojos:

—¡Cuánto te agradezco que hayas venido! Estaba tan sola, sin un hombre en casa…

Xavier, que en este momento se acercaba, se inmutó. Las palabras de su madre le golpearon.

Trinidad fue hacia él, todavía confuso y deslumbrado. Amalia los miraba, y recordando algo que hubiese olvidado, preguntó:

—¿Qué noticias traes?

Y Trinidad contestó:

—Ahora os diré. Con calma.

Entraron en la casa.

A mi sombra volvieron Modesta y Camilo. Hacía frío, y al atardecer caía la helada, pero no parecía importarles.

—Aquí, ¿te acuerdas?

—¡Tenía tantas ganas!

Del sitio donde se apoyaban subió un vapor cálido hasta mi tronco.

—¿Cómo fue lo del señorito? ¿Lo sabes?

—¡No he de saber! Le llevé yo en el coche.

—¿Le llevaste? ¿A dónde?

—Se batieron él, y el señorito Donato.

—¿Se batieron? ¿Y pudo el de casa?

Lo dijo con orgullo.

—Mujer, no fue así. No sé qué habría entre ellos, pero el señorito Xavier me mandó sacar el coche al alba y que no dijera nada a nadie. Como a veces salimos de noche y me pide lo mismo, me creí que íbamos de…

—¿Y le llevas?

—Otra tú, ¿qué quieres que haga?

—¿Y qué haces mientras tanto?

—Esperar…

—Sois unos perdidos.

Se separaba de él. Le apartaba con las manos.

—Esta sí que es buena. ¿Y qué hago yo si me mandan?

—¡Perdidos!

—Si lo sé no te lo cuento.

Hubo un momento de silencio. Modesta se estremeció:

—¿No tienes frío?

Camilo no contestó. Ella se acercó a él, y se apretaba contra su cuerpo como si tuviese, de pronto, mucho frío.

Él rio por lo bajo:

—Si tienes frío nos marchamos… ¿Quieres que nos marchemos?

Desde la sombra me llegó un roce de carne humana. Modesta se olvidaba del frío, o Camilo le daría su calor, no sé, pero os digo que aquella parte de mi tronco estaba caldeada.

Modesta tendría su boca muy cerca de mí, porque aunque apenas alzaba la voz, la oí decir:

—Cuéntame aquello, anda…

—¿Qué quieres que te cuente? Luego te enfadas.

—No.

Hablaban casi desde el mismo sitio, y el vaho de sus bocas me llegaba confundido.

—Pues salimos y recogimos a dos señores, y fuimos los tres hasta el campo de la Leña. Empecé a figurarme de lo que se trataba.

—¿Fueron en coche a matarse?

—Sí. Lo hacen así. El señorito Xavier me dijo: «Tú no te bajes y estate dispuesto a marchar en cuanto vuelva». Y lo mismo dijo a Pascual el señorito Donato. Se quitaron las chaquetas y los amigos se hicieron a un lado.

—¿No les separaban?

—Es un duelo, mujer, se llama así.

—¿Con qué lo mató? ¿Lo viste?

—Con pistola. Cada uno tenía una y echaron a andar. Andaban dándose la espalda y yo me preguntaba en qué terminaría aquello, y a dónde iban a tirar, pero uno dijo: «Alto», y luego: «Vuélvanse», y luego: «Fuego». Antes de decir: «Fuego», el señorito Donato dio un brinco sobre él y cayó. Me quedé frío al oír los disparos. El señorito Xavier vino y me dijo: «Aprisa, Camilo, aprisa». Estaba muy blanco y tenía miedo. Los dos amigos volvieron con él, pero al llegar a la ciudad, se bajaron. Te digo que no hablaron ni palabra dentro del coche, y cuando bajaron, y yo cerraba la portezuela otra vez, oí que uno decía al otro: «Ha sido un verdadero asesinato».

—¿Viste al muerto?

—No: Si te digo que corrimos…

Modesta se estrujó más a él.

—¿Tú no harás nunca nada así?

—¿Yo? Te lo juro…

—Ahora que también el otro tenía una pistola. Pudo defenderse.

—Me parece que no tuvo tiempo…

—¿Y por qué sería?

—¡Qué curiosas sois las mujeres!

—¿No iba a casarse con la señorita Jacoba?

—Yo no sé nada.

—Sabes, Camilo, sabes. Cuéntame. ¡Tanto tiempo que me dejaste!

Camilo bajó más la voz. Las palabras me subieron tronco arriba.

—La señorita Jacoba se ha ido al Convento.

—¿La señorita Jacoba?

—Sí.

Amalia no parecía dispuesta a interrumpirles.

Las ventanas de su cuarto estaban cerradas.

Iba de día con Trinidad por los caminos de la huerta, o hablaban en el despacho, en presencia de Xavier. Estaba tranquila y sonriente y pese a las heladas y al frío, y a que la noche se venía temprana, hubo un esplendor entre las plantas del jardín, se irguieron suavemente los tallos, y el verde se hizo húmedo.

Sin embargo, cuando en el atardecer subía a su cuarto y cerraba la puerta, yo la veía llorar. La torre y yo vimos las lágrimas de Amalia abrasando su lozana piel, abriéndole surcos en las mejillas. No sé por qué lloraba, pero era un dolor hondo que la devastaba. Ella contenía su dolor de día, y delante de los demás. A solas, se abandonaba a él.

La vi volverse contra el hijo, cuando Trinidad se marchó:

—¡Y tú tienes la culpa de todo! No te perdono, no. ¡Qué razón tenía tu padre!

Xavier fruncía el ceño y apretaba las manos.

—No pongas esa cara encima. ¡Cobarde! Tirar contra un hombre indefenso.

—Madre —dijo Xavier—. No me obligues a hablar.

—¿Cómo? ¿Qué es eso? ¿Aún te atreves?

—Si tú no te hubieras empeñado en la boda…

Amalia estaba furiosa, como en sus tiempos con Efrén.

—Desgraciado, ¿pero no ves que era la felicidad de Jacoba? ¿No lo estás viendo? ¿Por qué se ha ido Jacoba al Convento?

Le temblaron los labios:

—¿Por ti…? Estúpido. ¿No te convences de que quería a Donato?

—Ella me pidió que no la dejara casar.

—Ella era una apocada. No sabía lo que quería. Y no la veré más. Nunca más.

Se puso a llorar con inmenso desamparo.

—Ella me pidió…

—¡Cállate, asesino! Todo el mundo lo ha dicho: le mataste. Fue un asesinato. Podrías, cuando menos, no haber buscado testigos, si pensabas hacerlo.

—¡Madre!

—Ni madre ni padre. Dios se llevó a tu padre a tiempo. Se hubiera muerto de vergüenza… El hijo de su hermano Ruy…

—Padre no le quería.

—Por el amor de Dios, no busques responsables… Tu padre jamás hubiera hecho una cosa así. Era el hombre más bueno del mundo, el más recto. Bien se nota su falta en esta casa.

Le corrían las lágrimas.

—Él te conoció bien desde pequeño. No se equivocaba. Yo, siempre defendiéndote…

—Me marcho… prefiero entregarme.

—¿Cómo?

Amalia estaba terrible, ante la puerta del despacho, con los ojos atravesando al hijo.

—¿Te crees que te he dado mi nombre para que lo arrastres? ¿Te crees que Jacoba se ha ido para que pregones la verdad? Se ha ido para callarla mientras viva.

Le echó en la cara:

—Se ha ido para no verte…

Xavier tenía el rostro descompuesto.

—¡Mátame! —dijo.

—¿Te has creído que soy como tú? ¿A qué viene ahora eso?

—No puedo seguir viviendo así, siempre echándome en cara… siempre con el temor de que me digas… Prefiero morir, madre.

Amalia le miró. Xavier no estiraba ya la cabeza. Los labios le caían vencidos. Parecía hundido y derrotado, sobre todo había una descarnada sinceridad en él. Amalia y yo supimos que no decía: «Mátame» por decir. No tenía voluntad de vida.

—Pronto lo arreglas todo.

Lo dijo mientras le miraba, y su rostro se iba llenando de dolor al contemplar al hijo sin resorte, vacío de deseos.

—Si tuviera el valor… —dijo Xavier.

Y Amalia gritó:

—¡No!

Se abrazó a él temblando, como defendiéndole de algo, o quizá de sí mismo.

—¡No! ¡Júramelo, Xavier! Te lo pido. ¡Júramelo!

Xavier se agarró a sus brazos y, por vez primera desde que era

hombre, lloró entre ellos. Amalia le besaba en el pelo, y le hablaba igual que de niño:

—Xavieriño, hijo, todo pasa. Fue un mal pronto que te dio. Ahora, nunca más. Tranquilo, hijo. Estoy contigo, no te dejo…

Xavier lloraba, escondiendo la cabeza en el pecho de Amalia.

—No llores así, tonto. No tuviste culpa. ¿Qué fue? ¿Tuviste miedo? ¿Te cegaste…? No es culpa tuya.

Le acarició lentamente, y miraba hacia mis ramas, por encima de la cabeza del hijo.

—Lo llevas en la sangre. No es tu culpa.

Xavier se apartó de ella y se apoyó de cara a mí, contra la ventana.

—Escucha, Xavier, no quiero que sufras así, no es justo. Lo has heredado. No es tu culpa.

Xavier volvió a ella el rostro descompuesto.

—Mi padre, ¿sabes?…

Parecía costarle el decirlo:

—… mi padre, tu abuelo Amador… mató a mi madre.

¿Cómo no oyeron a mis ramas agitarse, y removerse en mí? ¿Cómo transmitía al hijo, aunque fuera con dolor, aquello que desconocía, que no era la verdad?

Xavier estaba espantado, como si él no hubiese matado nunca, y se secaba las lágrimas con la mano:

—¿El abuelo Amador?

—Sí.

Quedó quieto mirando a su madre.

—No pienses más en ello. Te lo digo para que no desesperes… Mi padre no se mató. Fue un hombre de una vez y tú tienes que serlo. Júrame que no harás ningún disparate.

A costa de la silenciosa sombra de Amador recobraron la paz.

Pero algo había muerto en Xavier definitivamente. Rondaba entre los árboles, y os digo que era más sombra que su propia sombra. Y la propia o la ajena le asustaban, porque de pronto se daba vuelta como para defenderse de algún mal que por detrás le acechaba. Cuando los perros huían, persiguiéndose, o cuando mataron a la zorra, e incluso cuando los pájaros posados en mis ramas sienten cerca una presencia humana a la que temen, tienen ese mismo gesto rápido e instintivo, de huida y de defensa,

volviendo la cabeza atrás, para apreciar su ventaja.

Yo no sé lo que Xavier temía. Se volvía aunque estuviera solo y alzaba el brazo como para golpear, pero no había nadie.

Salía a caballo, y regresaba con el rostro sombrío y a veces en un desenfrenado galope. Yo le veía desde mis ramas cuando embocaba el sendero que trae hasta la verja, y no podía distinguirle bien porque venía agachado sobre el caballo, casi pegada la cabeza al cuello del animal, y le castigaba los flancos con los pies. Llegaban envueltos en una nubareda de polvo que los cascos del caballo levantaban, y era tan desalentado el correr que Amalia se asomaba al ruido en la ventana alta y miraba con dolorido rostro al hijo. No se sabía de cuál provenía aquel jadear fuerte, si del caballo o del hombre. Desmontaba ante mí, sin mirar hacia su madre que entornaba de nuevo las ventanas, y si apoyó en mi tronco su mano alguna vez, noté su palma empapada de sudor.

En aquel año, la primavera llegó sigilosamente, y fue colándose en los días, casi imperceptible. Sin embargo, Xavier la sintió. Vio llenarse los árboles de hojas, vio cubrirse el naranjo de flor, y los limoneros. Respiraba de prisa, con las narices dilatadas, e iba a grandes pasos hacia la huerta, o cogía el caballo y salía, y noté un nuevo temblor en sus manos, cuando tomaba las riendas.

Volvía con la mirada apagada, y un gesto en la boca, como si le amargase.

Así entró un atardecer, y vio a Vicente cortando retama a lo largo del muro. El niño había oído al caballo, como yo, y empinándose sobre unas piedras, miraba como se le iba acercando.

—¿Para quién cortas la retama? —preguntó Xavier.

Vicente siguió trozándola, agachando la cabeza, y Xavier bajó del caballo.

—¿Cómo te llamas? Te doy esto si me dices cómo te llamas…

Le enseñaba un redondel dorado, pequeño, brillando entre sus dedos.

—Vicente —dijo el niño.

—Te la has ganado.

Pero Vicente no tendió la mano. Entonces Xavier se acercó y sin esfuerzo cortó las ramas más altas.

El niño se había detenido y le miraba hacer con sus ojos claros insólitamente tristes y su boquita entreabierta. Xavier se echó a reír,

y agachándose, besó a Vicente. Debió de hallar placer en besar las mejillas infantiles, porque entornaba los ojos, y se rio de nuevo, pero esta vez la risa era nerviosa, como si quisiera con ella ocultar el placer.

—Vicente —dijo—. Vicente…

Se irguió, y seguía riendo entre dientes, mientras con su mano huesuda y larga revolvía el cabello de la criatura.

Vicente parecía deslumbrado, mirando hacia Xavier, y ya se había alejado, y aún continuaba el niño allí, abrazado a su retama con el rostro encendido.

La noche misma estaba Xavier sentado a mi sombra, cuando Amalia se acercó.

—Es tarde ya, Xavier. ¿Vienes?

Xavier siguió fumando sin contestar, y Amalia se dejó caer junto a él. Tuvo que apoyarse en mi tronco para hacerlo.

—Me vuelvo vieja —dijo.

Y Xavier contestó:

—Quisiera casarme.

Aquellas palabras despertaron la vivacidad de Amalia.

—Santa palabra, hijo, ya era hora… ¿Con quién quieres casarte?

Xavier volvió la cabeza al lado opuesto.

—Con Dolores —dijo.

Y Amalia se levantó, estremecida:

—Tú estás loco.

Xavier seguía fumando sin mirarla.

—Tú estás loco —volvió a decir la madre.

Pero Xavier, sin contestar, arrancó de mi tronco la raíz del espliego que en él crecía, y la destrozó entre sus manos.

XX

Así entró Dolores en el Castelo. Así llegó, baja y delgada, con su azulado pelo tirante a ambos lados del rostro. Llegó silenciosamente, y vi las plantas de sus pies, al andar, escurrirse sobre el suelo. También parecía escurrirse su voz.

Yo he visto las manos de Vicente atrapando los peces rojos de la fuente, y se deslizaban de las manos, aunque procurase agarrarlos bien. Así la voz y el andar de Dolores.

Antes de que llegara, Amalia se ausentó por corto tiempo, y a su regreso bajó como una tromba, y abrazó al hijo. Estaba furiosa, aunque no contra él:

—¡Majaderos! ¡Qué más quieren! Pero, me han oído…

Xavier entró con ella en la casa.

A los pocos días marchó él, y no volvió hasta la primavera. Con él vino Dolores al Castelo.

Fue un invierno lluvioso, y a través de la lluvia y de los cristales cerrados pude ver a Amalia con los pies cerca de la chimenea, enrojecida por el vivo resplandor del fuego. Estaba así horas y horas sin hacer nada, aletargada por el calor, como quedaba Chanelo, tiempo atrás, al sol. Dormía muchas horas durante el día; yo la veía cabecear sobre la butaca, con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Se despertaba con sobresalto, mirando a todos lados.

A Amalia se le había hinchado el rostro, quizá de tanto llorar. Seguía recogiéndose el pelo sobre la cabeza, si bien entonces ya se le quedaban prendidos pelos en las púas, cuando se peinaba. Al moverse en sueños, las trenzas se le caían y quedaba desaliñada, en aquella postura de sueño o de abatimiento.

Pasada la otra torre, se cubrieron de flores las camelias. Rojas, parecían llamear a distancia. Comenzaban a deshojarse, y el suelo a

ponerse mullido de pétalos encarnados, cuando llegó Xavier trayendo a Dolores al Castelo.

Había habido una fuerte tormenta, y tres veces se puso la luna antes de que la lluvia cesara. Nos azotaba cruelmente, afilada, sesgada. Un viento fortísimo sacudía nuestras ramas llevándonos de un lado a otro, silbando entre nosotros.

Cerca de mí, a la derecha, los eucaliptos recogían la voz del aire. A veces, el árbol alto se sacude en el viento, y gime, y nosotros aún nada sabemos de él. El viento, en su embate, quebró alguna de mis descarnadas ramas y abatió un boj cerca del lavadero. Al día siguiente, mientras aún persistía una lluvia fina que resbalaba sobre el boj caído, llegó Xavier con Dolores al Castelo.

Vino Dolores con su sonrisa tranquila y fría, mirando entre las pestañas muy juntas, cuando hablaba. No oí nunca reír a Dolores en alegre explosión, pero tampoco casi nunca la vi dejar de sonreír. Así supe que una sonrisa puede llegar a ser cansada y agobiante como una gota de agua. La sonrisa no llegaba a mostrar sus dientes. Estaba en su boca ancha, partida y fría como la boca de la rana, y quizá residía en la línea de sus ojos oblicuos. Al verla en la habitación de Amalia, a no ser por su ropa hubiese dudado de que fuese mujer, porque tenía la tabla de los pechos rasa. La ropa la colgaba por delante y por detrás, como si no hubiera carne a qué amoldarse. No daba la sensación de delicada y frágil como Jacoba; pese a su extrema delgadez, se la adivinaba fuerte, resistente e inflexible. Era una criatura inquietante como ninguna vi, y su mano sobre mi tronco tenía un tacto viscoso, helado. ¿Cómo podía no sentirlo Xavier?

Sin embargo, Xavier la contemplaba fascinado. Yo no temía de Xavier para Dolores, como había temido siempre de él para los demás. Sus manos, amigas de golpear, no podían herir lo escurridizo. Ella parecía saberlo.

La primera vez que sentí su cuerpo sobre mi tronco fue una impresión helada y pegajosa que me espeluznó hasta la misma raíz. Ningún calor venía de su sangre.

—Mi madre te quiere —dijo Xavier.

Desde su ventana, Amalia tras los cristales agitaba una mano. Dolores, al sentarse, apretaba las faldas en torno a sus piernas flacas. No contestó.

—Mamá te quiere, Dolores, ¿estás contenta?

Yo no conocía a Xavier humilde, pero había un humilde Xavier que posó su mano sobre las piernas de Dolores.

—Estate quieto, he dicho. Trátame con respeto.

Xavier retiró la mano.

—Tu madre nos está mirando. ¿Qué pensará de mí?

—Te quiere. Te viniste conmigo contra viento y marea.

—El asesino de mi hermano…

Lo dijo con voz sin calor, helada como ella. Xavier se sobresaltó:

—Me juraste que…

—Yo no juro nunca.

—Me dijiste que nunca me lo mentarías.

—Y así es. No estaba hablando por mí. Preguntaba qué pensaría tu madre.

—Que me quieres.

La miró, y volvió a colocar la mano en el lugar prohibido.

—¿Me quieres, Dolores? No te lo he oído decir.

—¿No me vine contigo?

Se escurría.

—Desde niños jugando al escondite, ¿te acuerdas?, por los pasillos…

—No.

—Sí, te acuerdas… Parecías saberlo todo desde el primer día.

—No me toques delante de tu madre.

—Déjala en paz. No nos ve, ni le importan estas cosas.

—No dice mucho en su favor.

—¿Qué tontería estás diciendo?

—Esa… Gracias por lo de la tontería.

Se puso en pie, lisa y delgada:

—Suéltame.

Su voz cortaba como el filo de un hacha, aunque no la alzaba jamás. Xavier la había agarrado por una pierna.

—¡No te marches, Dolores!

—Sí, me voy. Da gusto estar contigo…

Se alejó, con la ropa colgándole sobre el cuerpo, sin volver la cabeza. Xavier encendió un cigarrillo y se puso a fumar corta y nerviosamente, mientras la miraba marchar, con las plantas adhiriéndose al suelo.

Había algo insano en ellos, algo hediondo y podrido que les subía desde la raíz. Sentirlos a mi sombra era como oler el agua corrompida de una charca.

—Eres un vicioso.

—Y tú… ¡No te marches! Me gustas así. Si no fueras así no me hubiera casado contigo.

Dolores no decía nada. Sentía sus huesos en mi tronco, blandos, sin consistencia, elásticos.

—A tu madre no le soy simpática.

—Todo lo contrario.

—Me lo vas a decir a mí…

—¿Te ha dicho algo?

—No. Me mira…

—Le gustará verte. Le gusta la gente joven a mi madre.

—Ya…

—Dolores, ¿qué tienes contra ella? Ven acá.

—¿Yo? No tengo nada.

—¡Has dicho «ya» de una manera!

—No. Lo que he oído decir…

—¿Qué has oído decir? Ven acá.

Dolores se apoyó levemente en su marido:

—Lo que tú has dicho. Que a tu madre le gustaba la gente joven…

—¡Dolores!

Ella entornó los ojos, y su voz era turbia:

—Lo que tú has dicho…

Xavier quedó levantando mojones de la tierra con un palo.

No. No temía por Dolores en manos de Xavier. Xavier había destrozado muchas cosas en su corta vida. Había gozado atormentando a su hermana, viendo los ojos de horror cuando él le despedazaba la vida: «¿Sabes qué…?». Golpeaba mi tronco con su vara, aplastaba gusanos, trituraba entre sus dedos las hojas de la verbena, pero, por fin, se había encontrado con Dolores.

Deshizo la vida de Xavier. Con sus palabras llenó de baba su amor por su madre, su cariño por Jacoba. Emponzoñó cuanto quedaba en él de sano, y con sus anillas le apretó duramente, asfixiándole. Fue estrechándole el cerco, hasta dejarle solo con su obsesión, solo con sus temores. Y tras haber succionado cuanto de

jugoso había en él, tras de desecar cuanto componía su vida, quiso herirle. Pero no contó con Vicente. A última hora, la mano que ella odiaba se volvió contra ella, pero esto he de contároslo a su tiempo, porque antes sucedieron muchas cosas en la torre, frente a mí.

Antes, Amalia murió. Parecía mentira que Amalia pudiese dejar de vivir, aunque supe que estaba cerca ya el final de su carrera cuando perdió la alegría, y el gozo de darla.

Antes de morir, Dolores la envenenó. Diariamente, con su lengua afilada, fue vertiéndole su veneno, y arrastrándole de unos a otros, iba haciendo el vacío en tomo de ella, dejándola sola para morir. Como hicieron los hombres cuando de desplantar la yuca se trató: aislaron sus raíces de la tierra antes de atacarla.

Todo en mí se rebelaba, como me rebelé la noche en que dejaron a la Toula sola frente al lobo. Pero Amalia había supuesto más que la perra y la yuca. Hubo un tiempo en que su llegada nos comunicaba alegría, y hasta que el aire se encendía a su paso. Su risa rebotaba en nuestras ramas. De todos los seres humanos fue el único que tuvo algo de vegetal, en la sonrisa y en el pelo. Aunque, igual que a la yuca le sucedió, aquello no existía ya.

El año siguiente a la llegada de Dolores la primavera se adelantó, rompiendo brotes, dolorosa y punzante. Vi a Amalia, en la torre, abrir las ventanas y aspirar el aire denso de la noche. La miré, buscando en ella la imagen fresca que un día se asomó boca abajo, allí mismo, vestida de un verde de hierba húmeda, mostrándome la dura curva de sus pechos rosados. En un invierno el tiempo la había alcanzado ya, con su implacable zarpa. Estaba allí, sobre sus pechos blandos y esparcidos, sobre su dilatada cintura. Estaba en las bolsas debajo de sus ojos, y en las arrugas que vencían sus labios.

También Dolores lo notó.

—¡Qué vieja está tu madre! —dijo.

—¿Mamá? No tiene un pelo blanco…

Xavier pareció sorprenderse. Miró a su madre, que iba camino del lavadero, andando despacio. Nada en su espesa figura recordaba a la lozana mujer que había dicho: «Quisiera ser vieja». El tiempo la había tumbado de una vez, pese a su resistencia.

—Es verdad, ¡pobre madre! No me había dado cuenta.

Se oyó la voz de Amalia riñendo a los criados. Una voz que rascaba al querer gritar.

—¿Cómo la dejas ponerse así? Le va a dar algo.

—Ha sido siempre igual. ¿Qué quieres? No hay quien la convenza.

—No te enfades, Xavier, pero… ¡es tan poco señor! Tan ordinario…

—Tú no quieres a mi madre.

Lo dijo con amargura, sin rebelarse por ello.

—¡Qué bobada! Pero cuando las personas se hacen viejas hay que dirigirlas, un poco como a los niños.

—No es vieja, madre.

—Pues lo parece ya.

Algo dolió en Xavier, y Dolores lo vio, entre sus pestañas.

Miró a todos lados y le acarició.

—¡Dolores!

—Hoy, te lo prometo…

Se enroscó en sus brazos. Le miraba a través de sus pestañas mientras él cerraba los ojos, sorbiendo de su boca.

Dolores dijo:

—Hay que ser buenos con tu madre, ¡pobrecita!

No se le alteraba la voz.

Supe que ella era joven, cuando la vi marchar al encuentro de Amalia.

—¿Quiere que la acompañe, tía?

—Gracias. No me hace falta. Quédate con tu marido.

Amalia venía roja, sofocándose, ahogándose con su propia respiración.

—Le va a dar algo, tantas horas al sol… Debe cuidarse.

—Estoy mejor que tú. Y tengo que disponer en mi casa…

Dolores no se inmutó, ni se enfadó. Abrió las manos:

—Como quiera, tía.

Esa noche vi a Amalia en la habitación alta de la torre crispando los puños y parecía exasperada. Respiraba de prisa y se desabrochó el cuello. Cándida la ayudó a desvestirse.

—¿No está bien la señora?

—Déjame en paz.

Pero la obligaba a ir tras ella, dando cien vueltas por el cuarto, excitadísima.

—Le va a dar una vuelta a la sangre.

—Que me dé y que reviente de una vez. Lo están deseando.

—¡Señora!

Amalia se echó a llorar. Lloró con su rostro marchito, a sacudidas, asfixiándose. Le faltaba el aire; se desgarró la ropa y la carne se le asomaba entre los jirones.

—¡Señora! ¡Señora! —gritaba Cándida.

Pero Amalia mostraba los ojos blancos, vueltos.

Acudió Dolores acompañada de Xavier. La vieron así, arañados los pechos, lamentable. Dolores se acercó a la cama y echó una ropa sobre ella, cubriendo a la madre de su marido.

—Vaya, madre, vaya a la cama.

Amalia estallaba. Cándida mojó un lienzo en agua y se lo ponía mojado sobre la frente.

—Le da así, de cuando en cuando…

—No te vayas, Xavier, ayúdame.

A Amalia le hubiese dolido saber al hijo allí.

La acostaron y quedó con la cabeza en la almohada, arrebatado el rostro.

—Hay que llamar al médico y hacerle una sangría —dijo Dolores.

—¿Cómo? —se asustó Xavier.

—Sí, hombre. Tiene los labios morados. Llama a un médico.

A la mañana siguiente llegó un hombre, al que llamaban médico, y entró en el cuarto de Amalia que descansaba, rendida, sobre la almohada. Xavier le daba la espalda mirando a través mío. Dolores se acercó a él y dijo:

—El doctor dice lo mismo. Habrá que sangrarla.

Xavier parecía sufrir. Iba a salir con ella y el doctor cuando la voz de Amalia le llamó. Había algo humilde y bueno en sus ojos cansados.

—Hijo…

—¿Qué quieres, mamá?

—Esa mujer… Cuidado con Dolores.

—¿Qué dices, madre?

—No es buena…

Xavier pareció ir a contestar algo violento, pero la vio vencida sobre la almohada. Se calló.

XXI

CUANDO Amalia se levantó, a las pocas fechas, no miraba ni a su hijo ni a Dolores de frente. Una náusea la invadía si sentía cerca a Dolores. Miraba su vientre liso, su liso pecho.

—¿Tú estás segura de que puedes tener hijos?

—¡Tía Amalia!

—No pongas esa cara, que a mí no me la das. Eso queda para mi hijo, que tanto andar entre mujeres se ha estragado. Pero, bueno o malo, quisiera ver un nieto antes de morir.

La sonrisa seguía en los labios estirados, en los ojos oblicuos.

—No sonrías, no. No sé lo que sería tu pobre hermano, pero lo que es tú…

—Insúlteme, si quiere. Xavier podría decírselo…

Dolores no tuvo el hijo hasta que Amalia murió.

Una lucha solapada al principio, enconada después, se entabló entre las dos mujeres. Amalia, violenta y franca, atacaba sin disimulo. Dolores con astucia, y jamás cuando estaba Xavier delante.

Las criadas no sabían a quién obedecer, porque Amalia imponía su autoridad a gritos, y para demostrar que era allí quien mandaba, daba órdenes seguidas, aturdiéndolas.

—Obedezcan —decía Dolores casi cerrando los ojos—. ¡Está tan mala, la pobre!

Aprendí que la palabra humana puede ser un arma según quien la use. Y que daña más que el arma, aunque no se vea la sangre correr.

Las criadas comenzaron a escuchar a Amalia como a un niño caprichoso, o como a una vieja impotente.

—Pero ¿quién os ha mandado recoger las manzanas? ¿No veis

que aún están verdes?

—Dijo la señorita Dolores…

—¿Quién manda aquí? —preguntaba Amalia, temblándole la voz.

Las criadas callaban y se iban.

—¿Cómo has dicho que cogieran la fruta? ¿No ves que está verde?

—Pensaba que convenía hacer dulce para el invierno. Pero, nada, tía, como usted quiera…

—Naturalmente.

Le buscó la cara, pero la mirada de Dolores se le escurría.

—… Naturalmente que como yo quiera. Faltaría más. Estoy en mi casa, ¿entiendes? ¡En mi casa!

Xavier lo había oído. Acudió.

—Madre, esto no se puede consentir.

—¿El qué no puede consentirse, se puede saber?

—Que estés siempre haciendo de menos a Dolores hasta con el servicio. Piensa en lo que ha hecho por mí. No puedo tolerar…

—Si no lo puedes tolerar, te largas.

Dio media vuelta, y yo sabía que su furia no era tal sino dolor.

Dolores acopló su cuerpo liso al de Xavier. Parecía rastrearle mientras se acoplaba.

—No te pongas así, Xavier. Es tu madre. Hay que tener paciencia.

—No consiento…

—Es tu madre, Xavier. Y a mí no me importa, te lo aseguro.

—Eres una santa.

Le vi besarla allí, debajo de los manzanos, y esta vez Dolores no protestó porque pudiera verla Amalia. Al contrario, por encima del hombro de Xavier, empinada como estaba, vi que a través de las pestañas miraba hacia la mujer que se iba, fijamente. Tan fijamente que Amalia se volvió y los vio. Algo brilló entre las pestañas entornadas.

Dolores siguió a Eladio por las avenidas, en su búsqueda a través de las matas.

—¿Qué buscas, Eladio?

El inocente no contestó. Le arrastraban las manos, enormes en proporción al cuerpo, y la cabeza caía sobre su pecho, cana. No

había quién cuidase de él, y así los pelos en torno de su boca crecían lo mismo que crece el musgo sobre la ruina, y crecía la barba amarillenta, enmarañándose como zarza hirsuta.

—¿Buscas a Claudia?

Eladio se volvió y lanzó un sonido ronco y corto.

Vi a Dolores acercarse a él y coger aquella mano sucia y temblorosa.

—Claudia no vendrá más, Eladio. No puede volver… Se ha muerto.

Miraba con curiosidad los ojos indecisos de Eladio recorriendo su cara.

—Claudia se ha muerto, Eladio. La enterraron en el cementerio del pueblo, con una piedra encima.

Eladio soltó su mano con un aullido y salió corriendo con los brazos colgándole más abajo del cuerpo.

—¿Qué miras? —dijo Xavier, que la sorprendió mientras el inocente se alejaba.

—Miraba a Eladio.

—Es un pobre idiota. ¿Te molesta?

—No… Cándida debía lavarle la cara. Es su hermano.

—Cándida está todo el día ocupada con mi madre.

—Ya.

No alzaba la voz, ni se quitaba la sonrisa, y, en cambio, todos oían a Amalia gritándole cosas atroces.

—También la señorita Dolores tiene buena cruz —dijo Modesta.

—Es una santa, porque la señora está que no hay quien la aguante.

—Se cela del hijo.

—Vieja, la pobre…

En su propia casa, Amalia quedó en eso antes de morir: en una pobre vieja.

Pudo verse a sí misma desamparada y sola, y se abandonó.

Ni se arreglaba.

—Hay que hacer que tu madre se peine un poco y se mude de ropa. Es una vergüenza como anda.

—Ha perdido el humor.

—Pues hay que hacerlo, Xavier. ¿Qué pensarán? ¿Que no queremos que gaste? ¿Que no nos ocupamos de ella? No. Tiene que

arreglarse.

Y vi los trajes que llegaron, negros y brillantes, de pesadas telas. Amalia abrió las cajas.

—¿Quién mandó pedir esto?

Estaba sorprendida. Dolores se volvió a Xavier.

—Fuimos nosotros, madre. Hemos querido obsequiarte.

Amalia se echó a reír. Mis raíces se encogieron.

—¡La mortaja! Habéis traído ya hasta la mortaja… ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!…

Cogió el traje rígido y brillante y lo tiró, pero ya no le respondían las fuerzas, porque cayó en la mitad del cuarto, y fue quedándose desinflado sobre el suelo. Amalia lo apartó con el pie.

—Cándida —dijo—, llévate eso.

—¿Dónde lo llevo?

—Para ti —parecía estallar—. Hazte un traje con él. Y quiero verte, ¿entiendes? Quiero verte con el traje que te hagas…

Cándida repitió aquello a Dolores delante de la puerta que queda frente a mí. Dolores, con sus ojos entrecerrados, buscaba los furtivos ojos de Cándida.

—Hazlo, mujer; si la señora te lo da…

Solo Eladio la huyó. La huía nada más verla, desde lejos, o se agazapaba entre las matas, como si diese paso a un animal dañino.

Dolores entró en el cuarto de Amalia en un momento en que ella no estaba allí. Miró en torno suyo, muy despacio, y Xavier, que andaría buscándola, entró también.

—¿Qué miras? ¿No está mi madre?

—Nada. Miraba… Realmente, este es el mejor cuarto de la casa. Tan aislado, además, en la torre…

—Siempre han dormido mis padres en él.

Dolores lo miraba todo.

—Podía ponerse la cama allí, y cambiarse la cómoda…

—¿Tú crees? Mi madre no querrá.

Dolores hizo que no había oído. Desde entonces alzaba la cabeza hacia aquella ventana, con los ojos entornados. Hablaba con su marido y arrastraba su voz suave y segura. Después callaba, esperando lo que haría Xavier.

—Madre —dijo. Y Amalia se volvió—. Pensábamos que… Habrá que traer un capellán.

—Nos arreglamos perfectamente con la misa del pueblo, teniendo el coche.

Dolores callaba.

—En vida de padre había…

—En vida de tu padre había muchas cosas que ahora faltan. Y el primero que debería acordarse eres tú.

Se marchó sofocada por el llanto.

—Siento que el tío Efrén no viva —dijo Dolores.

—Era un hombre rectísimo.

Algo en mí se estiró, tenso, al oír aquello de labios de Xavier. ¿Era Xavier el que así hablaba?

—Muy señor… —continuó.

—Tu madre debió de hacerle la vida imposible.

—¡Pobre madre! Siempre tuvo su carácter así. Y ahora no está buena.

—Tengo entendido que al tío Efrén se deben todos los arreglos de la casa.

—Sí. ¡Si vieras! En vida suya esta era otra casa. Se recibía, todo marchaba en punto, pasábamos los inviernos en la ciudad. Él cuidó de que viviéramos como corresponde.

—Hubiera valido más… Siento que no viva el tío Efrén. A ti debía de adorarte.

Xavier quedó un momento callado.

—Debió de adorarte, el único hijo…

—Sí…

Así se transmitían los sentimientos los humanos.

Siguió pasando el tiempo en el Castelo como siempre pasó, ni más veloz ni más lento, aunque Amalia entonces decía, sacudiendo la cabeza: «Cómo corre el tiempo. Parece mentira… ¡Cómo corre!».

Era ella la que se precipitaba, porque el tiempo no se altera.

Al agostarse un verano, la vi llevándose las manos a la garganta, arriba, en su cuarto. Empezó a dar vueltas. Se ahogaba.

Cándida salió llamando a Dolores, y Dolores entró, deslizándose, rápida. Amalia había caído sobre la cama igual que un tronco muerto, respirando con dificultad. Dolores se acercó, llevando un frasco de cristal de boca ancha, tapado, y dentro se movían unos gusanos. Descubrió la garganta de la madre de su marido y volcó el frasco allí. Después dejó al aire el brazo caído y colocó otro de

aquellos bichos, sinuoso y alargado, en el lugar en que las venas se cruzan. Esperó en silencio, inclinándose sobre ella. Xavier había entrado y se volvió hacia mí con un gesto de repugnancia y horror. Estuvo así, sin mirar hacia su madre mientras aquello duraba.

Vi el cuerpo de los animales hincharse, hincharse, ponerse ventrudos y deformes como ahogados en la sangre de Amalia. Y ellos mismos se desprendieron, ahítos y Dolores los fue metiendo en el frasco de nuevo. Iba a salir con él, y dijo a Xavier al pasar:

—Ahora se pondrá buena.

—¡Qué asco! No sé cómo has podido.

—¿Y qué había de hacer? ¿Dejar que se muriera?

—¡Qué buena eres, Dolores!

Aquel invierno que siguió fue el último de Amalia. Tuvo aún dos o tres ramalazos antes de morir, de sangre y de violencia. Pero la fría calma de Dolores pareció desganarla.

Si llamaba, Cándida tardaba en acudir. A veces acudió Eladio, cuando la ventana estaba abierta y la oía.

—Entra, Eladio. Ven, Eladio. ¡Ay, si viviera Claudia!

Eladio se quedaba de pie, cerca de la puerta, colgándole la cabeza sobre el pecho.

Dolores deslizó al oído de Xavier:

—Es vergonzoso que Eladio esté sentado todas las tardes con tu madre. ¿No podrías arreglarlo?

Y Xavier habló:

—Madre, ¿cómo deja entrar aquí a Eladio?

Amalia se puso de pie. Fue su última llamarada.

—Entra aquí —dijo— porque yo lo quiero, ¿oyes?, porque yo lo mando. No tengo más que a él, ya…

—Madre, ¿cómo puedes decir eso? Nos tienes a nosotros, tus hijos. Tienes a Gertrudis…

—Gertrudis no pisará la casa donde tú estés. Como tu padre. Hace bien, Gertrudis.

No parecía airada. Había renunciado hasta a la violencia.

—Tú me dejaste sin Jacoba, y Dolores me deja sin ti. Estoy sola.

—Madre, ¿cómo dices eso? Dolores te quiere. Eres tú la que…

—Cállate. Es una sierpe lo que has traído a esta casa.

—No puedo tolerarlo.

—Pues lo tolerarás. No tienes dónde ir, con ese borrón en tu

nombre. ¿Y os molesta Eladio? Pues a tu padre, que era un hombre de honor, no le hacía de menos estar con él y que le acompañara.

—¿A mi padre? —Xavier se extrañó y miraba a su madre, dudando de sus palabras.

—A tu padre, sí. A Efrén. Eladio fue su acompañante muchas tardes, abajo, en el despacho. Jugó conmigo de niño, y después ayudaba a Efrén. Hicieron la fuente, plantaron las rosas…

Amalia estaba vencida. Ni siquiera tenía fuerzas para enfadarse.

—Vete, hijo, déjame.

—¿Necesitas algo, madre? Si tú la llamas, Gertrudis vendrá.

—Nada. No necesito nada. Quiero estar sola.

Y así murió, a solas, como deseaba. Pero antes, durante todo el invierno, a través de los cristales cerrados, yo veía subir al inocente por las tardes y Amalia hablaba, preguntaba a aquel que no podía dañarle con la lengua. El inocente decía que sí y que no con la cabeza.

Si alguna vez estuvo la ventana entreabierta, me traía sus palabras mi rama aquella.

—¿Te acuerdas?… Desplantasteis la yuca. ¡Qué fuerte era Efrén!

—Sí. Sí —decía con la cabeza Eladio.

—Cuando éramos niños, ¿te acuerdas?, yo te tiraba de los pelos cuando me enfadaba, y Claudia te defendía.

Las lágrimas rodaban por las mejillas del inocente.

No estaba Eladio allí cuando murió. Estaba a solas dentro de la torre, a solas consigo misma.

XXII

La torre la vería morir. Y oí el grito de Cándida, pese a estar cerrados los cristales, agudo, de terror.

Y salió corriendo, dejando las maderas abiertas. Pude ver a Amalia en el lecho, caída hacia un lado, grises las manos, con las uñas negras. Había dejado de vivir.

Dejó de vivir en una noche o en una mañana —¿quién sabría la hora en qué sucedió?— de ardiente primavera, porque, pese a que era temprano, el sol colaba por las maderas abiertas y llegó hasta la mujer sin vida sobre el lecho.

Vi entrar a Dolores corriendo, y acercarse a su tía. Los ojos de Amalia estaban abiertos, inyectados de sangre, y Dolores retrocedió. Después pareció imponerse y se acercó, alzando un brazo que dejó caer. Cayó inerte, sobre la cama. Cándida la ayudó un poco a levantar el cuerpo, y cuando entró Xavier, Amalia reposaba sobre su almohada, con los ojos cerrados y una sombra de amargura en los labios. El hijo se estremeció.

No sé si lloró o no, ni siquiera sé si sufría. Se dejó caer a los pies de la cama, y hundió la cabeza en el sitio donde, en un tiempo, Amador se sentara y su padre también. Estuvo allí quieto, tenso, entre sus hombros encogidos, mientras Cándida avisaba a Camilo y este sacaba el coche. Las criadas se agrupaban frente a la puerta.

—Madre de Dios, ¡pobre!, durmiendo… sin que nos diéramos cuenta.

—Estaba visto que se moría.

—Tan buena…

—Los hijos cogen buen pellizco.

Se les saltaban las lágrimas, mirándose asombradas, como si no fuese posible que Amalia hubiese terminado su vivir.

—Tenía un pronto —decía Benita—. Pero en dejándolo pasar era bien buena.

—Desde lo del hijo comenzó a caminar para la sepultura.

Todos se miraron entre sus lágrimas. Supieron que aquella era la verdad y debió de aterrarles haberla dicho.

—¡Ay, doña Amalia! Quien volviera a verla…

Se lamentaban. Entraron lamentándose en el cuarto donde Amalia yacía y el llorar subió de punto, y rompieron en ayes. Dolores abrió la ventana de par en par. Parecía una burla dejar entrar el sol radiante, y aquel olor húmedo de la tierra que ella tanto amó, mientras estaba allí, quieta y fría, con un pañuelo alrededor del rostro. Pero ¿era Amalia lo que quedaba allí? Me recordó el despojo del perro ahogado por Chacho en el lavadero. Tenía el rostro amoratado, tumefacto, casi no se le veían las rayas de los ojos, y según fueron pasando las horas hasta que trajeron la caja, pese a que el pañuelo tiraba de ella, iba escarchándosele la boca de sangre negra, y Dolores se acercó con un blanco copo en la mano y le taponó la nariz.

Así había terminado todo, bien de prisa, mucho más de prisa de lo que ella pensaba cuando corría por las avenidas, cuando decía, fiera: «Yo he de poder más».

Xavier no quería ver aquella última figura de su madre. Se volvió, y había más terror y asco que dolor en su rostro.

—No puedo resistirlo. Es algo horrible.

—Márchate, Xavier, hijo. Yo lo haré todo.

Xavier, junto a la ventana, se apoyó en aquella mujer delgada y lisa.

—Gracias. Eres tan buena. ¿Qué hubiéramos hecho sin ti?

Los pájaros trinaban entre mis hojas, cantaban, se movían. Así fue endureciéndose el cuerpo de Amalia, sumiéndose en sí mismo.

Vi salir su caja, como salieron las que le habían precedido, por la puertecita de la torre, con Xavier detrás y con Trinidad, que había llegado para verla. Vi, con sorpresa, que don Lino fue quien salió en pos de aquel a manera de árbol descarnado y brillante, izado en manos de Vicente, el hijo de Justina. Don Lino tenía el rostro severo, y no volvió los ojos hacia la avenida por la que había paseado tantas veces. La caja pasó hacia la otra torre, y algo en mí se inclinó, con la savia lenta, goteándome por dentro, porque

Amalia se marchaba.

Debía de pesar la caja. La llevaban entre cuatro hombres, dos ellos Camilo y Ramón. Las mujeres lloraban y hacían ruido con lágrimas y narices. Eladio echó a andar, y se acercó, caminando al par que ella, pero Trinidad le apartó con la mano. Eladio sacudió el hombro y volvió a acercarse a la caja. Después, por la ventana abierta de la torre, se oyeron gritos espantosos resonando entre piedra, y voces airadas o severas. Las mujeres salían corriendo.

—Se ha vuelto loco del todo, ¡pobre!

—¡Que lo encierren! Debieron encerrarle como hicieron cuando Claudia.

—¡Quién iba a pensarlo!

Temblaban. Las lágrimas se les habían secado de golpe. Vi salir a todos disgustados, comentando. Nunca salieron en veces anteriores así.

—Don Lino le convencerá.

Dolores apareció por la puertecita y preguntó qué pasaba. Así supimos ella y yo que Eladio se había echado sobre la caja de Amalia, defendiéndola, y quería tirarse al hoyo cuando la bajaban.

—Ese Eladio es un peligro aquí. Debías haberle metido en un manicomio. Tu madre le dio alas…

Dolores hablaba con miedo. Sin embargo, no era temible la figura del pobre Eladio, saliendo con don Lino acariciándole la cabeza caída y llorando, mezclando lágrimas y babas por la barba abajo.

Jamás vi nada más terrible que el llanto del inocente, porque a la noche volvió. Cuando todos descansaban en el Castelo vi cómo avanzaba Eladio, agazapado, escondiéndose, camino de la otra torre. En su postura las manos llegaban al suelo. Empujó la puerta y como se resistía apoyó el hombro, presionando, y la puerta no cedió. Entonces se lanzó con todo su cuerpo, resonando al ceder la madera saltada. Se abrieron las ventanas.

—¿Qué pasa?

Xavier bajó seguido de Trinidad, y llevaban pistolas en las manos. Vieron la puerta forzada de la torre y se miraron. Fueron a llamar a Camilo y Ramón; entre los cuatro sacaron sujeto a Eladio, indefenso, y él miraba de unos a otros con sus ojos que no decían nada.

Antes de marchar, don Lino habló de él:

—El pobre… va faltándole la gente que él conocía.

—Don Lino, bien quisiéramos… pero se ha puesto furioso y tira cuanto se le lleva.

—Dolores ya no puede más. Ha sido una temporada terrible, don Lino, con mi pobre madre…

—Su pobre madre…

Don Lino levantó la cabeza. Miró despacio al matrimonio y se volvió luego hacia la otra torre.

—Dice que se había vuelto tan rara estos últimos tiempos —dijo Trinidad.

—¿Rara, Amalia? —Don Lino continuaba vuelto hacia la otra torre—. No puedo creerlo. Fue el ser más sencillo del mundo.

—En sus últimos tiempos cambió. Parecía furiosa contra todos, y nos huía. Yo no sabía cómo acertar con ella.

Dolores daba vueltas a las manos. Me di cuenta, sorprendido, de que Dolores temía la mirada de don Lino: aquella clara y penetrante mirada.

—No puedo creerlo —repitió otra vez, mirándola fijamente.

Y luego se volvió a Xavier:

—Te he bautizado, hijo, y os conozco desde niños a los dos… —hizo una pausa—. Puedo, y debo decirte, que tu madre fue el ser más sencillo y valeroso que conocí.

Algo se ablandaba en Xavier.

—… La vi una vez, por salvar a tu padre, desafiando el poder de Dios. Fue vencida. Después la he visto luchando sin piedad, y venció. Vencer le ha costado la vida.

—¿Luchando? ¿Contra quién luchaba? La queríamos todos…

Don Lino miró rectamente a Dolores:

—Contra sí misma. Puedo decirlo sin quebrantar secreto y ella merece que alguien os lo diga.

Oí el ruido blando y suave de las camelias deshojándose. Don Lino se marchó.

A Amalia le hubiese complacido saber que Eladio se negó a vivir porque ella había muerto.

—No quiere comer, señora —decía Daría a Dolores—. Está vuelto hacia la pared y ni se mueve ni hay quién le vuelva. ¡Tiene una fuerza!…

—Iré yo —dijo Dolores.

—Tenga cuidado, señora, que loqueó.

Dolores no consiguió lo que pretendía, porque la vi pasar por delante de mí y decir a Xavier:

—Se va a morir. No come. No duerme. Nada…

Xavier parecía abstraído. Algo había entrado en él con las últimas palabras de don Lino.

—Me da pena —dijo—. De pequeño me aguantaba la azada para plantar flores.

—A mí también me da pena, pero se va a morir. Se está quedando en los huesos y ya ni fuerza tiene.

—¿Cuántos años tendrá?

—Cualquiera sabe. Tenga los que tenga no se malogra.

—¡Pobre!

—Más le valía haber muerto de pequeño. No sé cómo su madre…

—Mujer… ¡un hijo!

Xavier quedó un momento desconcertado. Rodeó con su brazo los hombros de su mujer:

—Dime, Dolores, si tuviéramos un hijo así, ¿qué harías?

—No lo sé.

—¡Dolores! Un hijo tuyo…

—No podría verle sufrir de esa manera.

Xavier la miró, fascinado. Ella, como si no hubiese dicho nada terrible, continuaba con su sonrisa estirada en la boca y en los ojos oblicuos.

—A veces me das miedo.

La abrazó. Ella se escurrió de sus brazos.

—¿Miedo? ¿No debería ser yo quien lo tuviese?

No vi llevarse la caja de Eladio cuando murió porque, según había ordenado Amalia, cambiaron el camino.

Vi, sí, a Dolores entrando en el cuarto alto de la torre, que tenía aún el colchón recogido y un olor marchito en el aire. Miró desde la puerta y después se acercó a la ventana. Tropezó con mi rama allí, y procuró doblarla con sus dedos. Se volvió a Cándida que entraba detrás de ella:

—Hay que podar esta rama al castaño —dijo—. Va a romper los cristales.

Así vino Dolores a vivir en la torre.

Antes de hacerlo subió Camilo y me echó una cuerda a través de las ramas. Ramón trepó por mi tronco arriba. No era joven Ramón, lo supe al sentirlo en la corteza, y olía a sudor pegado.

Benita, desde la hierba, le tendía un hacha. Ramón golpeó mi rama sin piedad, y cada vez que levantaba el brazo para hacerlo, me penetraba el ácido olor aquel.

Acabó pronto, y al principio me encontré cansado, con la savia revuelta. Poco después ni me enteré de qué rama me faltaba. Quedó en mí una huella grande, en forma de ojo, por lo que oí decir a los demás:

—¡Qué gorda tenía la rama! Fíjate que muñón —decía Benita.

—También, no sé en qué le molestaría la rama allí. Pudo mandarla podar un poco…

A Ramón se le escapaba, al hablar, la saliva entre los huecos de los dientes.

—Pero, hijo, ahora es ella la que manda.

Camilo bajó y desanudó la cuerda de mi rama en el suelo. Modesta le miraba.

—¿Te ayudo?

—Deja.

Se inclinó a desenredar la cuerda.

—¿No te he dicho que dejes? Que siempre has de andar dando la lata.

Modesta se alejó lloriqueando, y Camilo tiró del cordel con rabia.

—¡Buena tienes a la Modesta!

—Hombre, no hay quien aguante. Todo el día encima de uno, no es decente. Gallina vieja… Además, que el hijo…

Ramón reía:

—Bueno estás tú.

Camilo inflaba el pecho.

—Comprenderás que para eso se casa uno. Pero, encima aguantarla…

—Hay que saber manejarlas, que si no te manejan ellas.

Rieron los dos, mirando hacia la ventana de la torre.

Dolores los miraba desde allí, o miraba a mi rama en el suelo. No lo sé.

Había cambiado todo en el cuarto. Quiso también mudar de sitio el amplio lecho, pero volvió a dejarlo donde estaba. La cómoda fue al otro lado, cerca de la chimenea y la imagen de la Mujer con los cuchillos atravesados, sobre la cama. Puso telas de un color rojo, como las rosas oscurecidas, a los lados de las ventanas. Y sobre la cama también levantó una sombra roja con la tela. Se llevaron la butaca que estaba frente a la chimenea, donde se habían sentado desde Amador, y trajo dos torneadas de madera, y las puso a ambos lados de la ventana. Sobre la chimenea, y en las mesas junto a la cama, colocó unos globos blancos, cristalinos, sobre una base esbelta, y al atardecer, Cándida prendía luz en ellos. El cuarto resultaba a la vez más iluminado y sombrío, porque la sombra roja de la colgadura se cernía sobre la cama.

Xavier anduvo inquieto los primeros días por aquel cuarto. Había en sus ojos la mirada que no le abandonaría ya. Volvía la cabeza atrás cuando andaba, como si temiese algo o a alguien. Le he visto, a veces, entrar en el cuarto alto de la torre y mirar por debajo de la cama.

—¿Qué miras ahí, Xavier? ¿Te das cuenta que eso es ridículo?

Dolores era inflexible. Su voz 110 se alteraba.

Xavier se avergonzaba de haber sido sorprendido agachado, mirando bajo la cama.

—Me gusta inspeccionarlo todo bien.

—Y tanto. Hasta las criadas se ríen.

A media noche, Xavier se levantaba. Cogía aquella vara de cera que llamaba vela, y salía con ella en la mano. Dolores debía tener los ojos solamente entornados porque cuando él volvía estaba sentada en la cama, con la ropa blanca alta, cerrada sobre el cuello, y el cabello de un negro azulado, liso y suelto sobre la almohada. Había encendido el globo al lado suyo, y el resplandor rojo de la tela la sonrosaba. Nada decía.

Quedaba mirando a Xavier, con su sonrisa fija, y Xavier, en silencio, con la cabeza baja, se quitaba los zapatos blandos que llaman zapatillas, con los que anduvo siempre en adelante y no hacía ruido con ellos al andar.

El silencio y la fría sonrisa de la mujer, a la sombra roja, pesaba.

Una noche, Xavier se acercó a la ventana, y fue a cerrarla.

—¿Tienes frío? Con una noche tan hermosa…

—No, es que…

Ella estaba a su lado, más lisa y más delgada aún al estar desvestida, solo con la ropa blanca sobre la carne.

—¿Es que?… —preguntó.

—¿No te parece una imprudencia?

—¿Crees que va a subir alguien por ahí? ¿Algún fantasma?

La abrazó, avergonzado y angustiado. No temblaba en sus brazos.

—Tengo algo que decirte.

—¿Qué es ello?

—Así, no te separes… Ahora, quisiera dormir sola en el cuarto…

—¿Sola? ¿Por qué? ¿Y yo?

Las manos de él, abrasadas, corrían el cuerpo liso.

—Solo durante un tiempo. Será mejor.

—¿Por qué? Te prometo…

—Voy a tener un hijo.

La luna le volvía la boca blanca.

XXIII

NACERÁ con el siglo.

Estaban delante de mí, apoyados en la ventana. Miraban al cielo los dos a una.

—¡Qué frío hace! Pero no importa; está hermosa la noche estrellada.

—Dentro de unos días, siglo nuevo —dijo Dolores.

—¿Qué traerá?

—Igual que todos, el mismo tiempo con distinto nombre.

—No. Habrá adelantos. Habrá inventos, guerras…

—Claro…

—Tú y yo no veremos el fin del siglo nuevo.

—Tampoco lo verá el hijo. ¡Cien años, fíjate!

Les oí así reconocer la corta duración de sus vidas.

—Me da tristeza.

—¿Por qué? Un año como otro. Cuando te quieras dar cuenta, estamos en él.

—¿Qué verán nuestros hijos?

—Anda, Xavier, cierra. Está fría la noche.

Dolores se escalofrió.

—No te vas a poner de luto, porque un siglo se acabe.

Xavier tenía una mirada de adiós en los ojos, fijos en el cielo:

—Un día más, un año más, un siglo más… ¿Qué verán nuestros hijos?

—No te verán a ti, si sigues en la ventana. Hace un frío de lobos.

—Está la noche clara.

—Por de pronto nuestro hijo, si no fallan mis cuentas, no verá ya este siglo.

Dolores apartó a su marido, y cerró las ventanas, con sus gestos

suaves y seguros. Le oí decir, mientras cerraba:

—Al fin y al cabo, ¿qué es? No te comprendo. Un día como otro, un año como otro… Nada.

Aquella lisa mujer dio leche para su hijo. Fue abultándosele la carne bajo la ropa, y cuando Pastor nació, yo la he visto desabrocharse y acercar su hijo al pecho. La leche iba de ella a la boca del niño, y Pastor se criaba gordo y fuerte.

—Nunca creí que serías buena ama —dijo Xavier.

Estaba sentada en una de las butacas torneadas, y frente a ella su marido.

—Eres buena para todo.

Había algo en su voz que obligó a su mujer a mirarle. Corrió entre ellos una sonrisa rastrera, sin blancura.

Yo pensaba cómo Xavier dejaba al hijo succionar de aquella mujer la vida, porque alguna raíz de Dolores debía de alimentarse de carroña, o tenía una gusanera en su interior, no sé. Dolores apretaba la boca de su hijo contra su pecho, y decía.

—Mama, hijo.

Parecía orgullosa de servir para aquello también.

No creo que Xavier volviera a dormir en el cuarto, bajo las rojas colgaduras, porque a la mañana, cuando Cándida abría las ventanas, estaba sola Dolores en el amplio lecho. Sin embargo, sus palabras llegaban siempre cargadas de soterradas cosas, y se referían a la noche.

—¿Ya no tienes miedo? ¿Cuántas vueltas diste a la casa ayer antes de acostarte?

Xavier no se avergonzaba ya:

—Solo una. Estaba muy cansado. Y tú, Dolores, ¿estabas cansada?

Reía, afilando los colmillos.

—¡Cuándo perderás esa manía! ¿Quién crees que va a venir, vamos a ver?

—No puedo remediarlo. No duermo si no lo he mirado todo. No hago daño a nadie.

—Pero se ríen las criadas. Modesta, en los primeros tiempos creía que había fantasmas, con su vela por los pasillos.

—Debía tranquilizaros el saber que yo lo miro todo.

—¿Tú crees que eso le tranquiliza a Modesta?

Xavier rio.

—Poco le queda ya. A la edad que tiene…

—Deberían casarse. Menos mal que no hay jóvenes, que si no menudo ejemplo. Pero, claro, como tu madre nunca les dijo nada…

—Ya poco pueden… ¿O crees tú?

—Vete a saber. Cualquiera sabe.

—¿Tú crees?

—¿Yo qué sé?

—Extraño. ¡Con la de cosas que aprendiste en el colegio!

Xavier reía, feliz de que su hijo sorbiese la vida de Dolores.

—¡Ojalá se parezca a ti!

—De momento no se parece a ninguno de los dos.

—Que se parezca a ti. Nosotros…

Xavier daba vueltas a las manos. Su mirada recelosa no buscaba hacia atrás, sino hacia dentro, en sí mismo:

—Nosotros estamos tarados.

—…

—No te he hablado nunca de esto. No me deja dormir. En nuestra familia hay una tara.

—A ti no te deja dormir la manía persecutoria.

—No. Es que… Me lo dijo mi madre. ¿Sabes lo del abuelo Amador?

Era como si necesitase decirlo.

—Mató a mi abuela. ¿No es horrible? Ahora te explicarás…

—No me explico nada.

—Tengo miedo de mí.

Se miraba las manos. Dolores también se las miró.

—Dolores, tengo miedo…

Alargaba sus manos.

—Esto es ridículo. Comprenderás que es ridículo.

—Madre me contó que había quemado los papeles de la familia porque en ellos se decía que teníamos una maldición.

—Esos son cuentos para criadas.

Dolores se había levantado y ponía el niño en la cuna.

—Ven acá. Atiéndeme. ¿No comprendes?…

—¿Qué quieres que comprenda? Si tu abuelo Amador mató a tu abuela fue un asesino, y nada más. No hay tara que le valga. Eso es muy cómodo.

—Pero luego yo…, ¿no ves?

—No hablemos de eso.

Xavier, por esa vez, calló. Pero cogió la costumbre de hablar siempre de aquello, obsesivo, como si lo revolviera por dentro antes de decirlo.

—… A veces, por la noche, me entra un sudor frío. Temo levantarme a coger un cuchillo. Pienso: «Te vas a levantar… Te vas a levantar». Tengo que agarrarme para no hacerlo. Y sudo.

—No lo harías. Son nervios nada más.

—¿No tienes miedo?

—No.

Xavier la abrazó, sentado como estaba y ella lisa y de pie.

—Me das la vida. Si no fuera por ti… Pastor tiene que ser como tú.

Y Pastor fue creciendo, y gateaba a mi sombra en el verano.

—Dolores, te pido que cierres la ventana.

—¿Por qué la he de cerrar, con esa noche tan hermosa?

—Dolores, una noche hago una locura.

—Hazla, hijo.

Xavier ya no salía a caballo. Rondaba por delante de la casa, pedía las llaves de la otra torre, que él llamaba iglesia, y decía a Ramón:

—Acompáñame.

A la salida Ramón miraba apurado a la señora y Dolores suspiraba.

Una noche entró en el cuarto alto, estando la ventana abierta y Dolores en cama. Dolores leía con el pelo lacio en torno suyo.

—¿Qué hay?

—Nada.

Comenzó a rondar por el cuarto, y Dolores dejó el libro y le miró. La sonrisa fue helándose de su boca a los ojos:

—Ven —dijo.

Sí. Había algo insano en ellos, algo falso en aquella mujer de pecho raso, con el vientre hundido, tan estrecha. Cuando Dolores estuvo con los ojos cerrados, Xavier le apretó sus manos en torno al cuello.

—Y si ahora te mato, ¿qué?

Entre las pestañas, casi juntas, se afilaron los ojos como dos

rayas. Xavier oprimió más las manos y Dolores no se movió, ni hacía un gesto. Cuando las aflojó, dijo:

—Lo hice de broma, para ver qué decías.

—Pues, ya ves.

—Sí, eres valiente. Pero sabías que no te hubiera hecho nada. Te adoro.

Retiró las sábanas y miró aquel cuerpo escurrido y viscoso, antes de besarlo. Os digo que a la luz de la noche era verdoso, como la salmántiga.

—¿No me dejas dormir contigo?

—No.

—Entonces, es que me tienes miedo.

—No. Pero no quiero que me estés despertando cada vez que te levantas.

—Si estoy contigo no me levantaré.

—Antes lo hacías.

—No lo haré más. Déjame…

Dolores no contestó. Xavier, procurando sonreír, la arropó de nuevo. Dolores echó abajo las sábanas.

—¿Qué haces?

—Irme.

—¿A dónde vas?

—A tu cuarto. O te vas tú, o me voy yo.

—Dolores, esto es ridículo.

—No es ridículo.

—¿Qué te pasa? Algo te pasa.

Dolores se levantó y Xavier la cogió por la cintura:

—¡Ven aquí!

—No. Me voy.

—Ven te digo.

—Quiero dormir.

—Dormirás. Yo me voy. Te juro que me voy. Anda…

Tardó en irse.

Croaban las ranas. Del agua casi seca por el calor, en la fuente, subía olor a limo corrompido.

Cuando Xavier cerró tras él la puerta, Dolores se levantó y fue dando vuelta a la llave, evitando hacer ruido.

Se quitó la sonrisa. Apoyada contra la puerta, pude verla un

momento sin la sonrisa aquella que se ponía sobre la cara. Miró a todos lados, a las ventanas, a mí, al alto cielo, con los ojos acosados, moviéndose en las órbitas, como animal cazado en su propia trampa que busca una salida.

Duró la angustia un momento tan solo. Se retorcía las manos. El sudor de ellas debía de ser frío.

Fue hasta la cama y se acostó, sin apagar la luz. Estuvo así acostada, con los ojos abiertos, intensos, mirando hacia mí. Cuando apagó la luz era de día.

XXIV

Los humanos lloran o ríen, gritan o murmuran, se abrazan o se golpean, como relampaguea o llueve, luce el sol o gime el viento en la arboleda, nos enlazamos o cruje en nosotros la tempestad.

No he visto entre ellos nadie que presentara siempre el mismo rostro, como no siempre el aire lleva el mismo color, y a veces es polvoriento, y húmedo a veces, o dorado o ceniza. ¿Y la tierra? ¿Y el cielo? ¿No es el mismo, aunque le crucen nubes, o chasquee, aunque esté despejado o se llene de umbría?

En esto se diferencian: tras la nube o la lluvia, tras el viento o el sol, el cielo es siempre igual, e igual la tierra, y en cambio el dolor y la risa o el placer marcan al hombre, y van dejando huellas imprecisas, al principio impalpables, que van singlando el rostro de secretos caminos. Yo os podría decir cuando nació aquella bolsa fláccida bajo los ojos de Amalia, cuándo cayeron sus labios abatidos; os podría decir la vez primera que vi el ceño de Xavier, o en qué ocasión nació la arruga en torno a los ojos de Dolores. ¿Y de Ángeles? ¿Cuándo perdió su alocado reír y fue traspasándole la vida —o el amor— su suavísima corteza?

Yo recuerdo muy bien el día en que llegó, y os digo que nada en la Ángeles de ahora recuerda a la mujer que vino con Pastor, ardiente y lánguida, oyéndose a sí misma reír, o mirándose en el azogue, desnuda, con su tímida y atrevida sonrisa en el rostro.

Quien más inalterable parecía fue Dolores y, sin embargo —os lo he dicho—, yo la he visto quitarse la sonrisa del rostro y vi también que en el desolado, yermo campo suyo un arbolillo sombreó: su hijo. Sí, Dolores amó a Pastor, al hijo, y cuando le miraba se le venía al suelo la sonrisa y acostumbrada a su estirado gesto, le colgaban las rayas por la cara.

Así aprendí que ningún ser humano es del todo podrido, como siempre se libra pulpa de la manzana de la gusanera, y que en todos ellos existe algo húmedo o cálido que palpita fuertemente o suave, o alocadamente. Así aprendí, a la par, que en eso estriba lo que diferencia a los seres humanos de los lobos: no son enteramente sanguinarios, ni enteramente crueles, ni enteramente rapaces. ¿O quizá el lobo tampoco lo es? ¿Quizá el lobo ame a sus lobeznos, y ardan sus amarillos ojos mientras mire el cuerpo nervioso y fino de la loba pelada en negro, con sus puntiagudas orejas?

Os digo esto porque Dolores, más tarde, trajo una loba al Castelo, y le puso hierros al cuello y la sujetó. He de deciros que si perdió su fiereza, y acabó por dejarse acariciar por las manos de Dolores o por las de Pastor, también perdió su hermosura, como si al cubrirla los perros mancillasen su instinto, o lo invirtieran.

Dolores buscaba la sombra de su hijo, aquella cambiante e indecisa sombra de un niño que tan pronto estaba cerca de ella como se ausentaba. Dolores, que sonreía siempre, dejaba de sonreír viendo a Pastor. Había un gesto de dolor en torno de su boca mientras le besaba, y no sé qué podía dolerle así tan hondo al contacto de aquella carne morena y fresca: la fresca y morena carne de su hijo.

Ni en eso se parecía a Amalia, la madre de Xavier. A Amalia le estallaba la risa, lo sabéis, cuando veía a los hijos en su torno, y eran los tres niños aquellos —Gertrudis, Xavier y Jacoba la pequeña—, los que corrían buscando su anchurosa fronda. Dolores, en cambio, se desplazaba detrás de Pastor. El cuerpo de Dolores sobre la tierra apenas reflejaba huella oscura, a la hora en que el sol va alto y Dolores caminaba, deslizándose rápida por el jardín, a la zaga del hijo. Aguda y afilada, la hoja de su cuerpo la acompañaba y aquella hoja no podía aliviar calor alguno.

En Amalia las lágrimas se secaban sobre el rostro y se mezclaban con la explosión de su risa. Olvidaba la muerte por la vida, el dolor por el placer.

En los últimos años de su vida tan solo pasaba del llanto al grito, y al final a aquel llorar sin lágrimas hablando con Eladio. De todo ello le quedó una mueca de soledad en el rostro.

He encontrado pocos humanos que se encuentren a gusto en soledad. Se halló, tal vez, Amador, y tal vez era aquello a lo que

tendía, cuando perdía los ojos; y se halla en soledad Vicente, y por su amor, por su altísimo amor —árbol y torre—, se encuentra Ángeles solitaria, aún con la gente. Pero tiene ojos de soledad, os digo, lejanos ojos donde la voz ni la palabra llegan, como si estuvieran cercados en redondo horizonte —el de sus órbitas— y ni el ruido ni el vivir de los demás rompiese el cerco.

Por lo común, temen la soledad tanto como a la muerte. Si se hallan solos gritan, llaman, piden voces y ruidos, palabras y sonrisas. Y me pregunto si no será por cubrir su soledad secreta. Pero ¿y entonces Ángeles, Vicente y Amador? ¿O es que ellos, aislados de los demás, eran los que no estaban solos?

Cuando entraban en el cuarto alto de la torre y cerraban la puerta, se mostraban con la faz desnuda. A veces, fue terrible. Piadoso a veces, como el rostro de Efrén desesperado, enfermo, cuando quedaba solo. Pero si escuchaba los pasos de Amalia, ponía de nuevo su mirada tranquila y su gesto apacible.

Otros lloraban. Lloró Amalia su sangre hirviente, su carne torturada, su ciego impulso. Cuando dejó de llorar tenía aquellas bolsas en torno de los ojos y la mueca de soledad terrible en el semblante.

Dolores no lloró. A solas, o abrazada al hijo, dejaba de lado su sonrisa y aparecía aquel desconocido desolado rostro. Aquel dolor que le subía de hondo, aquella terrible amargura amasada con distintos limos. Yo me pregunto si Dolores no vivió siempre con algo malherido, royéndole la alegría y la humedad y fecundidad. Porque pese a tener aquel renuevo de hombre, Dolores era estéril.

Secaba cuanto alcanzaba su aliento y donde ella exhaló su hálito, la bondad o la pureza se agostaron. No producía alegría ni hervor de la vida, no llenaba nada. Sin embargo, cuando la vi abrazar a su hijo, pensé que quizá Dolores sonreía por ocultar un dolor que le mordía desde algún sitio oscuro de su cuerpo.

—¿Cómo quitas ese rosal, Ramón?

—Está viciado, mire…

Ramón tiraba y se veían las raíces gordas, mucosas, no lo que deberían ser finas y nerviosas raíces de un rosal.

Dolores buscaba la sombra pequeña y redonda de su hijo, porque Pastor fue —y es— moreno y corto, con los ojos húmedos. La sombra del niño cumplía a la madre, y ella cerraba los ojos del

todo cuando le besaba.

Dolores preguntaba al niño lo que Xavier a ella tantas veces:

—¿Me quieres, di?

Pastor, como un perrillo pequeño juega y da zarpazos o lame y mueve el rabo, rasguñaba la cara de su madre, o le tiraba con las manos gordezuelas de sus flacas mejillas, o babeaba su rostro.

Dolores, en todo ello parecía hallar una terrible y dolorosa felicidad.

—¿Me quieres, di? —decía.

Y el niño daba vueltas en torno suyo, mientras sus manos procuraban retenerle.

—¿Di, me quieres? ¿Me quieres?

Toda ella estaba tensa, esperando las palabras de un niño.

—¿Por qué no me contestas? Ven aquí.

Pastor corría porque tenía fuertes piernas y hallaba placer en correr como un animalillo, de mi sombra a la huerta, de la huerta a mi sombra. Tenía la risa fácil y fácil el llanto. Todo resbalaba por él.

—¿Me quieres?

Dolores le apresuraba y miraba despacio el cuerpo inquieto de su cachorrillo.

Porque así como Vicente, desde niño, fue siempre pensativo y distante y se veía el hombre que iba a ser, también Pastor apuntaba lo que ahora es: desde entonces, con su pelo rizoso, crespo y negro y los ojos de hierba húmeda, rociados, y su despierto instinto de bestezuela en libertad.

—No te pareces a mí. No te pareces nada a mí —decía Dolores.

Y no sé si había alegría o desolación en sus palabras.

—El color de los ojos, solamente…

—Se parece a mi madre —dijo un día Xavier.

—¿A tu madre? Era castaña, con los ojos pardos.

—No importa. Se parece.

Dolores le miró desconcertada.

—Es verdad, se parece…

Yo, ahora que le veo, os digo que acertaban, pese al distinto color que Pastor tiene. A través de Xavier le llegó de Amalia la caliente sangre, y su afán por la vida, y su querer devorarla a boca plena.

Ríe como reía ella, alborotando el aire. Pero hay en Pastor algo

cruel que Amalia sofocó.

—De prisa, de prisa. Tengo prisa —dice siempre.

Y va de prisa a todo, al placer y a la caza, a matar y a gozar. Siempre de prisa, vertiginosamente.

—Me voy —dice, apenas llegado.

Y entra en el cuarto alto y posee a Ángeles sin preguntar, o venciendo su resistencia.

—Nunca más. No, Pastor…

—A callar. Tú a callar. Eres mi mujer.

Como el lobo cuando montó a Toula moribunda.

De pequeño, nadie hubiera dicho que aquel niño sería lo que ahora es. O lo adivinaron, sí, cuando dijeron:

—Se parece a su abuela.

Pero a una Amalia libre, sin freno y sin bondad.

Pastor, de niño, solía andar en torno a Vicente, mirando cómo removía la tierra o podaba los rosales, cómo limpiaba la hierba, o rastrillaba las avenidas.

—Es guapo, el hijo de Camilo.

—Sí…

En el fondo del muro, pasados los cipreses, Vicente rastrillaba los pétalos caídos de camelia. Y Pastor se montaba en el palo o cogía las hojas a manos llenas para juntarlas al montón, riendo.

—No, no parece hijo suyo…

Xavier miró a los niños, entre las camelias. Dolores sonrió, observando a su marido. La sonrisa suya rastreaba de la boca a los ojos.

—¿Qué años tenías tú entonces?

Xavier reía. La pregunta parecía complacerle.

—Era un chiquillo.

—¿Cuántos?

—No sé. Justina llevó muchos años en casa. Entró de veinte años.

Reía. Paseaba una hierba fina y larga, en torno a la nariz y a la boca de Dolores.

—Estate quieto. ¿Y tú?

—Yo, tendría nueve o diez. La edad del chico ahora. No sé… Como verás estás pensando largo.

Bajó la hierbecita.

—¡Estate quieto!

Sonreía, arrugando la boca.

—Debías de ser un chiquillo terrible —entornaba los ojos.

Xavier se inclinó y le dijo algo al oído, y Dolores estiró todo el cuerpo a mi sombra.

—¡Cuidado con el niño!

—No lo sabían…

Xavier rio.

—¿Y después? ¿Engañaste a Camilo con Justina?

—Camilo nació ya engañado.

Dolores se irguió, afilada, a la defensiva:

—¿No será tuyo el chico?

—No…

—¿Estás seguro?

Xavier miró a Vicente rastrillando, y las púas del rastrillo levantaban una hojarasca roja y encendida.

—Sí. Estoy seguro. Justina estaba casada.

—Pero si dices que a Camilo…

—Lo supongo. Yo, desde que casó…

Dio unos golpecitos sobre la tierra con la hierba, deshaciéndola.

—Y ella, después, ¿nunca quiso…? ¿Nunca te dijo nada?

—¡Qué iba a decirme! Ramón también anduvo tras ella, creo. Vete a saber…

Se levantó y sacudió sus manos, sucias de tierra.

—Quería preguntarte algo…

—¿Qué?

—¿Y Jacoba?

—¿Cómo Jacoba?

Xavier se había vuelto, y la miraba con sobresalto.

—Nada… Jacoba… Tú me dijiste que tenía horror a casarse.

—Eso creo. Ella me pidió, aquí mismo…

Miró en su torno. Dolores se irguió un poco, clavando sus ojos en el marido:

—¿Por qué tenía horror?

—No lo sé… No hablemos de Jacoba. Porque era pura.

Me miró a mí, como si buscase en mí imágenes idas.

—Porque era pura —dijo de nuevo.

Había un gesto de amargura en su boca:

—No puedes comprenderlo. Ni tú ni yo podemos comprenderlo. Ella era pura. No era para este mundo…

Dolores se tendió de nuevo.

—Sin embargo…

Entrecerró los ojos:

—De pequeña jugaba siempre con Don, ¿te acuerdas?

—Como tú conmigo. Como todos.

Dolores repitió suavemente, estirándose:

—Eso. Como tú conmigo…

—¿Qué dices? —rugió Xavier—. ¿Qué estás diciendo ahí?

Y se inclinó con las manos tendidas, engarfiadas.

—¿Qué te pasa? ¿Qué hay, Xavier?

Ella se alzaba, llevándose las manos a la garganta, y le miraba sorprendida:

—¿Qué te pasa?

Él estaba tan blanco, que parecieron aún más hundidas sus orejas.

—Nada —dijo.

Se levantó. Miró hacia mí, y pensé si eran lágrimas lo que brillaba en sus ojos.

—No pasa nada —dijo.

Dolores le miró alejarse, por la puertecita de la torre. De espaldas, caminaba como Efrén, aunque era más alto.

Desde aquella mañana, Dolores apartó a su hijo de la compañía de Vicente.

—No me gusta que juegues con él. Ven acá. Vicente tiene que trabajar.

Mientras Cándida la ayudaba a desvestirse en la habitación alta de la torre, Dolores le preguntó:

—¿Conociste a Justina, la madre de Vicente?

—Conocí, sí, señora.

—¿Se parece a ella el hijo?

Cándida contestó algo que me sorprendió:

—Se parece —dijo.

Procuré recordar de nuevo a Justina, morena, en el lavadero, con su caliente risa, o sacudiendo los frutales al tiempo que su cuerpo. ¿De qué parte de Justina venía aquel muchacho vigoroso y fuerte, con el pelo de lino y los ojos grises y pensativos? Los ojos de

Vicente —los he visto bien cerca, entre mis ramas— eran del color de la mar a través de la niebla. Brumosos ojos y la boca triste.

Así es Vicente, aún ahora que tiene hiladas de color de las hojas del álamo entre el pelo y separa ya un poco las piernas al andar. Así fue de niño y de mozo, y aquello no le venía de Justina.

¿Qué ocultaban las palabras de Cándida?

Caminaba el muchacho por el jardín, y os digo que hubo un tiempo que no otro ser humano corrió las avenidas. Porque se sucedieron los inviernos y las primaveras, y las estaciones se renovaban, y todo llegó como fue, más o menos, aunque los hombres aguardasen cambios, aunque a Vicente, tan nuevo en el vivir, le caminase la sangre más de prisa por las venas, aunque Xavier suspirase, satisfecho, liberado de sombras, cuando veía los naranjos en flor:

—Ya han florecido los naranjos. De nuevo la primavera.

—De nuevo la primavera —decía Dolores, mirando hacia los árboles. Su voz no se alteraba.

Y cuando el viento les ayudaba a tumbar el fruto mío:

—Meterlas al horno. Apetece tomarlas calentitas, que se acerca el invierno…

Pasaba el tiempo, como siempre pasó. Ellos son los que han acelerado el paso.

Llovía abundantemente, con fuerza o suavemente, venteaba sobre nosotros o nos mecíamos en un soplo que arrastraba nuestras últimas hojas. Porque el invierno estaba allí, de nuevo. Nubes grises o amontonadas descargaron sobre la mar a lo lejos, o trajeron su peso de tormenta y chasquido de luz, sobre la torre. Las almenas se afilaban entre los relámpagos.

No calentaba el sol, alto y frío, y en cambio, algunas noches del invierno aquel, titilaron como nunca las estrellas.

Xavier, hiciese frío o no, le agitase o no el viento la lana en torno al cuello, salía al anochecer con un manojo de llaves en la mano. Se dirigía a la otra torre. Daba al salir vueltas a la llave y dos o tres veces empujaba con el cuerpo, como para tentar si la puerta cedía.

En noches así he adivinado el rostro de Dolores quieto tras los cristales cerrados, empañados de helada.

Xavier recorría el camino de los cipreses y llegaba hasta el muro

donde las camelias verdean en invierno, y también la magnolia de hoja perenne.

Se agachaba y estaba así un momento. De pronto decía:

—¿Quién va ahí?

El viento silbaba, o rumoreaba en las altas copas.

—¿Quién va? O disparo…

Y sacudía las hojas con la mano. Aguardaba un momento aún, y se volvía pasando al lado mío, y al llegar donde las matas crecen entre los eucaliptos quedaba a veces en suspenso. Si llovía, el agua hacía un ruido sordo entre las matas.

—¿Quién va?

Agitaba las matas con las manos.

Solo se oía el murmullo del agua y el gotear sobre las hojas, si llovía.

Xavier desaparecía por detrás del lavadero.

Le he visto en días de invierno en que la tierra se convierte en barrizal.

Llevaba noches y días lloviendo, y la tierra se amasaba a sí misma, convirtiéndose en lodo. Las hojas caídas se aglutinaban en el barro, y Xavier caminaba teniendo que levantar mucho los pies, porque las hojas embarruntadas se le adherían.

Con las llaves en la mano, iba golpeando ligeramente las ventanas bajas del Castelo, según pasaba.

Oía por las mañanas hablar a las criadas con temor.

—Nos va a volver locos.

—No hagas caso.

—Sí, hasta que chiflemos.

Las oía así cuando iban con la ropa al lavadero, porque en el invierno aquel que esto decían parecía que una voz se hubiese extendido ordenando que nadie saliese de la casa.

Entonces fue cuando Vicente andaba solo por el jardín, al anochecer.

—Ve para casa, hijo —decía la voz de Benita, desde una ventana— que si te ve el señor se lleva un susto.

Se oyeron risas sofocadas, pero eran risas atemorizadas también.

Vicente, desde lejos, miraba salir al señor y desaparecer en la otra torre. El invierno en que esto sucedió, con los días cortos, Xavier andaba con cuidado, temeroso de resbalar, aunque conocía

el camino. Las noches eran negras, sombrías y despiadadas. Xavier avanzaba hacia la avenida de naranjos y procuraba no meter ruido al caminar. El ruido de sus pasos se perdía en el fango que tierra y agua amasaron. Vicente le seguía a distancia. No sé qué le daba a Vicente de seguirle así, pero le seguía, y si veía a Xavier volverse se agachaba él. Una rata de agua salió escapando del lavadero y pasó veloz, a distancia.

—¿Quién va? —la voz era angustiosa.

—¿Quién va? O disparo…

Se oyeron estampidos secos, alocados, seguidos.

—¡Señor! ¡Señor! —la voz del muchacho llamaba.

—¿Quién va ahí? ¿Quién hay?

Se oyó cerrarse una ventana.

—Soy Vicente, señor. No se asuste.

—¿Quién corría por allí? ¿Lo viste? En frente mío…

A tientas, en la noche oscura, Vicente debió de buscar la posición del señor.

—Sería una rata. Hay muchas.

—¿Te he herido?

—No, señor. Yo estaba tras de usted.

—Gracias, Vicente, gracias… ¿Era una rata?

—Sí, señor. Hay muchas.

La mano de Vicente levantaba algo con luz.

—¡Tapa ese farol! ¿Quieres perderme?

—Puedo taparlo con la chaqueta, si quiere. Pero un día se estrompa, si va a ciegas.

—Tienes razón. Sí, tienes razón…

Hizo su ronda con Vicente. Vicente llevaba el farol tapado por un lado de su chaqueta. Puso Xavier su mano en la cabeza del chico antes de entrar.

—Buenas noches, Vicente. Hay que vigilar… para que duerman tranquilos todos. Vigila.

—Sí, señor.

—Si ves algo extraño, llama.

—Sí, señor.

Llovió al día siguiente. Llovió con abundancia, y a través de los cristales y de la lluvia apenas podía divisar a Dolores leyendo, con la chimenea encendida, en el cuarto alto.

Cuando cerró la noche, Vicente estaba allí, al pie de la puertecita de la torre, pegado el cuerpo contra el muro. Xavier se sobresaltó al verle.

—¡Ah!… ¿Estás ahí? ¿Qué hacías?

—Venía por si…

La voz del muchacho era ronca y humilde. Abrió la chaqueta y enseñó el farol:

—Llueve tanto. Uno no ve en los charcos…

El farol, al calor de la chaqueta, daba una luz pequeña y caliente, como una luciérnaga en un pecho.

—¿Llevas bastante vela?

Mientras Xavier se inclinaba a comprobarlo, vi el rostro del muchacho mirándole, con los ojos grises pensativos y la boca triste. Miraba a don Xavier como se puede mirar a un animal herido, o a un árbol que se derrumba.

—¿Qué miras? —rio bajo—. No estoy loco, Vicente, no. Pero debe registrarse bien todo antes de descansar. Es un deber. Ahora, ¡chist!, no hablemos. Cubre más la vela.

Avanzaron bajo el agua, empujados por el viento.

Desde entonces, todas las noches, Vicente le esperó, y le acompañaba con su luz sobre el pecho, evitando los charcos, iluminando la oscuridad de las matas y la sombra profunda de las hojas. Xavier golpeaba con sus llaves las ventanas bajas.

—Buenas noches.

Vicente esperaba a oír el ruido de la llave cerrando la puertecita de la torre. Después marchaba hacia su casa, si llovía, levantándose la chaqueta y pegándose contra el muro, corriendo, a oscuras, seguro de su camino, y cuando la primavera se acercó, marchaba tranquilo y sereno por aquel jardín que él trabajaba y andaba, que él cuidaba y quería y donde desde mis ramas hasta la hoja de la verbena conocían el tacto de sus dedos, y le amaban.

XXV

Las hembras del hombre se defienden lo mismo unas y otras, por diferentes que sean entre sí. No les gusta que el hombre se concentre, ni que busque calor en otros hombres. Diría que temen más la compañía de un ser del mismo sexo, que la de otra hembra. Recuerdo cuando Amalia marchó por vez primera a la ciudad, tras ver a Efrén refugiarse en el despacho, o buscar la compañía de Eladio. Y Dolores, tan distinta de ella, hizo lo mismo, sí, al enterarse desde su ventana de la silenciosa compañía de Vicente junto a su marido.

En las noches claras de la primavera, Dolores dormía con la ventana abierta y a veces se asomó al oír el seco crujido de la grava.

Vio a Vicente caminando al lado de Xavier.

Vicente no llevaba ahora el farol, porque las noches eran claras, grises y blanquecinas, y las siluetas de los árboles o el perfil de las matas se destacaba nítidamente en la hirviente oscuridad. Porque la vida entonces bullía en el jardín, en nuestras ramas y sobre nuestro tronco, entre la hierba y en las plantas. La torre parecía más cercana aún, clara y serena, y el olor de las zaleas y de los naranjos, del tomillo y de la retama poblaban el aire. Todo olía, cuanto subía de la tierra. Olía esta también, madre y fecunda, y yo enraizado a ella, sin desprenderme, amaba más a la torre, porque la sustentaba. Las piedras que sostienen a la torre están hincadas en la tierra, buscándole la entraña, y la tierra la acoge como a un árbol petrificado.

Xavier y Vicente, que conocieron el jardín en invierno, con las sombras cerradas, despiadado y sombrío, caminaban por este claro y fragante jardín.

Vicente siempre iba con la frente inclinada hacia el suelo, como

si de la tierra esperase algo, o algo pudiera subirle desde allí. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos, y era elástico y ágil junto al cuerpo desarbolado de Xavier.

Xavier no vigilaba lo mismo que en invierno, ni se agachaba tanto entre las matas. Quizá le contuviese la cercana presencia del muchacho.

No marchaban aceleradamente, sino pausados, reteniendo los pasos, deteniéndose en los lugares acostumbrados por inercia. Y hablaban. Hablaba Xavier a media voz, no sé si para sí mismo, o para la noche, o para el muchacho, porque no miraba hacia él. Continuaba caminando, con aquella silenciosa presencia a la zaga suya.

Pude ver a Dolores pegada contra la piedra, procurando no ser vista, y sus ojos se alargaban como una raya en el rostro verdoso. Cuando se alejaban echaba el cuerpo fuera para escuchar las palabras de Xavier. Pero la voz de Xavier se había vuelto aún más baja, soterrada y profunda. Yo mismo no distinguía bien lo que murmuraban sus labios, porque se movía, yendo de la otra torre a las camelias, pasados los cipreses, o desde los eucaliptos hasta los limoneros y naranjos, y de allí al lavadero.

Cuando cruzaba frente a mí se le oía, y a veces alejándose me llegaban sus palabras con el aire, en ráfagas:

—… y las mujeres.

Vicente seguía junto a él con las manos en los bolsillos, sin hablar.

—… jugábamos de pequeños.

Xavier se detenía. Miraba hacia la fuente:

—… había una yuca. Yo era un crío y ayudé a desplantarla.

Toda la vida del jardín, la que él había vivido o escuchado, volvía a través de sus palabras para Vicente. Parecía hallar placer en ello.

En invierno, en las oscuras noches, Vicente había esperado a la puerta de la torre que llamaban «iglesia», sin entrar. Después, no sé cómo, hallé que entraba con Xavier, y me llegaba con resonancia de piedra, el profundísimo sonido de esta voz:

—… Mi pobre madre…

Cerraba bien la puertecita, y después empujaba con los hombros, probando si cedía.

Vicente le miraba con sus ojos brumosos.

Dolores los vio desde la ventana. Solía sentarse en la butaca torneada, con un libro en las manos, o desvestirse en el fondo del cuarto, tensa, esperando a algo o a alguien que no llegaba.

La vi algunas noches, impaciente, acercarse hasta la puerta y entreabrirla. Después se volvía con el desconcierto en el rostro.

La noche en que los divisó, juntos, había entrado en su cuarto Xavier, y supe que era él a quien esperaba, a él a quien había cerrado la puerta tantas veces.

No se alteró el semblante de Dolores, ni varió la postura.

—¡Milagro, verte por aquí!

—¿Estorbo?

—No. ¿Cierro la ventana?

—Como quieras.

Dolores le miró, sorprendida. Xavier se sentó en la otra butaca torneada, frente a ella, y miraba hacia la noche o hacia mis ramas.

—¿Tienes algo que decirme?

—No. ¿Por qué?

—¡Es tan extraño, ahora, que subas a mi cuarto!

Xavier la miró atentamente.

—Parecía molestarte. Te cerrabas por dentro… Si no recuerdo mal…

—…

—… algunas noches he llamado a la puerta y no contestabas. Cerrada por dentro.

—Me habías metido tus miedos.

Sonreía, apoyando la cabeza atrás, alisado el rostro hacia las sienes:

—Ya no cierro la puerta, Xavier. Pero tú no vienes.

—No podía adivinarlo.

Dolores se levantó y comenzó a desnudarse.

Nunca le había visto hacerlo. Siempre cerraba las ventanas o se ocultaba en el fondo del cuarto, pero esa noche se puso detrás de la butaca de Xavier a desnudarse, y dejaba caer la ropa a sus pies, como la culebra suelta su camisa.

Xavier estaba inquieto.

—¡Mujer!

—¿Qué pasa?

Reptaba la voz de Dolores y se me bajaba por las ramas buscando mi tronco.

—Pueden verte. Cierra la ventana.

La voz de Xavier llegó sofocada.

—¿Verme? ¿A estas horas? ¿Quién?

Su risa croó, corta y rauca. Xavier tendió la mano y le palpó una pierna.

—Tráeme el camisón, anda.

Se cubrió con los brazos cruzados. Xavier se levantó, diría que con fatiga, y se acercó a la cama trayendo después aquella ropa blanca que las mujeres se ponían antes para dormir. Hizo un gesto para marcharse.

—¿Te vas?

—Sí. Hace buena noche…

—Por eso… precisamente por eso…

Xavier volvió a sentarse, sin mirar hacia ella.

—¿Qué te pasa, Xavier?

Estaba delante suyo, lisa y delgada.

—¿Qué quieres que me pase? Nada.

La miró sin detener en ella los ojos.

—Sí. Te pasa algo. ¡Estás tan raro!

—¿Yo?

La acariciaba como sin darse cuenta de lo que hacía. Se levantó.

—Me voy. A dar una vuelta.

—¿Es por eso? ¿Sigues preocupado con tu obsesión de siempre? Dala hoy más tarde.

Sonreía, tendiendo su cuerpo.

—No. Me voy ahora.

Tentó con su mano el cabello lacio de la mujer.

—Duerme bien, Dolores. No estés mucho a la ventana. No te enfríes.

Dolores le miró salir como si dudase de sus propios ojos. Asomó todo el cuerpo sobre la piedra del balcón, para ver aparecer a su marido por la puertecita de la torre.

Y así fue como le vio salir, girar la llave y decir al muchacho, susurrando:

—Hola. Me he retrasado hoy.

Dolores se hizo atrás, como si la hubiesen golpeado. Vi a sus ojos

saltar de un sitio a otro, y con sus manos arrugaba el alto cuello de la ropa blanca. Entreabrió los labios, respirando de prisa, y volvía a inclinarse para verles. Ellos caminaban hacia la otra torre, y el manojo de llaves tintineaba en los brazos de Xavier. Les vio entrar, y cuando oyó el ruido amortiguado de sus pasos sobre la grava, se pegó contra la piedra de la ventana, para que no la vieran desde abajo. Miraba como si aquello fuese imposible, como si un agua oculta la hubiese rebasado. Cruzaron por delante de mí, y oímos la voz de Xavier:

—… ganas de pasear.

Había una desmadejada alegría en los largos brazos del hombre, aspando el aire.

—Da gusto, con estas noches tan claras…

Vicente dijo:

—No hace falta el farol.

El rayo parecía haber alcanzado a Dolores, hendiéndola. Como si hubiese estado quebrándose sobre la torre y ella dormida, ignorando su luz y su peligro. Casi no se movía respirando de prisa, levantando la rasa tabla de los pechos precipitadamente.

La vuelta, en la espera, se hizo aquella noche interminable. Regresaron, al fin, y Xavier, mientras giraba la llave para abrir, se volvió al chico, con una sonrisa en sus descarnadas mejillas:

—Hasta mañana.

Dolores aguardó aún largo rato, con los ojos clavados en la figura del muchacho que se alejaba tranquilo, jardín adelante. Después pareció dudar si ir a la puerta o al lecho. Se acostó. Al principio no apagaba la luz. Estaba así, medio sentada, y la brisa suave de la noche flameaba sobre ella la tela roja. La vi estremecerse como si tuviera frío. Se levantó para cerrar la ventana. La cerró lentamente, con las rayas colgándole por el rostro, igual que si sus manos se moviesen a despecho suyo, como a veces, sin voluntad, impulsado del viento, agito yo mis ramas.

XXVI

Se marcharon después, en plena primavera, cosa que ni Amalia hizo. Pero antes de marcharse, Dolores sembró cizaña. La cizaña es caña que crece en el sembrado y lleva en su interior veneno. Dolores la sembró, quizá por asolar la siembra del corazón del hombre.

No atacó de frente como hubiera hecho una loba o Amalia, ni gritó ni lloró. Entrecerró los ojos entre sus pestañas, y debió de ir así acumulando su veneno para sembrarlo luego.

—¿Te quedas esta noche? —preguntaba al marido, sonriendo.

—¿Qué te pasa, Dolores? ¿La primavera…?

Xavier sonreía mirándola.

—Me pareces otra.

—Otra, ¿cómo?

No se quitaba la sonrisa.

—Sí. Este tiempo atrás he llegado a dudar de ti. Me parecías tan…

—¿Tan qué? Dilo, no me enfado.

—Fría, y sin corazón. No procurabas comprenderme. Tenía la cabeza loca.

Se llevaba las manos a las sienes.

—¡Pobre Xavier! —decía Dolores.

Y se acercaba a él. Pasaba sus dedos delgados por la frente estrecha del marido.

—… Y yo lo sabía, que estabas dejando de quererme. Tenía pena por ti.

—Nunca me dijiste nada.

—¿Qué iba a decirte? No estabas en tu sentido. Esos malditos nervios…

Se dejaba caer ante él, con las rodillas en el suelo.

—No te pongas de rodillas. No puedo soportarlo. Anda, Dolores.

—Estoy bien así, contigo. Déjame.

Xavier la estrechaba entre sus piernas.

—¡Pobrecilla!

—No importa. Ya pasó… Estamos tan unidos.

Cerraba los ojos.

—Nos unen tantas cosas…

Tendía los brazos, sinuosas anillas que se le enroscaban.

—Deja, Xavier, ¿por qué cierras la ventana?

Yo veía inquietud en los ojos de Xavier.

—Por nada. No me gusta ventilar nuestras cosas.

—En la torre… Estamos solos tú y yo.

Xavier, sin embargo, cerraba la ventana. Yo veía abajo a Vicente esperando, y Xavier asomaba un poco la cabeza para comprobar si estaba.

La ronda esas noches se hacía más tarde que en invierno. La primera vez que así ocurrió, Xavier abrió la puertecita mirando ansioso, y suspiró tranquilo al adivinar al muchacho sentado a la sombra mía.

—¡Ah! Estabas ahí…

Vicente se levantaba. Xavier miró hacia mí y hacia la torre, y quedó un momento cavilando. Dijo:

—Es mejor que aguardes aquí, junto al muro, si alguna vez me retraso.

—Bueno.

Yo veía abrirse con cuidado la ventana alta, y a Dolores atisbándoles.

La primera noche que retuvo a Xavier con ella, e hicieron la ronda tarde, Dolores se acercó deslizándose rápidamente hasta la barandilla de la ventana. Pudo verlos juntos ya, andando de espaldas, camino de la otra torre. Verlos la hundió. Dejó caer sus manos con postura de abatimiento, y anhelaba.

A la mañana siguiente Dolores llamó a su hijo, que corría hacia la huerta.

—¿Dónde vas, Pastor? Ven, hijo.

Pastor seguía corriendo, sendero abajo. En la huerta estaba Vicente. Dolores los miró sin que un músculo de su cara se alterase.

En la habitación alta, por la noche, esperaba a Xavier.

—Quédate conmigo… ¡Una noche solo! Deja de hacer la ronda.

—No puedo. Es una costumbre. No dormiría, si no.

—¡Solo una noche! Ya verás como puedes. Tienes que dominarte. ¿Qué va a pasar por una noche, Xavier? Di… Como antes, al principio de casados.

—Fuiste tú la que no quisiste, acuérdate.

—Esperaba a Pastor.

El nombre del hijo trajo un momento de dolor a su rostro.

—¿Te acuerdas? —dijo—. Vino con el siglo, y tú deseabas entonces que se pareciese a mí. ¿Le quieres?

—Mujer, ¡qué tontada!

—A veces lo dudo. Temo que no le quieras lo suficiente. Si yo faltara… No te ocuparás de él.

—¿Qué quieres que haga con un niño de cinco años? Pero le quiero. Es mi hijo.

Pensaba en algo, mientras hablaba, algo que le subía de dentro y pugnaba por salir. Dolores juntó mucho las pestañas.

—Es una pena que no sea crecidito, en edad de acompañarte… Gozarías tanto con él.

—Sí.

Le brotó desde la raíz, aquel sí, rotundo y ardiente. Temblaron los labios de Dolores:

—… Podía ir contigo por las noches, a dar la ronda.

Xavier la miró rápidamente, pero Dolores, como siempre, sonreía.

—Me alegro de hablar de esto, porque hace tiempo que quería hablarte de él, de Pastor —dijo.

—¿Qué tiene?

—Hay que pensar qué hacemos, Xavier; no hay más remedio. El niño crece, y aquí metido no aprende cosa buena.

Xavier se levantó.

—Sin más compañía que la de todos estos carcamales, o la del hijo de Camilo… que es peor.

Xavier comenzó a pasear por el cuarto.

—No me gusta que ande con ese chico —seguía Dolores—. Tiene algo turbio que no me gusta.

—Parece un buen muchacho.

Le temblaba un poco la voz.

—¡Está en tan mala edad! A esa edad todos los chicos se dedican… Tú me lo has contado.

Xavier daba vueltas por el cuarto.

—No quiero que le enseñe cosas sucias a Pastor —dijo Dolores.

Xavier habló desde detrás de ella, apoyado en la chimenea.

—No sé qué quieres que enseñe a un niño de cinco años. Estás loca. Aunque fuera verdad lo que dices, no lo haría.

—¿Cómo lo sabes? ¿De qué pueden hablar o qué hacen todo el día en la huerta, un chiquillo de trece años y otro tan pequeño, dices bien? Tengo el deber de mirar por mi hijo.

—Pastor está loco con Vicente. Siempre de niños nos gustan los mayores que nosotros.

—Pues a mí no me gusta esa compañía para nuestro hijo.

Marcó despacio las dos palabras últimas.

—Bueno, mujer, pues tenle siempre contigo, y no me busques quebraderos de cabeza.

—Debíamos de ir a la ciudad…

—¿A qué ciudad?

Se acercó exasperado:

—Sabes que no puedo.

Dolores se levantó también.

—¿Por qué? Nadie se acuerda ya. El tiempo lo borra todo.

—¿Y tus padres?

—No harán nada. Eres el padre de su nieto.

—No iré.

Golpeaba la repisa de la chimenea con un menudo objeto brillante, sin levantar los ojos.

—¿Cómo? ¿Y tu hijo…? No hablo por mí. Lo dejé todo por ti, lo expuse todo por ti, hablo por nuestro hijo.

Y Dolores lloró. Las lágrimas le corrían por el rostro casi sólidas, a fuerza de llevar dolor de su sangre. Lloró doblándose por la cintura como si el dolor la arrastrase. Xavier fruncía el ceño, y no decía nada.

—Mi hijo… mi hijo…

Hubo un silencio de palabras, lleno del ruidito que hacía Xavier cada vez más rápido sobre la repisa, y de aquellos sollozos terribles, más que sollozos secos, latigazos de lágrimas.

—¿Por qué lloras así? ¿Puede saberse?

Se acercó a ella. La tomó por los estrechos hombros.

—¿Por qué lloras así, escandalizando de ese modo?

Y empujó la ventana con el pie. Quedó golpeando el batiente de las puertas y yo oía la voz corta y ronca de Dolores a trallazos:

—… sacrificarse. No es por mí… Pastor… perdida la juventud, peor que un convento… el hijo… no es por mí. Nada importa… Mi hijo… porvenir… castigo de quererte.

Estuvo la ventana batiendo toda la noche contra la piedra y no se dieron cuenta, ni se dolieron por la ventana o por la piedra, porque no acudieron a cerrarla.

Vi a Vicente, esperando, esperando, pegado contra el muro. Cansado se sentó sobre el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Y vi cómo el sueño le rendía y quedaba dormido así, cayéndole a veces la cabeza para adelante. Se sobresaltaba. Una de las veces la cabezada le obligó a abrir los ojos y vio el gris de la noche fundiéndose, y sintió el soplo fresco que anunciaba el alba. Parecía atónito. Miró la puertecita cerrada, y se levantó. Fue alejándose despacio, volviendo la cabeza hacia la torre, bandeando el cuerpo, medio preso en el sueño todo él.

El soplo del alba empujó de una vez al batiente que golpeaba en el cuarto alto. Pude verlos en el lecho a los dos y quedé pasmado de la gran semejanza entre Xavier dormido y Efrén muerto. Las orejas se le hundían y tenía los labios entreabiertos, como el padre.

El rostro de Dolores no acusaba la huella de su llanto. De la boca a las sienes reía el rostro, con los ojos cerrados. Y daba frío ver su sonrisa en el sueño, como si no dependiese de alegría o no, sino de un cubrirse aún en soledad, aún en abandono.

A la noche siguiente Xavier abrió la puerta a la hora de siempre. La luna estaba alta. Yo veía a Dolores, esperando arriba. Pero hasta ella debió llegar el ruido del cerrojo de la puertecita, porque se asomó, y la sonrisa se le helaba.

Allí estaba Vicente, sentado en el suelo ya, como preparado a la espera.

—¿Estás ahí?

El muchacho se levantó, sacudiéndose los calzones.

—Vaya plantón anoche, ¿eh…? ¿Te marchaste?

Xavier parecía apurado y sonriente como si tuviese algo que

hacerse perdonar.

—Vamos a nuestra ronda.

Al salir de la otra torre me llegaron sus palabras más claras y precisas según iban acercándose:

—… las mujeres. Hay que tener cuidado.

Vicente caminaba con las manos en los bolsillos, y le llegaba a Xavier por debajo del hombro.

Crujió una ventana. Una ventana que había abierto Dolores con sigilo chirrió, y en la noche el ruido se hizo inmenso.

—Ven acá —barbotó Xavier.

Y tiró del chico. Se pegaron en un mismo movimiento contra el muro de la torre. De arriba ya no llegaba ruido alguno, aunque yo veía a Dolores apretando una mano contra la boca. Vicente alzaba sus ojos interrogando a Xavier, y a Xavier aquello le producía risa. Reía sordamente, conteniéndose, y atrajo a sí la cabeza del muchacho.

—Nos espían —le dijo.

Hablaba bajísimo. Las palabras me subían en bocanada. Vicente le miró, tan junto a él, bajo su brazo, allí en la torre.

—Ha sido en el cuarto alto. La señora…

La voz del muchacho quería tranquilizar.

—Ya lo sé.

Xavier bajó su brazo y apretó contra sí la cabeza rapada que había sido rubia como el lino y que los años habían ido oscureciendo un poco. Parecía que le apretase para ocultarle más, pero yo vi la emoción de sus ojos mientras lo hacía.

Se mantuvieron en silencio, la de arriba y los de abajo, y después, Xavier inclinó su alta estatura y le dijo al oído:

—Vete para tu casa. Pegado al muro, que no te vean.

Vicente estaba sorprendido, y le miraba con piedad.

—¿Y la ronda? —preguntó.

—La haré yo solo. Marcha.

Le miraba alejarse, y apuntaba la risa en los labios de Xavier —aquella risa maligna que de joven había tenido—, cuando Vicente retrocedió.

—¡Marcha! ¿No me has oído?

—¿Y mañana? ¿Vengo mañana?

La risa se hizo buena, enternecida sonrisa:

—Sí —dijo.

XXVII

DOLORES sembró la cizaña en el corazón generoso y limpio del muchacho.

Vi cómo colocaba las ventanas de par en par abiertas y las butacas sosteniéndolas, en el cuarto alto. Corrió bien las telas a los lados, y esperó. Xavier no vino la primera noche, pero sí la segunda. Dolores le aguardaba.

Había preparado todo igual que la víspera y, al sentarse, quedaban cubiertos por el balcón de piedra, sobresaliendo un poco sobre el jardín, y sus palabras se unían al aire de la noche, se esparcían, bajaban.

—¿Qué es esto? ¿Has hecho nuevos cambios?

—No. Arrimé las butacas a las ventanas. Se está mejor así.

—¿Tú crees?

Xavier se inclinó sobre la barandilla, pero Vicente no había llegado aún.

El jardín parecía íntimo y callado.

—Tienes razón. Se está bien así.

Se sentó frente a ella. Yo adivinaba a Dolores tensa, replegada en sí misma. A su vez, se apoyó sobre la barandilla, como si esperase algo que podía llegarle del jardín.

—¿No notas el relente?

—Casi se agradece, con el calor que ha hecho.

Xavier se echaba hacia atrás en la butaca, mirándola. Yo comprendía que pensaba en Vicente. En Vicente que iba a venir, como todas las noches, y Dolores le vería. ¿Qué diría Dolores al verlo? Estaban en acecho uno del otro.

Dolores nada dijo. Le vio perfectamente, pese a que Vicente la vio también y avanzó pegado a la pared. Sobre las losas se perdían

las pisadas cautas. Cuando ella le divisó se volvió hacia dentro, sentándose, y Xavier respiró más tranquilo. Hablaron poco. Xavier fumaba y eran chupadas cortas y voraces las suyas, como si desease consumir pronto el fuego. En cuanto lo apagó, se puso en pie.

—Vaya, buenas noches. Voy a mi ronda.

Sonreía sin vergüenza, acercándose a Dolores. La beso en la frente.

—¿Te vas ya?

Dolores se levantó y le enlazó con sus brazos.

—Voy a tener celos de esa ronda.

—¡Tonta!

Estaba nervioso, deseoso de desanudar las manos de su cuello.

—Hasta mañana.

—Quédate un momento conmigo. Un momento más, así, en el balcón.

—Te ha dado por el balcón ahora.

—¡Hemos tenido un invierno tan crudo! Da gusto poder estar en la ventana.

Yo veía a Vicente, abajo, sentado sobre la losa, al pie de la puertecita. Las palabras le alcanzaron y levantaba con curiosidad la cabeza.

—¿Me dejas hacer la ronda contigo?

Xavier rio, con una risa corta que chirriaba:

—Mujer, ¡qué idea! Acuéstate, anda, no vayas a enfriarte. Sabes que me gusta que estén las ventanas cerradas.

—¿No me dejas ir contigo? —reptaba blandamente la voz.

Vicente se levantó y vi que no sabía dónde meterse.

—Me gustaría ir de noche por el jardín contigo. No lo hemos hecho nunca.

—En seguida acabo, y subo, si quieres.

Dolores reía. Croaba su risa en la noche:

—No creas que tengo celos…

—¿Celos? ¿Celos por qué?

La voz de Xavier era falsa, aguda y erizada.

—Hombre, ya sé que no. Con estas criadas viejas. Si viviera Justina… ¿Qué haces? Ya que te vas al menos no me cierres la ventana. ¿Qué te pasa?

—Nada. Me voy.

—Espera. ¿He dicho algo que te parece mal? ¿Qué ha sido? ¿Lo de Justina? Me lo contaste tú…

Vi a Vicente contra el muro levantando los ojos.

—Deja en paz a Justina. ¡Cállate!

—Dios, Xavier ¿sabes que empiezo a sentirme celosa?

Dolores sonreía, apoyada contra el cristal, manteniéndole abierto con su cuerpo.

—¿No puedes callarte?

Xavier había bajado la voz y hablaba desde cerca de la puerta, casi rogando.

—Si me lo contaste tú, que le levantabas las sayas, y…

La puerta del cuarto alto quedó abierta mientras Xavier salía corriendo.

Dolores continuó como si hablase con alguien, aunque yo veía que estaba sola, descarnada y sola, de cara al jardín:

—Y que después también Ramón. Hasta que tuvo el hijo. ¿Sabe Vicente que es hijo de Ramón?

Xavier abrió de un empujón la puertecita de la torre, y buscó a Vicente con los ojos:

—Hola —dijo.

Tenía la voz trémula. Vicente echó a andar, distanciado de él, hacia la otra torre, como si sus pies le llevasen por un camino conocido. No decía palabra. Xavier no hablaba tampoco. Esquivaba el rostro del muchacho silencioso. Acabaron la ronda pronto.

—Hasta mañana, Vicente.

Cuando Xavier cerró la puertecita de la torre, Vicente estuvo aún un momento mirándola, de espaldas a mí. Después se acercó hasta mis plantas y le empezó a temblar la boca. Golpeó fieramente con el puño cerrado mi tronco, y a mí me consolaba aquel leve dolor que aliviaba el suyo. Se abrazó a mí.

En la noche, solo, Vicente siendo muchacho me abrazó y fue dejándose caer, sollozando sobre la hierba. Lloraba boca abajo, sofocando el llanto.

Así sembró Dolores la cizaña.

A Camilo pareció ofenderle que Vicente no durmiese aquella noche en casa.

—¡Te digo que lo digas! Soy tu padre, ¿me oyes? O lo dices o…

—¿Qué pasa, hombre? —preguntó Benita.

Camilo traía cogido a Vicente por un brazo y le sacudía.

—Que ayer no durmió en casa. Y ya siempre con esa manía de andar de noche fuera, pero, vamos, llegar de madrugada…

—¿Dónde dormiste, hombre? Contesta a tu padre.

Vicente dio un tirón del brazo y se soltó. No miraba a Camilo a la cara.

—Se lo digo a la señora… ¡Vaya si se lo digo! En vez de pensar en trabajar y en instruirse, que estás como un borrico.

—¿Pero tú crees que escapó al pueblo? ¿Verdad que no, Vicente? —decía Benita.

Estaba alegre y excitada.

—Díselo a tu padre, hombre, que no va a comerte. También él…

—Formalidad, Benita, que así luego el chico no me considera.

Camilo se engallaba. Las orejas se le separaban aún más del cuerpo, y habían tomado una rugosidad amarillenta.

—Yo he sido lo que he sido —parecía orgulloso de haber sido aquello a que se refería—, pero quiero un hijo cabal, a su tiempo. Que a destiempo se vician y no medran…

Sonrió malicioso, con el furor pasado.

—… y se les acaba la mecha. Ahora que como lo repitas, como hay Dios que se lo digo a la señora. A mí no me sale un perdido.

—De tal palo… —Modesta habló, como si se hubiese tragado su propia espina.

—Calla tú, o te rompo los morros —saltó Camilo.

Y se fue contra la mujer.

—Bueno, que os habéis empeñado en armarla…

—¿Anduviste de mozas, Vicente? —chilló Ramón al muchacho, que se iba a la huerta. Reía. Palabras y risas escapaban juntas entre los huecos donde tuvo dientes.

—Cuéntame, que aunque uno ya no puede… Y eso que algunas mañanas, al despertarme…

Reía.

—Bien. Bien. Bien…

Se le escapaba la saliva. Vicente no oía o no quería contestar, y se marchó, empujando la grava con los pies.

—¡Qué aires de señorito gasta el mozo! —dijo Benita—. Cualquiera diría que le va a enseñar a uno algo nuevo.

—Ese es gallo de otro corral —oí que murmuraba Cándida al

pasar junto a Benita.

—Eso parece.

Pero al decirlo debió caer en cuenta de las palabras de Cándida.

—Oye, tú, ¿qué has querido decir?

Fue tras ella, hacia la puertecita de la torre.

—Nada. Que el mozo ese no viene de gallo corralero.

De pronto, hallé a Cándida parecida a Eladio, porque se había puesto más apaisada e iba siempre con la cabeza gacha.

Benita puso sus manos sobre las caderas:

—¡Ojo con lo que dices! Que mi Ramón fue siempre muy decente.

Cándida la miró con sus ojos furtivos:

—Yo no hablo de Ramón.

—… Y a Justina todo se le iba en salvas. Si lo sabré yo. Ya sabes que los hombres las calan en seguida. Ramón dice que es peor Modesta.

La risa de Cándida enseñaba las encías descarnadas:

—Pues me parece que… No va por Ramón.

—¿Qué?

Benita se acercó a Cándida. Hablaban bajo, aunque nadie les escuchaba.

—A Justina no se le fue todo en salvas.

—¿Con el señor? ¿Tú crees?

Rieron. Se pusieron rojas y les brillaron los ojos como si fuesen más jóvenes.

—Pero ¿dónde? Ella estaba siempre por casa, con Camilo. ¡Pobre Camilo!

Aunque dijo ¡pobre Camilo!, aquella pobreza les movía a risa.

Hablaron un momento entre ellas y se mascaban las palabras:

—… ¿En la cerca?

—Es huevo de cuclillo…

Se volvieron, mirando hacia Vicente que subía con la azada, sudando bajo el sol de mediodía. Era un sudor fresco y limpio que le rociaba el rostro. Subía cansado, con los jóvenes labios entreabiertos, y pegada la camisa sobre el pecho. Rubio de pelo y piel, miraba a lo lejos con sus claros ojos, que se achicaban al mirar a los seres y a las cosas cercanos, y se dilataban al mirar hacia el horizonte, como los ojos de los hombres de mar.

—¡Contra! Y ¿cómo no nos dimos cuenta? Si lo lleva en la cara.

—Y eso que no supisteis del señor cuando era chiquillo, igual a este…

Yo sabía que no. Se engañaban a sabiendas, con aquel testimonio de carne ante la vista.

Desde la noche antes yo había hallado el parecido de Vicente, desde el momento en que le vi de espaldas, mirando hacia la torre, con toda su fuerza contenida, en el instante mismo en que reconocí, al abrazar mi tronco, el pulsar de sus venas. Hallé en sus manos el eco de la huella que otra mano dejó, en su despedida, y supe que los hombres, en efecto, no se mueren del todo.

XXVIII

CERRARON las ventanas de la torre. Entre Benita y Modesta recogieron las telas rojas y las doblaron.

—También Daría tiene buen acomodo —dijo Modesta— con lo del reuma. No hace nada.

Cerraron las ventanas.

Quedamos de nuevo solos la torre y yo, pese a que sobre el bordillo de la fuente solían sentarse las criadas, y a que Ramón se pasaba el día mascando tabaco, sentado sobre la base del roble.

Vicente cuidaba del jardín.

—Bueno, hijo, lo haces tú. No tengo que molestarme —decía Ramón.

No debía de haber pensado en molestarse, porque ni intento hacía de coger la azada, pero reía al pasar Vicente frente a él, y se le escapaba saliva y tabaco mascado entre los dientes.

—Lo haces tú…

Vicente huía de él. Pese a que Camilo al marcharse le había dejado a su cuidado.

—Cuídame tú al mozo —dijo Camilo antes de subir al pescante—. Y que aproveche para ir a la escuela, que ya hablé yo con el maestro. Pero que vaya a la escuela, ¿eh?; no a otro sitio.

—Ya miraremos, hombre —dijo Benita.

—No, vosotros no. Que aún le ayudaríais a perderse.

Las mujeres protestaron, risueñas, satisfechas de que Camilo pensase que podían perder al fuerte muchacho rubio que se mordía los labios, con las orejas encendidas.

—Ojo con que se escape de noche. Para mozas, las que tiene en casa.

Todas rieron la frase de Camilo. La ropa que usó en vida de

Amalia, le colgaba por todos lados.

—Encogiste.

—Ya te diré yo a ti…

Se acercó a Vicente y se agachó como para besarle.

—¡Otra! ¿No me dices adiós?

—Adiós —dijo Vicente, haciéndose atrás.

—Ahí le tenéis, sin perdonarme porque rosmé el otro día. Soy tu padre, ¿oyes?, y digo lo que me da la gana. Estaría bueno…

Bajaban los señores. Xavier parecía más oscuro, más sombrío, con el ceño fruncido, pero Pastor saltó dentro del coche y asomaba la carita por la portezuela.

—Vicente, nos vamos… ¡Nos vamos! ¡Uhhhh!

Hacía con la boca un ruido como si excitase a los caballos. Dolores sonreía.

Y partieron. Vicente ayudó a cerrar la verja, cuando aún flotaba en el aire el polvo levantado.

Yo mostraba a la torre el muñón de mi rama, testigo de mi amor, y escuchábamos juntos la alegría de los mirlos, por las mañanas, y el arrastrarse de los insectos, y el zumbido de las abejas o el manar de agua cayendo en chorro igual, o saltando loca y rumorosa por las aspas del lavadero. Al anochecer oíamos el canto cosquilleante de los grillos, o el alboroto de los gorriones deshaciendo los nidos de las golondrinas. En mis ramas se posaron los vencejos.

Cuando la luna se recortaba clara, en noches despejadas, o con un lado blanquecino en las muy calurosas, o envuelta en bruma si la niebla flotaba, Vicente recorría los caminos del jardín, con el manojo de llaves en la mano, como Xavier hiciera. Iba a la torre de la iglesia, entraba en ella, y a veces tardaba mucho en salir. Cerraba bien con llave y tentaba la puerta. Después seguía la ronda que tantas veces hizo, cruzando por delante mío y la vez primera volvió de nuevo hasta la puertecita de la torre y se quedó parado. Debió de comprender que la ronda entonces se limitaba a recorrer de ida el camino y no de regreso, y así lo hizo. Su mano joven golpeaba con las llaves las ventanas.

—Madre de Dios, ¿no oísteis ayer el golpe de las llaves del señor?

A Benita le temblaban las carnes.

—Eso quería preguntarte. ¿Lo oíste tú?

Modesta dijo:

—Como te oigo. ¿También vosotros?

—Lo oímos Ramón y yo y nos quedamos temblando. ¡Ay, Modesta, que yo no voy a pegar ojo!

—Daría, como duerme en la parte de delante, no lo oyó.

—Debimos soñar. Y luego, la costumbre… Debió de parecernos nada más. O el viento.

—¡Contra! ¿Pero no pegaste un salto en la cama? Y me dijiste…

—Anoche hacía bueno. No se movía una hoja.

—Santo Dios, ¡me muero de miedo!

—Yo no —dijo Modesta estirándose—. Tengo la conciencia tranquila.

—¿Qué tiene que ver la conciencia? ¡Otra! ¡Yo también la tengo! Pero oí las llaves, y las oí.

Vicente, a la noche, golpeó como hacía el señor las ventanas bajas. No se oyó un grito, ni crujió una madera. El silencio pareció hacerse mayor, o más denso.

—Yo me voy. Por estas que me voy —salió alborotando Benita por la mañana. Llevaba un hato en la mano, y apenas podía con él.

—Pero, ven acá —decía Ramón—. ¿Dónde vamos? Si Daría dice que no lo oyó es que allí no llega. Pues nos vamos todos a dormir para delante, y en paz.

—A Daría el reuma le atacó los oídos.

—Hay que avisar al Cura —dijo Modesta. Estaba desgreñada—. Me eché en la cama como estoy, para no dormirme y escuchar. Y lo oí. Claro como os digo…

—Hay que avisar al Cura —repitió Benita, anudándose un lienzo negro al cuello, y echando mano al hato—. Pero yo me voy. No paro una hora más aquí.

—Ven aquí, ¡ajo! ¿Dónde vas a ir por ahí como una loca?

—Adonde sea que no anden los demonios sueltos.

—Hay que avisar al Cura. Debía de ir Vicente —seguía diciendo Modesta.

—¡Demonio contigo! ¿Y qué quieres que haga el Cura aquí? No pensarás que duerma con nosotros.

A Ramón se le escapaba la saliva.

—Puede echar agua bendita, contra las ánimas. Yo vi en mi

pueblo cómo desdemoniaban a la gente.

—Puede —dijo Ramón. Parecieron convencerle las palabras de Modesta—. Irá Vicente, y tú quítate todos esos trapos que te has puesto, y deshaz el hatillo. ¡Hala!

—¿Tú crees que el Cura podrá?

—¡Hala, mujer! Además, ¿no duermo yo contigo?

—Tú ayer te tapabas con las sábanas igual que yo.

—¡Esta sí que es gorda! Me tapé para estar contigo… para pasarte el miedo.

Mascaba el tabaco agachando la cabeza.

—Sois más desagradecidas, las mujeres. ¡Uno hace las cosas para bien…!

Benita se marchó hacia dentro, y Ramón seguía explicando a Modesta:

—¿Qué miedo voy a tener yo? ¿No tumbé solo un lobo hace la mar de años? Solo, con mi escopeta… Y por malo que sea lo que sea, más que el lobo, digo yo…

Vicente pasaba con un cesto vacío hacia los limoneros.

—Ven acá, hijo.

—Ven, Vicente.

Yo veía el temblor en la boca de aquel muchacho esbelto y vigoroso cada vez que de los labios marchitos y ensalivados de Ramón escapaba la palabra hijo.

—¿Oíste anoche algo?

—¿Anoche? No. ¿Qué tenía que oír?

—Nada —dijo Benita—. Bien se ve, es por la parte de acá. La torre esta, que está endemoniada.

—Pero ¿qué pasó?

Vicente se interesaba.

—Que van dos noches que aunque el señor marchó… —comenzó Benita.

—… Oímos golpes de la llave en las ventanas —dijo Modesta.

Vicente se echó a reír, posando el cesto.

—Y gritos —se acaloraba Benita—. Alguien grita: «Ayyyyyyy». ¡Contra! ¡Te quedas esta noche de guardia si no lo crees! Te digo que lo hemos oído todos.

—Era yo —reía Vicente.

Pero las mujeres hablaban a una, manoteaban y no le oían.

—… Y tiene que venir el Cura, porque debe de ser el ánima del finado señorito Donato, que anda suelta. En mi pueblo…

—Era yo —dijo más alto Vicente, sin reírse.

Ramón le había oído.

—¿Tú? ¡Demonio! ¿Es que quieres volvernos locos?

—¿Tú? ¿Eres tú?

Benita ponía las manos sobre las caderas.

—Sí, era yo. Di la ronda y pasé las llaves. Así hacía el señor.

—Así hacía el señor… Así hacía el señor… —Benita estaba enfurecida—. ¿Y tú qué tienes que ver con el señor? ¿O te has vuelto loco como él? ¿No puedes dejar dormir a la gente?

—Cuando yo os dije que no era nada —decía Ramón—, que no había por qué alborotar.

—Tú te callas —gritaba Benita—. Tú temblabas como una hoja y te apretabas a mí y decías: «Benitiña, Benitiña, ¿cerraste bien la puerta?». Y fui yo la que tuvo que levantarse a poner delante el baúl, más las sillas.

Ramón había dejado de mascar. Perecía avergonzado y alzaba los hombros:

—Las mujeres… No hagas caso. Sueltan la lengua…

—¿Y qué haces tú de noche por ahí, vamos a ver? —dijo Modesta.

Se apretaba la bata contra el pecho.

—Porque eso es lo que hay que averiguar ahora.

—¿Qué haces? —repitió Benita.

Vicente volvió a coger el cesto aunque las mujeres tiraban de él.

—Es nuestra obligación saber qué haces. Tu padre nos encargó —dijo Modesta.

—Me encargó a mí. Dejad al chico. Esto es cosa de hombres.

Se ponía contento, Ramón.

—Ya me contarás, ¿eh, Vicente? —quiso alcanzarle con una mano la rodilla. Mascaba de nuevo el tabaco con los pocos dientes que le quedaban.

Vicente se marchó hacia los limoneros y sacudió los frutales. Nada en él, sin embargo, recordaba a Justina sacudiendo los árboles.

Al día siguiente oí que sentadas en el bordillo de la fuente decía Benita a Modesta:

—¡Y dale con la matraca! ¡Volvió anoche el condenado del chiquillo!

—Yo ayer no oí nada, que me dormí en seguida —dijo Modesta.

—Pues yo lo oí. Se le pegó la manía del señor. Al fin y al cabo… —reía.

Modesta la miró.

—Cállate, Benita, ¡cállate! —dijo Ramón—. Que esas son figuraciones de Cándida y nada más. Y si el señor se entera…

—¿Qué es? —preguntó Modesta.

Benita dijo algo a su oído mirando hacia el fondo de la huerta.

—No puede ser.

—Que sí, mujer, lo dice Cándida y ya sabes que Cándida andaba siempre detrás de unos y de otros.

—¡Que te calles, Benita! Que si el señor se entera la hacemos buena. Que Vicente es hijo de Camilo y así está registrado en la Parroquia, que yo mismo acompañé a Camilo para apuntarle.

—Me alegro por Camilo —dijo Modesta. Se la veía satisfecha.

—Pero ¿te piensas que es de él? Si es el amo mismo… A más que Camilo nunca tuvo hijo de otra. Ese…

—¿De qué otra? —preguntó Modesta, cruzándose la bata.

—Que te calles, Benita —seguía diciendo Ramón.

—De cualquier otra mujer, ¡contra! ¿O no lo ves?

Modesta se levantó con la cara chupada y amarilla.

—Me voy para dentro. Y hay que mirar lo que se dice, Benita, que está en el Catecismo que no se cuenten pecados de la gente. A más sin seguridad.

—Te la has ganado —dijo Ramón cuando Modesta se fue, y vio a Benita sofocada y furiosa—. Te lo decía yo: «Cállate, Benita». Pero deberías tener hueso en la lengua, a ver si así te dolía al hablar. Ahora falta que esta vaya con el cuento, que la señora se entere, y ¿quién paga?… Benita.

—No hice más que decir lo que me dijo Cándida.

—Pues deja que lo diga Cándida, y tú te callas.

Benita se acercó a Ramón.

—¿Y tú qué crees?

Ramón escupió tabaco mascado.

—¿Qué crees, Ramón?

—Yo lo registré en la Parroquia —volvió a decir.

—¿Camilo se creerá de verdad que es suyo?

—Y suyo es, ¿entiendes? Está en los papeles. Suyo es. Además…

—¿Qué?

—El hijo de una casada es hijo del marido. ¿Lo es o no lo es?

—Visto así…

—Así hay que verlo.

Por las mañanas, Vicente abría la verja. Chirriaba aguda y largamente al abrirse. Salía con los libros bajo el brazo y con mis ramas más altas le veía perderse por el sendero donde, tiempo atrás, había esperado a Xavier.

Volvía horas después, y yo le divisaba regresar, despacio, un poco sudoroso, porque el sol le pegaba de frente.

Metía la mano entre los barrotes de la verja, y buscaba el cerrojo. Se venía a mi sombra, posando los libros sobre la hierba, y estaba allí hasta que la frescura de mis hojas iba secándole el sudor.

—¿Vas a aprender letras al pueblo, o qué pretendes? —preguntaba Benita.

—Muy cansado viene…

Vicente no contestaba. Yo sentía su sangre, como está la savia mía en primavera, golpeando sus pulsos y sus sienes, impetuosa, pero contenida.

—Eh, gandul, ¿pero es que no piensas trabajar hoy? ¿No te da vergüenza dejárselo todo al viejo?

El viejo mascaba tabaco sobre la base del roble.

Vicente se levantaba. Quizá ignorase que aquel tormento dulce, aquel punzante anhelo, aquella perezosa turbación le iba y venía con su sangre.

XXIX

BARRÍA el viento suave de final de otoño mis últimas hojas, cuando escuché un ruido renqueante, extraño, viniendo desde el sendero.

Vicente había salido temprano, como todos los días, y solo Ramón mascaba su tabaco sobre la base del roble. Levantó la cabeza y miró hacia la verja y hacia arriba, buscando de dónde podía venir tan curioso ruido. Antes que él, supe que venía del camino.

Había llovido días atrás y la tierra del sendero era una mezcla confusa de barro y piedra, con hoyos poco profundos. Aquel sendero partía de frente a la verja, no venía de ninguna parte, pero sí llevaba a algún sitio, porque se perdía a lo lejos de un recodo, y al otro lado, una tapia separaba los sembrados del camino.

Era, os digo, el otoño, y el tojo estaba florecido. Aquello que avanzaba, de lejos, me parecía una caja de grandes dimensiones, a dos alturas; pero andaba sola y no tiraban de ella ni bestias ni hombres. Según fue acercándose se me antojó más bien oruga trepidante. Una oruga que fuera rígida, de metal moviéndose a saltos sobre el desigual camino, dando pequeños brincos como si fuesen a quedar las ruedas al aire. Porque tenía ruedas, aunque no de madera.

Producía un ruido ensordecedor, y los pájaros que anidaban en mis ramas piaron, asustados, y levantaron el vuelo.

Benita y Modesta se asomaron, y se juntaban a Ramón.

—¿Qué pasa, santo Dios? ¿Qué pasa? ¿No oyes un ruido espantoso?

Levantaba la voz para que los otros la oyeran.

—Viene del camino.

Ramón, arrastrando los pies y los calzones, fue por delante, y las mujeres detrás, con ojos de pánico.

—No gana uno para sustos…

Pegaron sus caras a la verja, y así vieron a la oruga trepidante detenerse frente a ellos, y traía delante como dos ojos de cristal, redondos y muy grandes, que es por donde tan extraño artefacto debía de ver el camino. Ahora ya sé que aquello era un automóvil, y el hombre ha ido embelleciéndolos, y ya ni producen aquel espantoso ruido ni huelen como olían, ni se pasan el día levantándoles el motor. Parecen haber llegado a un mejor acuerdo, y Pastor, cuando viene, se desliza por la grava del jardín. Pastor ahora conduce un automóvil silencioso, negro y plateado, tan aplastado contra la tierra y casi como una caja para contener un cuerpo humano. Desde mis ramas, a veces, me recuerda la negra caja que usan cuando han dejado de vivir.

Pastor ha mandado echar brea y asfalto en el sendero, frente a la verja, y hubo un tiempo en que aquel olor penetrante se nos pegaba a la corteza, pero ahora el camino es liso y acerado, y los coches ruedan, sigilosos, sin levantar polvo, y Pastor si llueve en invierno se enfada, porque se estropea el camino, y se forman pequeños hoyos inundados.

Grita y lo manda arreglar, de prisa, de prisa como lo quiere todo. Pero él, que conduce el coche por sí mismo, no arregla el camino para que el coche pase. Pastor hace cosas que nunca hicieron los suyos, y pienso si Lorenzo llegará a arreglar el camino con sus manos, alguna vez.

La primavera que aquel coche llegó, Ramón se apartó de la verja como si quemase, Modesta y Benita también, e hicieron un gesto de huida. Alguien bajó que yo no conocía y dijo:

—Abran. ¿O no piensan abrir?

Se reía. La portezuela se abrió —tenía portezuela igual que aquellos coches que llegaban traídos por caballos— y bajó Xavier. Un Xavier a quien de pronto hallé viejo y cansado, con los hombros subidos y la espalda se le abultaba como la cheta de los árboles viejos. Algo se estremeció en mi raíz porque Xavier estaba allí. Xavier había clavado su navaja, de niño, en mi tronco y había sido cruel. Xavier cortaba con saña mis ramitas y golpeaba despiadamente los erizos, pero era Xavier, simplemente… Y la torre

parecía necesitar de la sangre de ellos para vivir, ya que solo cuando ellos venían abría sus ventanas y se alhajaba.

Xavier rio mirando a los tres despavoridos seres:

—No tengáis miedo, hombre. Es un automóvil. Abrid. ¿No nos esperabais?

—Sí, señor —dijo Modesta—. Pero no tan pronto.

Ayudaba a abrir la verja mientras hablaba:

—… Como echábamos cuenta del viaje de otras veces, creímos que hasta mañana no vendrían —se apuró Benita—. No lo hemos abierto el cuarto.

—No importa. No importa.

Xavier entró a pie en su casa, y para dejar paso al coche se hizo a un lado ante los cipreses, donde en un tiempo estuvo el rosal. Miraba a todos lados, ansioso y con una sonrisa nerviosa. Solo entonces volvieron de su estupor las gentes y dijeron:

—Bienvenido, señor.

Estaban con los ojos clavados viendo arrancar al auto, que hizo muchos ruidos, como pequeñas explosiones, antes de comenzar a andar de nuevo. Yo recordaba las llegadas de Amalia con aquellos coches conducidos por cuatro caballos piafando, sudorosos los ijares, rubios de pelo, corta la crin, espumoso el belfo. Era un ruido igual, rebotando en tierra, y el jadear de la bestia hermoso, y aunque los coches se balanceaban había más gravedad y era más noble llegar llevado por aquellas bestias espumantes, trotando sobre el sendero (y si hacía sol las pezuñas herradas levantaban chispas de fuego). El hombre nuevo echó la mano, al pasar frente a mí, a una fruta de goma, perecida a una pera grande, y tuve ganas de reírme con las mujeres. Porque se oyó un sonido ruin, de pato, pero sin la profundidad de la garganta de este, un sonido corto que provocaba risa. Modesta y Benita se reían hasta las lágrimas. Ramón se la aguantaba.

Aquel hombre que llevaba las manos sobre una rueda, cerca de la pera de goma, saltó a tierra y dijo:

—¡Ignorantes!

Y abrió la portezuela. Dolores bajó. No venía Pastor con ella. Al verla me quedé sorprendido de que fuera tan escurrida y flaca, y me pareció que durante algún tiempo me había olvidado de su contorno. Traía una ropa ceñida al cuerpo, semejante al abrigo de

Xavier, y hacía que aparentase aún más lisa. En torno al cuello llevaba el pellejo de un animal muerto. No supe reconocer qué animal era aquel, que tenía de comadreja y de ardilla, con una piel sedosa, color de piña fresca, veteada, de estrechas tiras. Aquel animal, también estrecho y delgado, rodeaba con su pellejo muerto el cuello de Dolores. Y más abajo de su cintura le caía la cabeza aplastada, de fino hocico, enseñando los dientes cortos, pequeñísimos, como dientes de ratón.

Yo no podía ver el rostro de Dolores, porque además de taparse con aquello que llamaban sombrero, lo mismo que Amalia, estaba recubierta por un velo finísimo y tupido, ambas cosas a la vez. Pensé que no nos vería, pero debí de equivocarme, porque volvió la cabeza hacia donde estaban las mujeres y dijo:

—Vamos, vamos. ¡Formalidad! ¿Cómo va todo?

A través del velo su voz nos llegaba suave y fría. Las mujeres se apresuraron, dejando de reír.

—Bien, señora.

—Voy a abrirles el cuarto —dijo Modesta.

Cándida salió de dentro del coche, más ancha aún, más gacha la cabeza. Se reía y preguntó bajo a Benita:

—¿Qué os parece?

Dolores, antes de entrar por la puertecita de la torre, se volvió a Ramón:

—Tú enseñarás a Martín dónde está la cochera —dijo— y que duerma en casa de Camilo.

—Luego. ¿Camilo no viene?

—No.

Xavier estaba todavía frente a mí, sin moverse, mirando a todos lados, a los tres sirvientes y a Cándida, y a Martín. Golpeaba, impaciente, un zapato con el bastón, y miraba y miraba como si desease preguntar por algo o alguien. Volvía los ojos hacia la base del roble, pero la base del roble estaba vacía, y nadie subía por el sendero de la huerta.

Ramón, acercándose al automóvil, dijo:

—Lo que inventan los hombres. Lo que maquinan… ¿Y cómo anda?

Se interesaba por el automóvil. El hombre que se llamaba Martín se secaba en un trapo las manos manchadas de grasa.

—Parece cosa del demonio.

—¿Y dónde quedó el coche de casa? —preguntó Benita.

—Lo vendieron.

—¿También los caballos?

—También.

Xavier pasó por delante de ellos, con el sombrero en la mano, hacia la huerta. Iba con ansiedad y un reprimido gozo, pese a que caminaba encorvado. Me entristecía verle así, con el tiempo ya entre sus hombros, señalándole allí como a otros había señalado en otras partes de su cuerpo.

En la ventana alta, Dolores se asomó.

—Pero, Cándida, ¿no oías que llamaba?

Cándida levantó la cabeza.

—… Cada una a su trabajo, que ya tendréis tiempo para hablar.

—Bienvenida, señora —dijo Benita, como si se le hubiese olvidado antes.

Y vi a Modesta y Cándida, desdoblando las telas rojas y poniéndolas en las ventanas. Después se subieron a una escalera para extenderla sobre la cama.

—Ayúdame a poner el dosel.

Quedó tirante la roja tela sobre el lecho, y Dolores iba y venía mientras tanto. Tenía ya el rostro al aire, demacrado dentro de aquella delgadez de siempre. Sí, era un rostro consumido.

—¿Y el niño? ¿No vendrá, señora? Se le va a echar en falta.

Dolores sonrió a Modesta.

—Está con su tía Gertrudis, una temporada. ¡Le quieren tanto! Y esto es tan insano en invierno…

—Doña Gertrudis quedará encantada, pero a nosotros nos va a faltar.

—Si —dijo Dolores.

Sonreía, y le temblaba la sonrisa en la raya aquella que para siempre quedó de su boca a las sienes.

Vi que Benita y Cándida hablaban en voz baja junto a la puerta de la torre. Benita se asombraba:

—¡Volverse a casar Camilo! Si está que no puede con los calzones…

—Hay mujeres para todo.

Cándida reía.

—Cuando se entere Modesta…

—Buen pendón, él también, que con Modesta pudo cumplir.

—Que lo pensara antes…

—¿Y Vicente?

Cándida bajó más la voz y no oí lo que decía. Después Benita empujaba a Cándida, convenciéndola de algo. Y Cándida subió al cuarto alto de la torre.

—Dice Benita que si Martín va a dormir en la casa de Camilo que qué hacemos con Vicente.

Dolores se volvió, rápida:

—Vicente se irá con su padre.

Cándida escondió los ojos furtivos.

—Parece que el señor quería que se encargase de la huerta…

Dolores se acercó a la ventana:

—Yo hablaré con el señor. Puedes marcharte, Cándida.

Y desde la ventana vio llegar a aquel de quien hablaban, el muchacho: Vicente. Agachada la cabeza, mirando con curiosidad las huellas de las ruedas en el camino, y se sorprendió ante la verja abierta. Debió de comprender que estaban los señores, porque levantó inmediatamente la cabeza hacia la ventana alta, y Dolores estaba allí. Se miraron un momento: Dolores, fría y tranquila, y Vicente con los ojos claros, apurado.

No dejó los libros a mis plantas, sino que se fue con el rostro sonrojado y el pecho le alentaba. Y cuando estuvo fuera del alcance de la vista de la señora, echó a correr. Yo pensé en Xavier, que había emprendido aquel camino y en que se encontraría con el muchacho.

Más tarde le vi entrando en el cuarto de la torre. Preguntó:

—¿Qué? ¿Ya estás descansada?

—¿Y tú? No has parado desde que llegaste. Ni siquiera te cambiaste la ropa.

—No. Quise verlo todo.

—Ya… He dicho a Cándida que duerma Martín en la casa de Camilo.

Xavier se asomaba a la ventana. Miraba hacia el jardín como si se encontrase con un amigo.

—¿Te parece bien?

—Claro. Lo que dispongas.

—No sé si sabré hacerme sin Pastor…

La voz de Dolores rodaba en torno a Xavier, enrarecía el aire.

—¿Por qué le dejaste allí? No comprendo esos cariños por Gertrudis.

—Quiere al niño. Aquí en invierno llueve tanto, y no puede andar por el jardín. Además, temo que salga a tío Efrén…

—¿Y qué, que salga a mi padre?

Dolores desvió la vista.

—Lo de mi padre fue a última hora. El chico es sano, y yo no tengo nada.

—Es mejor así. ¿Tú crees que no me duele dejarle? Pero yo no pienso nunca en mí al hacer las cosas.

Le miró, derecha y lisa, como si ocultara algo con sus palabras:

—Es nuestro único hijo.

Volvió a decir:

—Tu único hijo… A la vuelta de Madrid le encontré delgado.

—Estaba sanísimo. Te atormentas, Dolores.

—Y tú, en cambio…

Xavier se volvió.

—Escucha, Dolores, ¡no te lo tolero! Estás siempre con reticencias. ¿Crees que no me he dado cuenta de que Gertrudis y tú os pasabais el tiempo criticándome en cuanto volvía la espalda?

—¡Xavier!

Le miró con aquellos ojos consumidos:

—He dejado a Pastor por ti. Antes dejé a mis padres por ti. Siempre…

—Podrías ahorrarte tanto sacrificio. Estoy bien, y debiste quedarte con tu hijo.

—¿Era eso lo que deseabas?

Xavier calló.

—¿Y crees sinceramente que estás bien…? —se acercó a él—. Entonces, ¿por qué corrías de una ciudad a otra, de un sitio a otro, como si en todos lados nos persiguieran? ¿Por qué andabas de noche por la casa como un alma en pena? ¿Sabes lo que me dijo Gertrudis?

Xavier se alzó de hombros sin volverse a mirar a su mujer.

—¿No te importa? Pues Trinidad también opina lo mismo. Si les llego a hacer caso…

—¿Qué?

—Trinidad dijo que debería encerrarte.

—¿Eh?

Xavier se volvió como si hubiese presentido a su espalda una mano enorme que le amenazase el cuello.

—¿Qué dices?

Le temblaba la voz.

—Ellos lo dijeron. Yo no quise. Te defendí.

—Pero ¿qué defensa? ¿Estás loca? ¿Qué tengo yo? ¿Por qué habían de encerrarme?

—Esas manías…

Dolores quería volverse atrás, pero Xavier avanzaba sobre ella. La acorraló contra la cama.

—¿Qué has ido contando, di? ¿Qué les has dicho a mis hermanos? ¿Qué has metido en la cabeza de todos? Contesta…

Era más terrible porque no gritaban.

—Contesta…

La cogió por el cuello:

—Encerrarme… ¿Crees que no me lo figuré? Vamos a este médico, ha venido este amigo… ¿Y si yo hablara de ti? ¿Y si yo dijera cosas tuyas? ¿Dónde te meterían? ¡Contesta!

Apretaba el cuello de Dolores, que casi había cerrado los ojos.

—Por eso dejaste a Pastor, ¿verdad? Para que no estuviese aquí cuando vinieran.

Dolores hacía que no con la cabeza. Quería hablar. Xavier aflojó la presión.

—¿Qué dices? Dilo, si es que te doy tiempo…

—Nunca te haré encerrar, jamás. Lo sabes: te quiero… Te quiero…

Le corrían lágrimas por la cara. Decía «te quiero» desesperadamente, aunque ya nadie se lo preguntaba.

—¿Me quieres, tú? Me lo dices ahora, con la mano al cuello…

Estaba enloquecido, pero su exaltado hablar nacería del miedo, porque jadeaba y volvía la vista atrás, a todos lados, acorralados los ojos.

—¿Y ese hombre, el mecánico…? ¿Qué es ese hombre? No para un día aquí. Se va esta misma tarde.

—Xavier, por Dios, te ruego… No es verdad lo que dije, Xavier.

Se arrastraba. Se había puesto de rodillas y se arrastraba.

—Esta misma tarde… Buscado por ti y por Gertrudis… Siempre detrás de mí: «¿Buscaba algo el señorito?»… ¿Me oyes? Esta tarde…

—Como quieras. Te ruego…

—… Y se cerrará la verja a doble vuelta. Nadie vendrá a esta casa. No necesitamos a nadie, ¿no es cierto?, ahora que nos queremos…

Reía con una risa hueca y sombría.

—Porque ahora has descubierto que me quieres.

Dolores se puso en pie.

—Te he querido siempre.

Debía de decir la verdad, al fin, pero sonaba lo mismo que la mentira. Xavier no la creyó.

—¿Por qué te casaste conmigo? No lo sé… Hasta en eso fuiste morbosa y retorcida. Besaste mis manos, tú…

Dolores miró horrorizada las manos aquellas.

—Tú, su hermana… Bésalas de nuevo, bésalas ahora…

Le agachaba la cabeza a la fuerza. Y Dolores las besó.

—Esta es mi gente, ¿sabes? Mía. Y me guardará.

—No necesita guardarte. Nadie te ataca —dijo Dolores—. Tú me atacas a mí. Todo es tuyo, hasta yo. Puedes hacer lo que quieras, pero piensa en Pastor, no perjudiques a Pastor. No hagas nada que pueda avergonzarle.

—¿En qué perjudico yo a ese macaco? Me vas a hacerle odiar.

—¡No! —gritó Dolores.

Sí. Al fin, Dolores gritó. Fue un grito sangrante, como si fuese su entraña, no su boca, la que gritaba. Por la huerta vi subir a Vicente corriendo, y se puso nervioso a escuchar, y se mordía las uñas, sin saber qué hacer. Alzaba la cabeza hasta aquella ventana abierta que dejaba escapar palabras descarnadas e implacables.

—Sí —decía Xavier—, Pastor arriba, Pastor abajo. Ni en eso eres normal. Mi madre nos adoró…

Se detuvo un momento. Dijo con amargura:

—¡Pobre madre!… Y jamás sacaba las cosas de quicio. Eso sí que es enfermizo y debías cuidarlo.

—No —sollozó Dolores como si no hubiese oído las últimas palabras—. No me digas que le odias. Te lo ruego. Te lo pido… Me arrastraré a tus pies, haré lo que me mandes, vivirá aquí o allá,

donde tú quieras, pero ¡no odies a tu hijo!

Se sacudía toda en su dolor:

—¡Xavier! Si algo tienes de humano…

Xavier se pasó la mano por la frente.

—No le odio. También me vas a volver loco tú. No le odio. Es un chiquillo bueno y le quiero, pero acabo harto.

Dolores sonrió, al oírle. La cara le temblaba.

—No me mires así, con esa cara…

En el jardín, Vicente se había pegado contra el muro de piedra de la torre. Vi que tenía los ojos húmedos y apretaba las manos. A él y a mí nos llegaba la voz de Xavier.

—… Martín se irá esta tarde. No necesitamos coche. No vamos a salir de aquí. Ahora, tú vas a jurarme que no mandarás recado alguno a Gertrudis, ni a Trinidad, ni a nadie.

—Yo no juro nunca, Xavier.

—¿Cómo, que no juras?

La cogió por la nuca, tan delgada que temí fuera a quebrarla con la mano.

—¡Jura ahora mismo!

—Sabes que no haré nada contra ti. Tantos años, ¿y aún no has comprendido…?

—¡Jura!

—Pero ¿qué he de jurar? ¿Qué tengo que jurar? Dios, si llego a saber esto…

—¿Cómo si llegas a saber esto? ¿Qué hubieras hecho? Di.

Dolores no contestó.

—Contesta.

—No te hubiera dicho nada. Porque, ves, Xavier —y volvió la sonrisa a su rostro—, nunca pensé en hacerles caso. Si hubiese querido hubiese sido fácil allá, en la ciudad, con cualquier motivo, no aquí, entre los tuyos, aislada…

Aquello debió de convencer a Xavier. Se pasó la mano por la frente.

—Gertrudis me odió siempre. Me la tenía guardada. Hay que quitarle a Pastor.

—¿Quieres que venga?

Se acercó a él. No temía a las manos que le habían golpeado, ni a la lengua que le había herido. Y aquel acercarse de nuevo, sin

defensa, nacía quizá del amor que había confesado.

—¿Quieres que venga? —dijo.

Y por un momento casi me pareció bella.

—Sí —dijo Xavier.

En el jardín, Vicente sollozaba. Se había vuelto de espaldas a mí, con la cabeza escondida en su brazo doblado, y sollozaba silenciosamente.

Ya habían cerrado los cristales de la ventana y aún Vicente seguía allí, de cara a la pared, sin sentir el relente de la noche que debía de empaparle el cabello.

Pero, cuando dejó caer su brazo, y echó a andar, alejándose, vi el rostro del muchacho, y supe que no había llorado de dolor, sino de piedad.

XXX

CUANDO colocaron ese banco de barras de madera, pintadas de verde, bajo la ventana de la torre que da al despacho, nadie pensó que un día sería el lugar de Xavier, el apoyo de Xavier, el descanso de Xavier. Porque Xavier, que tuvo el pelo prematuramente blanco, y cuya espalda se abombó en lo alto, ligeramente, dando la sensación de que le agobiaba su propio peso, fue sumiéndose en sí, cada vez más descarnado, cada vez más hundidos los ojos en sus cuencas, y con un ligero temblor, que al principio procuró dominar, en sus huesudas manos.

Fue Dolores quien hizo poner el banco allí, y se sentaba en el atardecer o en las mañanas soleadas, leyendo o quieta. Jamás conocí otra mujer capaz de estarse horas y horas al sol, inmóvil, apoyada contra la pared y con los ojos entornados. La piel se le requemaba, de un moreno seco que recordaba el verde de la oliva, y no el moreno cálido de su hijo. En los días de calor vestía ropas blancas o rosadas, o del verde más pálido, y en contraste resultaba más oscura aún. Dolores, con la cara al sol, y las manos cortas y sinuosas caídas sobre la falda, volvía a recordarme a la salmántiga. También la salmántiga busca el sol, reptando sobre la piedra. Como Dolores, verde, con las morenas manchas de su cabello, y aquel brillo glauco, estancado en las órbitas de sus ojos.

Ya os dije que las manos de Dolores, si alguna vez me tocó, espeluznaban mi corteza. Vistas desde mis ramas, posadas sobre su falda, parecían manos blandas, sin embargo, o como si los huesos de ellas fueran mucosos, lo mismo que la pulpa de algunas plantas.

No la noté envejecer como a Xavier, porque Dolores nunca tuvo lozanía, y cuando llegó al Castelo dudé de si era joven o no, y después dudaba de si era ya o no vieja, según el cálculo que hacen los humanos; pero creo que Dolores no llegó a vieja, pese a que su piel era mate y correosa, pese a que su aliento no era fresco, ni le

bailaba la risa, ni le chispeaban de alegría los ojos. Vendría al mundo así, sin brillo y sin gozo, sin fragancia y sin opulencia, y nunca supe de los años suyos. Sé, sí, que era joven para morir, y ella no debía de esperar la muerte, aunque quizá la noche aquella en que la vi, a la sombra roja de su cama, con acorralados ojos, temiera el golpe.

El año en que Dolores murió conocimos una larga temporada de sequía. Acostumbrados a la generosidad de la lluvia, a la humedad de la tierra, la sequía fue agotándonos, ardiéndonos. Al principio pensé que la sequía solo a nosotros alcanzaba, porque vi mustiarse los rosales a un lado de la verja, y las azaleas no florecieron, y la hierba era parda. Se secó el agua en la fuente, y Pastor gozó atrapando a los peces con la mano.

—No les aprietes, Pastor —decía Vicente.

Pero Pastor les apretaba por las agallas para ver cómo boqueaban. Quedaban con aquellas bocas redondas y los ojos saltones. Pastor los soltaba con cara de asco.

—¿Por qué matas a los peces?

—No hay agua…

Por primera vez vi el lavadero sin agua, y las aspas quietas. Como si la vena de la tierra se secase. ¿Qué iba a ser de nosotros? ¿Podría llegar a faltarle humedad a la tierra? ¿Cómo viviríamos?

Un sopor lento y pesado nos invadió; ya no formulábamos preguntas, ni nos angustiábamos, porque nuestra fuerza se embotó. Nos dejábamos vivir, agobiados por la sed, cogiendo cuanto pasaba a nuestro alcance.

Por aquella época aparecieron chupones en los árboles; yo no tuve ninguno, pero vi a Vicente quitando con segura mano los chupones nacidos en árboles hermanos, para que al menos no les sorbiesen la savia que tenían. La tierra se hizo arenosa, y polvo. Hasta las palabras de los hombres eran secas y agobiaban. Comprendí que la sequía alcanzaba al hombre también.

No era propio de aquel principio de invierno el agobiante aire abrasador. Dolores se acogía a la frescura de la torre, y a las horas de sol tenía las ventanas entornadas, pero al retirarse las abría, y la veía sentada allí, o echada sobre la cama.

Xavier, al anochecer, daba su ronda, acompañado por Vicente. Nunca perdieron tal costumbre. Yo no sé si lo hacían por vigilar o

por estar juntos, porque solo con Vicente se movía entonces Xavier con libertad.

Caminaba, seguido por aquel joven esbelto y vigoroso que andaba a la par suya iluminando los senderos oscuros, confortándole. Y algo en él se distendía al hallarse con Vicente.

—¡Hola!

¡Cuántas cosas pueden caber en una sola palabra, tan leve!

Decía «¡Hola!» y desfruncía las cejas, como si algo propio le saliese al encuentro con Vicente. Sin embargo, nada en Vicente le recordaba. Había ido creciendo, haciéndose hombre, siempre silencioso y lejano, pero eficaz. Las manos de Vicente fueron, en aquella época, las únicas manos que cuidaron de la tierra y de nosotros, árboles, y solo su cuerpo esbelto y fornido se atrevía con el aire cálido del día. A la noche, junto a él caminaba Xavier.

—¡Qué extraño este tiempo en enero! ¡Qué sofocante! Hasta el cielo parece que se nos pone en contra.

Vicente no contestó. Levantó sus ojos hasta las estrellas, haladas todas de blanquecino difuso, cálidas también.

—… Más que calor, es esta falta de agua… Se vuelve uno loco —decía Xavier.

Dolores ya no se asomaba a atisbarles. Sabía que iban juntos, sabía que se amaban. Y ella, que había desenraizado de Xavier todo amor, se reconoció impotente y fatigada, para luchar contra aquel que crecía y crecía, en el mismo jardín que ella pisaba, en el mismo aire que recogía su alentar, bajo mis ramas y mis hojas que la habían visto succionar de los labios de Xavier el amor y el deseo, que habían contemplado cómo se metía en todo y en todos, con su afilada lengua. Mi tronco que ahora tiene un muñón, cercenada la rama por orden de Dolores, cuando vino a dormir al cuarto rojo…

Pero algo la había rebasado, liberando a Xavier: la ruda y humilde voz de un niño que le ofreció luz y compañía en su soledad y en su sombra; los piadosos ojos grises de un muchacho que oía, sin contestar, y para quien supo hallar Xavier palabras que revivieron la historia de este jardín que caminaban de noche y, por fin, aquel hombre joven, que seguía siendo rudo y humilde como cuando era niño, pero era rubio también, y lanzal y vigoroso, que continuaba con piedad en los ojos, si le miraba, pero cuyas pisadas eran silenciosas y firmes, llenando la soledad y la noche.

Ya no cabía entre Dolores y Xavier disimulo o acecho, y llegó el momento en que Xavier confesó su amor con gozosa tristeza, casi como hacía años Roque tocaba la campana gritando:

—¡Larga las velas!

Xavier, antes de hacer la ronda, subía todas las noches al cuarto alto, pero no era que fuese a decir adiós a su mujer, ni a estrecharla como antes hacía, sino que miraba a un lado y a otro de la habitación, mientras ella permanecía silenciosa y lisa, buscando sus ojos, con aquella sonrisa tirándole de los labios.

—¿Buscas algo? —preguntó las primeras veces.

Xavier se acercaba a ella, y la besaba en la frente, pero yo veía que se forzaba para acercar sus labios.

Seguía la sonrisa en el rostro de Dolores hasta que la puerta se cerraba.

Poco a poco, la angustia fue creciendo en Xavier, y vi cómo entraba en aquel cuarto sin llamar, precipitadamente, e iba recto hacia la cómoda, y metía las manos revolviendo ropas suaves y claras. Dolores no protestaba, ni se enfadaba tampoco. Con los brazos cruzados sobre el pecho seguía buscando fijamente los huidizos ojos de Xavier.

—¿No pensarás que cabe nadie escondido en la cómoda?

Y Xavier, a veces, se marchaba huyendo de sus ojos. Otras, volvía sobre sus pasos y abría la puerta de un golpe, como para sorprenderla. La puerta así abierta mostraba a Xavier con los ojos agudos y un gesto astuto en el semblante.

Dolores solía estar aún quieta, donde él la dejó, sin su sonrisa. Pero automáticamente, al golpe de la puerta, ponía la sonrisa de nuevo:

—¿Olvidas algo?

Xavier, al principio, murmuraba:

—Me parecía que…

Después, nada decía. Miraba amenazadamente, y cerraba de nuevo con brusquedad la puerta.

Dolores pareció sorprenderse cuando llegaron hombres al Castelo y se encerraron en el despacho con Xavier.

Y de la sorpresa pasó a la inquietud, y de la inquietud a la angustia. Yo vi su rostro, tras los cristales, atisbando a los visitantes, o a ella misma rondando la puertecita para tropezar con ellos

cuando salieran.

Sentada en el banco verde escuchamos, ella y yo, las palabras de Xavier. Había acompañado hasta la verja a un hombre, de aspecto rudo, y al volverse vio a Dolores allí, observándoles. Pasó por delante de ella como si fuera a entrar en la torre, pero algo le hizo retroceder.

—Dolores… —dijo.

Y vio que la mujer había vuelto la cabeza para mirarle. Se acercó. Se sentó en el banco y, juntando sus huesudos dedos, inclinó la cabeza hacia la grava.

—He vendido el pinar —dijo.

Dolores fue quedándose pálida.

—Es un bosque hermoso. Vale un capital. ¿Para qué lo vendes? No nos hace falta…

Le temblaban los labios en las comisuras.

—Es una buena ocasión. Hay que venderlo.

Dolores estuvo un momento callada. Después levantó sus ojos, y el agua estancada en ellos comenzó a removerse.

—¿Vendiste algo más ya?

No sonaba a pregunta, sino a lamento. Xavier alzó los hombros.

—¿Por qué vendes tus tierras, Xavier? ¿Por qué vendes el bosque? Hasta las criadas lo dicen, ¿estás loco? ¿No ves que se aprovechan de tu apuro de vender? ¿Para qué quieres el dinero?

Hablaba inclinándose, como si quisiera que su voz le taladrase el cuerpo, se le hincara en el pecho, donde les palpita a los hombres el corazón.

Xavier, apoyándose hacia atrás en el banco, la miró en la cara, de rostro a rostro, sin huirla:

—Vendo porque hace falta —dijo.

—¿Cómo? ¿Hace falta? No hace falta nada. Lo sabes bien. ¿Por qué vendes? Di la verdad.

Xavier calló, y se levantó para marcharse. Pero Dolores corrió tras él. La agarraba por su brazo:

—¿Crees que no sé por qué vendes…? ¿Cómo puedes hacer eso?

Me parecieron dos animales midiendo sus fuerzas. Xavier se volvió y la miraba.

—¿Lo sabes? —dijo.

Dolores estaba ante él, con la mano clavada en su brazo,

vibrante y tensa.

—… Pues si lo sabes no necesito decírtelo.

Rio. Yo conocía la risa cruel y seca de Xavier. Reía así cuando hacía daño, y había placer en aquella risa. Dolores no supo defenderse de ella, porque su dolor era tan agudo que hasta la palabra le cortó. Se hizo atrás y miró al hombre que se alejaba.

Le miró con tanta intensidad que aún extraño que él no se volviera. Supe, ante aquella mirada, que Dolores no amaba ya a Xavier. No era posible amar y sentir aquel desprecio y aquel odio que sus ojos traslucían. Entró rápidamente en la torre, y la vi en el cuarto alto, el cuarto rojo como le llaman desde que ella puso las rojas colgaduras. Abrió los cajones de la cómoda y comenzó a sacar la ropa a brazadas, y a amontonarla sobre la cama.

—¿Qué es esto?

Xavier estaba en la puerta.

Dolores, palidísima y firme, continuaba vaciando los cajones.

—¿Qué haces?

—Me marcho —dijo.

—¿Adónde?

Y parecía furioso de que se marchara. Cogió los montones de ropa y los metió según estaban en los cajones, de nuevo. Y los empujaba con las piernas para cerrarlos.

—Te vas a ir… ¡qué te vas a ir!… De aquí no te mueves, ¿oyes?

Dolores cruzó los brazos.

—Me iré —dijo.

—¿Adónde?

—Me iré con mi hijo, fuera de esta casa. Donde sea, lejos de ti…

Respiraba de prisa.

—Lejos de Vicente…

Y Xavier que iba hacia ella se detuvo al oír este nombre.

Vi angustia en sus ojos.

—¿Qué tiene que ver Vicente?

Dolores sonreía y no alzaba la voz:

—Crees que soy tonta —dijo.

Xavier tenía su risa mala en los labios.

—¡Qué has de ser tonta! Muy lista… Más lista que yo. Desde niña lo sabías todo antes que nadie…

—Una vez me dijiste que podía haberme quedado en la ciudad

con mi hijo. Ahora voy a hacerlo. No te opongas, porque será inútil.

—Mi hijo no se moverá de aquí.

—¿Tu hijo…? Me da risa.

—¿No lo es, acaso?

Dolores se irguió. Anhelaba.

—Lo es, para mi desgracia. Hijo tuyo… Pero llámale, dile que tiene que quedarse contigo. Haz la prueba, anda…

Xavier se acercó a la ventana.

—… Se escapará. Huirá de ti. Porque te tiene miedo, ¿entiendes? Tu único hijo tiene miedo de ti. Desde niño, si queríamos que callase, había que decirle: «Viene papá». Y se callaba. Porque te tiene miedo…

Le echaba las palabras a bocanadas, temblándole los labios. Y croó su risa, corta y sacudida.

—¿Mi único hijo? —Xavier estaba más pálido aún—. ¿De dónde sacas eso?

Dolores cruzó las manos sobre el pecho, tendida hacia él, esperando las palabras que iban a venir y que parecía desear.

—Tú has dicho que lo sabes, y es así…

—… Pastor te aborrece. Si te ve por el jardín, escapa a la huerta. Es un niño sano. Adivina que le estás robando, que le estás haciendo daño…

—¿Robando, yo?

Le retorcía las muñecas.

—¿Qué dices?

—¿Por qué vendes las tierras, y los bosques y todo…? Para mejorar al otro, ¿verdad?, para darle en vida lo que el vínculo te impediría darle el día de mañana, al hijo de Justina, que lo mismo puede ser de Ramón, que de Camilo, que tuyo…

—Es mi hijo —dijo Xavier.

Lo dijo con melancolía, con orgullo y con humildad.

¡Ah, cómo estaba unido el vástago aquel al tronco humano!

¡Cómo le sentía suyo el hombre, y con cuánta humilde obstinación lo proclamaba! Yo sé lo que es el fruto de uno, porque lo siento en mis ramas en el otoño, y nada hay comparable a la fuerte ternura que te invade cuando ves el fruto, maduro ya, desprenderse. No. La tierra me negaría su calor si yo negase el fruto mío. Y para Xavier debía de ser lo mismo.

Pero estaba el áspid al pie del hombre. Estaba aquella mujer, herida en su propio fruto, que no quería ver retoñar un vástago fuera del área suya. Su voz entonces no silbaba, escupía:

—¿Cómo lo sabes? ¡Estúpido! No te creía tan estúpido. ¿Crees que Camilo no se acostaba con ella? ¿No era su mujer? ¿No dormían juntos?

Xavier le volvió la espalda. Miraba a lo lejos, a través de mí, y supe que las palabras de Dolores le hacían daño, porque se hallaban con su pensamiento.

—… ¿y por el hijo de una criada y un cochero vas a perjudicar a Pastor, al hijo de tu sangre? ¿No te convences de que estás loco?

Xavier se llevó las manos a la frente. Dolores se acercó a él, sin tocarle, y hablaba más suavemente. Su voz sonaba como el arrastre de una larva sobre hoja seca.

—¿Qué seguridad…? Te quejas de Gertrudis porque se dolía de que todo fuera para ti, y ahora vas a romper con todo, perjudicando a tu hijo, al único que lleva tu nombre, al único que sabes, te consta, que es hijo de tu sangre.

Xavier habló, mirando hacia mis ramas:

—Es un buen muchacho. Me quiere…

Su voz suplicaba casi, estremecida. Me acordé de la noche, cuando Vicente era niño, en que Xavier apretó contra su pecho la cabeza rapada.

—¿Te quiere? ¿No será que han querido explotar tu pasado con la madre?

—¿Explotar, Vicente? Santo Dios, desde niño…

—Lo sé. Desde niño se ha pegado a ti, como la sombra. ¿Crees que no se ha dado cuenta de sus ventajas? Pareces tonto, Xavier… Pero yo me iré con Pastor. Yo impediré que lo hagas.

—¿Cómo? ¿Qué vas a impedir?

Rio. Una risa sin alegría y sin bondad.

—No saldrás de aquí, lo sabes. Ni Pastor ni tú saldréis de aquí. Mi hijo y mi mujer: todos reunidos… Yo le enseñaré a tenerme miedo.

—¡Xavier!

—Sí, ¿no lo has dicho tú? Me tiene miedo… No está mal el temor a los padres.

Dolores se llevó la mano a la boca.

—… Dormiré aquí, contigo. De nuevo como después de casados, ¿no te alegras?

Desde aquella noche, en efecto, Xavier durmió en el cuarto alto. Se marchaba temprano, antes de que Cándida entrara, por la mañana. Como eran los primeros días del otoño, y era un otoño frío, cerraban los cristales, pero yo veía entrar a Cándida y acercarse al amplio lecho donde Dolores reposaba.

No producía sensación de reposo, Dolores. Tenía la cabeza sobre la almohada y los ojos entornados, pero no debía descansar de noche, porque se levantaba tarde, y yo la veía dormir ligeramente, que a cualquier ruido se despertaba.

¿Cómo serían las noches de aquellos dos seres humanos, juntos en un mismo lecho? ¿Se odiaban o se querían? ¿Hablaban o permanecían silenciosos?

No sé por qué comenzó a parecerme aquel cuarto alto, un cuarto terrible, con su lecho enorme y la sombra roja de la tela sobre la cama, y aquella figura de mujer, verdosa y pálida, que dormía sin sueño, como si solo entornase su vigilia.

Yo la vi hablar con Cándida, aunque por los cristales cerrados no me llegasen sus palabras. Y Cándida ponía cara lastimera, escuchándola. Algunas veces, Dolores señalaba la puerta con recelo, y Cándida se acercaba y la abría, atisbando fuera. Después volvía junto al lecho, y se inclinaba hacia la señora.

Y Dolores hablaba con ella y sonreía mientras hablaba, pero yo veía sus ojos afilados y observando la cara de Cándida.

Durante unas mañanas se hablaron casi al oído, aunque no había nadie en el cuarto ni yo podía oírlas.

Y Cándida sacudía muchas veces la cabeza, y Dolores le cogía la mano. Cándida se reía, confusa, y miraba la mano que había estrechado la señora. Y estiraba sus hombros encorvados por el peso de aquellos apaisados, enormes pechos.

Os digo que yo estaba estremecido y temeroso, porque algo emanaba de Dolores que empañaba el cristal, volviendo turbio el aire en que se movían. Era extraño ver a Dolores suplicar, y más aún sus ojos serios y agudos mientras su boca y su rostro sonreían.

Así que en cuanto Xavier, antes de salir del cuarto, abría las maderas de las ventanas, ya estaba yo con mis ramas tendidas, mirando. Al principio, del fresco de la noche, estaban los cristales

cuajados de la humedad e iba poco a poco fundiéndose, licuándose, y a trechos entreveía el amplio lecho en el fondo del cuarto, y a Cándida asomando su maciza figura por la puerta.

A veces, Cándida se acercaba directamente a la ventana y miraba hacia el jardín o hacia el cielo, como para averiguar el tiempo, y echaba su aliento sobre los cristales. Y los cristales se empañaban del humo de su garganta, pero luego quedaban claros y transparentes.

A través de ellos vi a Cándida acercarse al lecho de Dolores, con caminar furtivo, reteniendo con su mano algo que apretaba entre los pechos, y Dolores no se movió, pero sus dedos se crisparon sobre el reborde de la sábana. No despegó los labios. Abrió de par en par sus ojos glaucos, y la luz que le daba de frente me hizo ver en ellos un fondo de légamo. Y el légamo se removió, encenagando los ojos, al ver que Cándida metía la mano por el escote y sacaba un frasco.

Un frío rayo de sol cruzó el cristal de la ventana y vino a quebrarse sobre el cristal del frasco. Pareció incendiarse allí, romperse en mil chispas de colores, y el líquido tomó un color rosado, y verde, y azulado.

Dolores se irguió, y decía algo muy de prisa, con los labios blancos, mientras con la mano cubría el frasco aquel, y lo empujaba hacia Cándida, de nuevo. Y Cándida sacudía la cabeza y volvió a metérselo por el escote.

Dejó de llover. El aire se hizo pesado y sofocante, y en el cuarto rojo estaban de día las ventanas entornadas y abiertas de par en par de noche. Hasta la Naturaleza se invirtió.

Las noches tenían tan clara luz que las sombras del jardín cedieron, y las plantas semejaban irreales. Las flores se marchitaron, y sus tallos vencidos se pudrieron. Desde la fuente y desde el lavadero nos subía el olor a posos corrompidos, y a los podridos cuerpos de los cangrejos que servían de abono para la huerta. Todo unido era hediondo y sofocante.

Los pájaros huyeron, volando, de nuestras ramas, y la Loba iba de noche por el jardín con los ojos enrojecidos y la lengua fuera.

XXXI

DIJERON que Cándida murió por la sequía. Dijeron que rabió, que le dio el sol demasiado… Yo no la vi morir, ni enferma.

La vi, sí, entrar temprano en el cuarto rojo llevando el desayuno a la señora. Dolores la aguardaba. Estaba con el cabello desanudado, tan blanca dentro de su verdosa piel que nunca volví a verla igual. Los dedos suyos se enraizaban en las sábanas. Miró acercarse a Cándida, y algo brillaba entre sus pestañas.

—Pósalo aquí, Cándida. Entorna las ventanas, no se recaliente el cuarto.

Había un tono nuevo en su voz. Aquella voz suave que rastreaba sin elevarse, se estremecía de una mayor suavidad, casi diría de piedad o de ternura.

Cándida se acercó con su desbordado cuerpo y su grisáceo cabello recogido atrás. A los lados de la boca le crecía un vello largo, grisáceo también, como no había visto en las bocas de otras mujeres. Se acercaba a la ventana pesadamente, de espaldas al lecho, y me pareció que Dolores se había erguido sobre las almohadas para mirarla y que había reemplazado a su sonrisa la mueca de dolor.

Después, por la rendija entreabierta, me llegaron desde el cuarto rojo de la torre amortiguadas palabras sueltas:

—Qué fresca la leche, ¡qué delicia…! Tú estás sudando, Cándida…

Risa ahogada.

—Si quieres, queda más en la jarra.

—No, señora, por mí no.

—Sí, mujer, toma. Andas subiendo y bajando, cargada con la bandeja. Déjala aquí. La llevarás más tarde.

Glu-glu de un líquido vertido de un recipiente a otro.

—Anda, toma un poco, si quieres.

—Que no, señora…

—Pero, mujer, si te lo doy yo… Trabajas demasiado con este calor. Las escaleras… Ya no eres niña, Cándida.

Sofocada risa.

—Bebe…

Chocar de un nuevo vaso. Nada.

—Gracias, señora… Una… se hace vieja.

—Lo sé.

Húmeda la voz de Dolores. Húmeda y férvida.

—Pero en esta casa, Cándida, todos te queremos mucho. ¿Lo sabes?

Risa sorda, apurada.

—¿Lo sabes, Cándida?

¿Era pregunta o ruego?

—La señora es tan buena. Yo me dejaría matar…

Se atragantaba la voz rascante.

Blandas zapatillas sobre el suelo, hacia la puerta, con ruido pesado, desigual. Chasquido de la puerta al cerrarse.

Silencio.

¿Quedaba Dolores en el cuarto? No se oía el escurrirse de su cuerpo entre las sábanas, o sus pasos menudos deslizándose por el cuarto.

Al estirar mis ramas, entumecidas de tanto tenderse, me pareció el jardín más claro, con una luz brutal e hiriente. Yo, sin embargo, no había estado ausente de él, o sumido en las sombras de la torre. ¿De dónde venía aquel descarnado contraste?

No sé por qué sentí ternura contemplando un gusano que rampaba a mis plantas, un abejorro que zumbaba en torno mío.

Miré al jardín mustio y agostado, a la torre de la izquierda que guardaba humanos marchitos, a la base del roble que despedía un vaho ardiente.

Encogía mis ramas por no mirar a la torre. Me dolía la torre y su presencia. Nada podía hacer, pero supe que entre la sombra de sus muros se recataba el mal.

Ese mal que los hombres llaman «pecado», que no tiene forma física, pero que existe, como existe el aire.

¿Dónde estaba? ¿En qué residía? ¿En las extrañas, desacostumbradas palabras de Dolores, o en el modo tenso y emocionado de decirlas?

La torre estaba triste. Era una tristeza impalpable que solo yo, en mi amor, podía percibir, porque sus piedras eran las mismas piedras de siempre, calientes por el sol, con las lagartijas quietas o agitándose entre sus ranuras, y las almenas enhiestas.

Quizás aquel inapresable aire de tristeza le venía de la ventana entornada, como si quisiera recatar un llanto.

—¡Señora! ¡Señora! Cándida…

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?

Se rompió la quietud. Por la rendija me llegaba el jadeo de Modesta, y su desalentado hablar.

—Está rabiando, ¡ay, señora!

—Pero ¿qué dices? ¿Qué es?

Confuso ruido: cuerpo irguiéndose entre sábanas y caminar rápido de suelas de esparto sobre el suelo.

—… Empezó a retorcerse y a ponerse morada. Y vomita que parece que no le queda nada en el cuerpo.

—Será un corte de digestión.

—¡Ay, señora, que me parece que está rabiando! ¿Se habrá acercado a la Loba? ¿Rabiará la Loba?

—Voy… Espera, tráeme la bata.

Chirriar de madera sobre goznes.

—No baje, señora, no sea que la muerda. Nos dio miedo y la cerramos en su cuarto.

—Voy.

La voz de Dolores va acercándose, en dirección a la puerta:

—Si sigue así, llamaremos al médico.

La puerta se cerró. Y nada más supe ni nada vi, aunque a las pocas horas oí el ruido de aserrar madera y el de martillazos.

Y entonces abrió Dolores la ventana. La abrió ella misma y parecía que llegase de andar un largo camino, o de asomarse a un sombrío abismo. No sonreía, Dolores.

Abrió la ventana y ofreció su cara al aire abrasado del mediodía, y le temblaba tanto la barbilla y la boca que creí que iba a llorar. Estaba aún con la ropa blanca de dormir y sobre ella tenía una bata echada. Cerrados los ojos. Y con ellos cerrados, se estremecía toda a

cada martillazo, apretando los puños. Como si fuese a ella a quien martillasen.

—¿Qué ha sido, Dolores? Cuando me avisaron…

Xavier vio el rostro desolado, demudado de su mujer. Hubo en él sorpresa, y se dulcificó su mirada.

—Ha debido de ser terrible. ¿Por qué te empeñaste en quedarte con ella? No te habrá tocado, al menos. Si es rabia…

Las lágrimas corrían por el rostro abajo de Dolores, sin sacudidas ni sollozos.

—¿Tuviste cuidado?

Dolores hizo que sí con la cabeza.

—He mandado a Vicente que mate a la Loba. Como era ella la encargada de llevarle la comida, debió de babearla o morderla, vete a saber. Era tan bruta que…

Dolores alzó la mano, deteniendo sus palabras:

—Nos sirvió —dijo— fielmente.

Xavier la miraba, sorprendido de aquel intenso dolor.

—Vístete. ¿Qué te pasa?

Oí un sollozo sofocado.

—¿Querías a Cándida…? ¿Tú?

Una indecible sorpresa palpitaba en las palabras de Xavier.

—Estás impresionada. Ha sido terrible, tan rápido. No sé por qué te empeñaste en cuidarla… Cámbiate de ropa. Lávate bien… ¿Estás segura de que no te tocó?

El sol abrasaba en el jardín, pero dentro del cuarto rojo, entre la piedra, la sombra fresca les cobijaba. ¡Cuánto deseé en aquella sequía la frescura de mi torre, de su piedra! Ellos la habitaban, ellos la vivían.

—Quisiera que… ¿Para qué decírtelo?

La voz de Dolores se arrastraba, cansada.

—¿Qué quieres?

—Este calor… Tengo miedo por Pastor. Suele haber epidemias, si no llueve. Y…

—Tienes razón. Pastor no se da cuenta de nada. Está siempre en los cuartos de delante, o en la huerta, o escapando al pueblo. No he visto un niño más inquieto.

—No me gustan esas escapadas al pueblo.

—Hace lo que quiere —la voz de Xavier era blanda,

complacida—. Y tú se lo dejas hacer.

—Es mi único hijo —dijo Dolores.

Hubo un silencio, y yo recordé la conversión pasada. Quizás ella también lo recordó.

—Le gustaba ir donde hay chicos de su edad, para jugar. Pero en el pueblo es aún peor, si hay epidemia.

—¿Por qué ha de haberla?

—La hay siempre de algo, cuando no llueve. No tenemos más que a él. Y no me atrevo a pedirte que le mandes fuera, a la ciudad. Sé que es inútil.

—No, cuando es razonable. Y esta lo es. Pero ¿a dónde le mandamos?

—¿Con Gertrudis?

—No. De ningún modo.

—Le quiere.

—Me es igual.

Oía las pisadas de Xavier que debía de andar alrededor del cuarto.

—¿Dónde entonces?

—Ya lo pensaremos.

—¿Por qué no a un colegio, donde tú estuviste? ¿Quieres?

Su voz, temerosa de una negativa, buscaba los fallos de la debilidad de Xavier.

—Bueno… Sí. Ya veremos.

—¿Querrá Pastor?

—Quiera o no quiera. Alguna vez tenía que empezar.

—Sí. Casi ha venido bien esto. Tiene que estudiar, hacerse un hombre…

—Salir de aquí, ¿no es eso?

—No…

Y de pronto pareció volverse atrás, y sonó su voz baja, pero alocada, indecisa:

—¿Qué te pasa, Dolores? No estás bien hoy.

—¿Te alegras de que se marche?

Adivinaba su cara aproximándose a la de Xavier, queriendo leer en los ojos del hombre hundidos en sus cuencas profundas.

—¡Pero si has sido tú la que lo has pensado!

—Pero te alegras…

Su voz se enfriaba de nuevo.

—¡Complicas tanto todo! —decía Xavier—. El chico tiene que ir, y que estudiar, e irá. No me causa alegría, pero tampoco pena. Es lo que debe ser. Además, que nunca está conmigo, ni contigo siquiera.

—No me importa. Es natural.

—Es natural, no te digo que no. Tampoco yo de niño acompañaba a mis padres, pero tampoco mis padres se torturaban inútilmente por mí.

Yo podía decirle que sí, que Efrén se había torturado por él cuando era niño y cuando era joven. Y Amalia recogió esta tortura de Efrén, y cuando él faltó, sufrió por el hijo que negaría el sufrimiento aquel.

Quizá Pastor, ahora, no se acuerda, o entonces no apreció el dolor de su madre al despedirle. Porque Pastor marchó.

Salió a pie con Vicente, y yo adivinaba los pensamientos de Dolores y de Xavier cuando acompañaron al hijo hasta la verja. Dolores fingía no ver a Vicente como si pudiese herir sus ojos el mirarle, y Xavier, en cambio, se complacía llevando la mirada de uno a otro, como si en ambos hallase su plenitud.

—Ten cuidado —decía Dolores—. Escríbeme todos los días. ¿Lo harás, Pastor?

—Bueno —decía el chico.

Ponía los ojos en blanco y resoplaba. Xavier reía. Le hacía reír Pastor, tan moreno y vivaz, con su espalda cuadrada.

—Da un beso a tu padre.

Pastor tendió su frente a Xavier. Fruncía los labios con incomodo.

—Los hombres no se besan, ¿eh, Pastor?

Levantó la cara radiante al oír las palabras de su padre, y en un impulso fugaz se abrazó a su cintura. Xavier le estrechó con fuerza contra su cuerpo, acariciando la morena cabeza de cortos rizos.

—A ser muy bueno, a dejar el pabellón bien puesto…

—¿Se acordaban de ti? —preguntaba Pastor.

Al hablar enseñaba unos dientes muy blancos, cuadrados y cortos.

—¡No han de acordarse! El Prefecto de ahora fue compañero mío. ¡Buenas las hacíamos!

Rio Xavier. Parecía más joven, como si de ver al hijo partir a

donde él estuvo a su misma edad retrocediese a los años aquellos.

—¿Qué hacíais, padre?

—Estará esperándole don Florencio —dijo Dolores.

—¡Qué espere!

—No, hijo; ha sido muy bueno ofreciéndose a llevarte en su coche. Sé amable con él.

Pastor meneó la cabeza y ofreció la cara a su madre. A Dolores le temblaban las manos que encuadraron las mejillas morenas y tersas, pero no lloró. Le besó en las mejillas y en la frente y cerraba los ojos mientras le besaba.

—¡Quiéreme! —dijo.

Todos parecimos avergonzarnos. Xavier hizo un ruido seco con la garganta y apartó los ojos. Vicente dio vueltas a la gorra entre sus manos, y yo incliné mis ramas para no ver de nuevo la soledad en un rostro humano. Pastor mismo se avergonzó al oírla. Se apartó de ella y no miró a Vicente.

—¿Nos vamos? —dijo.

Se volvió a Xavier al pasar:

—Adiós, padre.

Era curioso. Nunca o casi nunca se hablaban y, sin embargo, en su despedida era a él a quien se dirigía con secreta solidaridad.

—Adiós —dijo Xavier.

Y apoyando su mano en el hombro del chico le acompañó un trecho del sendero.

Dolores les miró desde la verja: alto, encorvado y huesudo, Xavier, apoyándose en el muchacho moreno y corto, cuyas risas nos alcanzaban, y que iba empujando las piedras del camino con sus pies, y del otro lado Vicente, llegándole a Xavier por encima del hombro. Miró aquel grupo como si se llevase su amor y su dolor, y entró sola en la torre, inclinando la cabeza hacia la grava.

La grava misma, con la sequía, no brillaba al sol. Sus piedrecitas blancas, después de la lluvia centelleaban, sin embargo, y el sol al chocar en ellas se quebraba. No eran todas de tamaño igual, ni siquiera del mismo color; había algunas veteadas de gris y rosadas.

Recuerdo que Jacoba, de niña, las cogía en su mano leve y las tenía allí, dejando que el sol espejease en ellas. A Xavier le gustaba llenar con su peso los bolsillos del pantalón, y después le veía de pie, junto al lavadero, lanzándolas al agua, una a una. Cuando iba

por las avenidas le abultaban los bolsillos tirando del pantalón.

—Ya llevas los bolsillos llenos de piedras, ¡sucio! —le decía Gertrudis.

(¡Oh! ¿Era aquel Xavier este que caminaba encorvado, que volvía de acompañar a su hijo, con la cabeza blanca y la piel agrietada sobre el rostro? Os digo que era aún ayer cuando iba hacia el lavadero a lanzar sus piedrecitas…).

Pastor se agachaba, las cogía con la mano y las tiraba contra algo o alguien. Eso hacía ciertamente en la época en que marchó al colegio. Si se agitaban los mirlos entre mis ramas, al oír su aletear, Pastor se agachaba, rápido, y arrojaba una piedra a donde adivinaba el cálido palpitar del ave. A veces tiraba por tirar. Desde la esquina de la torre apuntaba hacia la fuente y estiraba el brazo. Aguzaba los ojos al hacerlo. La piedrecita caía en el agua, salpicando infinidad de gotas, rasgando circulares ondas que iban aquietándose, sumiéndose. Pastor aumentaba cada vez más la distancia para medir la fuerza de su brazo.

—Pero ¿no ves que asustas a los peces? —decía Benita.

El chico desviaba la dirección de la piedra y tiraba, riendo, contra el voluminoso cuerpo de Benita.

—¡Ay! ¡Ay! —se agitaba esta—. ¡Condenado!

—¡Condenada! ¡Condenada! —repetía Pastor, riendo.

—Pero, Pastor, que haces daño a Benita… Estate quieto.

Pastor no hacía caso a su madre.

Los pies de todos las hollaban y las huellan. Son resbaladizas y mondas, y las ruedas de los automóviles ahora resbalan sobre ellas y queda tras su paso una estela estrellada y curva.

Y con ellas, con las piedrecitas de la grava, hace Lorenzo, el hijo de Pastor, imaginarios setos sobre la hierba, rectilíneos macizos de un minúsculo jardín, o traza las líneas de una casa, estrecha y larga, de deforme alero. Pero, sobre todo, las manos de Lorenzo suelen formar con las piedras blancas o veteadas, o color de rosa, un aspa desigual, el esqueleto de un árbol de alto y delgado tronco, con dos ramas más cortas, rígidas y tendidas.

Yo he visto a Lorenzo dar tierra a un pajarillo que cayó de su nido, entre mis ramas, y se reventó, aún medio pelado el cuerpo débil. Y Lorenzo lo descubrió entre las hierbas que crecen a mis plantas. Tuvo en la palma de la mano al pajarillo, y lo miraba como

si aquello no fuese posible. Acercaba la boca y soplaba.

—¡Vuela! —decía—. ¡Vuela!

Pero el pájaro tenía la cabecita quebrada y la telilla de unos párpados blanquecinos mal cubriendo los ojos vidriados. Entonces, Lorenzo, con sus mismos dedos, cavó a mis plantas. Y la tierra saltaba blandamente y se le metía entre las uñas. Y cuando hizo un hoyo no profundo, curvo, con aspecto de cuna, puso el cuerpecillo yerto sobre una de mis hojas, y lo posó en el hoyo y lo cubrió con otra de las hojas mías, y yo me sentí enternecido y solemne. Lorenzo volvió a rellenar el hueco con sus manos, y con ellas apisonó la tierra en derredor. Y como el sitio que removiera quedase calvo de hierba, hizo con piedrecitas ese símbolo de árbol descarnado e implorante.

Y Pastor lo vio mientras lo terminaba.

—¿Qué haces ahí?

—Se ha muerto un pájaro.

Pastor se echó a reír.

—Los pájaros no necesitan cruz.

Lorenzo alzó sus ojos castaños hacia el padre.

—¿No?

—La cruz es para los hombres.

(Así supe que aquel árbol se llamaba cruz).

—¿Y los pájaros no van al cielo?

Pastor se reía.

—¿Pero no ves que no? ¿No le has metido tú mismo en la tierra?

—Pero ¿el alma del pájaro? Dice el señor cura…

—Los pájaros no tienen alma.

—¿Y qué es lo que canta, entonces?

—Déjale, Pastor —decía Ángeles, acercándose—. No le quites las ilusiones.

Pastor con la punta del pie disgregaba las piedrecitas sobre la tierra removida.

—No seas tonto, Lorenzo. ¿Con qué cantas tú? Con la garganta…

—No.

Lorenzo se erguía, y miraba a su padre con la lejana mirada que había tenido Amador, con la mirada perdida que también tiene Vicente.

—… Mamá no canta con la garganta.

Ángeles abrió la boca y emitió un trino. El aire se hizo cristalino y límpido.

—Mira. ¿Lo ves?

—¿Con qué canto yo, Lorenzo?

Y Lorenzo se apretó contra las rodillas de su madre:

—Es el alma… —dijo.

—Este niño es tonto —Pastor le miraba con desprecio—. Se nos va a meter cura.

—Madre, ¿es seguro que el pájaro no vive más?

—Pero, hijo, ¡no vas a dolerte por los pájaros! Mira, mira cuántos hay.

—Era tan pequeño… No había volado aún, madre. Nació para volar. No conocía el cielo.

—A lo mejor sí.

El rostro de Lorenzo se inundó de luz.

—A lo mejor sí, madre, ¡qué buena eres!… El pájaro tiene un cielo para él, para donde le servirán las alas, y cantará que dará gloria oírle.

Se acercó y recompuso con amor la cruz que su padre había desbaratado.

Todo esto sucedió después de que Pastor trajo a Ángeles a la torre, y no debía contároslo ahora, sino a su tiempo. Pero es que hablar de Lorenzo es para mí tan suave como sentir la brisa entre mis hojas.

Y quisiera adelantarme al tiempo, sí, y hablaros de todos a la vez para que los conozcáis, vosotros, jóvenes árboles que tenéis que convivir con ellos, que sombrearles u ofrecerles el jugo vuestro en fruto para su hambre y para su sed.

Y al conocerlos no resistiréis a entregaros al hombre, sino que os ofreceréis con piedad, porque los humanos son incompletos y necesitan de cuanto vive sobre la tierra para poder vivir. Y esta debilidad suya debe suscitar nuestra ternura, os digo. Pese a que sean como Dolores, la que murió la noche en que empezó a llover, como si con las gruesas gotas de lluvia quisiera el cielo hurtarme el desolado espectáculo de aquel cuerpo de mujer, a quien embelleció al dejar de vivir, y que más allá del respiro continuó sonriendo. Y se heló para siempre en su boca la sonrisa, siendo estremecedor verla en la muerte como la vi en el sueño, con un falso rostro sobre el

suyo.

Comprendí que me había dolido la vida de Dolores porque serpenteaba su mal por la torre, precisamente. También me hiere ver entre las ranuras de sus piedras el agitarse o estar a ellas adheridas, quietas, tomando el sol las lagartijas.

XXXII

DOLORES murió, ya os lo he dicho. Tan rápidamente que durante muchos días creía adivinar su presencia aún en la torre, tras las ventanas entornadas, o al oír un suave crujido de la grava me extrañaba que no fuera Dolores, con su rápido deslizarse. No podía ser cierto que nunca más volviera a sentarse sobre el banco de madera verde que ella mandó colocar contra el muro de la torre, y donde pasaba las horas al sol.

Un solo gesto de su brazo le abrasó las entrañas, y abatió su vida tan certeramente como si hubiese quemado por dentro la raíz de su ser.

Antes de morir ella, Xavier arrastró por las avenidas del jardín una misteriosa enfermedad, no apagada y débil como fue la enfermedad de su padre, sino ardiente y convulsa. Y le vi en la cama del cuarto rojo, revolviendo la cabeza en la almohada, sin descanso, con las fauces abrasadas.

—Me abraso. No lo resisto… Me abraso.

Se lo oí decir por vez primera a media tarde, dirigiéndose hacia Vicente, que rascaba con un objeto cortante el fondo de piedra de la fuente.

—No salga con el calor —dijo Vicente. Su voz continuaba humilde y ronca.

Y Xavier se llevó las manos debajo del pecho y se apretaba, abriendo la boca como los peces cuando les apretaba Pastor debajo de las agallas.

—Es por dentro. Fuego… Me abraso.

Se dejó caer en el banco con el rostro lívido y corriéndole gotas de sudor por la frente. Y Vicente se acercó.

—Le habrá sentado mal algo.

—Eso… Eso…

Abrió los ojos pávidos y lamentables.

—Debo de tener algo en el estómago. Un ardor que se me seca la garganta.

Vicente estaba con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, y le miraba. Debió de ver como yo aquella faz arrasada por un agudo sufrimiento.

—Es el calor, seguramente. También yo…

—¿Tú también? ¿Notas que te retuerces por dentro, y un ardor que te abrasa? ¿Notas eso?

Vicente parecía dudar.

—Tanto… puede ser que no. Pero calor por dentro sí que se nota.

—¿Cuándo lloverá? No puede estar más tiempo sin llover, nos moriremos todos. Mira el castaño. ¿Si se seca?

Vicente se acercó a mí. Palpó mi tronco y de sus palmas húmedas no me vino frescura, sino un calor mayor.

—No seca —dijo.

Me alegraron sus palabras, porque Vicente sabía de nosotros.

En cambio, miraba a Xavier con asombro y con piedad en el semblante.

—¿Por qué no llama al médico? Mañana mismo voy al pueblo a avisarle.

—Gracias, hijo —decía Xavier humildemente.

Y se apretaba el cuerpo con la mano.

Vicente, apoyándose en el rastrillo, le miraba andar, y se le turbaban los ojos.

—Me abraso, Vicente. Me estoy muriendo. Algo me pasa.

Así decía Xavier, retorciéndose, saliendo por la puertecita de la torre, buscando la presencia de Vicente como yo busco la humedad. Vicente dejaba su trabajo y se acercaba a él.

—Dijo el médico que no era nada.

—¿Qué sabe él?

Se dejaba caer sobre el banco. Fuertes arcadas le levantaban el cuerpo, y la boca le amargaba.

—¡Vaya por Dios! Esta sequía…

—¿Qué tiene que ver la sequía, idiota?… ¿No ves que me muero?

Vicente se apuraba. La frente de Xavier iba empapándose de sudor.

—¿Quiere agua?

Xavier cerraba los ojos, y os digo que me asustaba verle así, con el rostro amarillento y demacrado y las orejas tan hundidas.

—No sé lo que me digo… ¡Estoy tan mal!

Vicente le miraba con aire de duda.

—¿Por qué no se echa en la cama?

—Tengo miedo…

Abrió los ojos asustado de sus propias palabras.

—Estaría mejor en cama. Peor no ha de sentirse.

Xavier calló. Estuvo un rato así, como sin vida. Volvieron las arcadas y Vicente le sujetaba la cabeza.

—No te vayas, Vicente, no me dejes…

Se le saltaban lágrimas por los esfuerzos.

—Te digo que esto no puede ser. Me están envenenando.

—¿Eh?

Vicente rio. Rio como reía las salidas de Pastor, y Xavier le miraba furioso.

—Te da risa, ¿he? Me dejaréis reventar, entre todos.

—Pero, señor…

Tenía que sostenerle. Después, mientras el rostro le trasudaba, con un gesto de acidez en los labios, murmuró:

—Vicente… Vicente… Te digo que me estáis perdiendo.

—Pero ¿quién va a quererle mal? ¿No comprende que es una idea que se le metió?

Xavier le miraba con sus ojos resecos, abrasados.

—Tú no te separes de mí. Porque tú no me quieres mal, ¿verdad, Vicente?

—No, señor.

No sonreía Vicente al decirlo. Lo dijo con una extraña dignidad, y al oírselo comprendí que ya era hombre.

Hacía la ronda solo. Xavier se quedaba en el banco, derrumbado, ofreciendo su rostro al aire de la noche, y acababa adormilándose.

—¿Por qué no va a dormir? Ya miro yo.

—Anda… Anda. No te metas.

Y Vicente comenzaba la ronda, exacta, igual que la hiciera tantas veces desde niño. Xavier, sentado en el banco, apoyada la

cabeza contra el muro, le miraba intensamente. Veía las espaldas altas y sólidas del joven avanzando hacia la torre de la izquierda, y en la mano le cantaban las llaves. Desaparecía dentro de la torre que llaman «iglesia». Y Xavier miraba y miraba, alucinado, ansioso por verle reaparecer, y a veces, mientras permanecía dentro, se acercaba hasta la puertecita de la torre y tentaba la cerradura.

El jardín estaba clarísimo, de un gris bruñido, en la noche.

Salía Vicente y se iba hacia las camelias, más allá de los cipreses, y al volverse caminaba de frente, y podíamos ver sus ojos claros, fijos en la figura desplomada sobre el banco. Xavier daba cabezadas, y entonces Vicente pasaba por delante de él despacio, procurando andar de puntillas para que no crujiese la grava. Xavier abría los ojos, sobresaltado:

—Si no duermo… Te empeñas en que duermo…

Y Vicente comprendió que era precisamente el ruido sereno de sus pasos sobre la grava lo que tranquilizaba a Xavier. Marchaba, pues, hacia los eucaliptos y de allí al lavadero, y del lavadero se perdía por la huerta. Me llegaban los golpes secos de sus llaves en las ventanas bajas. Regresaba al banco: si Xavier tenía la cabeza caída, vencido por el sueño, Vicente se acercaba hasta mis plantas y se sentaba. Yo compartía su emoción contemplando a Xavier. El aire se tensaba en torno nuestro.

Y, de pronto, Xavier daba un respingo:

—¡Vicente!

Era una voz alocada. Vicente iba hacia él.

—¡Ah! ¿Estabas ahí?

Sonreía lamentablemente. Y Vicente se acercaba y le ayudaba a ponerse en pie.

—Acompáñame dentro, hasta el cuarto.

Así fue como Vicente tardaba más en volver, y como Xavier descansó en él su vigilancia.

Echado sobre la cama, no podía dormir. No sé si dormía Dolores, pero ciertamente mantenía sus ojos cerrados, aunque no me parece tuviese en el cuerpo ese relajado abandono de los humanos y las bestias mientras duermen. Si hacía un gesto para volverse de lado, Xavier se incorporaba.

—¿Qué te pasa?

La voz de Dolores no era embotada, ni pastosa, como de quien

despierta.

—Nada. Nada.

—Pero ¿no duermes? Así estás luego como estás.

Xavier miraba hacia mis ramas con amarga desesperación. Era como si sus ojos gritasen y nadie le oyese. Era como si diese voces, rodeado de sordos.

Llegó el día en que no tuvo fuerzas para alzarse. Por la ventana entornada me llegaron sus palabras:

—¿No te levantas?

—No.

Lo dijo con timidez.

—¿Qué tienes? ¿Estás malo?

Y pareció que latía interés en la voz de Dolores.

—Pero ¿no lo veis?

Voz quebrada en gemido.

—¿Qué sientes?

Dulce la voz.

—Fuego… Fuego… Eso es.

—¿Dónde, Xavier? ¿Cómo vas a sentir fuego?

—Sí, en el estómago, en la garganta, en el vientre. No puedo más.

Gemía:

—Me muero.

—¡Qué te vas a morir! No te mueres. La hierba mala…

Jovialidad en la voz. Continuaba:

—Llamaremos al médico que sea, Xavier. Verás como aciertan lo que tienes. Las cosas, lo mejor es cogerlas a tiempo.

Roce blando de zapatillas sobre el suelo. Voz de Xavier:

—¿Por qué me miras así? ¿Tan malo me ves?

—No, hombre, que he de verte… Temo que…

—¿Qué?

—Ya sabes lo que me dijo don Florencio…

—¡Ay! —gimió Xavier.

—Pero ¡tranquilízate! Si te pones así te sentirás peor.

—Me desespera. Nadie me cree. Don Florencio no sabe nada de nada. Está bien para cuidar animales…

—¡Pobre don Florencio!

—Dijo lo del histerismo porque lo dijiste tú.

—¿Yo?

—Sí. Que eran nervios, que eran manías… Y ya no puedo más.

No debía de poder más a juzgar por la escasa fuerza de su voz.

—Ya no puedo más. Me da igual morirme.

—No digas eso.

Hubo un silencio y luego un blando roce de sedas, y el ruido flojo de prendas sobre el suelo.

—¿Te vistes?

—Sí. Voy a mandar aviso. Tendremos consulta de médicos. Y les explicas qué es lo que sientes. Quiero que estés tranquilo.

—Dolores, ven acá.

Pisadas suaves, rápidas.

—He sido duro contigo. A veces… ¡Estoy tan malo!

—No importa, Xavier. Nada importa. Ten confianza en mí.

Durante la mañana apenas si hubo ruidos o voces. Vi salir a Vicente por la verja a la hora de más calor, y cuando regresó, le divisé desde lejos en el recodo del sendero. Siempre me estremecía cuando le veía venir, como bordeado por el camino, más alto que aquel cercado de piedras apiladas tras las cuales Justina se ocultara, aguardando a Xavier.

Entró en la torre, y hasta mí llegaron, por la ventana entornada del cuarto rojo, golpes sobre la puerta.

—Adelante —dijo Xavier.

Repitieron las llamadas.

—Entre, por Dios —la voz de Xavier se irritaba.

Chirrió la puerta. Pasos sobre el suelo, de toscos y sólidos zapatos.

—Ah, ¿eres tú? ¿Fuiste al pueblo?

—Fui. Eché las cartas.

—¿Las cartas?

Sorpresa. Angustia.

—Hubiera sido mejor mandarte a ti, o avisarles por un propio.

—La señora me las dio. Pronto llegan. ¿Cómo se encuentra?

—Mal.

Hubo un silencio acerbo.

—Muy mal. Y todos dejándome morir.

Sí; tenía la voz irritada.

Hasta la tarde no abrieron las ventanas y vi su rostro sobre la

almohada blanca, destacando. ¡Qué aguda su nariz! ¡Qué descarnadas las mejillas! ¡Qué hundidos los ojos! Y la amarilla piel estirada sobre los huesos, que casi se traslucían. Las manos eran un haz de huesos también, finos y largos, azulados, caídos sobre el embozo.

Fue Dolores quién abrió la ventana.

—¿Cuándo lloverá? —dijo—. Nos va a parecer mentira cuando, al fin, llueva.

Ella no vio llover. Llovió en el jardín, delante de su ventana, mientras ella se endurecía sobre el lecho.

—¿Tú crees que será tifus?

El miedo palpitante en su voz. El miedo de los humanos a dejar de vivir. Unos por una causa, otros por otra, quizá todos por la misma, con distinto aspecto. Tuvo miedo Amador cuando acercó la navaja a su garganta y, sin embargo, no parecía débil, ni cobarde. Y Efrén se rindió casi sin lucha, pero temía la ardiente vitalidad de Amalia sobreviviéndole. Ignoro si Amalia se asustó cuando notó que se le abatía la vida, porque murió sola, encerrada en el cuarto alto. Pero temió, sí, la muerte para el hijo, y le pidió que se guardase, y le defendió. Y Xavier, que se jactaba de cruel y dominante, ¿lo era? Siempre estuvo a la sombra de alguien, siempre necesitó de otra seguridad para sentirse fuerte. Primero Amalia, después Dolores y Vicente. Y cuando aquella secreta enfermedad le derrotó, se aferraba a Dolores, de nuevo.

Hay frutas bellas, de suave tersura, que son ásperas de pulpa, y así los humanos engañan con sus palabras y ademanes, porque os digo que fue más valiente y entero Efrén, en la enfermedad, que su hijo. Efrén en presencia de Amalia hurtaba sus dolores y su decaimiento, y gemía en ausencia suya, pero Xavier se quejaba sin pudor, y se enfuercía para ocultar su íntima debilidad, o se tornaba manso para captar la piedad ajena.

—Si es tifus estoy perdido…

—Ya lo dirán los médicos.

Dolores alzó los ojos de la labor. Daba tranquilidad verla, serena y atenta a su trabajo. Sonrió a Xavier.

—Te cuidaremos. Son cuarenta días, y se puede curar. Es cuestión de dieta y paciencia…

—¡Qué buena eres!

Tenía los sentimientos como los huesos, a flor de piel, y se le humedecían los ojos.

—He debido de estar loco… Sí. Cuídame. Te juro que…

—Vaya, ¡vaya! —Dolores se levantó y se acercó a la cama. Vi su mano deslizarse por la frente de Xavier.

—No te excites. No pienses en nada. Ahora no hay más que cuidarte.

Xavier asió la mano que iba por su frente. La besó con respeto, con unción.

—Gracias. Yo te demostraré…

Dolores retiró la mano y alisó las sábanas. Después se dirigió hacia la puerta. Una sonrisa firme flotaba en sus labios.

—¿Te vas?

—Claro. Te toca la leche, ahora. Cada tres horas…

—Llama que la traigan. No te vayas, tú.

—Te la quiero traer yo. Quiero que tengas la seguridad…

Xavier intentó sonreír, avergonzado.

Y Dolores trajo la leche. Volvió a traerla cada tres horas. Entraba con el blanco vaso cremoso sobre una bandeja brillante, y la sonrisa flotaba en torno a ella.

—Aquí la tienes.

Pero Xavier la tomaba sin ganas.

—Yo creo que me sienta mal. No descanso. Estas náuseas…

De vaso a vaso, Xavier hacía un ruido que le provenía de medio cuerpo a juzgar que se llevaba allí la mano, y que el cuerpo se le soliviantaba. Abría la boca como si quisiera vaciar por ella el interior de su piel. Y se torcía sobre la almohada:

—Ya está… ¡Ya está!

Anunciaba el dolor. Y Dolores se acercaba, andando sobre la punta de los pies, y enjugaba el sudor, y la saliva que le venía con la náusea.

—No lo pienses… Es peor si lo piensas.

Entre arcada y arcada Xavier se revolvía:

—¡Qué pensar ni no pensar! Si me…

Ciertamente, yo esperaba ver morir a Xavier. Sentía ya la emoción de su fin en los nudos de mis ramas, allí donde en la primavera revientan los brotes nuevos.

—Prueba tú la leche.

Dolores tomaba el vaso y aspiraba un sorbo.

—Ya está.

—Trae…

Bebía, mirándola fijamente. Pero Dolores ni se estremecía ni se convulsionaba.

Salía llevándose el vaso, y al volver estaba más pálida y la costaba mantener la sonrisa en el rostro.

—Dice Vicente que si sube, que si puede verle…

Modesta se asomó, sin atreverse a entrar del todo, y había recelo en ella, y en el modo de mirar hacia Xavier, lo mismo que si fuese un animal dañino.

Dolores no hizo un gesto, ni dijo una palabra. Sus manos pincharon la tela con la brillante aguja delgada.

—Que no.

Voz tajante, impaciente gesto. Modesta cerró la puerta y Dolores continuó como si no hubiesen llegado a ella las palabras.

Xavier la miraba. Había en sus ojos la mirada con que los hombres contemplaron a los cachorros de la Toula muertos, tras no haberlos defendido.

—He mandado a analizar las aguas —dijo Dolores.

Y Xavier miró con horror el vaso vacío junto a él, sobre la mesa.

—¿Tú crees que…?

—Hay que estar seguros. Mientras tanto, herviremos el agua.

—¡Qué bien hicimos en mandar a Pastor fuera! Al menos él…

Oí a Benita y a Modesta hablando, al atardecer, sentadas sobre el bordillo de la fuente.

—De esta hecha se muere.

—Mira que se le metió en la cabeza que le echamos algo en la comida. Y venía a meter la nariz en mis potas, que me comían las ganas de darle con ellas en la cabeza. ¿Qué se ha creído?

—Está chiflado, el pobre.

—Sí, pero una es la que prepara la comida y va diciendo por ahí que le echamos veneno. Y hasta a Don Florencio se lo soltó. Menos mal que Don Florencio sabe que anda mal de la cabeza. ¿Cómo llamó lo que tenía?

—Manía perseguitoria… De que cree que le persiguen. Le ha dado por ahí.

—Pues que le dé por otra cosa. Como lo oiga otra vez hago el

hato y me marcho.

—Él no dice que seas tú, mujer…

—¿Quién hace la comida?

—La señora es tan buena, y la pobre no tiene culpa.

—Buena cruz tiene. ¡Semejante pendón!

—¡Benita!

—¡Pendonazo! Y no me vuelvo atrás. Más corrido que la pólvora, y encima con la pejiguera del Vicente.

—No sé cómo tiene corazón para quedarse con él por las noches. A veces me despierto y sudo. Me parece que oigo golpes…

—¿Y qué le va a hacer? A ver si esta es la última…

—¡Mujer!

—Como me oyes… No ha nacido el hijo de madre que me llame asesina.

—Él no te lo dijo. Tenía miedo de los alimentos.

—¿Y quién los prepara más que yo? ¿Qué se pensó que echaba? ¿Cabezas de cerillas?

—¡Mira que si loquea de veras!

—¡Más que está!

—De esos furiosos que se revuelven y muerden…

—¿Quieres que se revuelva más? Si se retuerce y grita como un condenado. ¡Si la madre lo viera! ¡Pobre Doña Amalia! Eso sí que era ser señora, y mirar por todos. Le hubiera llevado la vida verle así. Y el padre, tanto tiempo como estuvo malo, y nunca dio que hacer. Eran otros tiempos…

Se oyó un ladrido lejano, subiendo de la huerta. Un ladrido largo y triste.

—La pobre Loba…

Benita se escalofrió…

—No me hables de la Loba. No me mientes perros. Cándida…

—Oye…

—¿Qué?

—¿No podría ser lo del señor…?

—¿Lo del señor? Vicente mató a la Loba la mañana misma, y a más que a Cándida se le presentó de repente y no duró dos horas. Quedó sobre la artesa su tazón de leche, que ni lo probó siquiera. Dicen que los que rabian no quieren beber. Pero este la rabia debe tenerla dentro de la cabeza…

Modesta suspiró, levantándose.

—Ahora que hablas de leche, voy adentro. Que vendrá la señora a por ella.

Vi a Vicente por la noche en el jardín. Xavier debió de adivinarlo porque se apaciguó su rostro cuando le alcanzó el ruido de las pisadas. Y Vicente hizo algo que nunca antes hiciera. Con las llaves en manojo dio un golpecito sobre la puerta misma de la torre, y mientras lo hacía levantaba la cabeza hacia el balcón abierto.

—Tan… Tan…

Era como una llamada, débil e insistente. Xavier la oyó.

Pude notarlo en sus ojos. Retuvo una sonrisa.

—Tan… Tan… —volvió la llave.

Esa noche y otro día transcurrieron con Xavier en el lecho, debatiéndose con la vida y Dolores presentándose, lisa y tranquila, con el vaso de leche cada tres horas.

Xavier se iba sumiendo. Iba hundiéndose en sí, y ya le faltaban fuerzas hasta para la náusea, hasta para quejarse. Apenas hablaba. Revivía al sentir en sus labios el borde del vaso. Con esfuerzo abría los ojos. Por ellos cruzaba un lampo de horror. Yo veía que quería alzar la mano y rechazar el vaso con la leche. No podía hacerlo, y Dolores se lo acercaba e iba vertiéndolo poco a poco en la garganta.

—Bebe…

Sentí frío hasta la raíz. ¿De dónde me subía esta palabra con su ruido desgarrador? ¿Cuándo había llegado hasta mí, insinuante como ahora, piadosa como ahora?

Y tuve vértigo en mis ramas, y debí de padecer el espejismo de la sed, porque me pareció que las ventanas estaban entornadas y que oía la voz de Cándida:

—Que no, señora… Por mí, no.

—Bebe…

La voz subía en mí. ¡No poder gritar! ¡No poder decir a aquel ser humano que aquella palabra traía un hondo significado de muerte!… ¿Por qué? No lo sé. Pero yo había oído la palabra aquella en el mismo tono, el día en que Cándida se murió. Una palabra no mata, me diréis. Quizás sí, quizá no. No lo sé. Pero los humanos las temen, las embozan, y las niegan.

(—Pero en esta casa, Cándida, todos te queremos mucho. ¿Lo sabes?).

Xavier no tuvo fuerzas ni para cerrar la boca. Le quedó entreabierta, y le corría por el lado un hilillo de leche. Y Dolores se lo secó.

Xavier, en su letargo, no oyó las suaves llamadas de las llaves:

—Tan… Tan…

Pero Dolores sí, y os digo que jamás vi una sonrisa igual en un ser humano. Miró hacia el lecho y contempló a Xavier con los ojos cerrados, cadavérico, y sonrió, mientras subía la segunda llamada que Xavier no podía oír:

—Tan… Tan…

Fue una terrible sonrisa. Negra, como el cuervo que vuela en torno a la podredumbre, densa, extendiéndosele por el rostro como extiende el mochuelo sus alas en su pausado ciego vuelo. Vicente no podía verla y se alejó hacia los eucaliptos.

Dolores enlazó sus manos sobre las rodillas y se mantuvo quieta, mirando fijamente hacia Xavier, espiándole la vida. Xavier poco se movía, pero alzaba la sábana su débil pálpito.

Y mientras más le miraba Dolores, más fue subiendo en ella un desesperado nerviosismo, y se acercó dos veces hasta la cama e inclinándose escuchaba su respiración. Y después se tapaba las orejas con las manos, como si el apagado roce del corazón del hombre en el pecho fuese un ruido ensordecedor y amenazante.

Y miró hacia mí, con desconcierto en el rostro, y se llevó las manos a la boca, y se le saltaban las lágrimas.

Fue y vino, agitada, por el cuarto, y noté que no le importaba despertar a Xavier o molestarle. Era como si ya estuviese muerto y pudiera moverse libremente.

Porque los humanos, apenas abandona la vida el cuerpo de los suyos, hablan en torno a él y se mueven como si no continuase allí.

Pero el cuerpo de Xavier aún alentaba. Dolores se acercó por postrera vez al lecho, mirándole intensamente. Cerró los ojos. Me pareció que sudaba.

Después, lentamente, se volvió, dirigiéndose hacia la puerta, y llevaba los brazos colgándole, lacios.

Un aire fresco se levantó en el jardín, removiendo plantas y árboles al orearnos, porque era un aire cargado de humedad y todo nuestro ser se hispió, abierto y esponjoso, ofrecido a la humedad que el aire nos anunciaba.

El viento amontonó las nubes, hizo la noche plomiza y tenebrosa, y entrando por la ventana alta sopló sobre Xavier, y las sábanas se agitaron.

En el jardín, Vicente regresaba, acercándose a la torre. No pude divisar su rostro en la inesperada oscuridad, pero supe que era él por su volumen en la sombra, y por el ruido de sus pisadas.

Frente a mí, en la habitación que llaman despacho, Dolores encendió la luz. Y como se para el animal cuando olfatea el peligro, Vicente se detuvo. Avanzó después silenciosamente, amortiguando sus pasos en la hierba. El viento me impidió escuchar el ruido de la llave, o bien él se movía con sigilo.

Dolores estaba de espaldas, buscando algo entre los libros.

—Ay, ¡perdón! —dijo Vicente, al ver a la señora.

Dolores se volvió rápidamente, sofocando un grito, y temblaba. Me pareció que la boca se le torcía.

—No —chilló—. ¡No!

Apretaba un frasco entre sus dedos, estrechándolo contra el pecho. No sé si quería defender su pecho o el frasco.

Vicente la miró, con sorpresa, e hincó los ojos en el frasco aquel, e iba de él a los ojos de la señora.

—Vi la luz a estas horas… Perdone.

Un suspiro levísimo alivió el rostro descompuesto de la mujer. Quiso sonreír, y le tiraba la boca de un lado.

—Es la medicina. Las gotas para mi marido…

Vicente volvió los ojos hacia la mesa del despacho, y sobre ella estaba la bandeja brillante con el vaso de leche. Algo se estaba rompiendo en él, o algo quería adentrársele con poderoso aguijón.

—¿Qué medicina?

Vicente no parecía Vicente, y sus ojos eran un círculo aprisionando a Dolores, y su voz era como el latir del perro que acorrala la presa.

—No. Te juro que no… ¡Espera!

Vicente se acercaba a ella, supe cuánto había de animal en él, en sus músculos elásticos.

—No. ¡No! —volvió a gritar Dolores.

Y lo mismo que el relámpago en la más tupida oscuridad ilumina nítidamente las almenas y el jardín, aquellas cortas y rápidas palabras parecieron aclarar sombras dentro de Vicente.

—¿Qué lleva en la mano? ¿Qué es ese frasco?

Dolores quiso rehacerse. Aferró el frasco y se encaminó hacia la bandeja, procurando dominar el temblor de su brazo.

—Las gotas que le han recetado —dijo.

Y desciñendo la mano del pecho, inclinó el frasco y dejó caer algunas gotas dentro de la leche. Vicente sujetó su muñeca.

—¡Maldito!

Le silbó la palabra entre los dientes.

Y Vicente contestó:

—¡Bébala!

—¿Con qué derecho? ¿Quién eres tú para…?

Y Vicente repitió.

—¡Bébala!

Alzó el vaso de leche con su mano para acercarlo a ella.

Y ella de un tirón se desgajó, y os digo que por un momento pareció más alta. Le miró y adiviné una altura impalpable que no estaba en su medida humana.

Y de un solo rápido gesto se llevó el frasco a la boca y apuró todo su contenido.

—¡No! —dijo Vicente.

Y tendió la mano para detenerla, pero ella rechazó la mano de él, y cuando posó el frasco sobre la mesa, dijo:

—No me toques.

Y juntó sus ropas al cuerpo, para rehuir su contacto.

—¿Qué ha hecho?

Dolores se apoyaba en el borde de la mesa y se llevó la mano a la garganta, y de allí a la cintura, y se apretó la boca, como si no quisiese que la oyeran gemir. Un temblor continuo y violento recorría su cuerpo, y aún resistía en pie. Vicente salió, gritando:

—¡Benita! ¡Modesta! ¡Pronto!

Y vi que solo entonces Dolores se desplomó, y se retorcía, gimiendo, y abría la boca abrasada.

Cuando Vicente volvió, y tras él entraba Modesta cruzándose la bata sobre el pecho, solo pudo agacharse para sostenerla, pero pareció comprender que no lo deseaba.

—Ven. ¡Ayúdame!

—No quiero. Está rabiando. ¡Madre santísima!

Modesta atisbaba desde la puerta.

Y Dolores en sus convulsiones volvió el rostro hacia mí. Un rostro desconocido, desfigurado, y halló solo, si es que sus ojos inyectados distinguían aún, la piadosa y conmovida mirada de Vicente. Los cerró.

Encogió el cuerpo con las piernas dobladas, y después se distendió en unas sacudidas bestiales que obligaron a Vicente a apartarse.

—¿Acabó ya? —preguntó Modesta.

La mano de Vicente bajó las oscuras ropas que habían quedado en desorden. Y Modesta estiraba el cuello para mirar a Dolores sin vida, sobre el suelo, con la cabeza vuelta hacia mi lado, y una lágrima gruesa detenida al filo de sus párpados.

Comenzó a llover.

XXXIII

ESTÁS frente a mí. Ya no sé si te amo. ¿Es posible dudar? Llueve…

Te velan las gotas de lluvia, y me parece tu piedra más gris, y más misteriosas tus almenas. Date…

¿He de renunciar para siempre a tenerte? ¿Nunca volverás a ofrecerme tu balcón para mi rama? ¿Me negarás tu duro, impenetrable contacto?

Has cerrado tu ventana. Llueve…

No me muestres más, cruel amante, el dolor de tu entraña, las humanas vidas que por ella discurren.

Cae el agua, me traspasa, me inunda, me resbala por las ramas, por el tronco. Me siento hermoso, y fuerte y saludable. No puedo contentarme con amarte. Pido…

¿Qué me importa si el mal de los humanos se arrastra entre tus muros? ¿Qué me atañe si sus voces pueblan tu silencio? ¿En qué me altera que a ti la lluvia no llegue a traspasarte? Dime…

¡Ah, torre! Solo de castidad me hablas, y te mantienes pura como si fueses virgen y tan bien me engañas que llego a jurar por tu pureza, y casi luminosa te veo en tu blancura. ¡Falsa!

Yo he visto cómo los hombres te poseen. Los he visto retorcerse en tu entraña, vivir en ella y dejar de vivir. Déjame que me cubra con tus ramas…

Llueve… No me lo niegues: has tenido a Dolores. El espasmo final ha sido tuyo. ¿Tanto se goza al dejar de vivir?

Y a Dolores tornó su rostro hermoso el placer de la muerte, la sonrisa se le helaba en la boca, cuajadas en el filo de sus párpados dos lágrimas. ¿O es que en ella llovía?

¿Qué hiciste de Vicente? ¿Has llevado tu escarnio hasta

privarme de aquel humano que tenía de mí? No me preguntes…

Sus manos desde niño por mi tronco, sus ojos pensativos por mis hojas. Y lloró adolescente, abrazándose a mí. ¿No lo sabías?

Porque todos preguntan a quién debe el vivir, y solamente yo puedo decirles qué se ha hecho de la huella de la mano que aquel hombre de mar dejó en su despedida, al apoyarse en mí. ¿Qué has hecho?

Los dedos, tiernos, sucios de tierra y polvo, de aquel niño triste que cortaba retama, hallaron al posarse en mi tronco, la huella exacta de otra mano ya ida. De allí nació su fuerza, y se ligó a su sangre. ¿No puedes verlo, tú, torre que le tuviste?

Tienes los ojos claros de aquel hombre de mar, siempre perdidos, pero estos ojos se vuelven a la tierra, y las olas de su gris se rompen al borde de sus párpados.

Dentro del agua la mano se le quebraba en otras manos, y era malva y rosada y verde, o plateada, según le diera el sol, o la nube o la noche. Tú lo viste.

Él me unió a ti, de niño, con su brazo. Y estuvimos, a través de Vicente, besándonos. ¡Ingrata!

Vicente se ha marchado, y a cada lado suyo caminaba un hombre. Desde la puertecita de la torre las dos mujeres y Ramón, con espanto en los gastados ojos. Benita arrastraba la voz entre las hojas secas de sus labios: «No puede ser, les digo. Él no tocaba a los alimentos. Él no fue…». Te callaste, ¡ay, tú lo sabías!

¿Es que has gozado, acaso, con perderle? Él se fue y jamás le había visto más hermoso. Era un rubio ciprés el que cruzaba por delante de mí y levantó los ojos a mis ramas: «Si lo viste… Tú, si lo has visto…».

Pero hablamos dos idiomas distintos.

«Todo se aclarará» —le dijeron los hombres—. «Es una fórmula». Y Vicente marchó. Lo último que vi de él fue su figura encuadrada por los altos barrotes de la verja. ¿Lloro o gotea?

Y de tus brazos fríos se escapó Dolores. ¿Era Dolores lo que contenía la pulida caja? ¿Qué sientes cuando reptan sobre ti las lagartijas?

Desde aquella noche entornado me has las ventanas, o cerrado. ¿Es, acaso, la humedad de la lluvia, o el granizo que azota, o el frío del invierno? Temes…

Insaciable, aún retienes a Xavier. ¿Dónde?

Quizá continúe en su lecho, bajo la sombra roja. Porque de aquellos coches que llegaron bajaron muchos hombres, negros como los cuervos, y Xavier parecía dormido.

Las voces llegaban hasta mí, opacas por la lluvia: «Puede reponerse. No es desesperado. Hemos llegado a tiempo». ¿A tiempo? ¿Cómo se atreven a nombrarlo?

Un pájaro negro extendió sobre mí sus negras alas frías: dudo.

De todo lo pasado, quizá sea la duda el dolor más acerbo. No me evitaste nada.

Sigues fría y altiva, lejana e impenetrable. ¿Te odio?

Llueve… Sé que volveré a dar fruto, y que soy vigoroso, y que otras plantas se recrean en mí. La silveira me amó. ¿No lo sabías?

Quiero sentirme un árbol como todos. Y dejarme trepar por otras plantas, y que crezcan raicillas en mí. ¿Por qué yo solo?

Cuando el naranjo amó, las manos de Vicente le iniciaron. Injerto. Y dio una fruta anaranjada y oro, veteada de púrpura, como menudas venas de la sangre amada. Yo no tengo de ti.

El agua ama al nenúfar, y la fuente al musgo. El sauce se ha dejado poseer del liquen…

Está solo el jardín. Nadie lo anda. El viento…

La tarde se hace gris, y malva y verde. Te miro. ¿Qué ocultas en tu piedra, detrás de tu ventana? ¿Sufres?

Arráncame esta espina, más dura que la espina de la zarza y más punzante… Dudo.

Quisiera recubrirte las almenas con pétalos de narciso, con hojas de magnolia, con ramos de glicina. E inclinarte la torre sobre el agua, para que tú te vieses.

¿O te miras?

¿Qué tienes frente a ti para mirarte?

¿Yo?

Tiendo mis ramas, y el agua me ha bruñido el tronco. ¡Mírate en mí!

¿Te ves? ¿Te estás mirando, o soy yo quien te miro?

¿Es esto poseer?

Llueve…

XXXIV

VICENTE.

—¿Qué?

—¿Puedes prestarme?

—¿Cuánto?

Pastor mira a los ojos a Vicente.

—Hombre, ya sabes…

Vicente desaparece silenciosamente por la puertecita de la torre.

A mis sombras se esconden los dos.

—Tome. ¿Hay bastante…? No me queda más ya.

—Está bien.

Pastor lo coge sin contarlo y se lo guarda en el bolsillo del pantalón. Golpea a Vicente en el hombro.

—Ya te lo devolveré.

Vicente le mira marchar, quieto y serio a mi sombra, algunas veces.

Pastor le ha preguntado:

—¿No quieres venir conmigo? Tengo una chica…

Ríe, entornando los ojos, verdes como la hierba húmeda.

—Tenga cuidado no le enreden…

—¿A mí?

Pastor abomba el pecho.

—Buenas las he corrido allá. Al lado de estas…

Se estira.

—No digas nada al viejo.

Y antes de irse no vuelve la cabeza hacia la ventana del cuarto alto. Allí está Xavier, lo que queda de Xavier; el despojo de un hombre arrugado y reseco, con un continuo temblor en una mano.

—¿Quiere que bajemos, señor?

Y le ayuda a levantarse.

—¿No habrá nadie?

Miedo en la voz.

—No hay nadie, no.

—Mira bien…

Nunca hay nadie.

La casa y el jardín parecen vacíos, menos cuando llega Pastor.

—¿Quién es ese? —preguntaba Xavier las primeras veces que vio al hijo.

—Es el señorito Pastor, señor. Su hijo.

—Mi hijo…

Se agarraba al brazo de Vicente. Bajaba la voz:

—¿Estás seguro?

Temblaba de miedo.

Pastor no hacía caso de él.

—Está para que le encierren —dijo delante suyo.

—¿Qué dices? ¿Qué dice ese? —preguntaba Xavier, alocado.

—Nada, señor. Es su hijo…

Y Pastor se agachaba y cogía una piedrecita y la tiraba lejos. (¡Ah, sí!, era el mismo niño que había corrido vertiginosamente por las avenidas).

A Xavier le gustaba sentarse en el banco verde. Apoyaba sus manos sobre un bastón de fuerte caña, y quedaba adormilado, tranquilo mientras tenía a Vicente cerca de él.

Algunas veces hablaba a media voz, palabras sueltas, frases inacabadas, recuerdos que debían de acercarse a sus labios, y escapársele.

—Él me salvó… ¡Malvada! Él la mató. Muy bien… Muy bien. ¿Querías darme la leche, eh…? —reía con una risa hueca.

Vicente se había acostumbrado ya. Al principio, le vi apretar los puños y volverse:

—¿Qué dice usted? ¿Qué está diciendo?

Xavier seguía riendo silenciosamente.

—La mataste. Bien, hijo.

Y vi cómo Vicente sacudía a Xavier por el brazo.

—Eso no es verdad. Usted sabe que no es verdad, ¿me oye?

Xavier parecía próximo a desvanecerse, mirándole aterrado.

Lloriqueaba:

—A mí, no… A mí, no.

Vicente hundía el rostro entre las manos. Se levantaba y se iba hacia la verja, como si quisiera marcharse.

—Vicente, no me dejes…

Xavier se alzaba del banco y caminaba tras él, inseguro, siguiéndole.

Y Vicente podía ver al hombre cuyo cerebro se había apagado, indefenso, solo.

Y apoyaba su rostro contra los altos barrotes de la verja.

Cuando llegó Pastor algo se iluminó en Vicente.

Pastor alborotaba el aire con su risa, con sus ardientes palabras:

—¿Me dejas dinero?

—¿No tiene nada ya?

—¿No ves que no me da nada? Esto sí que es gordo…

Se impacientaba. Daba contra el suelo con el pie.

—Estoy peor que un pobre, peor que tú.

—Le ha dado esa manía. Cree que no tiene dinero, que está arruinado.

—Está loco, que es otra. No sé cómo lo aguantas. ¡Mira que ni conocerme! Si te vas y ando cerca, da diente con diente.

—Estuvo tan malo… Le quedó esa debilidad a la cabeza. No hace daño a nadie.

—A mí.

—¿A usted?

—Sí. Seré el dueño de todo y vivo peor que un pobre, ¿no te das cuenta?

—Más se encontrará.

—Sí, cuando no me haga falta.

—Le quedan tantos años por delante, todavía. En cambio a él…

—Al paso que va, es capaz de enterrarme.

Vicente tenía los ojos serios.

—Mi madre no debió de poder más, pobre…

Vicente alzó los ojos hasta la ventana cerrada del despacho.

Pastor es fuerte y decidido, y nunca piensa si sus palabras o sus hechos causan daño. Ríe después con tan cautivadora risa, que es como un chorro de agua sobre una herida ardiente.

—Padre, necesito dinero.

Entró en el cuarto rojo y se puso junto al lecho donde Xavier

descansaba. Xavier apretaba las sábanas contra el pecho, revolviendo los inquietos ojos.

—No busques a Vicente, porque Vicente no está. Necesito dinero, ¿me oyes?

Xavier temblaba.

—¿Dónde lo tienes?

Y fue rápido hacia la cómoda, y abrió los cajones buscando entre la ropa. Ropas suaves, claras y espumosas se esparcieron por el suelo de la habitación. Tenían un olor acre.

Xavier cerró los ojos y temblaba tanto que sacudía el lecho.

—¿Qué le pasa?

Allí estaba Vicente, sereno, acercándose a él.

—¿Por qué tiembla, señor?

—Ese…

Se agarraba a Vicente, tendiendo el dedo:

—Ese. Llévale de aquí. No quiero verle.

—Quiero dinero —gritaba Pastor enfurecido. Movía la cabeza y los cortos rizos negros le sombreaban la frente.

—Salga, ¿no ve que le ha asustado?

—No me marcho de aquí. Quiero dinero.

—Déselo, señor. ¿Por qué no le da algo?

—No tengo nada —respondía Xavier con lamentable voz.

—¿Dónde tiene la llave? —preguntaba Pastor, acercándose al lecho.

—¡No! —chilló Xavier, aferrando la almohada.

—¿No le da vergüenza? —¿Es Vicente quien habla a Pastor?—. ¿No ve que le ha asustado? Déjelo.

—¿Qué tienes que ver en eso? —(¡Ah, la sangre!)—. Es mi padre. ¡Sal de este cuarto!

Pero Vicente se cruzó de brazos, y a su espalda se escondió Xavier.

—Yo cuido de él. Soy responsable de él.

—¿Tú, responsable? ¿Te olvidas que has salido de la cárcel?

Lo dijo, y parecieron aplacarle las palabras. Dio media vuelta y se fue, mientras Vicente quedaba allí, con aquel amargo dolor nublándole los ojos.

Se volvió.

—Vaya, estese quieto. Acuéstese. ¿No ve que son cosas de chico?

—No lo dejes volver.

—¿Quién soy yo? —¡Cuánta amargura en la voz!—. Es su hijo, el señorito Pastor.

Esa misma noche Pastor aguardó a Vicente.

—Ven acá.

Vicente no debió de oírle, porque siguió caminando sin volverse. Y Pastor fue tras él.

—Ven, te digo.

Le cogió por un brazo.

—¿Manda algo?

—Sí.

Pastor reía. Una risa alegre que brincaba en la noche.

—Que vengas conmigo y que nos fumemos un cigarro juntos.

—¿Olvida quién soy?

—¡Cállate!

Pastor se ha dejado caer a mis plantas. Brillan en la noche sus blancos dientes, cuadrados y cortos, y los ojos húmedos.

—¿No ves que aquí termina todo el mundo loco? No hay que tener en cuenta lo que en esta casa se dice. Por eso me voy en cuanto puedo. Y si pudiera… Toma.

Le ha tendido un cigarro y lo encienden. Es Pastor quien da el fuego a Vicente y bajo la pequeña luna rojiza veo los dos rostros juntos, anhelante y moreno el de Pastor, amargo el de Vicente. Pastor se tiende en la hierba y fuma, dando ávidas chupadas al cigarro. De su boca se escapa el humo. Vicente, respaldado en mí, tiene su cigarro en la mano y se va consumiendo lentamente.

—Me voy a marchar…

—¿Dónde irá?

—¿Qué importa? Con los tíos, a cualquier parte.

Vicente calla.

Quedó sola la torre, con Xavier y Vicente. Y Xavier pareció tranquilizarse.

Pastor iba y venía en rápidos viajes. Llegaba en un automóvil, rojo y plata, muy bajo. Se cubría la cabeza con un lienzo blanco hasta los ojos, tras cristales oscuros.

Cuando se oía el ruido de su automóvil, Vicente subía a Xavier al cuarto rojo para que no le viese.

Pastor llegaba acompañado de otros hombres y daban la vuelta

al jardín y a la huerta, mirándolo todo. Se marchaba en seguida. Pero Vicente vigilaba.

—¿Supongo que no está vendiendo nada en vida del señor?

—¿Cómo voy a vender? No seas tonto.

Pastor se mordía los labios y se ponía el gorro para montar en el coche.

—No es venta; es solamente un préstamo —dijo el hombre que le acompañaba—. El día de mañana lo libera.

—¿Sobre la casa? —preguntó Vicente.

—¡Cállese! —dijo Pastor, volviéndose a aquel hombre y entrando en el coche. Dio un portazo.

—Es solo un criado —mordió, mientras arrancaba el coche.

Vicente subió a la habitación alta y estuvo mirando con piedad el rostro de Xavier, dormido.

Después, Xavier murió. Se apagó, simplemente, en su lecho, sin convulsiones ni ronquidos.

—¡Señor! ¡Señor! —dijo Vicente, meneándole, al sorprenderle recostado contra las almohadas, con la faz amarilla e incoloros los labios.

Xavier, medio sin vida, sonrió hacia Vicente. Y dejó caer más la cabeza.

Vi a Vicente tendiéndole en el lecho y lavándole el cuerpo antes de vestirle. Nunca creí a sus rudas manos tan capaces de ternura.

Yo había esperado, tiempo atrás, durante días la muerte de Xavier. Me había acostumbrado a la espera. No me dolió su dejar de vivir, porque aquel Xavier que arrastraba sus últimos, miserables días, de la torre al jardín, no era ya el Xavier que de niño había jugado a mi sombra, que de joven volvía, fiero y altivo sobre el caballo, y sus ojos turbaban a las jóvenes.

No era el Xavier que aguardó con pasión un hijo y después vertió todo su amor en Vicente, sombra suya pequeña en la inmensa sombra del jardín en noche. Xavier había ido dejando de vivir en veces, y creo que la primera fue cuando llegó al Castelo huyendo, con su madre. Fueron apagándose en él impaciencias y ardores, alegrías y orgullos, y aquel que estaba seco sobre la cama, en el mismo cuarto que su madre murió, era el último resto de Xavier, como un árbol podrido ya de tronco, estéril de fruto, que se resiste al hacha que lo abate.

La caja de Xavier nos llegó desde el pueblo. Fui el primero en verla venir por el sendero, y la traían en un carro, al aire, pero cubierta con un paño grande y sujeta por cuerdas. El hombre que llevaba el carro y un mozo que le acompañaba deshicieron los nudos de las cuerdas.

Modesta dijo:

—¡Ah, Dios! Qué pronto llega todo.

Quitaron el paño y brilló la caja de madera pulida con un brillo que no era natural. Por lo que oí, debía de proceder de un árbol de especie desconocida que llamaban «caoba».

—Vaya lujo de caja, ¿eh? —dijo el hombre—. Con los herrajes de plata. La encargaron en la ciudad.

—Es un buen hijo.

Y auparon la caja sobre sus hombros y Modesta les precedió hasta la puertecita de la torre.

Vicente la llevó a hombros con Xavier dentro. Y aquellos dos hombres le ayudaban. No vi el rostro de Vicente, porque iba el primero del lado mío y llevaba la cabeza gacha.

Mucha gente había venido. Fue la primera vez también que sucedió. Entraron por la verja hombres y mujeres, y se agruparon a ver salir la caja.

—Hoy vino todo el pueblo —dijo una voz.

Y la caja pasó a hombros de Vicente, y detrás iba Pastor, todo de negro, con sus tupidas cejas y sus carnosos labios.

—El señor…

—¡Qué guapo!

Hacía viento. Apagaba las llamas de los cirios y ondulaba la blanca ropa que llevaba aquel hombre que ellos llamaban capellán, y empujaban al muchacho que precedía a todos con aquel brillante descarnado árbol. El viento revolvía el cabello corto y negro de Pastor y alzaba los bordes de su chaqueta. Levantaba los velos sobre las cabezas de las mujeres, y ellas protegían la luz de las velas con la mano.

—Se ve que hay amo joven… —dijo un hombre, riendo.

Y la gente entró en la torre, aunque mucha se quedaba en la puerta. El muchacho vestido con blanca blusa, parecida a la del capellán, tocaba la campana: un sonido largo, espaciado y tristísimo. Decía adiós a Xavier.

Y Pastor salió el primero, y con la mano se sacudió un polvo imaginario de la chaqueta. Y se detuvo un momento mirando hacia mí. Hallé sus ojos verdes y estaban graves.

Vicente vino después acompañando al capellán. Contestaba apenas a lo que le preguntaban; no alzaba los ojos de la tierra.

Esa noche, por última vez, vi a Vicente haciendo su ronda. No había vuelto a hacerla desde que Dolores murió, desde que él volvió tras su ausencia con aquella amargura en el rostro y se encontró con Xavier convertido en un ser asustadizo y débil.

Pero esa noche la hizo.

Sus pies resonaron por la grava, sus llaves tintinearon en sus manos, y se dirigió hacia la otra torre. Tardó en salir. Cerró, tentando la puerta, como siempre. Después, bajo aquel fuerte ventarrón, caminó hacia las camelias y el aire le empujaba.

Los árboles más altos restallaban sus altas copas, mis ramas se sacudían. Y Vicente se perdía entre nosotros, sorteaba nuestros caminos, árbol también al viento.

XXXV

A quién habrá salido el niño con los ojos castaños?

Y yo me enternecí. Porque Lorenzo tenía los ojos del mismo color del fruto mío antes de madurar.

Había nacido en la torre, y fue el primer humano que vi nacer. Más o menos, como cualquier cría de bestia, aunque menos fecunda la mujer.

Entre aquellos amados muros grises, Lorenzo, débilmente, lloró, y yo que tenía mis ramas cubiertas de hojas verdes, me balanceé delante de la ventana para que sonriese el niño.

¿Cuándo había apresado en mí la duda? ¿Cuándo me había dolido no fecundar en la torre? ¿Era posible?

La torre se me abría, me entregaba aquel ser nacido dentro de ella: Lorenzo, con sus ojos castaños.

Vicente daba vueltas por el jardín, al pie de la ventana del cuarto alto, y él no podía ver lo que sucedía dentro. Estaba ansioso y venía hasta mí, pero no se sentaba.

En cambio, las mujeres, Rufina y Modesta, entraban y salían del cuarto, rodeando al hombre que llamaban «médico» y a la mujer que había llegado con él.

Ambos estaban vestidos de blanco y se movían en torno al lecho.

Ángeles sufría por su cuerpo.

—No mires, Pastor.

—¿Por qué?

Reía Pastor, y le brillaban los ojos verdes bajo aquellas tupidas cejas negras.

Ángeles deseaba cubrirse u ocultarse, ella, a quien yo había visto absolutamente desnuda, mirándose en las aguas bruñidas del espejo que hizo traer al cuarto de la torre.

Entonces no tenía vergüenza.

Ángeles había llegado al Castelo y hubo como un murmullo entre plantas y flores, entre árboles y agua. Bajó de un coche negro, cerrado por arriba, aquel que os dije que me recordaba a las cajas que van a la tierra, y por delante brillaba como brilla la luna sobre el mar.

Vicente había arreglado el jardín con tanta ternura y cuidado, que pese a que el otoño nos enervaba y las hojas abandonaban nuestras ramas, no se veía una sobre la grava o caída en la hierba.

En la fuente chispeaban los vivos colores de los pececillos. La mano de Vicente entonces me recordó su mano pequeña, sucia de tierra y polvo, dentro del agua aquella. De sus dedos se escurrieron los peces rojos, verdes y dorados, y agitaban el agua en vivísimos círculos.

Entonces también, llegaron Rufina y Sixto. Rufina era muy joven, casi una muchacha, y un pelo negro crespo y pegajoso le colgaba a la espalda. Donde el pelo caía dejaba una raya espesa sobre la ropa. Tenía el cuerpo macizo y torneado en pronunciadas curvas. Diríase que eran agudas curvas, ciertamente. Despedía un olor fuerte y punzante, y apenas despegaba los labios ni los ojos del suelo.

En Sixto reconocí al muchacho que con blanca y transparente túnica había alzado ante la caja de Xavier aquello que Lorenzo llama cruz, y tocó la campana.

—… Y estarás para el servicio del señor.

—Como usted mande.

Los ojos brumosos de Vicente miraban por encima de él.

—Tienes que andar ligero, que al señor le gusta todo rápido.

—Sí, señor.

La gente ahora llama «señor» a Vicente también, o «don Vicente». Lo aprendieron de Xavier, que en los últimos tiempos de su vida, si llamaba por él, lo hacía así. «Avisar a don Vicente». «Que lo haga don Vicente».

—Confunde las ideas —dijo Modesta.

—No las confunde, no… —contestó Benita.

Y al principio casi con bochorno y habituados después, todos fueron llamando a Vicente con aquellas palabras.

Vicente no se alteraba. Parecía no enterarse de nada y estar en

todo, como si a la vuelta de aquella ausencia suya se hubiese embotado y percibiese las cosas a través de su embotamiento. Sus manos izaron la goma culebrina que vertía agua, y lavó las flores y regó la tierra.

Le vi abriendo las ventanas del cuarto alto, que habían permanecido cerradas durante años, desde la muerte de Xavier, y las colgaduras rojas no estaban sobre la cama.

Modesta las trajo dobladas al brazo.

—Mire cómo están…

Extendió la roja tela y por los dobleces de las rayas se partía o se deshilachaba.

—No pueden ponerse.

Vicente tocó la tela roja.

—No se ponen. Ya la señora dirá cómo las quiere, si las quiere.

Trajeron baldes de agua, limpiaron el cuarto. Las mujeres se subieron a una escalera de madera y frotaron los cristales. Resplandecían a la hora del sol.

—Queda como la patena —decía Modesta.

Rufina estaba sobre la escalera y las carnosas piernas recibían al sol. Un olor agudo y fresco venía de sus brazos levantados, de sus faldas revueltas. Modesta se precipitó y casi cerrando los ojos de vergüenza le apretó las faldas a las rodillas.

—Mujer, estás sin bragas…

Rufina se apuró tanto que por poco se cae de la escalera.

Pero Vicente no lo había oído. Estaba sentado al borde del lecho, mirando despaciosamente el cuarto. Muchas cosas tomaron vida en sus ojos mientras lo miraba. Palabras y figuras que se habían movido en aquel aire, y cuyo aliento no podía haberse apagado del todo.

Y Ángeles bajó del coche, frente a la verja, casi empujando la portezuela.

—Quiero verlo desde aquí.

Fue lo primero que oímos. Una voz cálida y alta. La mujer que así hablaba era cálida y alta también. Iba toda de blanco, en otoño, como si viniese a regalarnos el estío. Estío era su cuerpo, esbelto y alargado, y estío la época de su vida, y estío ardiente y lánguido en sus ojos.

Juntó las manos, mirando hacia la torre. ¿De dónde venía para

mirar a la torre así, con tan fervorosa sorpresa?

—¡Qué maravilla!

Creo que todos estábamos pensando lo mismo.

Pastor bajaba del coche y rodeaba sus hombros con un brazo. Sobre la blanca tela que la cubría la mano morena de Pastor parecía una garra poderosa.

—¿Qué te parece?

Y Ángeles seguía mirando hacia las almenas como si de allí le llegase la belleza.

De pronto:

—Ese es Vicente —dijo.

Y fue hacia él. Le tendió su mano alargada y fina y Vicente vaciló antes de estrecharla.

Pastor no miraba a Vicente, y había rubor en sus ojos.

—Hola, Vicente —dijo.

—Bienvenido, señor.

Ángeles sonrió a las criadas que se asomaban, e hizo un airoso gesto de saludo con la mano.

—No te pares. Vamos adentro.

«No te pares». Aquello era Pastor. Aprisa, aprisa a todo. Y desaparecieron por la puertecita de la torre.

Yo estaba conmovido también, porque por aquella puerta había visto entrar y salir muchas mujeres y ninguna como aquella.

Les vi en el cuarto alto.

—En este cuarto han dormido todos los señores del Castelo, ¿qué te parece?

Era como si Pastor estuviese contando algo que le divertía y le avergonzaba a un tiempo.

—¡Qué bien!

Y Ángeles se dejó caer sobre la cama de espaldas y rebotó sobre ella.

—¡Qué cómoda!

Y Pastor la besó allí mismo.

—¿Estás loco? Ahora no. Vamos a verlo todo antes.

Se escabulló entre sus brazos y se puso de pie. Reía. Reía como el agua loca y cantarina del lavadero.

Pastor, aún medio caído sobre el lecho, la miraba y le bailaban los ojos bajo las foscas cejas.

—Ya me las pagarás…

Y como le viera alzarse e ir hacia ella, abrió la puerta y salió corriendo. Después de ida aún resonaba su risa clara y delirante.

Yo les vi caminar juntos por todas las veredas del jardín, y Pastor le mostraba los árboles y las plantas y los caminos. Los árboles y las plantas nos estirábamos o curvábamos nuestra alta estatura hacia ella.

—… Y debajo de este castaño he jugado más veces de niño…

Se acercaron, y Ángeles se apoyó de espaldas, en pie, contra mi tronco. Me estremecí como si poseyese, al fin, algo que hubiese anhelado siempre.

Ángeles dijo con voz honda, sin tender los brazos:

—Bésame aquí, Pastor, ahora que eres hombre.

Se besaron allí, largamente, y sentí las manos de Pastor enlazándola entre su espalda y el tronco mío. Ávidas, dominantes manos.

—Vamos…

Ya se habían marchado, desaparecido la claridad de su traje, y aún seguía pegado a mi corteza aquel perfume intenso y violento que nunca desprendiera otro cuerpo de mujer. Olía a planta exótica y caliente. Después supe que el perfume no lo exhalaba Ángeles de su carne, sino que lo guardaba en botellas y se frotaba el cuerpo con él.

Amalia había supuesto mucho en el jardín y entre los hombres, porque el aire se encendía cuando llegaba y la vida aceleraba su pulso, pero os digo que Ángeles fue la luz del jardín, y la frescura del agua, y la blandura de la tierra. Y los árboles nos sabemos árboles, y los hombres se saben hombres cuando Ángeles está cerca.

Caminaba por el jardín, mordisqueando las flores, o las hojas que desgarraba al pasar. Pero sus dientes no trituraban los pétalos ni las hojas; eran sus labios los que chupaban.

Hubo una noche que cantó a mi sombra. Yo sentí el trino por mi tronco arriba, y me mecí al compás de aquella voz pastosa y ardiente que enajenaba al jardín.

—¿Por qué no cantas algo? —había dicho Pastor.

—No.

Había pena en su voz o disgusto.

—¡Qué tonta!

La besó.

—Sabes que no me importa ya. Quiero oírte cantar para mí solo, en mi casa.

Y Ángeles se apoyó contra mí, y cantó. Cantó al principio con los ojos cerrados, y yo vi a Vicente, del otro lado de los eucaliptus, tenderse sobre la hierba para escucharla.

Yo no comprendía las palabras dulcísimas que Ángeles cantaba. Ni siquiera sé si eran palabras o rumores, o módulos de su garganta. Ángeles acabó abriendo los ojos, y miraba fijamente hacia la torre, hacia las almenas, hacia el alto cielo.

—¿Qué te recuerda? ¿En qué estás pensando?

Pastor se había medio incorporado y la miraba.

Ángeles dejó morir la voz en el hondo pozo de su garganta.

—¡Cállate!

Se había puesto en pie. Se inclinaba hacia ella y le levantó el rostro con la mano, duramente.

—¿En qué pensabas?

Ángeles contestó:

—Por eso no quería…

—¿Por qué?

—Luego siempre me vienes con preguntas. No me pidas que cante.

—¿Por qué no me has contestado? ¿En qué pensabas?

Ángeles se levantó, sacudiendo las briznas de hierba, las ramitas que se le habían pegado a la falda.

—En ti —dijo.

—No es verdad.

—Pues, bueno. No es verdad.

—Muy bonito.

Vicente hizo ruido al incorporarse y se callaron.

Salían con frecuencia en el automóvil, conducido por Pastor. Desde el sendero ya, emprendían una velocidad vertiginosa y volvían rápidos, disparados. A veces, a trallazos, mezclada con el aire que su carrera cortaba, llegaba la voz de Ángeles cantando. Y a veces aún cantando bajaba y extendía los brazos frente a la torre, despeinada por la loca carrera. Pastor reía.

—¿Qué dirían mis antepasados si te vieran? ¿Si supiesen que me he casado con una actriz? ¿Dime?

Ángeles rio también. Saltó su risa carnal en el aire.

—Que digan lo que quieran. Tiempos nuevos, hábitos nuevos.

—¡Y qué hábito! —dijo Pastor, ciñéndola con sus brazos.

—No lo digas. —Ángeles puso su mano alargada sobre los labios de Pastor—. Prefiero el odio al hábito. Me horroriza.

—¿Qué harías si yo te dejara?

—¿Y tú?

—¿Tú? Eres mi mujer, ahora.

Ángeles reía, escapando hacia la casa.

—Eso es lo peor.

—¿Qué dices?

Yo no sé si hablaban en serio o no. Quizá eso viniese de Ángeles por lo que oí decir a Pastor.

—Estás siempre haciendo teatro. Te crees que sigues en las tablas y que tienes que representar un papel. Eso es lo malo tuyo. Y a esta gente la tienes atontada.

Yo no sé si Ángeles se nos hurtaba cuando movía sus manos en leve gesto, cuando andaba por el jardín, o sonreía, con su tímida y atrevida sonrisa. Era como si las cosas se reflejasen en su piel, y solamente allí pudiera sentirlas. Entonces me preguntaba si aquella mujer tendría lo que los humanos llaman «corazón», porque nada la traspasaba, ni las lágrimas acudían a sus ojos, y sacudía sus redondos hombros, y con sus hombros sacudía todo lo demás.

Ahora sé que bajo aquella Ángeles ligera y aturdida existía la Ángeles que ahora veo: una mujer silente, y como presa de melancolía. Quizá ella lo supiese también y por eso reía y cantaba, echando atrás el largo y torneado cuello, aspirando la quietud del aire con su boca.

Había en Ángeles algo de tierna bestia, de animal de los bosques. Así deben de ser las hembras que viven en libertad bajo espesos y copudos árboles, sorteando con ágiles y esbeltas patas las lianas y las trepadoras, huyendo cuando sienten al macho solo para ser presa, y se detienen si se detiene él, y vuelven sus finas y asustadas cabezas, con los ojos húmedos de querencia. Y cuando se inclinan a beber en los arroyos tiene su cuello la graciosa curva de la sófora péndula, y el vientre liso y tibio, como Ángeles.

Porque Ángeles ha estado junto a mí muchas veces, y es templada y suave, con sus hermosos ojos de animal de los bosques.

Mira siempre a lo alto. Recién llegada alzó los ojos hacia las almenas, y si iba por el jardín nos miraba a los árboles a la copa, y por el sendero abierto levantaba sus ojos al espacio.

—Vas como distraída… Mira al suelo, mujer, que puedes tropezar con una piedra.

Pastor se impacientaba.

—Llévame tú.

Y cerraba los ojos y caminaba cogida de su mano con la risa clareando en su rostro. Pastor la conducía un trecho, y de pronto yo le veía torcer el rumbo, y dirigirse recto adonde había árbol o muro. Y llegado allí dejaba que Ángeles se diese contra ellos.

—No vale, ¡bruto! —decía ella.

Pastor reía. Le estrujaba la cara dolorida.

—Para que aprendas.

Se amaban.

¿Se amaban, digo? No; del amor os hablaré más tarde.

Iban y venían en su brillante coche negro y alargado. Desde el sendero se oía el ruido ronco y prolongado que anunciaba su regreso. Lo llamaban «claxon».

Sixto abría la verja. Si Vicente no estaba por allí se le veía subir desde la huerta, o venir de la parte de delante de la casa.

Y el coche se deslizaba, silencioso, apenas crujiendo sobre la grava. Pastor conducía tan vertiginosamente que siempre temía que se estrellase contra la torre de la izquierda o contra el banco verde.

—Hay que quitar las azaleas, Vicente; estorban el paso.

Pastor hablaba mientras despojaba sus manos de aquel abrigo que llamaban guantes.

—¡Qué pena! —dijo Ángeles—. ¿No podría ensancharse por el otro lado?

Miraba a Vicente porque quizá había visto turbarse sus ojos.

—Al otro lado, ¿dónde? —Pastor hablaba con impaciencia—. No digas tonterías. ¿Tumbando el castaño?

—No.

Ángeles miraba a Vicente.

—Si así cabe…

—No doy bien la vuelta.

Vicente callaba.

—Podríamos hacer retroceder el camino hasta aquí —con el pie,

Pastor señalaba el límite de los cipreses—. Incluso ganaría la casa.

—Esperar a que caiga la flor…

Ángeles puso su mano sobre las azaleas.

—Da pena ahora… Y hacen tan bonito, desde la entrada, estos arbustos rosas.

—Quitarlos —dijo Pastor.

—Si quiere la señora que esperemos…

—Se quitan mañana.

A Pastor no le gustaba encontrar resistencia. Vicente miró fugazmente a Ángeles.

—Nada —Ángeles abrió las manos, hablando para él—, nos quedamos sin azaleas.

Me parecía ver a Efrén, saliendo con la azada, acompañado de Eladio, para plantar el esqueje del rosal. Después, años más tarde, Vicente había plantado las azaleas, y ni siquiera sé si alguien lo había ordenado. Pero me alegraban. Venían con la primavera, después que las golondrinas. Se rosaban frente a mí, y el aire se iba haciendo carnoso en torno a ellas.

—Siempre das la razón a Vicente.

—¿En qué?

—Lo de las azaleas…

—Pero si Vicente no decía nada… Pero me pareció que le daba pena quitarlas.

—¿Vicente? No le conoces. No le da pena nada. Una vez mató a una perra, que trajo mi madre, de un solo tiro. Y había jugado con ella.

—¿Por qué? ¿Sin más ni más?

—Había mordido a una muchacha y rabió, creo. Yo era un niño, no me acuerdo bien. Pero siempre le recuerdo insensible, callado. Le admiraba porque era mayor que yo, supongo. Fue siempre callado y taciturno, ni siente ni padece…

—¿Estás seguro?

—¿No irás a enamorarte de Vicente?

—Seguro…

Callaron un momento. Algo enfurecía a Pastor.

—Como me salgas con las tuyas, te parto el alma. Yo no soy un marido consentido, te lo advierto.

Ángeles se rio.

—Como te pesque con un hombre, te mato. A ti y a él. Ya lo sabes.

—En el fondo eres un señorito… Sí, no me mires con esos ojos. Mucho presumir de igualdad, que a ti te da igual todo, y hay que verte.

—¿A qué viene esto ahora?

—Te ríes de las costumbres antiguas, quieres ser un hombre moderno, casi te avergüenzan tus abuelos…

—¿Yo? ¡Qué disparate!

—¡Qué disparate! Aquí suena raro, ¿verdad? Pero ¿y en Madrid? ¿No te has reído delante de mí de los escudos, y de los títulos y hasta de los nombres? «Un nombre vale otro». ¡Ay, que se atrevan a discutirte el tuyo! Tiene gracia…

—No sé lo que te ha dado.

—Yo sí lo sé. Mucha peña de señoritos que quieren cambiar el mundo, una España nueva, y callándote que tenías esto aquí. Eso es.

—¿Yo? ¿Cuándo he ocultado yo que tenía el Castelo y las tierras? ¿Cuándo? Dímelo.

—Todos los días, hijo… Hasta con tu manera de ser. Ahora está de moda reírse de todo, ¿verdad? Todos iguales…

—¿Y a ti te parece mal? Tiene gracia.

—Ni mal ni bien. No es verdad. Son bobadas para atontarnos, y cuando te vienen mal dadas, te gusta pensar. «Todos iguales. Todos iguales. También le tocará a este, y a este, y a este».

—¡Caramba! No sabía que eras rencorosa.

—¡Tonto! Pero te he oído hablar tanto, y luego… No, Pastor. Tú no eres igual que otros, ¡qué has de ser! Yo me daba cuenta allí, pero no sabía qué era. Ahora lo sé.

—¿Qué?

—Esto… Tú sí que estabas haciendo teatro, tanto como me dices.

Se había puesto rígido.

—Yo no hago teatro jamás.

—¿De verdad? ¿Entonces, te crees de verdad que todos somos iguales?

—Si tuvieses principios cristianos…

—Es otra cosa. Quieren decir otra cosa. ¿Cómo van a querer que no haya clases? Si hasta en los árboles se ve. Todos son árboles,

pero uno es pino, y otro castaño, y otro cedro…

Pastor se inclinó hacia ella.

—Querida, pero ¿piensas?

Rio, pero me parecía que estaba confuso.

—Pienso, ya ves. Mucho «todos camaradas» y «llámame de tú», pero cuando bajé del coche y di la mano a Vicente me dijiste luego que no diera la mano a los criados.

Pastor rodeó sus hombros con un brazo:

—¡Qué enfadada! Con lo que me has salido…

—No estoy enfadada. Estoy diciendo verdades como puños.

—No las digas, ¡hala! No te sientan bien.

—¿Por qué? No las tengo miedo. No soy como tú.

—Gracias.

—«No me importa, son ideas anticuadas. No eres menos pura por ello».

—¡Cállate!

Pastor se apartó de ella bruscamente.

—Son tus propias palabras. ¿Las tienes miedo o no? ¿Te acuerdas? Tú me has dicho, tú mismo: «Lo comprendo todo. En la vida…».

—¡Cómo te gusta revolver esas inmundicias!

—¿Inmundicias? Dios, ¡fue el único momento en que estuvimos cerca!

—¿A qué viene ahora esto, Ángeles?

—Déjame hablar contigo. No podemos hablar nunca, como si yo solo sirviera para besarme. Es humillante.

Pastor miraba a todos lados.

—¿Quién tienes miedo que nos oiga? Los criados se han ido a dormir. Dime, Pastor, ¿por qué no me dices la verdad? Me horroriza que…

—No he dicho una mentira en mi vida.

Se apartaba de ella.

—¿Me vienes con eso, tú?

—No te enfades. No es eso. No eres mentiroso. Es que… ¿Por qué andas con tanto tapujo sobre lo que yo hacía? Si tú lo sabes, ¿qué me importan los demás?

—La sangre tiene prejuicios. Lo sabes. No quiero que te hagan de menos.

—Como tu tía Gertrudis. No quiso ni recibirme. «Una cupletera». Eso dijo. Ah, pero nos recibió su marido.

—Ya se irán haciendo. Tienen ideas antiguas.

—… Tu tío Trinidad no se atrevió a llevarnos a su casa: nos citó en el despacho. No me miraba a la cara —rio con amargura—, me miraba a las piernas, como quien no quiere la cosa.

—Ángeles, ¿por qué no me lo dijiste?

—¿El qué? Estoy acostumbrada ya… No mires allí: solo están tus muertos. «Las antiguallas», como decís entre vosotros. Qué cara pondrían si vieran que te has casado con tu querida, ¿verdad? Y tendrían razón, ya ves. Yo misma te digo que tendrían razón. Al principio me reía, pensándolo, pero algo tiene esta casa que contagia…

La paz del jardín era densa y solemne.

—… ¿Pero es que ellos tuvieron que luchar? ¿Es que se vieron en la calle sin un céntimo? Colas y colas, anuncios… «Ya está dada la plaza». «Lo siento, vuelva otro día». O peor…

—Ángeles, no sigas. Me duele…

—¿Qué?

—Quisiera que no hubieses pasado por nada.

Atrajo su rostro con ternura y lo juntó al suyo. Miraban al jardín como a un desconocido misterioso.

—Eran decentes porque estaban guardadas.

—¡No!

Pastor se desligó.

—¡Cómo has saltado! Está bien, hombre. No te apures. No quería decir que las guardase nadie, pero esta misma vida tan segura… ¿Qué iban a buscar, si lo tenían todo?

—¿Qué sabes tú?

—No me digas… Vivían sin tentaciones, aquí metidas. ¿Qué sabían de penas, y de angustias para que no falte el pan? Sentir en tu pierna la mano de un hombre viejo y casado, solo porque trabajas en la oficina…

—No pienses más en ello. Se acabó.

—Déjame. Quiero que sepas… Todos iban a lo mismo. Acabé harta. Si iba a ser, que fuera…

—¡Cállate!

Lo dijo apenas entre dientes.

—¿Puedes pedirme a mí lo mismo que si hubiese nacido en esta casa? ¿No ves que no?

Pastor se llevó una mano de Ángeles a la mejilla, y la retuvo allí. No levantaba los ojos.

—Todas estas señoronas empolvadas, ¿crees tú que sabían lo que es una mujer suelta en la vida? Tenían que ser felices a la fuerza…

Pastor inclinó la cabeza hacia la grava.

—Mi madre se mató —dijo.

Y se puso de pie. Se fue solo, hacia el fondo del jardín, y Ángeles dudó de si seguirlo o no.

—¡Qué horror! —dijo profundamente.

Solo yo hubiera podido explicarle muchas cosas. No hacía tanto tiempo que las mujeres a que se refería habían estado donde ella estaba, mirando hacia mis ramas, o apoyándose en mi tronco. No sé a lo que Ángeles llamaría «señoronas empolvadas», pero María Fernanda y Amalia, y Gertrudis, y Jacoba, y Dolores, fueron seres humanos, simplemente. Amaron como amaba ella, y rieron. Supieron de pasiones y de codicias y de penas. Porque las llevan consigo mismo los humanos y el tiempo no las cambia.

Ángeles se estremeció como si la mano helada y viscosa de Dolores se hubiese posado sobre su mano. Y se vio rodeada de sombra y se asustó. Echó a correr hacia donde Pastor estaba, en la avenida de los limoneros, paseándose nerviosamente con las manos en la espalda.

—Pastor, no lo sabía… Perdóname, Pastor.

Escondió su cara con la cara del hombre, y Pastor la besaba en el pelo, detrás de la oreja.

—¡Hay tantas cosas que no sabes! —Y luego—: Mi madre era una mujer heroica. Se trastornó cuidando a mi padre que estaba loco. Debió ser una vida de perros.

Se volvieron despacio, como si también fuese densa la paz en sus cuerpos. Los peces chasqueaban tenuemente el agua.

XXXVI

La hiedra ha invadido la torre de la izquierda. Vicente la recorta, la poda para que no se extienda hacia el cuerpo central.

—Dejar que llegue hasta las almenas —ha dicho Ángeles.

—Es mala para la casa. Los bichos…

—Pero aquí sí… Aquí no importa, ¿verdad, Vicente?

La hiedra ha ido extendiendo sus tentáculos verdes sobre la piedra gris y Ángeles, al bajarse del coche, cuando llegaban en la primavera, alzaba el rostro para ver sus progresos.

—¡Cómo crece!

La torre se dejaba cubrir. Tardó tiempo en coronarla, pero lo hizo, al fin. Y pude ver a Vicente entre las almenas, y se me antojó más pequeño y distante. Con sus enormes tijeras de jardín podaba las ramas de la trepadora que colgaba al viento, borrando los graciosos entrantes y salientes de las almenas. Y dejó el verde ceñido a la torre, como si hubiese pasado a ser vegetal.

Deben de anidar allí insectos y colear las salamandras. Deben de amarse los pájaros a su sombra. En la primavera, entre la hojarasca se filtran campanillas moradas. Es un gozo para la vista.

Vicente, muchas veces, se había sentado a mis plantas, mirando hacia ella. Con los fuertes ventarrones de invierno se desgajó, y Vicente la encontraba por la mañana con ramas desflecadas. Las enlazaba a las otras para que se adhiriesen de nuevo. Bajo la lluvia la hiedra se lavaba. Amanecía brillante, o goteada de rocío. Cuando llegó a la frente de la torre, coronándola, os digo que Vicente se sentó a mis plantas, y una leve sonrisa lejana se le extendió por el rostro. Era una sonrisa tierna y hondísima, como si la raíz de ella estuviera adentrada en su cuerpo. Y después se le turbaron los ojos como si alguien pudiese leer en su sonrisa, y se puso a fumar.

Estaba terminándose aquella primavera cuando vi abrir a Modesta de par en par las ventanas de la torre, y no iba solo a ventilarla, porque sacudió el colchón en la ventana, y puso blancas sábanas. Después salía y entraba preparando el cuarto, lo que me anunció, antes que el claxon, que esperaba a los señores.

Y cuando se oyó rodar el coche, y yo lo divisé en el recodo del sendero (y os digo que este coche no me causa el gozo del trotar de los caballos en otros tiempos, porque se desliza y es rápido y negro como los cuervos) ya había abierto Sixto la verja y subía Vicente desde el fondo de la huerta, achicando un poco los ojos como hace para mirar las cosas cercanas, y con un ansia desconocida en él, que tornaba sus palmas sudorosas. Golpeó, distraídamente, mi tronco al pasar, cruzando sobre la hierba, y se halló al lado del coche cuando frenó frente a los cipreses.

Porque hace algún tiempo que las azaleas no existen, y ha retrocedido la senda hasta el borde mismo de los cipreses.

Pastor bajó, y se quitaba los guantes.

—Hola, Vicente.

No le miraba a la cara.

—¿Qué tal todo?

Allí estaba Pastor, frente a su casa. Y junto a él, el hombre que cuidaba de ella y de nosotros, que compartía nuestro calor y nuestro frío, la lluvia y las heladas.

Verlos así, con aquel mal disimulado rubor en los ojos húmedos de Pastor, y aquella contenida ternura en los de Vicente me trajo el recuerdo de la última vez que les vi juntos en el despacho, dentro de la torre, antes de que se casase Pastor. Un hombre leía detrás de la mesa, y Pastor por una vez quieto, sentado también en una butaca, iba palideciendo según avanzaba la lectura, y le veía cerrar los puños y apretar las mandíbulas.

No miró una sola vez a Vicente, mientras el hombre leía.

Vicente estaba respetuosamente en pie, apoyado en el quicio de una ventana, y tenía los ojos bajos, fijos en los pies de Pastor, golpeando el suelo. Era el lugar mismo donde Dolores se desplomó el que golpeaba.

—«… Ordeno a mi hijo Pastor que cumpla mi voluntad, dando la parte que queda dicha a Vicente, mi hijo natural. Y que le tenga siempre a su servicio, que no ha de hallar quien más fielmente le

sirva. Cuidando que los servicios pedidos a Vicente no sean jamás viles o degradantes».

Pastor se puso en pie y dio la espalda al que leía. No le podía ver el rostro. (A través de él parecía alzarse la voz de Dolores, sus últimas palabras; «¡Maldito!… ¿Quién eres tú para?… ¿Con qué derecho?…»).

Vicente no se movía. No he visto jamás mayor vergüenza en un rostro humano. No se sonrojaba, pero supe que hubiese deseado no haber nacido.

—«… Y ordeno a Vicente, mi hijo natural, que respete a Pastor y le obedezca. Y que le quiera como a hermano». (¡Ah!, el sendero, la tapia de cantos apilados y Justina detrás escondiéndose, asomando su morena cabeza al oír el trote del caballo…).

El que leía dobló el papel y lo dejó caer sobre la mesa. Pastor se volvió, violento.

—¿Estarás contento?

Chispeaban sus ojos verdes, y tenía blancos los frescos labios. Toda su ardiente vitalidad vibraba en su voz airada.

¿Por qué extraño e insondable misterio aquella mujer tapiada bajo piedra, en la otra torre, había transmitido a Pastor su ardor y su cólera, sus arrebatos y sus impaciencias? No era rubio oscuro, como Amalia, ni tenía sus ojazos mansos y, sin embargo, mis ramas se estremecieron al hallar la expresión de Amalia otra vez en los gruesos labios codiciosos de Pastor, en sus ojos brillantes y en su fuerza.

Vicente por primera vez en su vida sostuvo su mirada.

—Su padre estaba chiflado, todos lo saben. No sé cómo han podido leer esto. Estaba chiflado y me quería… Lo saben todos.

Lo repetía con sus desesperados ojos altivos, y la voz le fallaba. Echó mano al papel y lo rompió antes de que nadie pudiera impedírselo.

—¡Eh! —gritó el hombre que había leído.

—¿Por qué lo has roto?

Vicente contestó:

—Era mi madre…

Y Pastor:

—Pero si papá dice…

—¿Es que tenía su sentido sano, el señor?

Salió, y Pastor corrió tras él, como corría de pequeño a abrazarle en la huerta.

Estuvo entonces dos o tres días más Pastor en el Castelo y evitaba a Vicente, aunque deseaba verle. Porque daba vueltas y vueltas para encontrarle, y cuando lo hallaba volvía los ojos a otro lado. Algo desazonaba a Pastor, se le movía por dentro.

—Vicente, si quieres tu parte, ya sabes…

Vicente siguió caminando hacia las matas, entre los eucaliptos, como si no le oyera.

—Me ha dicho el notario que no puede tocarse, si no renuncias…

Y algo se quebró en el pecho de Vicente; no sé lo que era. Se volvió y le vi el rostro con aquella amargura sombreándole los labios. Aquella amargura que trajo consigo de su ausencia y que solo la voz de Ángeles cantando en la pura noche o hablándole a él, Vicente, le ha sorbido.

Miró a Pastor con ternura y con dolor, igual que le miraba cuando de niño ahogaba a los pececillos de la fuente:

—¿No les parece bastante? Siete meses de cárcel mientras se aclaraba, y ahora esto… ¿Por qué no me dejan tranquilo?

Y Pastor tuvo uno de sus impulsos, como un generoso chorro:

—Por eso —dijo—. ¿Por qué no coges lo tuyo y gozas de la vida? Podría demostrarse que mi padre estaba loco y anular el testamento. Pero ¡es tanto lío! Si no te importa…

Vicente se inclinó y se puso a limpiar de hierbecillas el suelo arenoso.

—Deja eso, Vicente, escucha…

—No quiero escuchar nada —tenía las hierbas en la mano y le miraba—. Soy mayor que usted. Casi puede decirse que le vi nacer, y no sabe lo que está diciendo.

—¿Cómo?

—No sabe usted lo que dice. Haga lo que quiera y déjeme a mí…

Pastor volvió aún dos o tres veces más al Castelo, y yo oía a Vicente:

—No se puede seguir vendiendo, que ahora la tierra no vale nada… No puede ser.

Pastor se impacientaba. Llegaba en coche, y cada vez me parecía mayor su prisa, y cada vez iba completándose su aspecto, lo mismo

que un árbol que fuera cobrando todas sus características. Perdió su risa fácil. Ahora cuando ríe le brillan los dientes y parece que muerde. Y fue haciéndose cada vez más dominante y ordenaba sin mirar a la persona que hablaba, seco. Tuvo siempre, y tiene aún, sus impulsos rápidos, a veces para bien, a veces para mal, y se inflama hablando, aunque pronto se le olvida. La voz le restalla como un látigo: es una voz de mando.

Sin embargo, cuando bajaba del coche buscaba con la vista. Y la gente creía, quizá, que buscaba la silueta obsesa o acosada del padre. Pero yo estoy seguro de que buscaba y busca a Vicente. Porque estoy seguro también de que le ama.

—¿Qué tal, Vicente?

Y Ángeles no miró hacia la hiedra, pero su voz para Vicente fue como había sido el agua para nosotros en época de sequía.

De Ángeles aprendí que la palabra puede ser fecundante y confortadora. Y Vicente debió de aprender a no temer a las palabras en la voz cálida y honda de la mujer.

Lorenzo juega a mi sombra. Lo sabéis porque lo estáis viendo todos los días, mientras dura el verano. Es rubio y espigado, y le gusta estar solo. Hace jardines minúsculos con la grava, y no tira piedras a la fuente. Pide migas a Rufina y da de comer a los peces de vivos colores.

Le he visto buscar nidos con Vicente. Pero ni uno ni otro los deshacían. De la hiedra sacó uno con la mano, y entre las trenzadas pajas aparecían aquellas cabecitas pelonas, rosadas, y el pico parecía más largo. Piaban desesperadamente.

—Guárdalos, que están llorando…

Y Vicente ha reído por las palabras del niño.

—Los pájaros no lloran.

—Sí, que chillan. Mira cuánto. ¿Y si viene su mamá?

—Los dejamos.

Vicente ha colocado el nido, de nuevo, en el hondo que en la hojarasca había formado.

Lorenzo camina tras él. Si rastrilla o riega, o cava, Lorenzo da vueltas en su torno, y quiere ayudarle. Y Vicente le deja el rastrillo para ver si puede. La cara del niño se pone sofocada, y hace fuerzas mientras levanta, implorantes, los ojos castaños. Y Vicente se ríe con el niño.

—Anda loco con Vicente, siempre escapando…

Ángeles está erguida en el banco verde, mirando al hombre que cava en torno a las cintias, y al niño que coge las hierbas y las va echando en un cesto.

—La sangre… —dice Pastor, riendo.

Ángeles se vuelve a él.

—¿Sabes? Dicen que Vicente es hermano mío.

—¿Vicente?

—Sí. Mi padre… —ríe—. Era muy frecuente, entonces.

—No se parece a ti.

Ángeles está mirando al hombre que trabaja en la tierra.

—¡Vete a saber! Buena pájara sería la madre. Pero papá se lo creía.

—¡Qué molesto para tu madre…!

—No sé si lo sabría. Yo me enteré por el testamento.

—¿Le reconoció?

—No… Y sí. No podía reconocerle, pero me decía que cuidara de él. Vicente es un gran chico.

—¿Lo sabe él?

—Sí. Pero lo niega.

—¿De verdad?

Ángeles se ha vuelto a su marido.

—Sí. No sé si será por defender a su madre, o por no meterse en líos. El caso es que se enfadó.

—Es bonito…

Ángeles ha quedado silenciosa. Pastor se ha levantado y sonríe abombando el pecho.

—En el fondo, lo que es, es práctico.

Bosteza, desperezándose.

—Te aburres…

—De muerte.

—Necesitas estar siempre moviéndote y ajetreo. El campo no es para ti.

—Ya te lo dije. Debíamos ir a una playa. Esto se me cae encima. Sin amigos cerca, ni nada que hacer.

Ángeles ríe.

—Imita a Lorenzo.

—No, si para los niños es la gloria. Pero confiesa que tú también

te aburres.

—¿Yo? —pregunta Ángeles.

Parece preguntarse a sí misma.

—No. Esta paz… Me parece todo lejano, Madrid en otro mundo, y que las cosas malas no tienen importancia.

Pastor la mira y ríe.

—¡Quién nos lo iba a decir!

Ángeles suplica con la mirada.

—Sí, mujer. En otros tiempos… ¡Has cambiado tanto! Si me lo dices entonces, no lo creo.

—¿Por qué?

—Eras como un cascabel.

—¿No lo soy ya?

¡Qué angustiada voz!

—¡Lo pasaba tan bien contigo! Eras lo más divertido del mundo.

—¿No lo soy ya?

Ha abierto sus manos con abandono sobre la falda.

—Ahora eres una señora. —Pastor ha puesto un pie sobre la tarima del banco—. La madre de Lorenzo. ¡Cómo cambiáis las mujeres en cuanto tenéis un hijo, o una posición segura!

—Soy la misma por dentro, igual, te lo aseguro. Me siento con toda la vida por delante.

—Te estás haciendo vieja —ríe Pastor, y la palmotea un muslo—. Vieja y respetable.

Ángeles baja la cabeza mirando aquella mano velluda y fuerte sobre su pierna.

—Ya sabía yo que te darías cuenta. Te lo dije. Pero te empeñaste…

—No se te notaba entonces, que eras mayor que yo. Parecías la más joven del mundo. Y tan…

La mano del hombre aprieta.

—No. Estás joven. ¡Demonio, si estás joven! Tan dura…

Y los ojos de Ángeles se liberan de aquella secreta angustia.

Pastor para poco en casa. Coge su negro coche y monta en él, dando un portazo. Emboca la verja. Se va.

—Pastor, espera… —salía gritando Ángeles las primeras veces que lo hizo.

Venía sofocada, esperando alcanzarle. Solo quedaba el polvo

arremolinado en el sendero. Y ahora ni eso, porque en la primavera, antes de que llegasen, Vicente ha cuidado de que se hiciera el camino liso, acerado, como deseaba Pastor.

Y una máquina trabajó en el sendero, negra ella, negros los hombres que la ocupaban. Echaba humo por encima y tenía delante un rodillo, me parece de piedra.

Yo oía las palabras de los hombres a quienes Sixto o Vicente llevaban vino de cuando en cuando, y que entraban a comer en la casa:

—… Creo que la mujer es una tía estupenda.

Uno de los hombres estaba sobre la máquina, con el brazo apoyado y secándose el sudor con la mano. Tenía la cara negra, y se extendía churretes de negro al secarse.

—Todas «esas» son unas tías estupendas…

Miraban hacia las ventanas de la torre.

—¡Vaya verde que se darán ahí dentro! Si las piedras hablaran…

—¡Ay! —suspiró uno con risa—, menuda suerte tienen los ricos.

Sixto se acercaba con la jarra de vino. Al pasar por debajo de mis ramas vi el espeso líquido amoratado moviéndose al compás del mozo.

—¿Cuándo vienen tus amos?

—Hasta el verano…

Bebieron de la jarra, acercándola a la boca. Por los lados les caía un hilillo amoratado.

El primero que habló, a quien llamaban Gregorio, alargó la lengua, chupándoselo.

—Buen tinto. ¿Y lo tenéis así para vosotros?

—Lo tiene Benita en la bodega.

—Y tú echarás buenos tragos.

Cerró un ojo, mirándole. Y las orejas a Sixto se le habían puesto coloradas.

—Anda siempre la Benita mirando.

—Camélala, hombre.

Se rieron todos. Y Sixto también rio, apurado.

—Hazla un favor, verás cómo se amansa.

Nuevas risas. Sixto cogió la jarra e hizo ademán de irse, pero uno de los hombres le tendió un cigarro.

—Échate un pitillo.

Sixto cogió lo que le tendían y el hombre que continuaba en la máquina bajó. Se sentaron frente a mis ramas, por la parte de atrás, al otro lado del sendero, sobre aquel muro desigual hecho de piedras apiladas.

—La verdad que el mujerío que tenéis no sirve para un remedio. ¿Se llevaron a la Rufina?

—Sí. Les hace de niñera. Por el crío…

—Pues el crío tiene dónde agarrarse. Bien le cuidan desde pequeño.

Se reían.

—Porque la Rufina no está mal para un destete…

Eran unas risas brutales y sudorosas, como sus rostros renegridos. El que hablaba parecía satisfecho de las risas que provocaba.

—No sé por qué os reís —era como si sus ojos fuesen más blancos, en medio de su cara ennegrecida—, al crío le destetan por etapas. Hecho a la de la madre… ¡Camaradas!

Se quitó la gorra de la cabeza y saludó. Los hombres reían y bebían a chorro, y el vino les goteaba.

—… les pasan a las de Rufina, que tampoco es manca… ¡Quién fuera hijo de rico!

Sixto miraba apurado, hacia la verja.

—¿A ti qué te pasa? ¿Tienes el sarillo? Demonio con el chico este, ¿o es que te ruborizas?

Sixto hizo por reírse, hombreando:

—No. Es por si estaba Vicente.

—¿Y qué más da que esté o no esté? Entre hombres… No se asustará. ¿O es que tiene algo que ver con la Rufina?

—No. Pero la señora…

—¿Qué le pasa a la señora?… Está muy buena…

—¡Qué si está buena! —dijo otro.

E hizo como si le diera un calambre, poniendo los ojos en blanco.

—¡Viva el amor libre!

—Eso. Eso es lo que tiene que venir. Al reparto, camaradas…

Se reían.

—No os riais. Que va en serio. ¿O no oísteis al nuevo diputado? Amor libre, reparto de tierras, república de trabajadores… Esta es la

mía.

—Eso son cuentos.

—¿Pero no lo oíste? Y me dijo Sergio, el del estanco, que ya la están armando en Madrid. Ahora nos va a tocar a nosotros…

Se puso de pie y se golpeó el pecho hundido y esmirriado:

—¡Al pueblo soberano!

—Estarías bien para mítines.

—No vengas con guasas, Tino, que tú eres de los que sudan agua bendita. Y el mejor día apareces en la lista negra.

—Y en la colorada, si quieres… Yo te digo que todo eso son mentiras para sacarte los cuartos.

—¿Pero qué cuartos ni qué narices? Si no piden nada, so animal, si vienen a dártelo.

—¡Qué han de dar!

—A ti lo que te pasa es que tu mujer se pasa el día con el cura. Y yo que tú…

—O te callas…

Tino se levantó y fue contra Gregorio. El tercero de ellos se interpuso:

—Dejaros de peleas, hombre, que hace mucho calor.

—¿Qué tienes tú que decir de mi mujer? Lo que tiene es decencia.

—No digo nada —el hombre que galleaba al hacer reír, se dejaba contener por la mano del tercero y se encogía—. Yo solo digo que es amiga de iglesia. Y que de la iglesia no saca uno nada.

—Eso a ti no te importa, ¿estamos?

Tino se apretó el cinturón y se dirigió a la máquina.

—Lo que es ese cae… —murmuró el que antes hablaba a voces—. Esta me la paga.

—Déjale con su idea, ¡conche! Cada uno es cada uno. Y trabaja lo mismo que nosotros, ¿o no?

—…

—Pues si trabaja y esta república es para los trabajadores tiene tanto derecho como tú.

Para comer, aquellos hombres se sentaban a mi sombra, sobre la hierba.

—¿Por qué no venís adentro? —preguntaba Benita.

—Aquí estamos bien. Hace fresco a la sombra.

Modesta, con su pelo gris, andaba nerviosa desde que los hombres entraban a comer, y trabajaban en el camino.

—Vaya vida que os pegáis aquí, ¿eh? Todo el año sin hacer nada. Así se puso de gorda la Benita.

El que hablaba anduvo hasta la fuente y se enjuagó la cara. El agua quedó renegrida con el polvillo del carbón.

—No te laves ahí, puerco —protestaba Benita.

—¿Dónde quieres que me lave? ¿En el cuarto de baño, te parece?

Hacía ademanes exagerados y reía.

—Si quieres… —contestó Benita, riendo también.

—¿Vienes conmigo?

Benita se puso a reír que las carnes se le agitaban. Le daba con la cazuela.

—¡Cochino! Que seréis así hasta que os den tierra. Ya no está una para trotes.

Gregorio se tumbó con la cabeza contra mi tronco. Se puso la gorra sobre la frente casi tapándose los ojos.

—¡Vaya casa! No os pegáis mala vida, con toda ella solo para vosotros.

—Nosotras —dijo Modesta apretándose la bata—, no entramos en los cuartos de los señores para nada. Solo para ventilarlos.

—Tener una casa así y no vivirla… Cuando yo digo que el reparto… Deberían dárnosla a nosotros.

—Ya está este…

Benita se rio.

—¿Y para qué queréis una casa como esta?

—Para lo mismo que el que la tiene, ¿o qué te has creído? Menos mal que cambiarán las cosas.

—No le hagas caso —dijo el que llamaban Tino—. Se traga todas las paparruchas que le cuentan. Mucho «camaradas», pero en cuanto llega un diputado con coche, y fumando puro habano anda lamiéndole…

—Son los representantes del pueblo. ¿Por qué no han de ir en coche? Y yo iré en coche, y tú, si quieres. Buenos idiotas, estar siempre de burros de carga.

—Pero qué es eso, a ver, que yo me entere…

Benita se sentaba con ellos, sobre la hierba.

—… Que han venido unos señores de Madrid, y han hablado en la casa del pueblo.

—¿En qué casa del pueblo? ¿La de Andrés?

—Que Andrés ni qué narices. La casa del pueblo, ¿o no sabes lo que es?

—Hay tantas…

—No hay quien hable con vosotras. ¡Atrasadas!

Tino se reía.

—Para que te enteres…

—¡Qué más da! Sin ellas se hace la revolución lo mismo.

Sixto escuchaba vorazmente.

—Dicen que la tierra será para el que la trabaje.

—¿Qué tierra?

—Esta… Toda…

—Pues entonces, esta no. No os toca ni un pelo de esta, que no habéis puesto la mano encima para trabajarla.

—Es un decir…

—¿Qué más da? ¿Es justo que se pasen la vida en Madrid, coche arriba, coche abajo, y la casa aquí, cerradita, esperando a por ellos?

—¿Por quién va a esperar? ¿Por ti?

—A saber…

Miraron todos hacia la casa, que me pareció severa y adusta.

—Por de pronto, yo le tengo echado el ojo. Y se lo dije al comité.

—¡Estúpido! —dijo Benita poniéndose de pie. Estaba roja como si fuera a estallar.

—¡Otra esta! ¡Con lo que nos sale!

—Otra y la misma… Si viviera mi pobre Ramón… ¿Y quién miró por nosotros cuando estábamos enfermos? ¿El comité ese? ¿Quién se cuidó de darnos la comida? ¿Con quién hemos vivido hasta ahora, contra?

—¡Demonio con la vieja! ¡Cavernícola! ¡Bien te untan, que no hay más que verte las mantecas!

—¡Déjalas, hombre! ¿No ves que son lo mismo que sus amos?

—Venga de acá —dijo Benita.

Y quitó la jarra de vino de la mano de Gregorio.

—No probáis una gota más, que se os sube a la cabeza. A trabajar, ¡gandules!

—Traiga esa jarra, venga, que yo no he dicho nada.

—No traigo nada. Vergüenza debía daros. Vosotros los amos…

Se besó los dedos cruzados.

—Antes muerta… Buenos amos, que ni siquiera sabéis dónde tenéis la mano derecha. ¡Andando!

—Sin insultar…

—Como me da la gana.

Gregorio echó mano a la jarra para quitársela a la fuerza. Benita chilló agudamente:

—¡Ayyyy! ¡Modesta! ¡Ay!

—Viene Don Vicente —dijo Sixto apurado.

—¡Ayyyy! —gritó Benita con más fuerza.

—¿Por qué gritas así? ¿Qué pasa?

Gregorio soltó la jarra, abrazada por Benita.

—Las mujeres, chillan por nada…

Pero Benita se acercaba a Vicente.

—¿Por nada? ¿Sabe con lo que nos sale? Que si la ha echado el ojo a la casa, que si la van a quitar al amo para dársela a ellos, que si la tierra para el que la trabaja, que si el comité… ¡Habrase visto!

Vicente rio. Fue una risa altiva y triste.

—Tiene razón Benita. ¡A trabajar! Que se os pase el calor del vino.

Tino se echó adelante.

—A mí no me llama usted borracho, ¿entiende?

—Pues hazte cuenta de que te lo llamo. Porque solo así y con mucho sol en la cabeza, se comprende que vengáis a las mujeres con estos cuentos.

No se había movido de su sitio. Tenía las piernas un poco separadas y encendía con calma un cigarrillo.

—Ese no dijo nada —protestó Modesta.

—Lo que es usted ya lo saben en el pueblo.

—Lo que yo sea no le importa a nadie. —Vicente se guardaba aquella cuerda amarilla y larga, que producía fuego cuando le frotaba la ruedecita—. Esta casa es de quien es, ¿me oyes?, y ya podéis ir echando el ojo a otra parte.

—La quiere para usted, ¿eh, camarada?

Vicente les miró. ¿Desde lejos o desde alto?

—La casa es de quien es. Y aunque me machaquen seguirá

siendo de quien es. Ya puedes ir contándoselo al comité y a quien sea.

Y fue lo curioso que el que no había hablado antes, Tino, tenía el ceño torvo y estaba airado. Pasó cerca de Vicente y escupió casi sobre sus alpargatas. Vicente no se movió.

—Ahora que también como razón la tienen —dijo Modesta cuando se hubieron ido.

Llegaba un olor sofocante y espeso de aquella brea negra que echaban en el sendero.

—¿Para qué quieren esto si no lo viven? Y estos pobres lo ven… Está una como tonta.

—¡Vaya novedad! ¿Y a ti qué te importa?

—Si vivieran aquí, como en tiempos de Doña Amalia o como en los mismos de Don Xavier. Es otra cosa. Pero los de ahora solo quieren esto para gastar los cuartos que le sacan. ¿A qué venía Don Pastor antes de casarse? A por el dinero de las cosechas, para tirárselo en juergas.

—Lo que es tú, por unos pantalones…

—Dejarlo, Benita.

—Le digo que los pantalones la vuelven del revés. Porque esos tíos cochinos han venido con esos cuentos, ya andas encandilada.

—Ni por esos ni por otros —se enfurecía Modesta—. Tú mucho los defiendes, a los amos, y dices que miran por nosotras. Y no te llevé la contra por no dejarte mentir. ¿De dónde miran estos? Miraban… Estos no saben ni de qué color tenemos los ojos. Vienen a divertirse, coche arriba y abajo, amigotes a beberles el vino.

—¡Modesta!

—Y en cuanto sopla el viento, ¡largo! ¿Es que preguntan alguna vez si estamos malas o si nos llega o no? Cuando se murió Ramón —Dios le descanse— solo fue usted con él, al cementerio del pueblo. ¿Cuándo se había visto otra igual? Aquel Don Efrén, tan fino, tan mirado, y el mismo Don Xavier… Nunca creí que le echaría en falta, pues le echo.

—Eso es verdad —dijo Benita—, los de ahora no son como aquellos.

—… Don Xavier que nunca dejó de rezar a un difunto, fuera nuestro o de él. Loco y todo, sabía cómo nos llamábamos.

—Mujer, estos también.

—Es un decir. ¿Y la mujer que se ha traído? ¡Que un hombre deje a su señora que los amigos la cojan por el brazo, y le hablen a la oreja, y anden de broma en las mismas barbas de él! Os digo que la señora no es trigo limpio…

—¡A callarse! Ya habéis hablado bastante. Cada una a su obligación.

—¿Qué se ha creído? ¿Que somos como perros, que no podemos ni hablar?

—Pero, Modesta…

—No vengas con tapujos, que Rufina te lo dijo lo mismo que a mí. Que se entendía con el señor desde antes de casarse.

—Bueno, contra, ¿y qué, que se entendiesen? ¿No te entendiste tú con Camilo? Contra peores…

Modesta se puso como loca.

—¡Bruja! Decirme eso delante del hijo. Para que se lo crea…

Vicente se alejó hacia los eucaliptos, pero iba muy despacio, como si quisiera oír bien lo que las mujeres hablaban. No sé por qué se le había conturbado el rostro, pero no al oír nombrar a Camilo.

—Rufina dijo que el señor la engañaba con todas, eso es lo que dijo. Y que no la daba dinero. Y que la señora había tenido que pedir prestado hasta a ella.

—No tiene vergüenza. Es una tía, y nada más. En el pueblo todo el mundo lo sabe. Salía en un teatro medio en cueros. ¿O no lo oíste como yo?

—¡Pobre! Tiene una palabra para todos, ¡tan llana! Y guapa como un sol. No sé lo que te entra en cuanto hay una guapa, que no la tragas. ¡Déjala en paz! Si es la señora, y los hombres que le vayan, no sirven para ti. Además que ya no puedes, aunque quieras.

Vicente detrás de las matas se inclinaba arrancando unos mirtos de la tierra. Las mujeres seguían hablando, acaloradas.

—… Mandó a Rufina con todas las joyas al Monte de Piedad, para comprarse vestidos.

—Son de ella.

—Para eso las guardaron Doña Amalia y Doña Dolores, con tanto cuidado que a Doña Dolores nunca se las vi.

—Doña Amalia se las ponía —Benita se olvidaba de su enfado—. A veces solo para estar por el jardín y la casa. Brillaban como estrellas y ella brillaba también.

—Para que esta las empeñe para ponerse trajes, que no sé como le cuestan tanto, con la tela que llevan. Va medio en cueros, y ni lleva camisa ni corsé. Eso lo sé yo, que la sirvo aquí. Y sale con hombres. Tú dirás si es decencia…

—Lo hacen todas así, ahora.

—Y va por encima de las rodillas.

—Dice Rufina que es la moda. Ya ves que hasta ella se hizo trajes para las fiestas del pueblo, y enseña la rodilla también.

—El mal ejemplo… Esa acabará tirada.

Fueron andando hasta la fuente, y llegadas allí se sentaron en el bordillo. No había rastro de cólera en ellas.

—¿No has visto el baño, cuando viene? Lleno de tarros y de potingues, y de perfumes. Y se pone un gorro de goma en la cabeza para entrar en el baño. Y un día me llamó para que le llevara la toalla y estaba desnuda.

—Bueno, mujer. No verías nada nuevo.

—Estaba dándosela y entró él. ¿Tú crees que se tapó, o que él dijo algo? Fue derecho al espejo, se peinó y salió diciendo: «Acaba pronto». ¡Vaya guarra!

—A mí, con todo eso, me parece de mejor conformidad que otras.

—Y de tanta conformidad. ¿Cuándo se vio en otra? Si es una como nosotras, más o menos.

—Bueno, mujer…

—Y a mí no me importa servir, como he servido siempre, pero a una que ha andado a la cuarta pregunta…

—¡Qué metido estuvo el señorito por ella! Me sacaba los colores a la cara, verlos por los rincones del jardín.

Se rio.

—Y que no sabía una dónde iban a aparecer metidos.

—Y así le empachó, y ahora aburrido de ella, detrás de la que pesca.

—Bueno, eso no es su culpa. Todos lo mismo.

—Mujer, tu Ramón…

—Bien me hizo rabiar, en su tiempo. Di que luego, con los años, y además sin un cuarto… Lo que pasa es que esas grandísimas golfas en cuanto ven a un señorito con dinero, le chupan la sangre.

—Y que el señorito de casa es un hombre…

—Lo es. Y luego siempre con la broma. Hasta a mí me gasta bromas…

Sonreía, complacida.

—Ya se le veía que era un engañador, desde pequeño. Con aquella risa… Mucho tiene desesperado a Doña Dolores.

El nombre despertó un poso profundo del jardín. Modesta bajó la voz.

—¡Pobre! Acabar como acabó. Se le viró el sentido. Y no se le notaba nada.

—Vaya vida perra también, siempre con aquel hombre con tantas rarezas. Terminó de una vez.

Benita se escalofrió.

—No quiero acordarme. Cuando veo al hijo me entra miedo de que acabe como ellos. Y que nos cayó todo encima, hasta que llegó don Trinidad.

—Tuvo suerte la señorita Gertrudis.

—¡Si no la llegan a enterrar en sagrado! ¡Qué terco se puso el cura!

—Quería cuartos. Ya ves que pronto lo arregló don Trinidad.

—¿Dónde la hubieran metido, si no?

—Yo, en muchos días no me atrevía a caminar por los pasillos.

Vicente pasó por delante de mí. Caminaba con los ojos perdidos, pero al llegar a la altura de mi tronco, se apoyó en él, y levantó su mirada hacia la torre, cubierta de hiedra. Frondosa y casta. Pura, pese a la verde lujuria de la enredadera.

Así como mi torre acogía a los humanos en vida, ella los retenía muertos. Pero el verde perenne de la trepadora hablaba de fecundidad, hervía de una vida que ni el invierno agostaba. Y era curioso ver salir los pájaros nuevos entre la hojarasca, u oírles trinar desde aquella verdura, como si hubiesen acercado el jardín y la vida a los que ya no podían verlo.

No era triste la torre de la izquierda, ni siquiera melancólica, como la que se alza frente a mí. Había un desordenado gozo de la tierra en aquella salvaje y expansiva floración del verde. Y quizá el gozo le provenía de los humanos que la buscaban, al fin, para descansar. Que en vida la discutían, y luchaban, y hasta mataban por ella, y que, al final, venía a recubrirlos a todos, a poseerlos a todos, y pienso que sus huesos se volverían polvo, como los huesos

de las bestias. Y así tendrían tierra hasta en la boca los hombres que, como Gregorio o como Sixto, se les inyectaban los ojos en el deseo de ella.

Vicente miraba a la torre, desde la base hasta las almenas y quizá estuviera pensando lo mismo que yo, o a través de sus ojos brumosos viera a Ángeles, delante de la hiedra, mirando hacia arriba también, con sus oscuros ojos, tímidos y audaces: «Pero, aquí sí, ¿verdad, Vicente…? Que suba hasta las almenas…».

Un pájaro trinó. Y se estremeció la mano de Vicente, como si la honda garganta de la mujer fuese a continuar el canto del pájaro. Pero Ángeles no estaba allí. ¿O estaba?

Algo había quedado de Ángeles entre la hiedra que ella deseó, porque las palabras y los gestos de los humanos son como sombras sin árbol que continúan en su ausencia ocupando lugar.

La mano de Vicente se apoyaba en mi tronco, os digo, a una altura bien diversa que lo hiciera de niño, o de muchacho, la noche aquella en que lloró abrazándome. Es ahora una mano ruda, con la palma endurecida, abierta. Y el latir de sus pulsos pausado y firme.

Durante un momento no supe si era su mano o era mi tronco lo que latía.

XXXVII

DÉJAME.

—No. Estate quieto… ¡Por Dios, Pastor!

La voz de Ángeles hierve de ira:

—Estás borracho. ¡Suéltame!

—No te pongas pesada.

Llega desde las ventanas entornadas un rumor de pies desnudos por el cuarto, y el ruido de los zapatos del hombre.

—¡Copada!

—Quítate de la puerta…

Ángeles jadea, como una fiera resoplando en la lucha.

—Tonta…

—¡Déjame!

Es un grito mortal. Más tarde, una voz helada… la de Ángeles —dice, estremecida de asco:

—¡Cafre!

Por la mañana, muy temprano, Ángeles ha bajado al jardín. Se ha tumbado a mis plantas cuán larga es, apartando los brazos del cuerpo. El aire puro de la madrugada está en torno a ella. Inclino mis hojas hacia sus párpados hinchados. Hay algo de pétalo en los párpados de Ángeles, y los bordes de sus labios se inclinan hacia abajo.

Está muy quieta, como si necesitase aquella calma, o la paz le llegase de la mañana, o quisiera airear su cuerpo de impurezas.

Vicente cruza sobre la hierba, y sus pisadas se pierden en el césped. Se sobresalta. No había visto a la mujer, fundida sobre la tierra. Y Ángeles abre, entonces, los ojos.

—Vicente…

Le mira desde abajo, sin moverse.

—Me has asustado.

—Iba a cortar unas ramas de camelia.

Habla lentamente, apartando los ojos, como si no quisiera encontrarse con aquel dolor íntimo de la mujer. Ángeles se incorpora:

—Voy contigo.

Se apoya en la ruda mano para alzarse. Ríe. La pena se le vuela y se va arriba, o lejos de ella. Así se alejan las nubes, cuando el viento las impele.

Pastor abre las ventanas. Tiene el moreno rostro abotargado y el aliento espeso. Extiende los brazos, flexionándolos. Y desde la altura ve a Ángeles al pie de la camelia tendiendo los brazos desnudos. El sol de la mañana le dora la piel.

—Hola —dice Pastor desde arriba.

Ángeles se acerca, cargada con las hojas verdes, brillantes y ovaladas.

—¿Sigues enfadada?

Ángeles no levanta la cabeza ni contesta. Entra en la torre.

La veo más tarde con Lorenzo, y el niño brinca:

—¿Y no viene papá?

—Hoy no puede.

Se alejan juntos hacia la parte de delante, y oigo el ruido sordo del coche, y a poco el ruido se acerca y el coche negro sube por la avenida de naranjos.

Pastor ha debido de oírlo también, porque sale rápido, abrochándose la chaqueta. Hace gestos con las manos para detenerlo:

—Eh, tú, ¿dónde vais?

Pero Ángeles no contesta y aumenta la velocidad.

—Ángeles, espera… ¿Dónde vais…? ¡Párate…! ¡Zorra!

Lo ha gritado así, airado, con el cabello mojado cayéndole sobre la frente, e hinchadas las venas del cuello. El chorro de agua que vierte la goma que Vicente sostiene para regar las cintias ha temblado.

Modesta, que ha sacado el colchón a la ventana, se lleva las manos al pecho y tiende las orejas.

—¡Grandísima zorra! —repite Pastor.

Y Pastor desfoga su furia cerrando la verja de golpe.

—¡Vicente! —grita.

Tiene la voz destemplada.

—¿Dónde está la llave de la verja?

Vicente posa la goma en el suelo, que sigue vertiendo un agua mansa. Cierra la verja, delante de Pastor. La llave chirría.

Ángeles no tarda en regresar. A través de la ventanilla abierta, Lorenzo agita el brazo. Toca el claxon. Pastor se vuelve a Sixto que acude:

—Que no abra nadie.

Habla mirando a Vicente:

—Ya les abriré yo.

Ángeles debe de ver a través del cristal del coche y de los barrotes de la verja, a Pastor, tranquilamente sentado en el banco verde, y fumando. Lorenzo ha saltado a tierra.

—Papá… Hemos ido hasta el pueblo. ¿Nos abres?

Pastor da cortas chupadas al cigarro, y el niño se acerca a la verja, se monta sobre el barrote bajo y hace lo que hicieron todos los niños de la casa tantas veces: mete la mano, buscando la cerradura. Pero la llave ha sido pasada, y no puede.

Se pone rojo y sudoroso.

—Papá, ¡ábrenos!

Se oye la voz de Ángeles:

—Ven, hijo. No te canses. Sube.

—Pero si papá está allí…

—Nos quiere hacer rabiar. Ven.

Ángeles hace retroceder el coche, y desaparece de nuevo por el sendero. Ha visto que Pastor apretaba las manos hasta dejar los nudillos blancos. Modesta, al pasar, le mira de reojo.

Y Vicente ha estado de espaldas al muro, regando, y no sé lo que pensaría, pero el agua caía todo el tiempo sobre la misma tierra y la encharcó.

—Vete a buscarme un coche al pueblo.

—¿Cómo?

—Que vayas a buscarme un coche al pueblo —Pastor grita—. ¡Vivo!

—Pero, si no hay coches. El del médico…

—Haces lo que te digo, ¿me oyes? Se lo pides o lo sacas.

—Pero el médico no alquila.

—No me importa. ¿Te pregunto tu opinión? —los ojos verdes centellean, y masca las palabras—. Tú lo traes como sea.

Vicente se dirige hacia la verja y la abre. Sale bajo el sol con la camisa blanca pegada al cuerpo.

—Prepárame ropa para unos días —ha dicho Pastor a Modesta.

—¿Se va el señor? ¿A la señora también?

—No. Un par de mudas.

Da vueltas por el cuarto, mientras Modesta le prepara la ropa.

Pero antes de regresar Vicente, ve acercándose por el camino el coche negro, y esta vez encuentra la verja abierta. Ángeles baja, y el niño Lorenzo trae cosas en la mano:

—¡Papá! —llama—. ¡Papá!

Ángeles entra en el cuarto, y mira aquel desorden.

—¿Qué es esto?

Pastor no contesta.

—Ya está bien, Modesta… Puedes dejarlo.

Modesta se va, apurada.

—¿Qué es esto?

Pastor se ha acercado a ella. La ha cogido por la muñeca y pregunta:

—¿A dónde has ido?

—Al pueblo. A comprar unos juguetes a Lorenzo.

—¿Por qué no quisiste parar? ¿Te estorbaba?

—Tenía ganas de estar sola.

—¡Mentirosa!

Ángeles le mira, altiva. Tiene aún su muñeca sujeta por la mano velluda y fuerte.

—Yo no miento, ni por ti ni por nadie. Quería estar sola. Y…

—¡Mentira!

Ella le mira.

—¿Te crees que no te he visto temprano con Vicente? Ahora te ha dado por madrugar, ¿eh? Esa es la madre del cordero.

—Estaba cortando ramas para el comedor.

—Lo he visto todo. Con un criado. La cabra…

Y Ángeles le mira fieramente:

—¿No dijiste que era tu hermano?

Pastor le dio una bofetada con la mano abierta. Resonó y la mejilla de la mujer se puso roja, con las huellas de sus fuertes

dedos, y luego lívida.

—Es lo que me faltaba…

—Lo que me faltaba a mí. Por idiota… Casarme contigo. El desecho de otro hombre, o de otros, ¿por qué no? Vete a saber…

—No te lo tolero.

—¿Cómo pruebas que fue solo uno? Es muy fácil ahora… Además que es lo mismo.

—No es lo mismo. Nadie puede decir nada más que aquel. No te conocía. No te debía nada.

—Según eso…

—Lo sé. A mí misma, a Dios. Bueno, si lo quieres saber, me pesa, me pesa…

Se golpeaba el pecho con el puño cerrado.

—… Pero no te engañé. Te dije la verdad.

—Ni que fuera tonto. Me hubiera dado cuenta.

—No puedo estar siempre de penitente de una sola falta. Ya te lo dije, cuando nos casamos: o me perdonas, o no. Pero toda la vida con eso encima, ¡no!

Fue un grito de agonía.

—Encima… Una mujer a quien nadie quiere tratar. O si te tratan, te ponen verde por detrás.

—Se ponen verdes todas. Y no quiero oírte más sobre esto. Me separo. No lo aguanto. Me juraste cuando iba a nacer Lorenzo, que nunca aludirías a ello.

Pastor forcejea con la cerradura de aquella caja de piel de ternera donde guarda la ropa.

—No te vayas, Pastor…

—Por lo que te importa. Ya lo he visto anoche. Te has cansado, ¿eh? Ya lo decías tú, que la costumbre…

—Acuérdate de lo que te digo: ¡no te vayas!

Ha cerrado la caja ya, y la posa en el suelo. Coge la chaqueta y se la pone.

—Me importa un bledo. Tus amenazas…

Sale y Ángeles va tras él. Ve arrancar el coche, muy derecha. Se vuelve hacia Rufina.

—Di en la cocina que el señor se ha marchado unos días por negocios.

Lorenzo enseña a Vicente los juguetes que su madre le ha

comprado: un rastrillo pequeño, una azada, una pala.

—Mira qué regadera. Regaré contigo.

El niño va con su vasija pintada de verde, y se pone al lado de Vicente, y sale el agua por pequeños agujeros.

Ángeles huye de Vicente. No alza los ojos a él, confiadamente como hacía.

—¿Es verdad que hay allí enterrada una mujer sin cabeza? —pregunta Lorenzo, señalando la torre cubierta de hiedra.

—¿Sin cabeza?

—Me lo dijo papá.

—Te lo dijo para asustarte, cuando eras pequeño y no obedecías.

—Pues me lo dijo, que la había matado un hombre. Y que allí había un sitio para él, y otro para mí, para cuando nos muramos.

—Verdad —ha dicho Vicente.

Y Ángeles ha dejado caer el libro y ha mirado a su hijo, tan rubio. Ahora no pregunta. «¿A quién habrá salido el niño tan rubio?».

Lorenzo pasa por delante de ella, corriendo hacia la otra torre. Entra corriendo y corriendo sale. Coge a su madre por la barbilla:

—Mamá, dime, ¿es allí, dónde están los nombres? ¿En el suelo?

—Sí, mi vida.

—¿Qué ponen los nombres?

—¿No sabes leer?

—¡Estaba tan oscuro! ¿Está allí el abuelito?

—Sí.

El niño se ha puesto de rodillas en el banco, forzando hacia él la cara de la madre.

—¿Estabas tú aquí cuando le enterraron?

—No.

—¿Estaba papá?

—Sí. Y Vicente…

—¿Y levantan la piedra nada más? Y los meten allí. Otros niños no los tienen en sus casas.

—No, mi vida. Pero es mejor tenerles tan cerca de uno, ¿no crees?

—¿Y a ti te meterán allí también? ¿Dónde?

—No lo sé.

¡Cuánto cansancio en Ángeles! ¡Cómo cierra los ojos! ¿Anhelaba,

quizá el suelo de piedra de la torre?

—No hables de estas cosas.

—¿Y a mí me pondrán al lado de papá?

Ángeles le abraza contra su pecho. Sonríe y tiene los ojos húmedos.

—No es conversación para niños, anda.

—¿Por qué? El padre Sagueiro nos habla de la muerte. Dice que es ver a Dios, y que es como el Paraíso. ¿El Paraíso sería un jardín más grande que este?

—Sí. Con toda clase de árboles.

—El árbol del bien y del mal… ¿Sería como ese?

Lorenzo ha señalado mis hojas.

—Era un manzano.

—Pues este es más grande que un manzano. Y más viejo. Parece un viejo con barbas.

Lorenzo salta al suelo, y dice:

—Yo quiero ser misionero.

Ángeles se ríe.

—Bueno, hijo, me parece muy bien.

—Llevan una cruz en la mano, como San Francisco Javier. Tengo una estampa. —Se cuelga de mi rama y me quiere doblegar o cortar. Pero sus manos son suaves y no tienen fuerza.

—¡Vicente…! ¿Me cortas una rama?

—¿Para qué la quieres? —pregunta, mientras se acerca.

—Quiero hacer una cruz como la de los misioneros.

Vicente corta mi rama y el niño vuelve a quebrarla y hace dos palos: uno más largo y otro atravesado. Vicente, con la navaja, pela el palo a media altura y engarza uno en otro.

—Ya lo tienes.

—Mamá, ¡mira qué cruz me ha hecho Vicente!

Así fue cómo mis ramas vinieron a formar aquella silueta de árbol que ellos llaman cruz. La hinca en tierra. Separa la hierba en torno suyo.

—Vicente…

—¿Qué?

—Me gustaría poner mi nombre en el árbol.

—Ponlo.

—¡Con tu navaja! Yo no…

Y la mano torpe del niño me ha rayado en el tronco. He ido sintiendo en mí, raspándome suavemente la piel el nombre del niño, hendiéndome: LORENZO.

—¿Pongo la fecha?

—Ponla.

—Mil novecientos treinta y tres —dice Lorenzo despacio, espaciando las palabras. Pero solo me ha marcado cuatro veces.

—Y ahora tú.

Vicente cierra la navaja.

—Ponlo tú también.

—No hace falta.

—¿Por qué no? En el colegio, cuando vamos de excursión ponemos los nombres en los árboles, y en las paredes, y debajo la fecha.

Así es como tengo en mi tronco, a flor de piel, el nombre de Lorenzo.

Cuando Pastor regresó yo esperaba verle el ceño airado, pero desde que sonó el claxon, ya estaba Lorenzo en la puerta alborotando:

—¡Papá!, ¡papá!

Y Pastor abrió la portezuela, y oí su voz vibrante:

—¡Súbete!

Un portazo. Y le da una vuelta por el jardín. Luego el coche se detiene ante la torre. Pastor baja. Trae el rostro radiante.

—¿Y mamá? ¿Dónde anda metida?

Ángeles oyó el claxon también y entró en la torre. La vi en el cuarto alto, apoyándose contra la puerta, con los brazos atrás.

Y desde fuera empujaron la puerta. Pastor la abraza, escondiendo la cabeza contra la suya. El cuerpo de Ángeles no es ya aquel cuerpo que se le tendía. Ahora está rígido, sin dar un paso atrás ni adelante.

Lorenzo ha entrado también.

Pastor le dice:

—Mamá está enfadada conmigo. ¡Qué fea! Mírala…

Después, sin buscar los ojos de su mujer:

—Verás que de cosas te traigo. Adivina…

—Una motora con cuerda…

Lorenzo está colorado de emoción.

—Frío.

—Un coche con pedales…

—Templado.

—Una…

Mira a su padre con maravilla:

—… bicicleta!

Y Pastor ríe, con su risa impulsiva y cautivadora. Besa al niño:

—Una bicicleta, sí, señor. Y un tren. Vas a ver…

Saca algo de la caja de brillantes cerraduras.

—Y esto es para mamá. Dáselo tú.

Lorenzo se acerca con una caja negra y estrecha en la mano. Y Ángeles parece salir de su abstracción. Sonríe al niño.

—Ábrelo, mamá. ¿Qué es?

—No lo he visto aún, hijo.

Aprieta un resorte y se abre la cajita.

—A ver, mamá —Lorenzo se empina.

Y Ángeles, no sé por qué, parece herida. Mira a su marido rectamente, y los ojos de él la esquivan.

—Tenías ganas de un relojito de brillantes…

El niño ha agachado la mano de su madre con la caja:

—Mamá, ¡qué precioso! ¡Qué pequeñín! Déjame ver, ¿anda?

Los ojos de Ángeles siguen mirando al marido. Cuando el niño se ha marchado con la bicicleta, deja el reloj sobre la cómoda.

—¿Te gusta? —Pastor está confuso, revolviendo entre la ropa.

—¿A qué viene esta joya, ahora?

—Mujer, démoslo todo por olvidado. Quería que…

Se ha vuelto a ella y la enlaza, sin mirarle el rostro.

—Quieres taparme la boca, ¿verdad?

—No seas pesada. Te estás volviendo cargante. Y yo te lo traigo con ilusión. Déjame, caramba…

—¿A qué precio he tenido el reloj?

Pastor cierra los ojos y la besa. Se enardece, besándola.

—Ven. Cállate.

—Por el amor de Dios, ¿te crees que soy de corcho? Un mes fuera, y ahora, nada más llegar…

Pero la boca de él sofoca sus palabras. La ventana está abierta.

—¡Papá! —grita Lorenzo desde el jardín.

Y Pastor se asoma. Tiene el rostro encendido.

—¿Qué quieres?

—¿Me enseñas a montar?

—Luego… Mañana.

Cierra la ventana con fuerza. Tiene los ojos en celo y se pasa la lengua por los labios.

Lorenzo espera un rato, y después entra en la casa.

—Tenme la bicicleta, Vicente, que voy por papá para que me enseñe.

Vuelve con la cabeza baja y fruncida la boca.

—¿Qué te pasa?

El niño empuja la grava con el pie:

—Dijo que me enseñaría. Luego. Pero tienen la puerta cerrada y llamo y no me contestan.

La mano de Vicente se crispa sobre aquel plateado barrote.

—Yo te enseño —dice con voz ronca.

—Aguántame el sillín.

Vicente tiene hinchadas las venas de las sienes, mientras sujeta al hijo de Ángeles y Pastor sobre su bicicleta. No debe de ser por el esfuerzo, porque Vicente es vigoroso y un muchacho que lleva ocho años sobre la tierra, tiene los huesos tiernos, como las ramas de un arbusto.

Le lleva así hacia los limoneros, y vuelven a acercarse a la torre, en el momento en que Ángeles abre, de nuevo, las ventanas. El relente comienza a caer; es casi una neblina.

Ángeles se asoma y se ofrece a aquella humedad de la sombra para que la empape, y en la manera de tender el cuerpo hay como un ansia de desprenderse de él. Vicente ha visto luz y levanta la cabeza. Tienen Lorenzo y él las cabezas y las ropas trasudando el rocío.

—Ya es hora de que vayas a cenar.

—Mamá —dice Lorenzo— subí, pero teníais cerrado…

Ángeles cruza las manos sobre el pecho como si quisiera cubrirse, como si estuviera desnuda. Baja la cabeza.

En la sombra, y a través de la neblina del relente, brilla con mil chispitas en el brazo de la mujer, aquello que Pastor le trajo, y que llaman reloj.

XXXVIII

Lorenzo se esconde entre mis ramas. Trepa por el tronco, ágilmente, afirmándose con los pies, y yo noto sus manos recorriéndome, escalándome. Desearía enlazarle con mis ramas más bajas, ayudarle a subir, y retenerle luego. Porque os digo que el corazón del niño golpea suavemente contra mi madera, más cálido y más firme que el corazón de un ave. Cuando llega a la base de mis primeras ramas se agarra a ellas, con las piernas colgando.

—Así vas siempre acribillado de arañazos —le dice Vicente sonriendo. Ver sonreír a Vicente encoge a uno. Quizá porque nunca rio ni sonrió de niño, cuando todos los otros lo hacen, quizá porque en su lejana serenidad no pareciese que la sonrisa podía turbarle. Aunque no le turba. Sonríe desde dentro de esa serenidad, y comienzan a formársele surcos hacia abajo, si sonríe. Parece más rubio de nuevo, porque entre el pelo le brillan algunos del color de las hojas del álamo. ¡Qué de prisa ha pasado todo! ¿Cuándo era que él caminaba por el jardín con un farol en la mano, rubio como Lorenzo, iluminando la soledad de un hombre?

Ahora Vicente apenas trabaja en la tierra. Sixto ha aprendido de él, pero las manos de Vicente se le escapan hacia los arbustos y hacia las plantas, porque mejor que nadie las conoce.

Lorenzo se esconde entre mis ramas. ¡Ah! Si Amador, al apoyarse en mí, hubiera podido alzar los ojos y adivinar aquel muchacho delgado y rubio, asido a mis ramas, con las piernas colgando…

Todos ellos, os lo he dicho ya, me han buscado para su sombra, pero Lorenzo convive conmigo, como si fuese un fruto humano que me gravitase en la rama. Nació en la torre… Y su aliento es el aliento mismo que respira en ella. Cuando llega a mis primeras

ramas todo es fácil; aferrándose llega hasta las segundas, espesas y cruzadas, y al principio buscaba el sitio mejor para su cuerpo. Ahora ya sabe que es el hueco aquel en que su espalda se acomoda. Apoya los pies en mi tronco. Y lee. Cuando lee junta un poco las cejas.

—Lorenzo… Lorenzo… —llama la madre.

Y Lorenzo ríe para mí. Es una risa alegre y aguda, como las voces de mujer o de niño, haciéndome partícipe de su secreto.

—¿Dónde se ha metido?

Vicente sonríe y no habla, pero levanta los ojos hacia mi copa y Ángeles sigue su dirección. Se acerca a mí, levanta la cabeza:

—¿Qué haces? Te pones perdida la ropa.

La voz de la mujer vibra, honda, entre las hojas mías. Susurran de unas a otras, repitiéndose sus palabras.

Lorenzo asoma su cara entre las hojas y dice:

—Estoy leyendo, mamá.

Los ojos de Ángeles, alzados hacia mi hojarasca, son cálidos y turbadores. Os lo he dicho, son ojos de animal de los bosques.

—¿Por qué no subes? Verás qué bien se está.

—¿Yo? ¿Estás loco?

Lorenzo, entre mis ramas, ha sacado algo del pecho, oculto en su camisa. Y con cuidado, sin tumbarse, ha clavado frente a él aquel papel que traía. Le caía sobre la frente un mechón rubio, y le asomaba entre los labios la lengua húmeda y rosada. Cuando ha dejado el papel clavado, despacio ha hecho sobre sí mismo el símbolo del árbol que llaman cruz.

Y con mis hojas he visto lo que el papel representaba. Era un árbol de la cruz también, leñoso y seco, y del árbol aquel colgaba un hombre, no como cuelga Lorenzo cuando me trepa, sino extendido en aspa. Tenía agujereados las manos y los pies y le manaba sangre. Tenía el rostro sereno y dolorido. No me recordaba a nadie.

Cuando fue a bajarse, Lorenzo se inclinó, y pegó su boca contra el papel, besándole. Y a través del fino papel sentí sus labios tibios, y tuve ganas de apretar mis ramas.

A los pocos días, llovió. El papel chorreaba, se deshacía, mezclándose a mi corteza, y Lorenzo cruzó el jardín y quiso escalarme, pero se resbalaba.

En el mismo momento, Pastor salía y montaba en el coche.

—¿Qué haces, Lorenzo?

—Papá ¿me llevas?

—¿A dónde?

Pastor ha entrado ya en el coche, rápido.

—Donde tú vayas.

—¡Quédate con tu madre!

Lorenzo, empapándose de agua, sigue en pie, cuando el coche se ha ido, dejando una huella honda en la grava. Entra en la casa despacio.

Yo no sé por dónde anda Ángeles. Cuando llueve debe de pasar los días en otra habitación del Castelo. Huye del cuarto que tuvo colgaduras rojas, y que llaman aún el cuarto rojo. Hay fatiga en ella; a veces abre las ventanas, cuando cierra la puerta. Ha tomado la costumbre de recostarse un momento en ella. Se diría que toma fuerzas porque le fuese difícil adentrarse en la habitación.

Pastor llega tarde, en la noche. O no vuelve hasta el siguiente día.

Duermen con las ventanas cerradas, hurtándome su intimidad.

Solo si Pastor regresa de mañana oigo lo que hablan. A veces, está Ángeles en cama todavía.

Se acerca, y echa de un tirón las ropas hacia abajo.

Veo el cuerpo de la mujer cubierto de una tela vaporosa como una neblina rosada. Instintivamente, cruza las manos sobre el pecho:

—Deja…

—Pero ¿qué voy a dejar? ¿No eres mi mujer? Esta sí que es gorda.

Separa a viva fuerza las manos que se cruzan, y los pechos breves y separados parecen temblar.

—¿No te basta con las otras? ¿No puedes dejarme en paz?

Él no contesta. Su mano morena y velluda recuerda una zarpa. Desgarra y apresa. ¡Ah, sí! El hombre Pastor tiene algo del lobo que conocí. De él he aprendido que el trato del macho con la hembra puede ser más terrible y afrentoso que la muerte, porque en la muerte no he visto tanto quebrantamiento como el que revelan el rostro y la voz de Ángeles.

—Por Dios te lo pido… Por Dios…

—Eres mi mujer. Es tu obligación.

La está matando. Ha dado muerte a Ángeles, tal como vino al Castelo. Ahora el cuerpo que se levanta pertenece a otra mujer distinta, aunque se llame Ángeles también. Ya no hay ardor ni languidez en su mirada. Una profunda, soterrada melancolía ha ido invadiéndola, como la hiedra a la torre. La ha hecho el cerco. Y está apretada, ceñida, por la melancolía.

Cuando han venido amigos de Pastor al Castelo, Sixto les ha sacado vino y jamón, y otros alimentos sobre una mesa, que ponen delante del banco verde.

—Ángeles, ¿no vienes?

Y los hombres miraban a Ángeles, conteniendo el ardor de sus ojos. Los dientes blancos de Pastor brillaban bajo aquel pelo corto y duro, tan negro, que le sombrea la boca.

—Está bárbara —ha dicho uno de ellos, mientras Pastor ha ido a buscar el coche.

Se acercan, andando, hacia la verja que Vicente abre.

—La verdad que no sé cómo Pastor la engaña. Entre Chelito y esta…

—Es un idiota. Con una mujer así…

—Te has quedado turulato, ¿eh?

—No creí que era tan guapa.

—Pues consuélala, hombre, que siempre lo agradecen…

El que ha hablado sonríe. Hablan cerca de la verja, como si Vicente no existiese o no pudiera oírles.

—Todos los días gallina… Es la única explicación.

—¡Qué barbaridad…! ¿Y es seria?

—¿Cómo, seria?

Uno ríe:

—¿Quieres informes?

El coche llega hasta ellos y Pastor asoma la cabeza:

—Subid.

Vicente está más pálido que cuando Dolores se llevó el frasco a la boca, que cuando salió entre aquellos dos hombres vestidos de negro.

Ve a Ángeles ayudando a levantar el mantel de la mesa.

Y la ternura le reblandece el rostro.

—No sé cómo el señor trae gente como esta…

Lo ha dicho roncamente, humildemente, pero firme.

Ángeles levanta la cabeza.

—¿Ha pasado algo? ¿Han dicho algo?

Vicente insiste, tercamente:

—No debe dejar que traiga esta gente. Además que no le quieren bien.

—Son amigos suyos.

—Pues estos no son buenos.

Hablan, mirándose a los ojos, como si supieran cuánto las palabras encierran y no dicen.

—No puedo hacer nada. Cree en todos.

Y Vicente se estremece. Las últimas palabras de Ángeles le hacen balbucir:

—Es verdad.

Ángeles se sienta en el banco verde:

—¿Cómo era el padre de…? Don Xavier, ¿cómo era?

—No tuvo suerte.

—¿Por qué? ¿Con su mujer?

—Con nadie. No tuvo suerte.

—Vicente…

Cruza sus manos blancas y alargadas sobre la mesa. Alza el rostro.

—¿Por qué no quisiste tu parte?

Y Vicente se hace atrás, porque aquellas manos cruzadas quizás hurgaron un dolor dormido.

—¿Se lo ha contado?

Tiene la voz ronca. Baja la cabeza y apoya las dos manos en la mesa.

—No tenían que pagarme —dijo—. Lo que hice por el señor enfermo, o cuando andaba solo por el jardín, no había que pagarlo. Y si alguna cosa me debían, eso no…

Nunca Vicente ha hablado tan largo, pero es como si pensara en alta voz, como hablo yo para vosotros, simplemente.

—No debía habérselo contado don Pastor. No sabe callarse.

—¿Te fastidia que me lo haya dicho?

—No.

Vicente debe de sentir lo que he sentido yo: una plenitud, una serena gravedad que le quiebra el silencio o quizá no lo quiebre.

Quizá el silencio continúe y únicamente transmiten sus palabras lo que piensa, sin alterarlo. Yo también empecé así. Me encontré hablándoos sin saberlo. ¿Os acordáis?

Vicente habla para Lorenzo, que es un oyente ensimismado y silencioso. Le escucha con fervor. Están sentados en el bordillo de la fuente o la sombra mía, porque Vicente ahora es el «encargado», y no trabaja en la tierra. Ángeles se sienta en el banco, con un libro entre las manos, o con un lienzo, o con nada, con las manos cruzadas, sencillamente. Escucha, también, la voz ruda y quebrada, como si el hábito del silencio le hubiese roto la continuidad. Yo no sé si Vicente, en realidad, no hablaba para Lorenzo, porque yo quizá, en el fondo mío, estoy hablando para la torre. La mujer le escucha porosa, como se pone la tierra para la lluvia.

—Papá, Vicente me ha contado que tuvisteis una perra que era hija de un lobo de verdad.

Pastor no atiende. Sonríe, sin saber en realidad lo que el hijo dice.

—¿Te acuerdas tú también, papá?

—Sí… Este demonio de carburador…

Lorenzo le mira marchar con pensativos ojos.

—Yo creo que papá no se acuerda de tantas cosas como tú —dice a Vicente.

—Ha vivido menos en la casa.

—¿Por qué?

—Iba al colegio.

—¿Y con quién se quedaba el abuelito?

Vicente ha contestado:

—Conmigo.

Pero de prisa vuelve a decir:

—Bueno… con la señora.

—¿Era guapa mi abuelita Dolores?

Vicente saca aquella cuerda que provoca fuego y la acerca al cigarro, aunque me parecía que en su borde aún brillaba la lumbre.

—¿Era guapa, Vicente? ¿A quién se parecía?

—A nadie.

—¿Tan guapa como mamá?

—No.

Vicente fuma, respaldado en mí, sin volver los ojos hacia el

banco.

—Como mamá no hay ninguna, ¿verdad?

Vicente vuelve a sacar la cuerda amarilla y larga. Y los párpados de Ángeles cubren sus ojos. Parece una muchacha.

—¿Tú has conocido alguna más guapa que mamá?

—No.

Lorenzo dice:

—Yo, cuando era pequeño, y me figuraba a la Virgen, era como mamá, toda de blanco, con muchas estrellas…

Ángeles baja la cabeza. No es relente lo que empapa la mano sobre la que apoya el rostro.

El coche ha entrado. Estábamos absortos, o ya habituados al ruido de él en el camino, y de pronto ha parecido deslizarse entre nosotros. Baja Pastor.

—Hola —dice.

Ángeles levanta la cabeza.

—¿Qué es eso?

La mira. En un súbito impulso de los suyos, va a ella.

—¿Qué te pasa, mujer? ¿Qué tienes?

—Nada.

Ángeles procura sonreír. Ha cerrado su pena, recatándola. Tiene vergüenza en la cara porque las palabras de Pastor han desvelado su llanto.

Y Pastor se inclina y le da besos fugaces.

—No —dice ella.

—¿Por qué lloras? No hay ningún motivo. Ángeles, cariño…

Y en el cuarto alto veo a Ángeles que no huye los brazos de Pastor, que se aferra a ellos, como cuando Lorenzo cree que está poco seguro y aprieta sus manos a mis ramas, al treparme. Y una risa orgullosa y satisfecha blanquea entre los labios carnosos de Pastor.

—Tonta, ¿por qué te pones así?

Ella se abraza a él, le busca, hunde su boca en la suya y cierra los ojos. Hay en ellos la desesperada y decidida mirada que había en los de Dolores cuando tragó el líquido de la botella. Dijeron que había tomado veneno. ¿Podía ser veneno, o envenenar a Ángeles lo que absorbía en la boca de su marido? ¿Acaso se entregaba a la muerte al entregársele? Nunca he visto nada más parecido al dejar

de vivir y aceptar esa muerte, como si estuviese segura de que, por encima de aquello, algo perviviría de ella, no en su persona, no en su presencia, pero sí en su sombra: la sombra que nace de sus palabras y de sus gestos, de sus deseos y de sus miradas, y que no es sombra de carne ni de árbol. Lorenzo ha dicho que se llama «el alma».

XXXIX

No. El tiempo no ha cambiado. Es el mismo de siempre. ¿Cómo puede cambiar algo que tiene de sombra, de aire, de suspensión? ¿Cómo puede dejar de levantarse el sol por la mañana, apartando con dedos de oro —fríos o ardientes, según la estación—, la bruma en que descanso a la amanecida, o dejar de acostarse por la tarde, tumbado sobre el horizonte? (Y a veces, os lo digo, se enciende como si a la noche que va a venir amase).

¿Sería posible que las nubes no trajeran agua, o que el viento dejase de soplar? ¿Podría llegar una época sin noche prendida de estrellas, o sombría, u orballada?

¡Cómo se engañan con las palabras! Porque yo he visto un espacio de tiempo mayor que el que cualquier humano puede ver, y os digo —os lo aseguro es siempre el mismo.

Florecen los árboles, se esponja la tierra, gorjean los pájaros, coletean los peces en la fuente: primavera. El fruto cae maduro, las flores se tornan opulentas, denso el aroma de los frutales, denso y quieto en el calor del aire todo lo que vive o se mueve. Huye el perro del sol, colgándole la lengua: es el verano.

No está acabado y ya empieza, en el atardecer, el murmullo del otoño, la lejana canción que el viento nos acerca. Y las hojas van dorándose con un dorado rojo, no amarillo; y se ponen tiesas y quebradizas: caen. O el viento las arrastra. A lo lejos, la mar se pone gris, como las nubes; las nubes vienen plenas e hinchadas como las olas levantadas de la mar… Algo anda por el jardín, fino y agudo, que se filtra en mi savia, en los ojos de los animales (relinchaban las yeguas con el belfo alzado) en las manos de los hombres. Lasitud o nostalgia, no lo sé. Querencia. La noche se aproxima quedamente y nos invade; nunca la noche es tan noche como en el otoño. (La

torre, frente a mí, cierra sus ventanas).

Con el frío la tierra se endurece, se oscurece o se arruga la madera de nuestros troncos; el invierno descarna todo al paso. Deja a cuanto alcanza en pura línea. El agua se hace espesa y hasta se encharca en la fuente. ¿Dónde están los peces?

Hay noches altas y distantes, estrelladas y transparentes; ladra el perro. Y noches en que no se distingue ni tierra, ni cielo, ni nuestras propias ramas: cegadas noches. La lluvia ha formado fango en los caminos y charcos en las hondanadas pequeñas.

A veces rompe el frío en piedras menudas. Granizada. Duele. Los hombres caminan de prisa, sin atardar los pies. Meten las manos en los bolsillos y encogen los hombros. Ellos también en línea, no se esponjan.

Así se sucede el tiempo, desde que lo recuerdo, cuando Amador vivía aún, y se paseaba por el jardín con su barba partida.

Tampoco el hombre ha cambiado, pese a que a todos les he oído lo mismo:

—¡Cómo pasa el tiempo! Si tu padre nos viese…

—¡Qué tiempos estos!

Pastor ahora habla de otra manera. Dice de una manera salvaje y dura, escandando la voz con el gesto:

—Hay que borrar lo hecho. Hay que arrancar de cuajo el siglo diecinueve.

¿Llaman siglo al tiempo? ¿Lo miden también en su inmensidad? Debe de ser así, porque cuando iba a nacer él os dije que, acodados sus padres en la ventana, miraban la clara y fría noche de invierno, y Dolores dijo: «Siglo nuevo». Y Xavier contestaba. «Un año más, un siglo más, ¿qué verán nuestros hijos? Un día como otro, un año como otro. Nada».

Sí. Se referían al tiempo. Y ahora Pastor dice que quiere borrar aquel en que sus padres vivieron. Quizá Xavier lo presintió y por eso se entristecía ante la ventana.

Pero ¿lo conseguirá? Cuanto he visto me afirma en la idea de que el tiempo es superior al hombre, que le ha vencido siempre. Le va marcando con sus huellas de posesión: adolescencia, juventud, madurez, ancianidad. Miembros largos, dureza, plenitud, y al amparo de la plenitud, arrugas, cabellos blancos, o inclinarse la espalda, o perder la carne en las piernas fornidas, en los redondos o

musculosos brazos, como si un invierno potente los descarnase.

—¡Qué de prisa pasa el tiempo! —dice Ángeles cuando llega, mirando hacia la torre de hiedra—. Parece que fue ayer cuando nos marchamos…

Es cierto. Ha sido un caerse mis hojas, entumecerme el frío, notar en mí el calor acercándose, reventando en brotes nuevos, y ya el claxon anuncia que los señores vuelven. Sin embargo, a juzgar por su presencia física, el tiempo es más piadoso y oculta la mano helada hasta el momento mismo de derribarles. Porque Pastor lleva más años de vida que su abuelo Efrén cuando fue padre, y Ángeles debe de tener la edad de Dolores, y, sin embargo, se diría que son mucho más jóvenes. Quizá radique esta falsa juventud de ahora en que Pastor lleva la cara sin barba y le brilla la piel con una sombra azulada en torno a la boca y a las mejillas. Y Ángeles no se cubre las piernas como hacían las otras mujeres al dejar de ser niñas, sino que las lleva al aire y las enseña mucho más que las niñas aquellas. Y la ropa se le ciñe al cuerpo, revelando el escorzo de su cuerpo suave, y así finge la graciosa soltura y libertad de las muchachas.

No tiene arrugas en el rostro; os lo digo yo, que la he tenido a mi sombra tumbada, con los párpados hinchados y entristecida la boca. Y las lágrimas que buscan las arrugas como el agua los surcos, resbalan por su piel sin hallar cauce. Modesta dice de ella que «usa cremas y potingues». No sé si será como el abono o el sulfato para las plantas.

De todos modos, con pequeñas variantes, como nunca es una naranja igual a otra naranja, y una es más pequeña o más jugosa, y otra más encarnada, los humanos se suceden como frutos de un mismo árbol.

—… En los tiempos en que solo había coches de caballos, vivir aquí debía de ser la muerte —ha dicho Pastor.

No era la muerte. Ni, a fin de cuentas, es tan grande la diferencia. Iban y venían, quizá con más calma, pero, en el fondo, la prisa no significa nada. Sin embargo, a la prisa, a la angustia que a Pastor posee, él la llama con una palabra: «progreso».

En los primeros días de casado, dijo:

—Si vieran que me había casado contigo, ¿qué dirían? —y miraba con risa a la torre de la izquierda.

—Tiempos nuevos, hábitos nuevos —contestó Ángeles, riéndose.

Y estaban contentos de aquello que debía de ser también lo que Pastor llama progreso, y era una manera de amarse violenta y ardiente, desnuda y sin recato.

—Aquellas mujeres —decía Ángeles entonces—, ¿las verían sus maridos en camisón?

Y Pastor bajó la tela suave que transparentaba el cuerpo, y dijo, mirándola:

—¿O sin él…?

Rieron, y Ángeles le tendió los brazos.

—Les pedirían permiso con papel de a peseta…

Llegaban sus risas sofocadas entre sus bocas juntas.

—¡Qué afán de complicarse la vida!

Yo podría decirles que habían pasado por aquel cuarto hombres y mujeres que se amaron de una manera violenta, o desgarrada, o abnegada, o sinuosa. Hombres y mujeres que se golpearon, y olvidaron los golpes por los besos, que taimadamente se hablaban, y que no sabían olvidarlo después… He visto allí, entre aquellos muros, ojos odiando y ojos en celo, suplicantes ojos, y rendidos. Ojos también en los cuales la mirada se iba haciendo incierta, apagándose. Y después se vidriaban, y si el párpado no cerraba bien, había como una finísima telaraña recubriéndolos.

Pero Pastor dice que todo hay que borrarlo.

—¡Austeridad! —dice, frotándose las manos—. Que el niño no se crea un ser aparte.

Y se lleva a Lorenzo con él.

—¿Por qué llevas al niño a esas cosas?

—Que se haga desde pequeño. Los tiempos han cambiado. Todos tenemos un puesto. Ni unos más ni otros menos. Nuestro puesto está bajo las estrellas.

Hay una encendida seriedad en él. Se entrega a todo con irrefrenable ímpetu.

—Pero un niño…

—Papá, ¿cómo te trata de tú Sergio, el del estanco?

Hay asombro en los ojos castaños.

—Es un camarada. Todos somos camaradas, Lorenzo; codo con codo en la vida. Todos iguales.

—Deja al niño de políticas.

—¡Cállate! Educo a mi hijo como me da la gana.

Pastor ve entrar a Sixto cargado con un cesto de leña por la verja.

—¿A dónde vas con eso? —salta.

—Es la leña. Vengo de cortarla.

—¿No sabes dar la vuelta por detrás? ¿Desde cuándo metéis la leña por la verja de entrada?

Sixto levanta el rostro y sus ojos miran con dureza a Pastor.

—Por aquí se acorta —dice.

—¡Largo! Date la vuelta.

Sixto vacila, con su enorme cesta rebosante de leña.

—¡No me has oído? Da la vuelta por la huerta.

Y Sixto se va.

—Cuanto mejor se les trata… —masculla Pastor—. ¿Qué les importará unos metros más?

Se aleja hacia los naranjos sin mirar a Ángeles.

—Papá es un santo —dice Lorenzo.

Y Ángeles se vuelve rápidamente y mira con agudeza al hijo.

—¿Por qué lo dices, Loren?

El chico se ha sentado junto a ella en el banco. Tiene un palo entre las manos y dibuja líneas en la grava.

—También Jesús decía que todos éramos hermanos. Y si vieras cómo les habla, y bebe con ellos… Tiene una pistola y la lleva en el bolsillo de atrás.

Ángeles se queda muy quieta. Mira hacia mis ramas. Hay palabras que flotan en sus labios; parece que va a formularlas pero renuncia a ello.

—Me gusta ir con él. Me ha dicho…

Ángeles mira distraídamente las líneas que la mano del niño traza en la tierra.

—… Revolución… ¿Qué es revolución, mamá? Hablaba de revolución, y todos aplaudían. Pero…

Detiene un momento la mano.

—Algunos le escuchaban choteándose.

—No se dice choteándose.

—Bueno, no le creían…

—No te metas en esas cosas, hijo. Lo que papá hace está bien siempre. Y nada más.

Runrunea el motor. Pastor saca la cabeza al pasar:

—No me esperes.

—¿Llevará la pistola, mamá? Yo tengo una, pero esa es de balas de verdad.

Vicente vuelve a cerrar la verja. Ha oído al niño.

—Estoy deseando que termine todo esto.

—Le engañan —dice Vicente.

Y Ángeles pregunta con alarma.

—¿Has oído algo?

—Gregorio anda siempre tras él. Y le gusta beber con el señor y que le vean que le da palmadas en el hombro. Pues yo le juro que aquí mismo —señalaba a mis plantas— le hemos oído decir que tenía echado el ojo a la casa.

Ángeles sonríe.

—No es tan fácil.

—Andan revueltos. Y el mismo Sixto…

—Hay que despedirle.

Ángeles se ha estremecido. Se pone de pie.

—¿Por qué? Hace bien su trabajo. Otro vendrá que le haga bueno.

—¡Pero no dices…?

—El chico cumple. Ahora andan todos lo mismo; no es el servicio de antes. Y se comprende que si les prometen cosas que las quieran.

—No te entiendo. ¿Estás con ellos o no?

Vicente la mira.

—No sabe una de quién fiarse…

Se levanta confusa, desorientada. Y Vicente se ríe.

Cuando Vicente ríe los ojos permanecen serios.

—De mí puede fiarse. Antes me matan que tocar esta casa.

—¡Ay, sí, Vicente!

Junta las manos. ¿No le importará que maten a Vicente?

—Pastor está ciego —habla con las manos juntas todavía y sus ojos ruegan también—. Tiene fe en todo, se deja llevar y arrastrar por todos.

Se le turban los ojos.

—Es tan joven. —Vicente habla en baja voz—. De pequeño era el mismo. Corría a la huerta junto a mí, y escapaba al minuto.

—Todo le ha salido bien en la vida. Nada se le ha resistido

—musita la voz de la mujer.

—Desde pequeño. La señora veía por él. Nunca le llevaron la contra.

—Tengo miedo. Vicente, ¿le harán algo?

—No creo que se atrevan. Pero para mí que don Pastor debía de darse a respetar. Los señores de casa eran siempre los señores. Dice que hay que estar con el pueblo: siempre han estado. Que si enfermó el ganado, que si botica para la hija, que si empleo para el hijo. Todo venían a buscarlo aquí, todo.

—… En Madrid es horrible. Gente descaminada por la calle. Manifestaciones. Y los domingos yo tenía miedo porque se empeñaba en salir en coche y cruzábamos las filas de las juventudes libertarias y cerraban el puño. Nos insultaban. Yo apretaba a Lorenzo: «Hijos, sí. Maridos, no…». Me moría de miedo. Pero Pastor dice que a él nadie le cambia las costumbres, y que no le daba la gana de quedarse por ellos.

Vicente ha sonreído.

—Es echado para delante, don Pastor. Da la cara siempre.

Lo ha dicho con orgullo.

—Pero ahora son tiempos de estarse tranquilos. Yo no vivo. Estaba deseando venirme. ¡Esta paz!

Hubo hombres que caminaron perezosos por el jardín, otros inquietos. Amalia corría como un turbión las avenidas, pero no como este. Pastor, que tanto se parece a Amalia, que tiene la lozanía de ella, su brillo y su vitalidad ardiente, marcha sin correr, a ritmo firme, pero es la mirada y la tensión del cuerpo las que reflejan una secreta angustia del movimiento.

—Soy un hombre de acción —ha dicho.

Su figura arrasa la paz, rasga el silencio. Porque cuando Ángeles y Vicente hablan, aunque esté Lorenzo delante o Rufina, o Sixto, el aire se hace silente en torno a ellos, y las palabras se van, se funden en él.

Pastor habla, a veces, como un chorro ininterrumpido, con frases cortas y vibrantes, y hay una arrolladora fuerza en sus palabras.

—¡Qué bien habla papá! —dice Lorenzo.

—… el lastre de la tradición. Un pueblo joven… Hay que renovarse.

Tiende el brazo frente a la torre, y a su espalda veo toda la

fachada de Castelo, rematándose en lo que llaman capilla.

—¡Vicente!

Ha dejado caer el brazo porque Vicente pasa. Cualquier cosa corta la frase a medio decir, y es como si las palabras dichas no las hubiese pronunciado él. Pienso si de este modo querrá desahogar la secreta angustia que le oprime, que le impulsa, y una vez desfogado quede por algún tiempo vacío, porque sus palabras han ido a llenar a otros. ¿Les llevarán angustia también sus palabras? ¿Verterá su inquietud al que le escucha?

—Acompáñame, Vicente, quiero ver la casa del jardinero.

Deben de llamar casa del jardinero a aquella a que se han referido muchas veces, en que vivió Fidel, y Camilo, y Vicente de pequeño.

Al cabo de un rato, sube por delante de la fuente con un garrote en la mano.

—¿Sabes que es una casa monísima? Podías arreglarla.

—¿Para qué?

—Para nosotros. Estas torres son incómodas y necesitan más servicio. Conservarla como está y en paz.

—¿Lo dices en serio?

—Lo digo en serio. —Pastor se enfada. Con el garrote azota la hierba—. Lo mismo han hecho los primos, ya te lo dije. Se le pone un cuarto de baño, y unas cretonas…

Ángeles apoya su cabeza en el muro de la torre.

—¿Y esta? La casa sin habitar…

—Se alquila. —Pastor es rápido y contundente—. O se busca un americano rico, que se pirran por estas cosas.

—¿La venderías?

—¿Por qué no? Los tiempos han cambiado, y no es cosa de andar jugando a los castellanos cuando se ventilan cosas vitales. Austeridad… Yo necesito poco para vivir.

Ángeles se echa a reír.

—¿De qué te ríes? Me sacas de quicio cuando te ríes como una idiota.

—De nada. ¿Y la venderías con la torre de la capilla?

—No, que iba a partirla… —Golpea la hierba—. No preguntes memeces.

—¿Y tus padres? Los que están enterrados allí…

—¿Qué importa? No estorban a nadie, allí, supongo. Además que a los americanos les encantan esas cosas.

—¿Estás hablando en serio? ¿Tu madre…?

—¿Me quieres sacar de quicio? —grita, descompuesto.

Vicente está inclinado sobre la fuente y mete la mano dentro del agua. Tira de algo y el agua escapa con un ruido absorbente. Ángeles se pone de pie.

—No te quiero sacar de quicio. Me parece disparatado. ¿Piensas venderlo con los huesos de tus padres?

—Se llevan al cementerio del pueblo, y en paz. ¿O es que allí no es sagrado?

—¡Allá tú! Pero yo no movería a mis padres por todo el oro del mundo.

—No. ¡Si ya se sabe! Tú, por dinero, solo has hecho otras cosas…

Ángeles no contesta, y Pastor parece haberse calmado con las últimas palabras.

—… No hay ninguna deshonra en estar enterrado con el pueblo. Si yo me muero quiero que me entierren allí, y a Lorenzo también.

Ángeles se tapa las orejas con las manos.

—Deja a Lorenzo en paz.

—Hay que vivir de una manera sencilla, porque los tiempos han cambiado. Y tiene gracia que seas tú la que me vengas con pijoterías.

—Ten cuidado. Vicente me ha dicho que te están engañando.

—¿Cómo?

—Sí. Un tal Gregorio, que anda todo el día contigo, es de la CNT.

—Me importa un bledo lo que piense Vicente. Gregorio es un hombre de una vez, y es de la CNT para camuflarse. Nos sirve de enlace. ¡Estúpida!

—Nada, entonces. Si lo sabes… Quería advertirte.

—Que se trague sus advertencias, el señorito Vicente. —Hablaba enarbolando el garrote—. Y que se ande con ojo no le rompa el garrote en las costillas.

—¿A qué viene eso? Lo ha dicho por tu bien. Creía…

—No me refiero a eso. Mucho cortar hojas de camelia contigo, mucho darte conversación, a lo zorro. Ese va a lo suyo. Pero no ha nacido el que a mí me…

—¿Habla de mí?

Vicente está allí, mirándole a los ojos. Y tiene los suyos alterados, y salidas las mandíbulas.

—¿Escuchando, eh? ¿A ti qué te importa lo que hablo yo con mi mujer?

—Estaba secando la fuente, y no me escondía. Pero le he oído hablar de mí, y quiero volver a oír lo que ha dicho.

—¡Vicente, por favor! ¡Vicente, márchate!

Ángeles se ha acercado y le coge del brazo desnudo, porque lleva remangada la camisa hasta el codo. Pero Vicente no parece darse cuenta. Mira rectamente a Pastor.

—¿Con qué derecho me hablas de esa manera? La culpa es de quien es, por darte vuelos.

Pastor ha tirado el garrote y mueve las manos con violencia.

—Lo tiro porque no quiero dejarme llevar… Te parto la cabeza.

—La culpa no es de nadie —Vicente martillea las palabras. Su ronca voz aúlla—. Todos tienen derechos, y yo quiero también tener alguno.

—¿Sobre qué, animal?

Y Vicente aprieta los puños.

—Mucho le considero, pero eso no me lo llama delante de la señora.

—¡Ah, la señora…! —Pastor ríe con maldad—. Eso es lo que duele, ¿verdad?

—¡Pastor, por Dios!

—Cállate tú. Metes todo el lío y ahora sales con gritos.

—Yo dije lo de Gregorio y es verdad. Digo también que nadie tocará la casa mientras yo esté de encargado, ni Gregorio ni nadie. Y usted le dice a su señora lo que le dé la gana, pero a mí no me menta…

—¡Te lo pido por Dios! Si me quieres…

Ángeles se ha metido entre los dos. ¿A quién habla? Tiene los brazos en torno a la cintura de Pastor, no sé si para abrazarle o para apartarle, pero su cálida voz y sus ojos van a Vicente.

Y a Vicente, de pronto, parece dañarle más aquel cuerpo de

mujer estrechando al del hombre que todas las palabras. Da media vuelta y huye. Sí, huye. Debe de llevar la duda como una espina de zarza clavada en el pecho, y yo sé que la duda es acerba.

—¿Por qué no me has dejado? Merecía una lección.

Ángeles ha dejado caer los brazos, y la mano nerviosa de Pastor saca del bolsillo de su pantalón una caja de cigarrillos. Enciende uno. Está tan lívido que ni la pequeña llama cerca del rostro le enrojece.

Y algo de Ángeles parece haber huido también, haberse marchado por las avenidas del jardín, pese a que el cuerpo esté allí, con los brazos caídos.

—No ibais a poneros a pegar aquí por una tontería.

—¡Mentira! No era por eso. Sabías que le puedo.

(Ah, el orgullo del hombre por su fuerza).

—No pensé en ninguno. Quise evitarlo.

Pastor tira ya el cigarrillo y se dirige hacia la torre.

—¡Pastor!

—¿Qué?

—Toma la decisión que quieras. Pero debo decirte…

Pastor se vuelve y la mira. Sus ojos parecen azotarla, humillar su cuerpo.

—No te vayas. Quiero dejar en claro…

Se acerca a él y le coge por el brazo. Él se sacude.

—¿Qué? —dice con fría calma—. ¿Quieres jurarme que no ha habido nada? ¿Es eso?… Lo sé. Pese a ti… Lo sé.

Ríe bajo, y su risa de pronto me hace inclinar mis hojas porque diría que es Xavier quien ríe.

Durante varios días Pastor no traspone la verja, ni se ve a Vicente por esta parte del jardín. Ángeles baja y se sienta en el banco, o va despacio hacia los limoneros, y se sobresalta cuando la hablan.

—Quítate de ahí, Lorenzo; no me des la lata.

Pastor está insatisfecho. Se le ha tornado infantil la mirada y pesarosa, y da vueltas y vueltas, y se irrita cuando ve a Ángeles. El niño le impacienta.

—¡Vicente! —llama por fin.

He visto que vacila antes de llamarle, pero una vez dicho el nombre en la mañana, respira, dilatando el pecho.

Vicente tarda un rato en acudir. Lorenzo corre hacia la parte de delante:

—Te llama papá, Vicente.

Y Pastor no le mira, y pone la voz brusca, aunque es también una voz expectante.

—¿Cómo dejáis estas losas aquí? Están todas rajadas.

Vicente se agacha junto al muro de la torre, sobre aquellas losas que bordean la casa. Tira de unos hierbajos y mete la mano por la hendidura de la piedra.

—Se diría… Están reventadas.

Tira y levanta media losa, y mete la mano en la tierra.

—¡Demonio!

—¿Qué?

Creo que no se acuerdan de las palabras del otro día. Pastor se ha inclinado también, y están los dos mirando aquella tierra removida. Vicente se vuelve hacia mí, y sacude la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Debe de ser el castaño. Las raíces…

—¿Hasta aquí?

—Sí. Se ha extendido. Va a poder con los cimientos.

Pastor se pone de pie.

—Parece mentira.

Se acercan a mí. Pastor pasa sus dedos carnosos por las ranuras del nombre de su hijo en mi tronco.

—¿Qué se puede hacer? ¿Tirarlo? ¿Hay peligro de verdad?

Mi sombra les une.

—Podía venir algún entendido; pero a mí me parece…

Vicente me mira con dolor.

—¡Demonio de raíces! No es la primera vez.

—¿Sabes de alguien que entienda bien?

—Sí, el padre de Alida.

—Vamos por él, anda.

Están unidos en un mismo afán. Ángeles se asoma a la ventana y ve montar a Vicente en el coche con Pastor.

—Dile a mamá que vamos al pueblo. Que volvemos en seguida.

No se miran los hombres a la cara. Pastor tiende un cigarrillo y Vicente lo toma en silencio. Lo encienden. Fuman.

—… Dice que bueno.

Y Lorenzo entra también, en la parte de detrás del coche negro.

Así siento en mi tronco unas manos nuevas: las manos rugosas y muy secas de un hombre viejo y curtido, más alto que Vicente.

—¡Mala cosa!

Y se aleja hacia donde está la losa levantada. Levanta todavía más y pide un azadón, y Vicente y él descarnan de tierra. Yo podría decirle que no buscasen más, que no hiriesen la tierra; que sí: yo estaba allí. Tan cerca de la torre que me llegaba el frío de su piedra. Me había acercado a ella sin notarlo, tendiendo mis raíces y me parecía que la tierra me amparaba, que la tierra no me cercenaría, como mandó hacer Dolores con mi rama.

—¿Qué pasa, papá? ¿Qué hay ahí metido?

Pastor ha contestado:

—El árbol.

—¿Qué árbol?

—No seas pelma, Lorenzo, con tus preguntas.

Vicente le dice al niño:

—Es el castaño. Ha llegado hasta aquí.

—A ver.

La ruda mano de Vicente lleva la mano del niño. Siento en mis mismas raíces, en la fibra más íntima, donde jamás sentí mano del hombre, los dedos de Vicente y los suaves dedos de Lorenzo. Me estremezco.

—Hay que tirarle, digo yo.

Aquel hombre rugoso y curtido habla con un cigarro entre los dientes.

—¿El castaño?

He sentido en mi raíz, directamente, el estremecimiento de la mano del niño.

—Sí, mozo, el castaño.

El viejo habla sonriendo.

—¡No, papá! ¡No!

—Hijo, no hay más remedio.

Y Lorenzo echa a correr y se escala por mi tronco, y cuelga de mis ramas, y monta en ellas y se esconde en mí. Se tumba cuan largo es, agarrándose con sus delgados brazos. Llora a grandes sollozos. Mi hojarasca rumorea en torno suyo para que no le oigan, porque sé que a Lorenzo no le gustaría que su padre le oyese llorar.

Después del frío que sentí cuando dijeron que había que abatirme, estoy insensible, sin pensar que esto pueda, en verdad, sucederme. ¿Les pasará lo mismo a los humanos cuando van a morir? Resulta difícil hacerse a la idea de dejar de vivir cuando se está viviendo.

Gime la fronda. Aúllan los eucaliptos en el aire, porque el viento ha esparcido las palabras de los hombres.

Primero ha habido un silencio mortal. Y de pronto gime la Naturaleza porque yo formo parte de ella, estoy aquí, en la tierra, en el aire, en el espacio, y quieren abatirme. Se abusa el ciprés, se curva el sauce, restallan las altas copas de los eucaliptos, y el cedro del Líbano se ennegrece. La tormenta… el rayo… secarse la savia, consumirse… Pero no: han de ser las manos de los hombres.

Gime el viento. Y la savia mía late casi como un corazón humano.

—Loren, ¿estás ahí?

Ángeles levanta la cabeza hacia mi hojarasca.

—No seas terco, hijo. Ven, que papá se impacienta.

Lorenzo se deja escurrir, y siento la prolongada y tibia caricia de su cuerpo.

En la noche deja de lamentarse el viento, pero no descansan los árboles ni las plantas se recogen. Un silencio piadoso me rodea. Las larvas no se arrastran por mis raíces. Es como si ya empezase a no existir.

Tampoco descansa Vicente. Le veo subir por delante de la fuente, despacio, y me viene mirando desde lejos. Se sienta a mi sombra, y fuma. Su espalda me transmite su calor. Está largo rato así, apoyado en mí, mirando hacia la torre.

Yo también la miro. Ha exigido de mí todo, sin entregarme nadie, y me cuesta la vida. La torre en la noche es cerrada y pura. Han dicho que peligra por mí. Siempre, lo he visto, peligra todo en el amor.

Vicente se levanta y apoya su palma abierta sobre mi tronco. Le presiona…

¡Ay, Vicente, no me digas adiós!

XL

Llovió. Ha llovido copiosamente y Pastor se impacientaba.

—Así no hay quien…

Vicente movía la cabeza, mirándome. Yo sabía que la Naturaleza había de llover. Lorenzo se reía, mirando al cielo. Metía las manos en los bolsillos y venía hasta mí, chorreándole el agua por el cabello, empapándose la camisa.

—Ja, ja —reía.

Tiene un hueco en su boca, entre los dientes, porque mudan los dientes tiernos, y cuando ríe, con el vacío aquel se le ríe el rostro.

Mi tronco estaba seco, tan espesas eran mis hojas. Y la mano mojada de Lorenzo me traía la lluvia a la corteza.

—Loren, entra que te vas a calar.

Lorenzo se volvió hacia la ventana alta:

—Aquí no llueve.

Levantó la cabeza al decirlo, y yo le salpiqué con todas mis hojas mojadas. Él se limpió las gotas con las manos.

—No te sientes en la tierra.

Lorenzo buscó a mis pies aquel árbol ahilado que llamaban cruz, y que él hincó en la tierra. De cuando en cuando, Lorenzo le traía ranúnculos o rosillas o margaritas del campo y se las colgaba en el cruce de las diminutas ramas. Lo amaba. Yo compartía aquel amor, porque ya os dije que había formado aquel árbol pequeño con ramas mías.

Se agachó, os digo, y la tierra mojada formó un cerco de marrón y verde, de barro y de hierba, en el nudo de sus rodillas.

—Gracias —dijo.

Reía.

—… Haz que siga lloviendo, que se les olvide. Dios mío, ¡haz

que llueva!

Miraba con emoción las ramas pequeñas extendidas. ¿Lo había llamado Dios?… Un estremecimiento removió mis raíces. ¿Sería posible? ¿Qué me enseñaba el hombre a través de aquella criatura?

—¿Qué haces ahí?

Vicente no teme al agua: oscurece su cabello, resbala por el rostro curtido y empapa su chaqueta, y los gruesos zapatos que se pone cuando llueve hacen un ruido blando y chirriante sobre la grava.

—Vicente, ¿si sigue lloviendo no tiráis el árbol?

—¿Y qué remedio? A la larga…

—¡Esperar un poco!

—No quiere tu padre.

Vicente sacude con su mano la cabecita ansiosa.

—¿Quieres al castaño?

Llueve, sí. La tierra me está dando toda su humedad, todo su jugo. A través de la fina lluvia tamizada, la torre tiembla. ¿Es la lluvia, es la torre, son mis hojas?

Las plantas y las flores yerguen sus tallos o abren sus corolas hacia mí, se inclinan más los árboles, se retuercen los eucaliptos. La lluvia rumorea, blanda, al hundirse en la hiedra. Los cipreses se enfilan frente a aquella torre… ¿Formarán ya polvo y tierra, entre la tierra y el polvo, los huesos de Xavier y de Dolores, de Amalia y de Amador, o los de Efrén y María Fernanda? ¿También se empaparán? ¿Por dónde anda el polvo de lo que fue sus manos? Y aquellos dedos que me plantaron aquí frente a la torre, ¿dónde están?

—¿Venderás los huesos de los tuyos? —ha preguntado Ángeles.

Pero Pastor quiere aventarlo todo: huesos y palabras, recuerdos y años idos. Quizá no sabe que él ha necesitado de todos aquellos huesos para ser, y que la sangre que se ha secado en las venas yertas es la que vertieron en las suyas.

—… Un estilo nuevo… Romper con el pasado.

Pero no podrá, os lo digo, quebrar al tiempo. Y el tiempo es el pasado también.

—¡Hay que estar al día!

¿A qué día? No sabe aún que después de un día viene otro, y que aquel otro arrincona al anterior. ¿Tendrá que cambiar de ideas, de

palabras y de hábitos todos los días?

¡Ah! Me explico esa secreta angustia que le devora, porque lucha con el tiempo, y en el fondo es un vencido; él, que me quiere abatir a mí, y habla y alza la voz para aturdirse, y golpea y hiere como el gato acecha y desgarra al pajarillo porque no puede hacerlo con el lobo.

He visto los ojos de Lorenzo al encontrarse con el sol esta mañana. Un sol macho se ha levantado, recio. Lorenzo no quería admitirlo, y de tanto mirarle con asombrada fijeza se le quedaron un instante los ojos deslumbrados, y tuvo que cerrarlos. Luego ha corrido a mis plantas y ha buscado el árbol que hincó a mi sombra.

—Dios mío —cierra los ojos—. ¡Haz un milagro!

Tiene los párpados apretados un momento y los abre lentamente como si esperase encontrarse con algo nuevo. Ve los hombres que suben desde la huerta y el sol saca reflejos a sus hachas. Rumorea la floresta. Y siguen acercándose con Vicente, mientras Lorenzo, alocadamente, se aprieta los brazos cruzados.

Vicente es recio también, y varonil, como aquel sol de la mañana. No me mirarán con piedad sus ojos brumosos, como no se cubrirá el sol.

La tierra se ha secado a mis plantas, arenosa y tibia.

¿Me oís?… Este helado silencio me sobrecoge. Es como si escucharais lo que os dice uno que hubiese muerto ya. Sin embargo, aún soy… Aún ayer era.

Los hombres han subido. Llevan grandes cordeles arrollados, y les brillan los filos de las hachas como si hubiese luna.

Vicente no me mira a las hojas. Su voz es hoy más ruda, y su mano también —¡oh, también su mano!—; sostiene algo cortante y acerado.

Los gusanos han abandonado mis raíces, aquella abeja ha huido, zumbando, de mi tronco. ¡Aún no estoy muerto! ¿Por qué me dejáis solo?… Yo no amaba a las larvas, pero sentirlas arrastrándose era existir aún. Me han dejado solo frente a los hombres que se acercan.

¿Solo? No… Está la tierra, que no me desampara. ¿Me dejará caer? ¿Se hundirá a mi caída?

La vida continuará su ritmo en el jardín. El tiempo… Yo recuerdo hace muchos años, cuando abatieron al viejo roble, frente a la cocina. Continuamos viviendo.

El roble amaba a la yuca, y la yuca siguió verdeciendo cuando del roble solo quedaba la base. ¡Ay, torre!

Brillarán los peces en la fuente, se cubrirán de retama o glicina los muros, el olmo que plantaron cuando Xavier nació se irá tornando viejo. Pero Xavier ha muerto ya.

—¡Papá, no! —dice Lorenzo con los ojos húmedos, implorantes. Y empuja tozudamente con sus manos a su padre por la cintura.

—Niño, estate quieto.

¿De quiénes son las manos que me palpan?

—¡Vaya ejemplar! ¡Qué tío! —dice una voz admirativa.

—… No hay otro igual en la comarca.

¿Lo has oído?

Uno de aquellos hombres mira a Rufina, con su cabello negro y pegajoso colgándole a la espalda. Chasquea la lengua:

—¡Vaya ejemplar! —repite.

Y Pastor, que sale por la puertecita, ríe, y da un azote rápido en las nalgas agudas de Rufina. Ríen los hombres.

—Está buena.

Rufina corre con un corto chillido. Ángeles se aparta de la ventana. Vicente dice, hoscamente:

—¿Empezamos o no?

Manos desconocidas, sudorosas, hurgan entre mis plantas y arrancan el Arbolillo que Lorenzo plantó.

—Ay, ¡no! —grita Lorenzo.

Y corre. Con sus manos coge el Árbol, y lo aprieta contra su pecho; es un pecho de niño, muy blando, asomando por la blusa entreabierta.

—No te pongas así —le dice Ángeles.

Pero el niño no llora. Está con los labios caídos por sus bordes, y los ojos dilatados mirándome. No habla ni se queja.

Por la ventana alta de la torre un hombre se ha asomado Otro trepa por mi tronco arriba. Se monta sobre una rama. El de arriba le lanza la gruesa cuerda.

—Ya…

Han formado dogal a aquella rama.

¿De dónde llegan las cuerdas y los hombres? Me cercan. Me acorralan. ¿No podrían hacerlo sin atarme? Me siento poderoso, pero no sacudo mi ramaje porque deseo que la torre ignore que me

están humillando.

Ha comenzado el hacha. Una exaltada paz me invade. Golpean a mi tronco y apenas siento un escozor. Pero poco a poco van penetrando y la savia se me escapa, y noto… sí, noto…

—¡Auuuuuu!

Solo se oye el ruido de las hachas sobre la madera, segando el aire. Un gran silencio invade la arboleda. Los hombres sudan, porque el sol va alto.

—Descansar —ha dicho Vicente.

Y Rufina vuelve con las jarras de vino. Beben el vino mirando a Rufina. No sé si sorben uvas exprimidas o aquel olorcillo punzante de la joven.

—¡Si pudiéramos hacer lo mismo con muchos que yo me sé! —ha dicho un hombre, mientras descarga el hacha. Y cierra un ojo. Otro mira con recelo a Pastor, por si le ha oído. Ángeles está allí, de pie, junto a la fuente. ¿Por qué tan lejos?

—Ven, Lorenzo, que lo ves desde aquí.

Lorenzo no la atiende. Es como si sus ojos castaños estuviesen fundidos en mí y nada oyese.

Cuando los primeros golpes sonaron yo pensé más en el dolor del niño que en el propio, porque le vi llevarse las manos a las orejas con un gesto de tortura insufrible. Después está derecho, frente a mí, y sus labios se mueven. ¿Seguirá diciendo: «Oh, Dios, ¡haz un milagro!»?

El hombre desde el cuarto alto tira de la cuerda y le ayuda Sixto. Del lado de la fuente y entre las matas que llevan a los eucaliptos tiran otros hombres. Giran mis ramas. Vértigo. Oigo rumor de voces confundidas. Rápidas miradas.

—Está bien agarrado todavía.

¿Es la savia que pierdo o el ruido rítmico e igual, el que me embota?

—¡Loren, quítate de ahí!

—Dad más fuerte.

—¡Tira tú!

—Auuuuuuu…

—Auuuuuuu…

—¡Leñe!

—¡Dadme un hacha!

¿Las manos de Pastor?… ¡Las manos de Pastor, también! Brillan sus ojos.

—Auuuuuuu…

Ojos… Ojos… Giran… Los veo del revés… Naranjos… Cedro… Fuente… Vicente descubierto. Voces… Gritan.

—¡Loren, quítate de ahí!

Giro. ¡Ay, aire súbito!

Lorenzo corre. Sus manos extendidas:

—¡Esperad!

—¡Fuera!

—¡Ese niño!

—Cuidado…

—¡Ayyyy!

—¡El niño!

—¡El niño!

—El ni…